



# BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

LOS POPPERS COMO TECNOLOGÍA QUÍMICO - POLÍTICA.  
ANÁLISIS SOBRE LA PRÁCTICA CULTURAL DE SU CONSUMO  
EN UN SAUNA PARA ENCUENTROS SEXUALES ENTRE  
VARONES DE LA CIUDAD DE PUEBLA

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
MAESTRIA EN ANTROPOLOGIA SOCIAL

PRESENTA

ROBERTO LÓPEZ ROQUE

COMITÉ TUTORIAL

DIRECTOR: DR. JOSÉ MANUEL MÉNDEZ TAPIA

DR. MAURICIO LIST REYES

DR. JUAN DE LA CRUZ BOBADILLA DOMÍNGUEZ



OCTUBRE 2020

**Esta investigación fue realizada gracias al  
apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y  
Tecnología**



<b>Índice</b> .....	3
Introducción.....	5
Delimitación del objeto de estudio. Metodologías eróticas: explorando los espacios de investigación y las primeras reflexiones sobre etnógrafo sexuado.....	9
“Chemsex” como anulación de lo lúdico en el consumo de sustancias:	
El estado del arte.....	22
El etnógrafo sexuado o las implicaciones de hacer etnografía en contextos sexuales.....	29
¿Con quién dialogo en mi narrativa?	
A dónde fui y lo que no encontré.....	32
 Capítulo uno	
Etnografía del sauna como espacio normativo con capacidad productiva.....	37
1.1.- Antecedentes: Los cuartos de baño y aseo en la ciudad de Puebla y el nacimiento de El Hedón como espacio para encuentros sexuales.....	39
1.2.- Etnografía del sauna.	
Llegando a las puertas del placer : Bienvenidos a EL Hedón .....	45
1.2.1. El interior de El Hedón: cuerpos que se mezclan entre calor y vapor.....	49
1.2.2. La recepción; primer acercamiento con el popper.....	53
1.2.3. Que comience el juego: el recibimiento en el sauna.....	57
1.2.4. La galería de ratas.....	61
1.2.5. El espejo como elemento panóptico y otros artefactos para la objetivación de los sujetos en el sauna.....	63
1.2.6.. Los privados: distribución arquitectónica de lo oculto y lo expuesto.....	67
1.2.7. Cuerpos revestidos. Desnudez en El Hedón.....	73
1.2.8. El Piso inferior: vapor, agua y oscuridad azulada.....	84
1.2.9. El asoleadero. la caída del sol en los cuerpos mojaditos.....	93
1.3. Remojados y estrujados. Recordando y recapitulando.....	95
 Capítulo dos	
El popper: herramientas, dispositivos, y tecnologías del sexo.....	97
2.1.- Madejas de cuerpos que saltan las bardas:	
El sexo en grupo como corrimientos de las normatividades.....	99
2.1.1 Del placer de la orgía a la intimidad de la alcoba: Lo oculto y lo expuesto.....	105
2.2. “Amo – R” o “De las formas en que se presenta ( y se resguarda) el amor en el sauna.....	113
2.3. Consumo individual y privado. el dispositivo	

como modelo explicativo para el consumo de poppers.....	115
2.4. Coger con poppers o las herramientas químico - políticas del sexo.....	132
2.4.1.-“El popper en escena” o la reapropiación del químico para el placer entre varones.....	133
2.4.2.- Herramientas químicas, políticas y tecnológicas para la vida y el sexo.....	139
2.4.2.1.- Táctica .....	135
2.4.2.2.- Estrategia .....	147
2.4.3. Tecnología exitosa: ficciones sostenidas por la práctica del consumo de popper en el sauna.....	155
Capítulo tres	
Putas y poppera .....	160
3.1. El Puro Placer: La promesa de contención de los afectos dolorosos.....	163
3.2. Cómo ser puta y no enfermarse. Aniquilar- criminalizar- patologizar.....	170
3.2.1.- “Los angelitos no tenemos sexo” Históricamente puta o la hipersexualización del cuerpo homosexual.....	177
3.2.2.- La puta y el concepto de enfermedad.....	182
3.2.3.-Culpa, vergüenza y miedo.....	187
3.3. Ser puta y poppera y no morir en el intento ¿Qué decimos cuando hablamos de los cuidados de las putas?.....	202
3.3.1. El cuerpo puta.....	204
3.3.2 .Cuerpo sano / cuerpo miasma.....	208
3.3.3.- La espada de Damocles .....	212
3.4. Cuerpo con VIH u otras formas para pensar su cuidado.....	214
Conclusiones.....	223
Referencias.....	236

# Introducción

De vez en cuando, mi mente recuerda a Adrián. Mucho más alto que yo, de tez blanca, cabello lacio y peinado hacia arriba, delgado, muy delgado. Usaba siempre ropa deportiva, sin calzones, porque era más fácil introducir la mano en el resorte del pans para poder sentir su erección que ofertaba como vínculo para el encuentro sexual, para la mamada rápida y fugaz. Nos encontrábamos constantemente en los cines porno, en el sauna, en los *cybers*<sup>1</sup>, incluso en las calles y parques donde *hay desmadre*<sup>2</sup> y en las aplicaciones de ligue gay. Muchos de nosotros que de alguna manera nos conocíamos, ya sea porque habíamos cruzado unas palabras o porque habíamos intercambiado fluidos en algún espacio de encuentro sexual de la ciudad de Puebla, lo ubicábamos perfectamente. En realidad, la práctica del sexo entre varones era lo único que nos unificaba a mí, a él y a muchos otros varones que disfrutamos de este ejercicio.

Pero alrededor del 2014, lo dejamos de ver con aquella frecuencia. Alguien, por ahí, dijo que estaba en una clínica de recuperación, por su consumo de sustancias. “Ese wey se clavó bien culero”. Nunca pude confirmarlo, pero jamás lo volví a ver. Poco después se hablaba de su muerte, aunque tampoco fue confirmada por nadie. Todo se tejió en los rumores, en los espacios de conversación que se tenían entre un encuentro y otro, en el chisme que circulaba entre conocidos y desconocidos. Pero la ausencia de Adrián generó que el tema del consumo de sustancias ocupadas en nuestras prácticas sexuales circulara con mayor naturalidad. O por lo menos así lo percibí yo. No es que no existieran, más bien que la historia de Adrián abrió la posibilidad de que el tema estuviera en circulación por un tiempo. Tampoco es que formábamos una comunidad que de manera frecuente contactáramos o realizáramos otro tipo de actividades juntos.

En 1994 Ricardo Llamas publica el texto *La reconstrucción del cuerpo homosexual en los tiempos del sida*. El trabajo de Llamas ofrece un enriquecedor

---

<sup>1</sup> Negocios que ofertan servicio de internet en computadores instalados en mini cubículos privados, pero que en realidad funcionan como espacios para el encuentro sexual entre varones.

<sup>2</sup>Es el término que solemos usar los que asiduamente visitamos los lugares de encuentro sexual para varones. la terminología sirve para avisar a los demás, sobre lugares donde es posible consolidar un encuentro.

análisis sobre las formas en que se ha significado la homosexualidad y explica la construcción y el entender del cuerpo y sujeto homosexual como un dispositivo histórico y político, donde las prácticas sexuales de estos sujetos se instalan constantemente en las ideas de riesgo y peligro. Entre otras valiosas aportaciones, analiza cómo fue de interés político para el manejo de estos cuerpos, el reducir sus formas de relacionarse al mínimo contacto y tiempo, en el marco de encuentros sexuales anónimos y ocasionales, dentro de espacios públicos donde la instalación del placer se ejecutaba de forma oculta<sup>3</sup>. ¿Cómo abordar entonces problemáticas en poblaciones con tales características?

Los rumores que envolvían la ausencia de Adrián, generaron que hablar del uso de sustancias fuera más frecuente en los espacios compartidos del sexo. Pero, en el momento en que muchos de mis conocidos y mejores amigos me hablaban de su consumo, el tema me asustó. Mi ignorancia en la temática, tanto empírica como académica, no me permitía reflexionar siquiera en ello, y solo pensaba la forma más adecuada posible para abordar y colaborar con la disminución de los efectos que ocasionaba entre mis conocidos y amigos queridos. Había la idea de una obligatoriedad de ayudar desde mi “no consumo”.

¿Por qué se hace necesaria esta narrativa? Haraway (1991) habla sobre la importancia de estar atentos a los posicionamientos desde los cuales se inicia el proceso de emisión de conocimiento. Dónde y cómo se desarrollan los escenarios desde los cuales se parte en un trabajo de investigación, pues de ello dependen las formas en que se irá materializando dicho conocimiento. Lo que estas referencias anteriores muestran, son algunos de mis puntos de partida para esta investigación. Lo que intento exponer en esta introducción, es precisamente esos distintos

---

<sup>3</sup> De acuerdo a las narrativas de varios autores sobre la construcción de este cuerpo homosexual, se tiene como marco una lógica urbana que buscaba establecer la higiene como uno de los parámetros de las grandes ciudades de occidente. Desde el siglo XVIII se empiezan a crear espacios públicos destinados al paseo y al ocio. En dichos espacios, los ciudadanos podían pasear sin parecer sospechosos, y encontrarse con sujetos desconocidos, a la vez que se mostraban también como sujetos ignotos. Este margen permitió entonces un contacto anónimo, que fue aprovechado para el cortejo. Aquí, se abre también una oportunidad para las sexualidades diversas, y surge el *cruising*: la práctica del sexo anónimo entre hombres en espacios públicos. (Langarita, 2014, p. 3). No obstante, en estas prácticas se daba un aprendizaje informal, que tenía como agente principal un modelo que se limitaba a través de miles de detalles que nadie podía formular con reglas claramente establecidas (Laguarda, 2005).



posicionamientos desde los cuales se construyó este trabajo y cómo se fueron articulando. Porque no solamente se trata de experiencias y vivencias personales, sino de articulaciones con otros posicionamientos políticos, académicos, reflexivos, etc.

Antes de ser aceptado en este posgrado de antropología social, en el 2018, trabajaba como docente universitario y recién terminaba una maestría en criminología / victimología y estaba a la mitad de otra más sobre prevención integral en el consumo de drogas. En ambos posgrados, mi propuesta de investigación era la misma que presento ahora. Porque la problemática desde mis vivencias y experiencias, se había generado ya como una inquietud y preocupación por conocer e intervenir en aquello que veía como problemas que le ocurrían a amistades queridas. En el primer posgrado, la propuesta solo quedó como un protocolo de investigación, y se enfocaba más a la determinación de los “factores victimológicos” en poblaciones consumidoras de sustancias durante el sexo. En el segundo, el enfoque era cuantitativo y epidemiológico. Intentaba concluir un cruce de casos y control sobre lugares de encuentro y tipos de sustancia que se consumían. Tampoco fue concretado porque decidí abandonar por falta de tiempo.

Por todos estos antecedentes académicos, la idea de un auxilio victimológico, circulaba constantemente al intentar abordar el tema, porque todos los posicionamientos me guiaban a entender el consumo de sustancias durante el sexo, en lugares de encuentro para varones, desde el daño y el riesgo que significaba para la salud de aquellos que lo practicaban. Recuerdo incluso, que durante mi entrevista de ingreso a este posgrado, me fue cuestionado mi interés por abordar el tema desde la antropología, y mi respuesta se enfocó en el método etnográfico como la vía para dar voz a los actores del fenómeno, pero ello no me desplazaba de las lógicas del riesgo, el daño y la intervención victimológica desde la buena voluntad.

*Delimitación del objeto de estudio.*

*Metodologías eróticas: explorando los espacios de investigación y las primeras reflexiones sobre etnógrafo sexuado.*

Las revisiones bibliográficas, el material teórico, las asesorías y las observaciones del trabajo, derivaban en la necesidad de encontrar otras formas de abordar el consumo, que me permitiera entenderlo más allá de una *conducta de riesgo*. Es debido aclarar que en todo el proceso, el Dr. Manuel Méndez compartió y guió conmigo las decisiones que se iban tomando en el avance del proyecto (aunque por redacción, esta introducción se narre en primera persona). Paralelamente a la búsqueda de información, había empezado a realizar el trabajo de campo, sobre todo para efectuar una especie de mapeo, un primer acercamiento a los espacios de encuentro de la ciudad, que me permitiera observar tanto la dinámica de los sitios donde se concretaba el sexo entre varones, como la posibilidad de presencia del consumo de sustancias psicoactivas en el sexo. Cada uno de estos acercamientos se fue registrando en el diario de campo. Había entonces que empezar a responder la pregunta: *¿Cuál era el espacio de encuentro ideal para el estudio y cual la sustancia para observar su consumo?*

Pero este cuestionamiento, puso en juego otro aspecto de mí, como observador. Aunque yo conocía a los espacios, y las reglas del juego que suceden ahí, el acudir ahora desde la investigación, materializaba cierta asimetría que derivaba en jerarquías. No era lo mismo acudir a *ligar* y a *coger*, que acudir a investigar o envuelto en el rol del investigador. Tenía claro, hasta ese momento, que el interés por esta modalidad de consumo de sustancias, provenía primero, por sentirlo como un problema ajeno a mí, donde yo no me veía involucrado y por lo tanto, tendría supuestamente, la capacidad de estudiarlo de manera objetiva.

Pero además de ello, existía la noción de una especie de superioridad desde ese no consumo, como si el hecho de no hacerlo me colocara con las capacidades de entender algo que yo nunca había hecho, y poder ubicar una solución a los efectos dañinos que yo daba por sentado como único efecto. Estoy hablado de esas

lógicas en donde la ayuda y supuesto entendimiento al otrx<sup>4</sup>, son jerárquicas, y al serlo anulan un proceso de empatía o aproximación. ¿Cómo pretendo encontrar una supuesta solución a supuestos problemas que yo no he vivido y encarnado? No es qué considerara inadecuado intentar entender un fenómeno que no había vivido. Más bien se trataba de reflexionar que las formas de acercamiento a un fenómeno estaban atravesadas por una intención, hasta cierto punto moralista, de intentar solucionar un problema. No solo se trataba de la *búsqueda de una verdad científica* sino que en ésta una serie de posicionamientos morales producían una distinción jerárquica con el otro, ese que consumía cuando tenía sexo, y en la que daba por sentado que yo, por no hacerlo, tendría la solución. No me daba cuenta que esta idea no solo me impedía un acercamiento más pleno al objeto de estudio, sino que dificultó también las decisiones metodológicas.

Esa ambivalencia entre el miedo a la sustancia, el prejuicio hacia los consumidores (que a la vez eran personas con las que me vinculaba fuertemente en el sexo y la amistad) la identificación como asistente a los lugares y la curiosidad por las sensaciones presentes en un encuentro sexual con sustancias, son procesos de subjetivación que también fueron puntos de partida. No lograba entender cómo la ingesta de la sustancia no fuera entendida siempre como riesgoso y peligroso, y más aún en contextos sexuales. No podía alcanzarlas a entender, más que como una serie de contradicciones. Pero sobre todo, me era difícil entender ese placer, ese que la sustancia les proporcionaba a los participantes de la práctica, y al cual yo no tendría acceso por no consumirla.

Poco a poco fui realizando las visitas etnográficas. Un cine porno, dos negocios de cybers, dos clubs expofeso para el encuentro y un sauna, dirigido también al mercado homosexual. Aunque cabe decir, que en ninguna de estas visitas iniciales pude observar directamente el consumo de sustancia alguna, lo que

---

<sup>4</sup> En esta investigación, se opta por el uso del lenguaje inclusivo, haciendo uso de la letra x en adjetivos y pronombres genéricos que así lo ameriten.

dificultaba la elección de cuál de ellas sería abordada en el tema y dentro de qué espacio de encuentro sexual.

Pero antes de resolver esta cuestión, otros elementos salían a flote. A diferencia de otros lugares de estudio, las visitas etnográficas a lugares de encuentro sexual son más difíciles de organizar dialogando y presentándose con los responsables de los espacios. Es decir, a diferencia de una comunidad, por ejemplo, donde el etnógrafo puede acercarse a las autoridades locales tanto para presentarse, como para tener apoyo y contacto, en el caso de los lugares de encuentro sexual, no sucede de esta manera. Decidí realizar la observación casi de incógnita. Ello por supuesto, se complementó con la forma en la cual establecí el contacto con los sujetos. En las zonas de ligue sexual, el sexo fue la vía para dicho contacto.

Desde las primeras visitas a los espacios, las reflexiones sobre el uso del cuerpo como instrumento de aproximación etnográfica se hicieron presentes. En su texto *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre varones*, José Antonio Langarita (2015) cita a Kulick (2005), para abrir el debate del papel que juega la sexualidad en la antropología, como una vía de acercamiento al otro. Critica y problematiza la tendencia de dejar la sexualidad fuera del trabajo etnográfico, mencionando que dicha omisión es completamente deliberada y obedece más a la intención de reafirmar que la experiencia del antropólogo debe quedar fuera, bajo el argumento de que es la antropología, precisamente la ciencia que estudia al otro, y por tanto, anular toda intervención de quien observa. Por ello Langarita dice:

Más que una estrategia para garantizar la supuesta ética y la objetividad científica, es una herramienta para que el antropólogo no vea comprometida su propia noción de sexualidad ni la jerarquía que se asocia alrededor del sexo (Langarita, 2015, p.47).

Para el autor, al mantener el sexo alejado del trabajo etnográfico, muchas de las formas de relaciones sociales que se constituyen utilizándolo como vía, se pierden a la mirada etnográfica. La enunciación del etnógrafo sexuado, o del etnógrafo como ser sexuado, deriva entonces en una serie reflexiones sobre puntos que exigen ser problematizados.

La estrategia se presentaba como simple: de no realizar los lineamientos y normativas de los espacios, es decir, por un lado las reglas que el mismo establecimiento pone en juego como lugar de encuentro y las formas normativas en que los sujetos establecen o acuerdan un encuentro sexual, de no entrar en esas dinámicas que habilitan el contacto erótico con los otros, el flujo de información no sería posible. Como algunos autores (Langarita, 2014, Jaques, 2015; Cardozo, 2015) y mi propia experiencia como asistente a los sitios referían, se trataba de espacios donde el anonimato presente era conformador de las formas de contacto y acuerdo entre los sujetos y tenían como efecto la construcción de un lenguaje de comunicación que no estaba basado en el habla, sino en miradas, roces y acercamientos. De esta forma, las prácticas de conquista, la negociación para la interacción sexual, entre otros, se ejecutaban bajo esquemas de silencio y se desarrollaba entonces todo un sistema a través de las miradas y los roces para entender con quién, cómo y dónde se podía relacionarse sexualmente y tener así acceso al placer, lo cual se vería limitado si se desconocían las formas comunicativas de conquista.

Y ante este sistema normativo del silencio, la única forma de acercamiento con el otro era el contacto sexual y erótico. Al no anunciarme como etnógrafo, ante la incapacidad de sentarme a explicar el motivo de mi presencia, la única vía de acercamiento a los sujetos y las dinámicas que vislumbraba el posible consumo, era el contacto erótico y sexual. La figura del observador participante se hacía viable aunque en realidad se trataba de una encarnación de las propias prácticas sexuales que se ejecutaban en los lugares.

Aclaro que en estas visitas, dada la intención meramente de sondeo, no existió una reflexión tanto profunda sobre el uso de la práctica sexual como vía de contacto. Pero las dudas habían empezado a plantearse. ¿Era viable el

acercamiento al otro en estos espacios sin el contacto erótico y sexual? ¿Qué implicaciones éticas tendría al trabajar con alguien con quien hubiera tenido esa práctica? ¿Era obligatorio entonces, el tener contacto sexual con todos los potenciales entrevistados? ¿Qué pasaba si no eran de mi agrado? ¿Tenía que ceder con tal de ganar una entrevista? ¿Qué pasaba si no era yo de su agrado? ¿Se negarían a ser entrevistados, dado que no les era yo grato para el sexo? ¿Qué pasaría si, por el contrario, rechazara la mínima expresión o insinuación de un posible encuentro? ¿Qué implicaciones tendría en la emisión del conocimiento?

Para poder ir clarificando esas y otras dudas, las bases teóricas entraron en escena. La línea de sexualidad, cuerpo y género del posgrado, ocupa como base teórica al post estructuralismo<sup>5</sup>. Encontré entonces una posible vía no solo para cuestionar las actuales formas de abordaje, que pudieran superar las visiones positivistas y las estructuralistas, si no que permitiera pensar al consumo desde otros posicionamientos. De entrada, el enfoque post estructuralista permitía alejarme de entender a la sexualidad como algo naturalmente dado o como un simple constructo cultural, y optar por entenderla desde Foucault (1977), como un dispositivo de poder y control ejercido sobre el uso de los placeres y los cuerpos.

Por otro lado, las visitas de campo empezaban a arrojar luz para la delimitación y por ende sobre las maneras metodológicas de acercarse al objeto de estudio, teniendo como base el uso de la etnografía como método de aproximación al campo<sup>6</sup> Decidí elegir el sauna. Una de las principales razones fue que era uno de

---

<sup>5</sup> Esta corriente teórica, nacida como respuesta al estructuralismo de la década de 1960, critica a este último por considerarlo aún vinculado a la metafísica, y sus representantes se enfocan en problematizar la forma dicotómica de entender la realidad, la visión organicista de la estructura social, la subjetivación y construcción de los sujetos y sus capacidades de acción social.

<sup>6</sup> La hermenéutica es entendida como “la ciencia y arte de la interpretación. Trata de deconstruir textos, para estudiarlos y/o colocarlos en sus contextos respectivos. Se trata de un método para comprender todos y cada uno de los lenguajes del mundo: cultural” (López, 2005, p. 291). Nace como respuesta a enfoques positivistas, los cuales intentaban comprender a los fenómenos sociales, como se habían entendido hasta entonces a las leyes de la naturaleza (la física, la química, la biología, etcétera). El enfoque positivista se maneja bajo lógicas estadísticas y cuantitativas. En comparación, la hermenéutica otorga una visión diferente de abordaje a problemáticas de índole social, pues permite entenderlos desde las subjetividades de los actores, las interacciones y dinámicas así como las motivaciones de los mismos para desenvolverse en el ámbito social. Por ello, el enfoque que se utilizará en esta investigación, será el cualitativo, entendido como aquel que utiliza recolección de datos sin medición numérica para descubrir o afinar preguntas de investigación y puede o no probar hipótesis en su proceso de interpretación (Sampieri, 2014). Por ello es que el método hermenéutico se hacía indispensable para tales objetivos y era la etnografía, descrita por Guber (2001) como una metodología artesanal que sirve para conocer, de primera mano, cómo viven y piensan los distintos grupos humanos de la tierra, como la más indicada para el acercamiento a los espacios. Según la autora, la etnografía enseña a observar y a clasificar fenómenos sociales y tiene como objetivo el conocimiento de los mismos, puesto que su fin es la observación de sociedades. Considerado: “el método de investigación por excelencia de la

los dos sitios que más conocía, pero además en el cual, en esas anteriores visitas como cliente, había observado el consumo de alcohol y de poppers y tenía referencias de conocidos y amigos, sobre la existencia de cocaína, marihuana y cristal. Además, el espacio era mucho más cómodo para mí, pues en dos de los otros lugares, la desnudez y baja temperatura había causado malestares en mi garganta.

Faltaba decidir cómo sería nombrado el espacio. Dado que el estudio se enfocaría de lleno en un solo lugar, era mi intención mantenerlo en el anonimato como sitio de encuentro. Tras varios nombres que no me convencían, decidí llamarlo “El Hedón” nombre de un sauna para encuentros entre varones, instalado en la ciudad de Córdoba, Argentina, donde realicé mi estancia académica. Su etimología me fascinaba más, porque refería al concepto de placer como lo contrario al dolor, incluso, en algún tiempo se trató de interpretar como la medida para cuantificar el placer mismo.

Restaba entonces la elección de la sustancia. Cuando mi asesor me preguntó las opciones, descargué el ramillete de químicos que había escuchado se consumían en el sauna. Porque solo dos de ellos me constaba por vista propia: el alcohol y el popper. Eso cerró las alternativas. Y entonces me decidí por el segundo. Pienso ahora, que fue más la curiosidad por aquello a lo nunca me había acercado lo que motivó a esa decisión. Había ahí una contradicción que llegaba a excitarme, una sustancia a la cual había tenido relativamente cerca pero que desconocía por completo sobre sus efectos en el cuerpo y en el sexo, y los posibles placeres que los estudios y amigos declaraban poder alcanzar cuando lo usaban.

De esta manera con la delimitación del lugar y la sustancia y pensando en la especificidad de la práctica acorde, la pregunta de investigación que sería la guía para actuar: *¿De qué manera se relaciona el consumo de poppers con las prácticas*

---

antropología social. Se lo define como un método cualitativo, caracterizado por la observación participante y el uso de la reflexividad” (Apud, 2013, p. 213).

*sexuales dentro de un baño sauna para varones en la ciudad de Puebla?* Tomando en cuenta que buscaba la articulación de determinados elementos y la forma en que estos se relacionaban durante la práctica, formulé como objetivo el *examinar la práctica del consumo de poppers en contextos sexuales, en un sauna para varones, en la ciudad de Puebla.*

El objetivo obligaba a enfocarse primero en describir el baño sauna (a partir de ese momento enunciado como “El Hedón”) de acuerdo a los elementos que lo relacionaban como un lugar de encuentro sexual para varones, con la práctica de consumo de poppers durante el sexo. Paralelo a esto, habría que identificar y analizar, el sentido que los sujetos le atribuían a las prácticas que realizan en el baño sauna, con relación a la práctica de consumo, como las dinámicas y esquemas de socialización, las formas de circulación de información, estrategias de contacto para el encuentro sexual y las formas de comunicación no verbal.

Por último, se debía analizar los posibles efectos en cuestión de salud, derivados de la práctica de consumo de poppers durante el sexo, la cual debía ser entendida como una práctica cultural que permitiera comprender la condición de salud de los sujetos, los significados que éstos le otorgaban y las estrategias implementadas a partir de la significación del uso de la sustancia y su relación con la salud.

Por lo tanto, ante la pregunta de investigación, la hipótesis que en su momento formulé dictaba que el consumo de poppers en el sauna, estaba relacionado con una serie de significados otorgados por los sujetos que participan en las dinámicas y que a través de dichos significados, se entendía como un elemento que les permitía desinhibirse. Por otro lado, con relación a la salud, postulé que existían significados con referencia a la práctica, no solo en términos de daño, sino también encaminados a lo lúdico. Esto permitiría a los sujetos elaborar una serie de estrategias que eran entendidas por ellos como medidas de prevención y protección ante el daño.

Dado que la investigación fue de carácter etnográfico, las observaciones se llevaron a cabo entre agosto del 2018 y diciembre del 2019. Realicé un total de 16 visitas, cada una de ellas con una duración aproximada de 5 horas, en distintos



horarios y días, con la intención de poder capturar los posibles y variados escenarios que el espacio presentara. Cada una de las visitas y entrevistas las documenté en un diario de campo, el cual es una de las herramientas básicas del método etnográfico, donde no solo quedaron plasmados los datos de la observación densa, sino que incluí las reflexiones y el registro de procesos afectivos que estuvieron presentes durante dicho periodo de trabajo.

De igual modo, fue necesario determinar cuáles serían los criterios de inclusión y de exclusión metodológica para los sujetos que formarían parte de la investigación. Aunque el concepto de *muestra* es más propia de las investigaciones cuantitativas, Sampieri (2017) señala que, es posible hablar del concepto en este tipo de investigaciones, dado que “el muestreo cualitativo es propositivo, y las primeras acciones para elegir la muestra ocurren desde el planteamiento mismo y cuando seleccionamos el contexto, en el cual esperamos encontrar los casos que nos interesan” (p. 385). No se trató de un muestreo estadístico o porcentual, sino más bien, fue posible hablar de un perfil etnográfico que contempló a varones que asistían al sauna en busca de encuentros sexuales, mayores de edad, y que se identificaron como homosexuales. Cabe señalar que aun cuando el establecimiento mantiene cierto carácter cosmopolita, y está enfocado a un perfil de cliente tipo turístico y de estrato social medio/alto, éstas no fueron condiciones de inclusión determinantes para la muestra.

Dentro del sauna establecí contacto con los sujetos, a los que les explicaba los fines de la investigación y les invitaba para ser entrevistados. En total utilicé información de 6 entrevistas a profundidad con una estructura abierta, entendiendo que éstas “se fundamentan en una guía general de contenido y el entrevistador posee toda la flexibilidad para manejarla”. (Sampieri, 2017, p. 403). Para su aplicación, elaboré una guía de entrevista con base en el objeto de estudio, en la cual se identificaron ítems enmarcados en los ejes: datos generales, desarrollo del sujeto (infancia, entornos familiares, comunitarios, laborales y escolares) vida sexual, asistencia a lugares de encuentro, consumo de poppers y otras sustancias, y sexualidad y salud.

Además de las entrevistas, y como parte de las herramientas del método etnográfico, existió también un diálogo con informantes clave del sauna, como es el caso de los propietarios, el personal responsable de la seguridad y/o mantenimiento, un proveedor de poppers en el sauna, además de diversos asistentes con los cuales se pudo conversar con respecto al entorno, las dinámicas e interacciones, normatividades existentes y procesos de comunicación. Por lo que además de los entrevistados a profundidad, existe la participación aproximada de otros 10 sujetos.

Cabe aclarar que, aunque mantuve el diálogo con los propietarios del establecimiento, opté por mantenerme incógnito en cuanto a la investigación, ya que ignoraba cuales serían sus posibles reacciones al conocerla. Podrían considerar mi presencia inoportuna o hasta peligrosa y ello interferiría en el ingreso o estancia en el lugar.

Utilicé, como una forma alterna para ampliar el contacto con los sujetos, el uso de la aplicación para encuentros sexuales denominada *Grinder*<sup>7</sup>. Lo que hice fue colocar un anuncio con la siguiente descripción:

¿Me hechas una mano?...

Ayúdame a realizar mi investigación de maestría. Estoy buscando varones mayores de edad que gusten del consumo de poppers, cuando visitan El Hedón. La idea es realizar entrevistas a profundidad, rescatando sus experiencias. Sin fines de lucro. No ofrezco ni pido remuneraciones económicas.

Fueron varias las experiencias notables ante el uso de esta herramienta. Como la publicación del anuncio permite mostrar una foto, primero intenté un anuncio lo más serio posible, por lo que pegué la foto de unos libros. No hubo respuesta alguna. Lo segundo fue una imagen de botellas de poppers. Y sí, hubo interesados,

---

<sup>7</sup> Decidí hacer uso de esta aplicación de citas entre varones, a partir de un trabajo del Dr. Camilo Braz donde la utiliza como herramienta metodológica.

pero todos preguntando el costo de la sustancia. Ninguno de los que recibieron la explicación se interesó en el proyecto. Por último puse una fotografía mía con el torso desnudo. La respuesta fue diferente. Sin embargo, no todos parecían entender bien el mensaje. Hubo alrededor de 6 entrevistas que se hicieron pero que al momento de estar grabándolas, denotaban que no conocían el sauna, ni siquiera visitar lugares de encuentro o bien, acudir a ellos pero no usaban la sustancia. Otros más, se mostraban molestos porque pensaban que era una estrategia para tener relaciones sexuales, así que al verse inmersos en una entrevista, inventaban excusas y desaparecían.

Incluso, uno de mis amigos me mostró una publicación en otra red social, donde se hace mofa de mi anuncio, diciendo que seguramente era una estrategia para contactar con *gente adicta*. Al final, la herramienta fue útil para contactar con las personas, aunque no todas ellas cubrían el perfil, pero abrió un campo de reflexión que espero mostrar adecuadamente más adelante de esta introducción y en las conclusiones de este trabajo.

Las aportaciones de la investigación pueden rastrearse en el hecho que abordaba una problemática que en México ha tenido muy poco acercamiento, y mucha de la información se derivaba de los abordajes realizados en países como España y Estados Unidos. Pensar en la especificidad con respecto al consumo de poppers y en un baño sauna, es también un contexto de investigación que no se ha problematizado. Si bien existían acercamientos sobre la dinámica de los encuentros sexuales entre varones y los baños saunas como lugares de encuentro, no se aborda la especificidad que ofrece el consumo de sustancias psicoactivas dentro de determinados contextos. De alguna manera la investigación también aporta al desarrollo del conocimiento antropológico en materia de salud y sexualidad, dado sus acercamientos a estos dos rubros. La utilización del método etnográfico y la recopilación de experiencias de los sujetos a través de la entrevista profunda permiten acceder a aspectos del fenómeno que desde otras ciencias no ha sido posible, por lo que la propuesta es importante también desde el punto de vista metodológico. Intento además, que la serie de reflexiones que expongo sobre

aciertos y errores de carácter teórico, metodológico y experiencial, sean también puertas de reflexión continua.

En el primer capítulo de esta tesis, se muestra la etnografía del lugar. En esta descripción también, voy presentando de a poco a mis interlocutores, personas a quienes le debo la voz de estas prácticas y espacios, que se entrelazan con la mía para poder enunciar lo que sucede en este sitio. Aunque tienen presencia a lo largo de todo el trabajo, algunos capítulos abordan más particularmente las experiencias de algunos de ellos.

El primero al que entrevisté es Pancho. A él lo conozco desde el 2012. Como muchos de mis amigos gays lo conocí en una aplicación, en *manhunt* creo, desde el año 2009, y como muchos también de mis amigos, tuvimos algunos encuentros sexuales. Desde esos encuentros empezamos a crear una amistad muy sólida. Muchos años y muchas vivencias nos han unido a grado tal, que nos consideramos mejores amigos y hemos creado muchos sistemas de apoyo mutuo y respeto. De hecho, Pancho fue uno de los sujetos, de las figuras que me motivaron al tema de tesis. Es muy importante para mí, el que su testimonio formara parte de esta investigación<sup>8</sup>. Mi amistad con Pancho me hace pensar mucho en lo que Foucault (1981) mencionó, en *De la amistad como modo de vida*, donde plantea que la existencia de ésta entre hombres homosexuales sería una posibilidad de subversión, una nueva alternativa de socialización, cuestión que generaba temor entre la sociedad al ser una posible génesis de nuevos modelos de convivencia que se aparten del matrimonio heteronormativo.

Pancho tiene 44 años. Es alto, moreno, de barba y cejas abundantes. Con un cuerpo musculoso, (él es frecuentemente mi compañero de entrenamiento en el gimnasio) mi amigo siempre ha sido atractivo en el ambiente, más por su masculinidad, que por su físico. Pero lo que lo identifica, son sus múltiples tatuajes y sus perforaciones, que se dibujan en el cuerpo y que chocan con su trabajo como

---

<sup>8</sup> Hace tiempo que vivo en su casa, desde que me instalé en esta ciudad, bajo el sistema de apoyo al que refiero, sobre todo para la atención de las varias mascotas que viven en la casa y a los que he visto ser rescatados de la calle y testificar como el amor y cariño les han ayudado a superar sus difíciles días como vagabundos. Los siento míos también y ellos me reciben moviendo su colita y dándome lengüetazos cada que llevo a la casa.

estilista, pero que siempre he pensado es su “carta fuerte” para el ligue. Aunque ha tenido relaciones serias, luego del fallecimiento de su último novio, hace ya 8 años, nunca ha reconocido un enamoramiento y rechaza la idea de relaciones de noviazgo desde entonces. Pancho frecuenta los lugares de encuentro mucho más que yo, y es asiduo al consumo de diversas sustancias.

La segunda entrevista fue con Julián. Es un chico veracruzano de 32 años, estudiante de posgrado en la universidad del Estado, situación que lo hizo establecerse en esta ciudad. Julián tiene la piel morena, un cuerpo musculoso y una gran sonrisa. Lo conocí durante una de mis primeras visitas de campo. Lo noté tímido, pero al regalarme su gran sonrisa, tuve la confianza de acercarme a él y poder platicarle lo que venía trabajando. Hablamos un poco en el lugar y concretamos una cita posterior para poder entrevistarle. Con Julián construí una amistad después de trabajar mi tema. Es común que mantengamos contacto por redes sociales y platiquemos nuestras actividades. Poco a poco le he tenido un cariño muy especial, me inspira ternura y es común que me platique sus contratiempos.

Caleb es mi tercer entrevistado. Nos conocimos alrededor del 2010. En ese entonces yo trabajaba en el Centro de Reinserción Social (Ce.Re.So.) de Teziutlán, y él, era elemento de la policía municipal. Salimos un tiempo, pero nunca se formalizó nada. Tras poco más de medio año, decidimos no continuar buscando una relación y cada quien tomó su camino. No obstante, jamás nos perdimos contacto. A través de redes sociales, o amigos en común, mantuvimos cierto trato. Tras instalarme en la ciudad de Puebla, era frecuente que, cuando viajaba a Teziutlán a visitar a mi familia, le avisaba y salíamos a algún sitio.

Caleb es un hombre muy atractivo, su rostro siempre ha inspirado ternura por sus rasgos infantiles; boca pequeña, ojos grande y abultadas mejillas que siempre están rojas, y que contrastan con su color de piel morena, sus cejas espesas le dan un marco atractivo a su mirada. Es rollizo, con espalda ancha y piernas y glúteos carnosos, eso siempre me gustó de él, aunque su autoconcepción de él mismo es el sobrepeso. Lo más atractivo de él, es su pasado como elemento de policía

municipal, no solo lo digo yo, varios en la ciudad estaban encantados con verlo en uniforme. Su voz es muy dulce, siempre le bromeaba diciendo que parecía voz de alumno de secundaria y respondía con una sonrisa dulce y tranquila.

Caleb tiene 30 años, es originario de Teziutlán Puebla, tiene la licenciatura en Márquetin político y actualmente trabaja en una empresa telefónica. Al igual que muchos en Teziutlán, es común que los fines de semana viajen a las ciudades de Puebla o Xalapa, para asistir a los lugares de ambiente gay. Para cuando escribo esta tesis, me ha contado que tiene una relación sentimental con un chico de Perote, Veracruz, donde reside actualmente.

José Luis es la cuarta entrevista que realicé. Me acerque a él, ya casi terminando el día en el sauna, un tanto desgastado por la dinámica de aquella ocasión. Es un chico alto, moreno, de rostro atractivo, facciones finas y serias, enmarcados con unos lentes redondos bastante bonitos para mi gusto. Ese día, portaba orgulloso un dije, el símbolo de la *psi*, elemento que me ayudó a animarme a acercarme para contarle de mi investigación y pedirle que nos viéramos para una entrevista. Tiene 26 años, es originario de Huauchinango, Puebla, aunque radica en la capital desde hace 6 años. Es el único de los entrevistados que vive con su pareja, un chico 4 años mayor que él. Es psicólogo y trabaja en una cadena de tiendas de autoservicio, como administrativo, por lo que sus ingresos le permiten una vida económicamente estable.

Luego está Fernando. Alrededor del 2012 conocí a su hermano *Manolo*<sup>9</sup>, quien fue compañero mío en un proyecto que estaba dirigido a realizar trabajo comunitario en poblaciones marginadas. Manolo siempre me hablaba de su hermano, Fernando. Siempre usaba conmigo un discurso muy recurrente entre los amigos heterosexuales: “te presentaré a mi hermano, seguramente te gustará, él también es gay”. No obstante, en este caso si era verdad. Fernando me pareció muy atractivo desde el día en que lo conocí, a través de Manolo. Tuvimos contacto, y frecuentemente platicábamos por redes sociales. Fue por este medio como contacté

---

<sup>9</sup> El nombre real ha sido cambiado por no contar con la autorización directa de la persona para la redacción de este trabajo.

con él: en esta ocasión, vio mi perfil en *Grinder*, leyó sobre mi proyecto y recordó quien era yo, pues tenía alrededor de 3 años que no teníamos contacto alguno. De unos 1.70 metros de estatura, 29 años, cabello ondulado y castaño, barba espesa y lentes de pasta redondos, de piel blanca, cuerpo rollizo y peludo. Joven y agradable, labora como administrativo de una universidad privada. Su plática es fluida y deja ver un alto nivel educativo, pero lo más atractivo de él es su sentido del humor que mezcla inteligentemente en cualquier plática que entabla.

La última entrevista pertenece a Fabián. Es un profesionalista de 26 años, que trabaja actualmente en obras de construcción como ingeniero. Vive con sus padres y hermanos en una unidad habitacional al sur de la ciudad. Fabián tiene piel blanca y su rostro luce una barba de 3 días, estatura baja y cuerpo rollizo y fornido. Es interesante en su plática y amable, suele sonreír y es agradable escucharlo en sus narrativas. Lo conocí cuando, casi al final de una jornada, usó la misma técnica al mostrarme su pene mientras se masturbaba solo entre el vapor y cubriéndose discretamente con el pareo humedecido, enmarcando la verga entre la eroticidad. Tras tener un encuentro sexual con él, platicamos sobre mi trabajo de investigación, y accedió a apoyarme. La entrevista la realizamos en dos partes: primero en un restaurante cercano a su domicilio y posterior en un parque de la ciudad. Fabián se enorgullece de su rol sexual activo y las proporciones de su pene, ambos elementos que considera son su mayor atractivo para ligar en los lugares de encuentro.

*“Chemsex” como anulación de lo lúdico en el consumo de sustancias:*

*El estado del arte.*

En el momento de realizar la recopilación sobre el consumo de poppers en contextos sexuales, este parecía ser un tema poco documentado, por lo que fue necesario rastrear antecedentes desde los otros elementos que integraban también la propuesta. De esta manera se revisaron investigaciones en torno al tema de la

sexualidad entre varones y los lugares de encuentro<sup>10</sup>, la vulnerabilidad y determinación social en salud<sup>11</sup> y estudios sociales sobre la ingesta de sustancias<sup>12</sup>, principalmente en América Latina y España.

Las investigaciones que se centraban en el consumo de sustancias, mantenían un enfoque sistémico en cuanto a la distribución desigual de los recursos a los que los consumidores podrían alcanzar en materia de atención a la salud. Sin embargo tampoco se enfocaba en el uso lúdico de la práctica del consumo. Los estudios que ubicaban al consumo de sustancias en contextos sexuales utilizaron el concepto de *chemsex*, terminología anglosajona que hacía referencia al uso de químicos durante o para el sexo. Tienen una considerable proliferación a partir del año 2016 y España se coloca como el territorio con más producción del tema en habla hispana. Fernández Dávila se ubica como uno de los investigadores más adentrados y referidos en el tema.

En el 2016, el autor entendió al *chemsex* como el uso intencionado de sustancias y lo dividió en un *uso problemático* (dependencia, e interferencia en la vida cotidiana) y *uso no problemático* (episódico). Realiza también un estudio de contraste entre población homosexual y heterosexual practicantes del *chemsex*, en donde el elemento *expectativa de familia a futuro* representaba un tope para este tipo de prácticas en la población heterosexual por lo que el estudio parecía reiterar a la población homosexual como más vulnerable al fenómeno. Utilizó el término *hombres que tienen sexo con otros hombres* (HSH) para referirlo como un colectivo

---

<sup>10</sup> *Escritos en el cuerpo. Higienismo y construcción médica de la homosexualidad en Brasil republicano y Las nuevas etnografías homoeróticas en Argentina. Comentarios al libro de Horacio Sivori: "Locas, Chongos y Gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990".* De Carlos Figari. *Algunos usos de la figura de la travesti en la cultura popular cordobesa, Gays y gaisesen los bailes de Cuarteto, Humor, homofobia y heterosexismo entre los jóvenes de sectores populares de Argentina y Hacer belleza género, raza y clase en la noche de la ciudad de Córdoba* de Gustavo Blázquez. *Machos a la media luz: Miradas de una antropología impropia*, De Camilo Braz. *Cruzando los umbrales del secreto: acercamiento a una sociología de la sexualidad. Casas de baño para hombres, objetos de la investigación social* de Darío García Garzón. *Fiestas, baños y exilios: los gays porteños en la última dictadura*, de Rapisardi. *Húmedos Placeres. Sexo entre varones en saunas de la ciudad de Puebla* de Alberto Teutle y Mauricio List.

<sup>11</sup> *Llueve sobre mojado Desigualdades sociales y vulnerabilidades en salud en la adolescencia y juventud* de Alejandro Cipriati. *Cobertura Universal de Salud -CUS-vs Derecho a la Salud Un análisis ético y político sobre lo "universal" en salud en "tiempos de restauración conservadora" y Responsabilidad social vs Responsabilidad individual* de María Graciela de Ortúzar-

<sup>12</sup> *Contra el determinismo farmacológico: sociología de las drogas y reflexividad* de Marcos Muñoz Robles. *Las adicciones como construcción social: conocimientos, posicionamiento público, e implementación estatal de tratamientos* de Luciano Guillermo Levin-



olvidado desde la *prevención positivista*, dado que las acciones de intervención, no incluían la detección de necesidades y problemas psicosociales de sus integrantes.

Hizo hincapié en la población de HSH portadora del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) como quienes más practicaban el chemsex e incluso el policonsumo. Resaltó cómo el uso de nombres coloquiales para las sustancias, derivaba en que muchos usuarios solo las conocían por este referente, ignorando muchas de las características de aquellas que consumían. En cuanto a los contextos socioeconómicos, ubicó una relación con el trabajo sexual y el desempleo, como condiciones donde la realización de la práctica era más común, así como la capacidad adquisitiva para la compra de las sustancias. La migración aparece también como factor preponderante, pues al radicar lejos de su lugar de origen, el sujeto estaba menos presionado por un aparente control moral de sus lugares de residencia.

Los motivos para la ejecución del chemsex mostraban: aumento de libido, intensificación del placer sexual, facilitación de la desinhibición, prolongación de la duración de las sesiones, facilitación de prácticas dolorosas, búsqueda de conexión con el otro, búsqueda de intimidad emocional y alivio de estados disfóricos. Utilizando un modelo ecológico<sup>13</sup>, explicó cómo la influencia de la hipersexualización cultural en la comunidad gay, a la que señalaba como “masculinizada, sexualizada y falocéntrica, hedonista e influenciada a tendencias foráneas” eran condiciones permisibles para la práctica chemsex. Refirió como uno de los factores de riesgo, el tiempo de duración de la práctica: a mayor tiempo, mayor eran los riesgos o daños como la irritación, heridas, sangrado, rasgado y laceración de miembros genitales; que no se percibe por la reacción analgésica de las sustancias y que se relaciona con la infección al VIH o ITS. (Fernández- Dávila, 2016).

Joseph Coll (2016) aportó al análisis del chemsex, la noción de no ser un fenómeno reciente, pero que sí se había observado un cambio en los patrones de consumo, en cuanto a los tipos de sustancias y los escenarios donde se llevan a

---

<sup>13</sup> En donde explicaba cómo el fenómeno podía ser leído desde diferentes niveles: individual, grupal contextual, comunitario, social y estructural.

cabo. Coll habló sobre los riesgos de la práctica: un mayor riesgo de infección del VIH y otras infecciones de transmisión sexual (ITS), problemas relacionados con la adicción a la sustancia, intoxicación, mala adherencia al tratamiento antirretroviral e interacciones farmacológicas, para el caso de los portadores de VIH (p. 78). Sin embargo, estaba en contra de asegurar que la práctica chemsex era directamente relacional con el *contagio*<sup>14</sup> de VIH, pues esto descartaba una multiplicidad de variables para la no infección como la medicación, el estado indetectable, la no portación del virus, etcétera (Coll, 2016). Para el año siguiente, Raúl Soriano (2017), realizó un acercamiento con respecto al chemsex y su relación con las aplicaciones virtuales (apps) de encuentro, para la búsqueda de sesiones chemsex y compraventa de sustancias. Concluyó que la comunicación era compleja y difícil de identificar, ubicándolo como un fenómeno dinámico que variaba en cada ciudad de España y con cambios al paso del tiempo.

Por otro lado, Helen Dolengevhic (2017) ubicó al chemsex entre población de hombres jóvenes, con nivel educativo alto y con una capacidad adquisitiva considerable que buscaban mantener relaciones sexuales generalmente en periodos largos y con múltiples parejas. Ubica como una de las drogas más usadas en esta práctica, a la mefedrona-MMC<sup>15</sup> (90% de consumo) haciendo un cruce con lo que llamó *conductas sexuales de riesgo*, realzando la capacidad de la sustancia para ser absorbida por la mucosa anal. La desinhibición y excitación sexual provocadas por la sustancias, favorecían las prácticas sexuales que ella denominaba como *agresivas* (entre las que enunciaba estaba el fisting<sup>16</sup>) dada su capacidad de relajación del músculo liso y disminución del umbral del dolor. Dolengevhic (2017) utilizó la investigación de Bourne (2015) para referir cómo la sobredosis de la sustancia y la combinación con otras, producía una pérdida de los

---

<sup>14</sup> Decidí mantener el término *contagio* que utilizan los autores en sus investigaciones, pues su uso me parece importante para comprender la lectura que se da de la enfermedad y del chemsex en sus trabajos.

<sup>15</sup> La mefedrona (4-MMC, 4-metilmecatínona) es un análogo sintético de la catínona, la sustancia psicoestimulante contenida en el Khat. Químicamente es un derivado de la feniletinamina que comparte la misma estructura que la 3,4 – metilendioximetanfetamina (MDMA, éxtasis) y otros derivados anfetamínicos. A partir del 2008 el desabastecimiento de 3,4 – metilendioximetanfetamina (MDMA, éxtasis) convirtió a la mefedrona en una de las nuevas sustancias psicoactivas (NSP) más populares y la alternativa legal al éxtasis, por sus propiedades euforizantes y entáctogenos. La aparición de efectos indeseables, intoxicación e incluso casos de muerte asociados a su consumo propicio en algunos países su fiscalización en 2010. (Papaseit, E. ,2016, p.6)

<sup>16</sup> También es conocido como *Fist Fucking*, consta en introducir completamente el puño en el ano o la vagina propios o de otra persona. ( Información de la página *DesastreMX* que brinda información sobre salud en sexualidades diversas y derechos sexuales. 13 de diciembre del 2016)

estados de conciencia y capacidades de memoria generando vulnerabilidad ante posibles abusos sexuales, lo que habilitaba un acercamiento al sentido de vulnerabilidad durante la práctica.

Jaques (2015), introdujo un elemento más complejo e interesante. Para el autor el propio placer parecía estar vinculado al daño y al peligro, a través de las llamadas *prácticas de riesgo*<sup>17</sup> durante el sexo, término usado para referirse, por ejemplo, al no uso de preservativo, o prácticas sexuales como el fisting o el uso de sustancias psicoactivas, explicado por una disminución de la percepción de riesgo.

En México, el chemsex ha sido abordado por Félix Iván Huerta Lozano (2018) quien ubicaba tres elementos significativos a partir de los cuales problematizaba el consumo de sustancias en contextos sexuales: determinadas prácticas de riesgo asociadas al consumo de sustancias, el papel de las redes sociales y aplicaciones, y el problema de la automedicación con antirretrovirales. Aunque se trata de un artículo para la revista de difusión de Centros de integración juvenil (CIJ), contiene elementos importantes, como el hecho de ubicar a la práctica *slamming*, (consistente en el uso exclusivo de sustancias vía intravenosa) así como el papel del lenguaje que, según el investigador, se recodifica ante el panorama de las nuevas aplicaciones tecnológicas.

Huerta exaltaba su preocupación por los practicantes portadores de VIH, pues narra que suele haber combinaciones no convenientes con los antirretrovirales, por lo que demanda una atención superior por parte de los investigadores y expertos en intervención en materia de adicciones, relativo a los derechos de minorías sexuales, puesto que ubica como una causa sociológica, el que “este colectivo tiene un ciclo vital distinto, una diferente socialización (Garín, 2016) y, por ende, otras maneras de relacionarse y entablar vínculos erótico-sexuales y afectivos” (Huerta, 2018, p.65). Otra de las publicaciones de CIJ en torno al chemsex, es el trabajo de Hugo González Cantú (2017), a través de acercamientos en terapia con pacientes que

---

<sup>17</sup> Aquellas prácticas sexuales que aumentan el riesgo de adquirir alguna infección de transmisión sexual (ITS) o que producen algún trauma directo al ano o recto. (CENSIDA, 2008, p. 24).

acuden con padecimientos de salud derivados del chemsex<sup>18</sup>. Por otro lado, Ricardo Baruch Domínguez, Investigador del Instituto de Salud Pública, había tocado la problemática enunciándola como un problema que se desglosa principalmente en la comunidad gay urbana, ligada a la libertad sexual pero sobre todo al acceso a la adquisición de las sustancias y articulado al conocimiento de ciertas personas sobre el uso y efectos de las mismas. Domínguez enuncia el chemsex profundamente ligado a la infección de VIH sobre todo en HSH y mujeres transexuales. En su opinión, aunque refiere que la prevención debe hacerse desde la salud mental, no lo ve como una adicción, pero sí como actividades recreativas que pueden comprometer la salud (Yucatán Info. 2018).

Otros son los escenarios donde se había problematizado el fenómeno, como el activismo. Sobre todo en países como Alemania, Inglaterra, España y Estados Unidos, donde múltiples asociaciones habían trabajado para poder encuadrarlo dentro de las políticas públicas de su país, como una necesidad de intervención a través de múltiples campañas desde plataformas digitales (blogs, videos y páginas informativas) donde el chemsex era abordado como una práctica de disfrute, ante la cual lo más sensato era informar sobre las técnicas y estrategias durante las sesiones y eventos como una sobredosis o intoxicaciones (Stopsida.org, 2019). Junto con organizaciones internacionales como Cruz Roja, algunos activistas habían creado espacios dirigidos a población que practica el chemsex, cómo en el caso del centro *Dean Street* en la ciudad de Londres, dirigida por Davis Stuart. Además de considerar la especificidad del fenómeno chemsex, en la asociación se problematizaba los contextos de estigmatización a la que los usuarios se enfrentaban (DesastreMX, 2018).

---

<sup>18</sup> En la página oficial de CIJ, la intervención del Dr. González en el tema reza de la siguiente forma: "El chemsex es la práctica de relaciones sexuales usando una diversidad de sustancias, particularmente entre hombres que tienen sexo con hombres (HSH). En los últimos años se han agregado a esta práctica sustancias cada vez más riesgosas como el crack, y sustancias sintéticas como la metanfetamina, el GHB y la mefedrona. La combinación de estas prácticas de riesgo aumenta la complejidad en su identificación, evaluación y tratamiento" (SSA, 2017).

Las redes sociales y plataformas informativas como blogs y páginas digitales de salud son otros de los espacios donde se ubicó el tema en nuestro país. Aunque no se trataba de trabajos científicamente sustentados, me pareció importante incluir el enfoque que estos manejan, dada la enorme influencia que tienen en la opinión pública. Principalmente, aquellas narrativas que se enfocaban en la preocupación por parte de la comunidad médica, ante el incremento y efectos de la práctica chemsex, sobre todo en poblaciones juveniles. De acuerdo con estos reportajes y artículos, el objetivo del chemsex es durar en la práctica sexual hasta 72 horas continuas, sin comer ni dormir (Capital Digital, 2017). No obstante, cabe destacar el trabajo informativo de otros sitios web, como el caso de *DesastreMX*, donde el abordaje se hace más en materia de prevención, al informar sobre los posibles riesgos relacionados con VIH durante la práctica chemsex, así como delitos contra la comunidad LGTBTTI, donde el *modus operandi* incluye el uso de sustancias para vulnerar a las víctimas. En estas páginas, se comprende al chemsex desde su finalidad de “disfrutar de sexo desinhibido y lo más duradero posible” (Olvera, 2018). Parecía entonces, que el abordaje desde enfoques médicos se centraba en el *riesgo, peligro y daño en la salud* para describir la práctica de consumo en contextos sexuales. Aun y cuando algunas de estas investigaciones se acercaban a elementos como el *placer*, éste era más bien entendido como una de las razones y/o motivaciones de los sujetos para la implementación del consumo, sin abundar más, quedando por lo tanto bastante limitado.

Por estas razones, decidí que el termino *chemsex*, usado como terminología que identificaba la práctica, no lo utilizaría en esta investigación, porque de alguna manera reproducía las lógicas clínicas desde donde se venía abordando. Llamaba más mi atención la forma en que desde el activismo se venía problematizando el objeto a través de la atención de los efectos del consumo de sustancias en contextos sexuales. La gente que trabajaba directamente con aquellos sujetos consumidores y que conocían las historias de vida y narrativas, apostaban por entender la práctica desde su especificidad.

*El etnógrafo sexuado o las implicaciones de hacer etnografía en contextos sexuales*

Al igual que en todas las investigaciones, mientras elaboraba el presente trabajo, cuerpo y subjetividad se veían atravesados por una serie de sensaciones y reflexiones que se entrecruzaban mientras los enfoques teóricos fueron modificando la forma de abordar el objeto de estudio. Más aun, estas reflexiones se incrementaban al momento de realizar el trabajo de campo, referente al uso del cuerpo y el ejercicio de prácticas sexuales como vía para la obtención de información y contactos. El uso del cuerpo (desnudo) como herramienta etnográfica fue un punto de tensión que se mantuvo como una constante. Me ayudaría partir del supuesto lógico que nació cuando se delimitó la investigación: trabajar en un baño sauna para encuentros sexuales, obviaba el uso del cuerpo desnudo para el trabajo de campo. Como el mismo Langarita señala: “el antropólogo puede decidir no tener sexo en su etnografía, pero no puede des - sexualizarse cuando entra al campo de investigación” (Langarita, 2015, p.48). En este primer punto, me parece que obviaba las palabras del autor, y no entendía que mi sola presencia en el espacio sería atravesada como sujeto sexuado.

A manera de estrategia sugerida por el asesor de tesis, probé distintas formas de introducirme al sitio, buscando cual era la más viable, pero sobre todo, ubicando las posibles consecuencias y efectos que trajera consigo el adentrarse al sauna en diferentes posicionamientos. De esta manera, jugué con las posibilidades. Entré a campo como observador alejado: me movía desnudo entre los lugares solo observando a la gente y sus dinámicas; observador participante: actuaba las dinámicas y normas de gestión para el encuentro sexual y consumé encuentros sexuales, incluso participaba en sexo en grupo o con parejas. Otras veces como una figura completamente ausente: me mantuve quieto en áreas específicas por largos periodos de tiempo sin hablar con nadie, solo observando incluso rechazando cualquier insinuación para un encuentro. Otras más como extremadamente sociable: sonreía y hablaba con todo mundo, participaba en múltiples prácticas de

sexo y encuentros o incluso buscando romper con ciertas reglas y protocolos, por lo que tuve algunos conflictos, por ejemplo, con el chico que realiza el aseo en el sauna. De esta multiplicidad, el ejercicio parecía derivar en un grato accidente: los diferentes posicionamientos me permitieron observar una serie de normatividades que yo, como asistente a los lugares de encuentro, daba por naturalizadas. Normatividades que habilitaban las interacciones de los sujetos que estamos presentes. Me di cuenta que cuando no ejecutaba dichas normas, no había manera de acercarme a los sujetos, mucho menos de obtener un contacto o información. Sin embargo, esto solo sucedía al inicio del trabajo de campo y el acercamiento con el otro.

Una serie de reflexiones se derivaron a partir de usar el cuerpo como herramienta para emitir conocimiento. En un principio, quería mostrar dichas reflexiones en esta introducción, pero a recomendación acertada de mi asesor, estas se muestran en las conclusiones. Remarco acertadas porque al final del día, el trabajo reflexionado no solo es importante para la construcción del conocimiento sino para mi propio crecimiento personal. Quiera uno o no, se trata de un trabajo constante de autorreflexión, que hace inevitable cuestionarse, y fantasmas viejos salen para invitar a cuestionar aquello que parecía estable.

Cabe aquí reflexionar una serie de elementos que fueron puestos en la mesa en este texto. Debo bien partir del punto, de que la elección de los sujetos respondió a determinados criterios de selección en cuanto población de estudio, como se mencionó anteriormente.

Es importante reconocer esas particularidades, pues en los criterios de inclusión y de exclusión para los sujetos que conformarían parte del estudio, pues por un lado, consideré a varones, que se reconocieran con prácticas homosexuales, que asisten o han asistido al sauna y que consumen o han consumido poppers. Y este filtro, por denominarlo de alguna manera, conlleva a algunos efectos: asumí que el reconocimiento de los sujetos desde sus prácticas era suficiente para cubrir los criterios de inclusión, por lo que no pregunté directamente, si ellos se asumían

o no con su orientación sexual. Reconozco que este punto hubiese abierto múltiples posibilidades por demás interesantes.

Por otro lado, es importante también hacer hincapié en el mecanismo que utilicé para el reclutamiento de los mismos, debido a que éste se basó en la empatía con ellos. Es decir, fueron los que a mí, me resultaron atractivos y buscaba una forma de acercarme a ellos.

El dato es revelador, osea, se trata de un dato que tiene la capacidad de revelar algo importante en el desarrollo del trabajo, más que un sesgo de información, aunque esto último pareciera un efecto. Se trata entonces de realizar un ejercicio reflexivo para dar cuenta de cómo, en ese momento, el criterio para acercarme a los sujetos fue el hecho que me resultaban atractivos y buscaba la forma de relacionarme o articular algo con ellos.

Al final del día, yo también me encontraba atravesado por esas lógicas que en el sauna se significan como el éxito, y que orientan a los sujetos en sus acciones. Asumo, como lo mencione, que no fue la mejor elección y que ello tuvo repercusiones en el trabajo. Pero lo hecho, hecho esta. En todo caso, podría pensar en un intención de producir un conocimiento a partir y en función de esa dinámica significada como éxito sexual y lo que a mi me significaba como atractivo.

Ahora bien, cabe afirmar que era yo, quien se sentía a ajeno a los sujetos en el tenor de no ser consumidor de la sustancia. Pienso que de ahí, puede observarse esa distribución asimétrica de mi parte la cual, sin ser una justificación, es un posicionamiento común en el estudio y acercamiento de las sustancias psicoactivas. Es decir, reconozco que los esfuerzos por librarme de aquellos prejuicios que se señalan en mi trabajo, procedentes de los discursos clínicos, esta presenten en determinados sesgos. Derivado de ello, es que tomé la decisión de no ingerir la sustancia como parte del proceso metodológico y de acercamiento al objeto de estudio, toda vez que no contemplé la posibilidad de con ello esas jerarquías podrían quedar anuladas. Por lo tanto fue un punto que no se reflexionó, y me



mantuve en mi postura de no ingesta a lo largo del trabajo, aunque también se reconoce que esta postura dificultó la visibilidad del poppers al momento de realizar la etnografía.

Por otro lado, no debo omitir señalar que no fue intencional que la mitad de los entrevistados fueron concertados en el lugar objeto de estudio, y la otra mitad fueran amistades mías. No obedece a algún criterio de inclusión y exclusión, de hecho fue un dato que no tomé en observación, es decir, que no obedece a ningún tipo de estratagema metodológica. Lo cual no excluye ser reflexionado. Evidentemente podría pensar que una de las ventajas al entrevistar a sujetos en mis círculo de mitades es la mayor accesibilidad a ellos. Aunque, aunado a esto, la desventaja se presenta en que, a lo largo de la entrevista, muchas cosas se dieran por sentadas, dado que el entrevistado daba por hecho que eran ya de mi conocimiento. Y por lo tanto modificar su dialogo en el proceso de entrevista. No por ello, las entrevistas de los sujetos con estas características fueron fluidas y extensas como en el caso de Pancho y Fernando. Por otro lado, y tal vez no tiene una relevancia metodológica pero si lo es para mí, se generó un lazo de amistad fortalecido y grato con dos de los sujetos que se contactaron en el sauna. Y es importante para mí, porque *uno de los proyectos del capitalismo occidental, es producir vidas afectivamente poco enriquecidas.*

*¿Con quién dialogo en mi narrativa?*

*A dónde fui y lo que no encontré*

Cuando empecé a redactar esta tesis, la forma en que fluía mejor mi descripción era enunciándola desde la segunda persona gramatical. Es decir, la narrativa estaba dirigida a alguien imaginario que visitaba el lugar, por lo que mi escritura guiaba a ese *alguien* a través de los diversos espacios del sauna Sin problematizar este hecho, seguí con la escritura de la etnografía de forma continua. Pero, al terminar,

se hizo obligatorio preguntarme *¿a quién le estoy hablando en mi narración?* No era mi propósito, ni siquiera contaba con las herramientas necesarias, para poder realizar una profunda problematización epistemológica al respecto, pero me pareció que no podía dejar de lado el discutirlo. En realidad, estaba pensando más en el concepto que Langarita (2015) enuncia en una de sus investigaciones sobre el sexo anónimo callejero entre varones, donde menciona sin profundizar demasiado, el término *pedagogía desviada*<sup>19</sup>, para referirse a las formas en que los códigos de comunicación hablados y no hablados en estas dinámicas, son transmitidos entre los asistentes. Usar esta persona gramatical me permitía jugar con una especie de figura veterana que narra y aconseja a un novato, sobre su futura asistencia al sauna.

Pensando un tanto en Spivak<sup>20</sup> (2003) sobre la voz de los subalternos, cuando traté de redactar en primera persona la descripción del lugar, en mi mente se dibujaba de manera constante la figura del antropólogo que descubre el lugar inhóspito, que vaga por aquello extraño que necesita describir porque no entiende. Si bien esta postura es más una herramienta etnográfica basada en el desconocimiento, que permite ver lo naturalizado como algo ajeno y por tanto, documentable, considero que la figura está atravesada jerárquicamente desde una lógica colonialista. Haraway (2004) refiere a esta lógica con la metáfora del velo, como elemento epistemológico principal en los sistemas orientalistas de representación, incluyendo gran parte de la tecnociencia. El objeto del velo es prometer que hay algo detrás de él. El velo garantiza el valor de la búsqueda más que lo que se encuentra. El sistema metafórico de descubrimiento que es tan crucial para el discurso sobre la ciencia, que depende de que haya cosas escondidas esperando a ser descubiertas (p.25) Cuando redactaba en primera persona la

---

<sup>19</sup> El autor no profundiza en este término que se antoja harto interesante. Si bien se explica en el texto a que se refiere, y posiblemente suene más a un uso de la metáfora, es una terminología que me agrada para explicar la forma en que aquellos conocimientos para los encuentros se materializan en los espacios de y que incluyen todas la variabilidad que pudiera tener.

<sup>20</sup> Según la autora, cuando quien escribe se identifica y enuncia como parte de un grupo subalterno, al momento de ser la voz de esta población, deja de ser parte de ella, porque la escritura y capacidad de enunciación se basa en una serie de privilegios que le permitieron hacerlo, y por tanto, abandonaría la categoría de subalterno. La propuesta de la autora escribir en primera persona, sobre las experiencias vividas con los demás, los subalternos. El ejercicio intenta evitar quitarles la voz, dejando claro que la enunciación es a partir de la experiencia propia.

descripción, no podía dejar de pensar en el lugar como la jungla inhóspita, extraña, peligrosa y violenta. Y hartó me recordaba a las caras de mis amistades que nunca han visitado un lugar de encuentro, donde se plasmaba el miedo y la estupefacción. Decidí entonces hacerla en segunda persona. Esto podría funcionar, no obstante, si yo fuera un practicante del sexo con poppers en el sauna o si solo se tratará de una descripción del sauna. Por ello, es bueno reflexionar sobre cómo la forma de la escritura se entrelaza con aquello que enunciaba casi al principio de esta introducción, sobre esa manera de entenderme en relación con el otrx, en sentirme jerárquicamente ajeno al que consume poppers cuando coge, porque yo no lo hago.

Pensé entonces en un ejercicio que tratara de ubicar el diálogo desde mi enunciación. Que la narrativa circulara desde mi persona, como una estrategia literaria que me permitiera *narrar – me* en un espacio al que tengo empatía, junto a gente que debo reconocerlas como he construido desde el sexo, relaciones de convivencia que pudieran ser alternativas a las ya conocidas. Pero esta forma de *narrar – me*, obligó a una serie de esfuerzos por no hablar desde mi voz sino precio de callar la de los informantes. Revisar una y otra vez, que fueran las experiencias de los que consumen la sustancia, que yo no he vivido, las que dieran cuenta de la práctica. Tratar de no re territorializar esas vivencias con el químico a las cuales yo no tenía una referencia de vida. El esfuerzo es, entonces, un constante recordar de que aquellas reflexiones que se materializan en el texto, sean a partir de las vivencias y experiencias de aquellos que viven el consumo del poppers en sus prácticas sexuales, y no desde una moral mía que juzgue o que dictamine los posibles efectos y crea tener la solución. Reconocer- me como un asistente y conocedor de los sitios para sexo entre varones, pero que no consume popper, y que no se me antojó hacerlo. Ello obviamente trae consigo efectos en el proceso de investigación, que busco reflexionar y dejar más claros en las conclusiones.

Es decir, el texto muestra una narrativa en primera persona, como un ejercicio reflexivo que toma en cuenta mi experiencia como visitante al sauna, reconociéndome como tal, pero que alterna con las voces de los dialogantes, sí recalando los aspectos de la investigación que desconozco, principalmente el uso

y consumo de sustancias químicas, pero también posiciones alternativas para la reflexión del sitio desde otros puntos de vista, esforzándome en no crear jerarquías entre mi experiencia y la de los dialogantes. Se trata pues, de un intento por articular los diferentes significaciones de los sujetos con experiencias propias, que me permitieran repensar lo documentado con lo encarnado.

Quiérase o no, los conocimientos situados modulan las formas metodológicas, las formas de acercamiento y los hallazgos. En el capítulo uno, muestro la etnografía del sauna, como el espacio donde se lleva a cabo el objeto de estudio: la práctica de consumo de poppers durante el sexo entre varones. A lo largo del texto, pretendo ir jugando con figuras teóricas para poder ir entendiendo los diversos elementos que se van articulando a la práctica y con ello, no solo tratar de responder la pregunta de investigación, sino poder lograr una forma distinta de abordaje del objeto. Primero propongo ver el espacio a partir de sus normatividades y sus capacidades productivas, aunque más adelante, iré proponiendo otros conceptos teóricos que me sirven como modelos explicativos, para tratar de exponer los hallazgos que fui encontrando en el campo.

En las líneas de ésta ya extensa introducción, solo quiero dejar claro que mi objeto de estudio, la práctica de consumo de popper en el sauna, no fue observada. No como un ritual y no de manera directa. No puedo decir que en este texto narraré mi experiencia de sexo con la sustancia o la ejecución de la misma a vista propia, porque eso no sucedió. Pero antes de que el lector cierre esta tesis y la catalogue como un fracaso, aclaro que esta ausencia, por un lado, debe entenderse como efecto del posicionamiento de no ser un consumidor de la sustancia y decidir no hacerlo durante la investigación. Pero por otro, es un efecto también de lo que considero el hallazgo más importante de este trabajo: dentro del espacio de estudio, la práctica es más bien replegada al ámbito de lo oculto y privado, se esconde. Y es en éste hallazgo, desde el cual se despliega una serie de reflexiones sobre la práctica misma, que permite a la vez, escuchar las voces y posicionamiento de aquellos que la ejecutan, así como reflexionar sobre las posibilidades de *corrimiento* de la norma, subjetividades, subversiones y posicionamientos políticos. Se trata de

una especie de giro del objeto de estudio desde donde habrá que dar cuenta del cómo, porqué, cuándo, quiénes, para qué y que efectos trae consigo este repliegue.

Por último solo quiero decir que busco una narrativa erotizante. Una lectura descarada que, al leerla, el lector se caliente, pueda sentir un poco esa *picazón* que yo sentí mil veces en los lugares de encuentro antes y durante el trabajo de campo (y seguramente mucho después). Busco adherir a mi texto lo erótico y lo placentero que he encontrado en ese juego de miradas, roces y besos. Quiero algo que resuene en la cabeza del lector. Una escritura inoportuna y grosera, una que moleste erotizando. El mío entonces es un intento de hablarme a mí mismo y al otro, desde mi propia persona y desde la *putería*. Tal vez sea un fracaso, pero como lo entiende Halberstam (2018), el fracaso puede significar nuevas formas de construir algo, al alejarse de los caminos seguros del éxito.

# **Capítulo uno**

**Etnografía del sauna como espacio normativo  
con capacidad productiva**

¿Por qué es necesario dedicar un primer capítulo a una etnografía? La respuesta obliga a pensar más allá del aspecto metodológico, que contempla a ésta como una herramienta que posibilita el diálogo con el otro y el reconocimiento de los espacios. Permite comparar el bagaje teórico que sostiene un trabajo de tesis, con lo que ocurre en el terreno empírico.

Ocupo la premisa de Foucault en *arqueología del saber* (1969), para dar cuenta que los sistemas de conocimiento y pensamiento, están manejados por reglas que establecen ordenamientos, los cuales habilitan una producción de conocimiento determinado. De esta forma, apelo a que la descripción etnográfica debe ser entendida como un primer nivel de producción del saber, un primer acercamiento con un bagaje teórico previo, que permita la lectura de lo empírico, la contraste y a la vez construya en el diálogo con el otro, un conocimiento científico. Lo etnográfico, me sirve de vía para acceder al objeto de estudio, a la práctica del consumo de poppers en contextos sexuales, y poder entender a qué elementos se articula para su ejecución.

Por eso, lo que a continuación se narra es la descripción etnográfica del espacio. Primero, ofrezco a manera de contexto histórico, una breve narrativa sobre el nacimiento de “El Hedón”, como el único sauna spa dirigido a población homosexual que se instala en la ciudad de Puebla, y cómo se amalgama con procesos y elementos ciudadanos que conforman ese espacio. Como lugar de encuentro sexual para varones, me gusta entenderlo de la forma en que lo hace mi director de tesis, el Dr. Manuel Méndez, (2017) como un espacio coreográfico donde se materializa el sexo entre varones, pues desde esta definición puedo narrarlo como algo más que un lugar subversivo a la sexualidad heteronormada y a la vez me permite hablar desde las normatividades que habilitan en el sauna de una serie de producciones con respecto al cuerpo, los deseos, el género y por supuesto las prácticas. Porque en esta narrativa histórica pueden empezar a detectarse algunos elementos que se van a ir articulando con el objeto de estudio, es decir, con la práctica del consumo de poppers dentro de “El Hedon”.

### 1.1.- Antecedentes: Los cuartos de baño y aseo en la ciudad de Puebla y el nacimiento de El Hedón como espacio para encuentros sexuales

El agua, el vapor, el calor, los cuerpos. Los espacios de baño, descanso y aseo personal, forman parte de la cultura ciudadana de Puebla capital, tratándose de una práctica con una larga historicidad, enmarcada en el ámbito familiar, donde grupos consanguíneos comparten el espacio del baño, sobre todo los fines de semana. Tal antigüedad puede verse, por ejemplo, en las casonas viejas que albergan la mayoría de los baños de vapor en la ciudad, que contrastan con la moderna urbanización de otros establecimientos y servicios del centro de la urbe. Pero esta condición no ofrece un atractivo turístico y comercial, es decir, no se trata de lugares que se vean congestionados por turistas o visitantes, lo que ha permitido, entre otras cosas, que los espacios hayan sido apropiados para prácticas sexuales entre varones (List y Teutle, 2008, p. 116)

En sus investigaciones sobre el *sexo heterodiverso* en baños de vapor de la ciudad, Teutle (2015) utiliza y define el concepto *de ambiente*, para referirse a la “forma coloquial con la cual muchos individuos *sexodiversos* se refieren a los lugares en que existe o se da la posibilidad de relacionarse de manera disidente a la heterosexualidad” (p.28). Relata que el uso del término, como parte de los códigos de comunicación, ayuda a identificar un espacio donde “pueden entablarse relaciones sexuales o sociales LGBT<sup>21</sup> o es un lugar específicamente destinado hacia un servicio para personas homosexuales o simplemente se simpatiza con el movimiento disidente al heterosexual” (IDEM).

El autor ubica a mediados de la década de los 90's, el inicio de una época de consolidación con respecto a una serie de lugares y servicios para personas LGBT en Puebla, una creación lenta de esos espacios donde otras formas de relacionarse fueran posibles.

---

<sup>21</sup> Lésbica, Gay, Bisexual, Transexual /Travesti/transgénero.



No obstante, en el proceso de apertura de estos nuevos lugares, se estaba también considerando a un tipo de cliente con determinada capacidad y estatus social y económico. De esta manera, a partir de dicha década, la ciudad fue testigo de una diversificación de lugares en donde las prácticas sexuales entre varones eran protagonistas. Ante la creación de estos lugares propiamente de ambiente, muchos otros espacios se abrieron a la posibilidad de recibir a clientela gay. A la existencia del *cruising*<sup>22</sup> que florecía en las calles, los parques y paseos, en los sanitarios de edificios públicos, se sumaron una serie de establecimientos, entre ellos los saunas y vapores familiares, que se fueron apropiando para el ejercicio de dichas prácticas, a la par del uso cotidiano del lugar.

Alfredo es una de las voces que construyen este texto. Es un varón de 48 años, clase media y solvencia económica, de piel blanca y orgulloso de su apellido de decencia italiana. Alfredo habitó en el extranjero unos años de su juventud, retornó a Puebla y vivió este proceso de apertura de lugares. La voz de Alfredo es muy importante para este texto, porque aun cuando no reúna todas las características para haber sido entrevistado, tiene un función muy interesante con el sauna: él es quien provee, periódicamente, de poppers al lugar.

Recuerda que en ese entonces, los baños *La limpia*, ubicados en la colonia centro, representaban la mejor opción para encuentros sexuales entre varones en el formato de los baños públicos. Sobre todo, porque las instalaciones ofrecían una mayor comodidad para la clientela, pese a que se encontraba establecido en una casona antigua y descuidada.

No obstante, Alfredo recuerda que un amplio sector de varones que ocultaban socialmente su orientación homosexual, se sentían intimidados ante la posibilidad de acudir a estos lugares para realizar prácticas sexuales, pues podrían ser

---

<sup>22</sup> Langarita define a la práctica del sexo anónimo entre hombres en espacios públicos, con el anglicismo *cruising*, siendo un concepto que trabaja desde el contexto español. Utiliza a Guasch (1991) para referir que "en otros momentos de la historia reciente (...) se ha llamado a esta actividad *hacer la carrera*, que es precisamente el nombre que utilizan las prostitutas para referirse a su trabajo en la calle"(Las cursivas son mías), no obstante, agrega que "la influencia anglosajona en el entorno homosexual de las últimas décadas ha hecho que quienes participan en esta actividad se apropien del concepto inglés para referirse al intercambio sexual anónimo en parques, playas, aparcamientos de coches, lavabos u otros emplazamientos públicos"(Langarita, 2014, p.1)

descubiertos, señalados y estigmatizados. *La limpia* era un espacio al cual podía acudir cualquier persona y hacer uso de sus instalaciones. Aunque el establecimiento era reconocido como un lugar de *ambiente*, no se restringía la entrada a ningún asistente, lo que representaba la posibilidad de ser descubiertos en alguna práctica sexual con varones.

Me parece importante remarcar que, en el diálogo con Alfredo, quien gusta de socializar en círculos sociales de clase alta, es muy frecuente la importancia de una supuesta secrecía, como parte de aquello que se le exige a los lugares de encuentro. En su narrativa, los baños *La limpia* llegaban a representar un riesgo para los asistentes, condición que compartían otros espacios, como el cine porno o los parques y jardines donde se realizaba el cruising, y en donde existía además, el peligro de ser detenido por la policía, y por tanto hacerse pública su orientación sexual, por lo que se consideraba necesaria la existencia de un lugar que a través de ciertos mecanismos, otorgara la garantía de mantenerse en un margen de anonimato<sup>23</sup>.

De esta manera, y pese a las condiciones que no garantizaban a los asistentes una secrecía, durante mucho tiempo, poco antes de la década del 2000, *La limpia* representó la opción más conocida dentro de los baños de vapor, para el ejercicio sexual entre varones de la ciudad.

Por otro lado, la narrativa de Alfredo parece coincidir con lo que Teutle refiere, a través del diálogo con interlocutores, como un proceso, entendido desde manifestaciones de discriminación, en el que se catalogaba (y se sigue

---

<sup>23</sup> Quizás, esta exigencia de discreción y secrecía a los lugares, pueda entenderse mejor, precisamente reflexionando el concepto de *sexo anónimo*, categoría que comúnmente es agregada a los encuentros sexuales entre varones. Cuando Langarita (2014) describe el cruising a lo largo de sus trabajos de investigación, suele utilizar el concepto de *sexo anónimo entre varones* para referirse a aquellos encuentros eróticos materializados y consumados en espacios públicos. Sin embargo, puede abrirse a reflexión, si se considera que este tipo de relaciones sociales contienen demasiada complejidad como para enmarcarlas en el anonimato. En realidad, en muchos de los lugares de encuentro sexual para varones, la frecuencia de asistencia pone en entredicho la idea de anónimo o bien, habría que reflexionar que se entiende y significa por la idea de anonimato. Aunque no es una discusión central en este trabajo de investigación, es importante enmarcarla puesto que el espacio de estudio en este caso, y como se verá en las narrativas más adelante, abre siempre la posibilidad de reencontrarse con sujetos conocidos o en todo caso, de construir determinados tipos de relaciones que se alejarían del concepto mencionado. No obstante, la noción de lo anónimo ha servido para poder distinguir a los espacios sexo diversos, de aquellos que son más propios (mas no exclusivos) para encuentro sexuales entre varones.

catalogando)<sup>24</sup> a los sujetos de acuerdo a los lugares que frecuentaban. Denominaciones como *Zocaleras*, *intelectuales*, *bañeras*, etcétera. (Teutle, 2015, p. 30), eran asignados a sujetos conocidos en el ambiente, respondiendo al lugar que frecuentaban en búsqueda de encuentros. Esta situación incrementaba la presión de los asistentes, pues no solo se temía ser juzgado por la población general, sino también, la posibilidad de ser clasificado como *bañera* por quienes formaban parte del ambiente LGBT.

¿Qué ofrecía entonces El Hedón, como nuevo lugar de ambiente, que no tenían los otros espacios? En alguna ocasión, hace algunos años, coincidí en una reunión informal con los propietarios de El Hedón<sup>25</sup>, y entre los temas que se platicaban, alguno de ellos derivó en lo que el dueño deseaba cuando decidió crear el sauna: decía que lo contemplaba como un espacio de sociabilidad erótica, que no solo reemplazara a *La limpia* y a los otros baños, sino que propusiera un formato que no existía en ninguna otra ciudad del país. Un espacio donde los varones, preocupados por su estatus social y su imagen ante la élite poblana, tuvieran un sitio donde poder ejecutar prácticas sexuales entre ellos, sin correr el riesgo de ser descubiertos. Alfredo lo expresa de la siguiente manera:

El Hedón fue creado para el uso, goce y disfrute de las comadritas oprimidas en Puebla, porque aún en los noventas, era común que por ser homosexual, te vieran como *come caca*. Entonces, éstas se anunciaban como *Un espacio nuevo para gente diferente*, y con eso pues ya sabes, el que entendió, entendió (Alfredo, comunicación personal, 2018).

---

<sup>24</sup> Me parece interesante reflexionar cómo, al paso del tiempo, pueden cambiar los espacios de uso y jugar con los términos con los cuales se clasifica a los asistentes. Actualmente, podríamos hablar de “grinderas” (derivado del uso de la aplicación *Grinder*) o “*Hedoneras*” haciendo referencia al lugar donde realizo mi investigación. Habría que preguntarnos también, a que responden estas apelaciones discursivas que catalogan a los sujetos y la forma en que prevalecen cambiando al paso del tiempo.

<sup>25</sup> En aquel entonces, ambos formaban una pareja sentimental que compartía la administración y gestión del negocio. Luego del fallecimiento de uno de ellos, las funciones administrativas y de logística se comparten con los empleados.

Me parece entonces, que se estaba pensando en un lugar que no solo se alejara de aquellos espacios donde existía la posibilidad de ser descubierto en prácticas sexuales, sino que éste estuviera destinado a una población específica desde su clase social y posición económica. Es decir, aunque en el discurso, la salvaguarda del lugar era ubicada como elemento central, lo cierto es que, como atractivo comercial, lo que se vendía era la comodidad y el estatus que se ofertaba, además de pretenderse como un espacio exclusivo para ciertos grupos sociales, lo que delimitaba de alguna manera el acceso total. Un sitio que representara un punto turístico, una alternativa a los espacios de la capital del país: List y Teutle (2008) documentaban ya la existencia de este sauna en sus investigaciones:

Causando furor entre numerosos sujetos gay, no solo de esta urbe, sino también de la Ciudad de México, desde que se inauguró, su rápida difusión en medios especializados, despertó una gran curiosidad sobre todo porque en la capital del país no existía un sitio con este concepto (...) el costo es relativamente moderado, lo que permite convocar una vasta asistencia, pero a la vez mantener cierta exclusión de los sectores populares, en buena medida por los precios en su servicios y de las bebidas que ahí se ofrecen (p.116).

Así, para agosto de 1994, abre por primera vez sus puertas “El Hedón”. Y, pese a que su apertura fue pensada para un determinado tipo de clientela, la propaganda se divulgó de una manera diferente. Si bien la intención era convertir al lugar en el primer espacio económicamente rentable y que presentara un concepto nuevo en la ciudad, el baño sauna se anunciaba como destinado a la práctica del sexo anónimo entre varones, garantizando una discrecionalidad a sus clientes. Enunciado de esta manera, parecía estar abierto a toda la población sexo diversa, pero no era así. Aun cuando económicamente no representaba una diferencia con

los otros espacios homólogos, se leía y significaba como un lugar para turistas o para gente de clase alta:

Eso es lo que pretendían abrir los dueños, un lugar para los ricos, pero como aquí todas se sienten ricas, pues ir a El Hedón, significaba que eras, que pertenecías a esas ricas. (Alfredo, comunicación personal, 2018).

Así, mientras se impulsaba fuera y dentro del estado, como un punto de turismo gay, El Hedón representaba para sus asistentes el posicionamiento dentro de un estatus social distinto al acudir al sauna, diferenciándose de los otros espacios. Teutle (2015) define a El Hedón como un “espacio dirigido a un público gay específico, el cual comparte una forma de vida y un gusto por los lugares gays” (p.41).

Según narra Alfredo, la apertura de “El Hedón” significó también una nueva forma de relacionarse con las autoridades. De alguna manera, la forma en que se estaba construyendo el sauna como escenario para las prácticas sexuales entre varones, implicaba el manejo adecuado del lugar teniendo en cuenta que se trataba de un espacio lucrativo. De acuerdo con su relato, si bien es cierto que sus propietarios gozaban de beneficios al conocer a la gente que en esos momentos administraba el gobierno municipal y estatal, fue necesario *jugar* con las figuras legales y administrativas para el establecimiento del lugar comercial. Así, la licencia de funcionamiento se extendió con la categoría *Baño Spa con permiso para venta de bebidas alcohólicas*.

La apertura de El Hedón sucede en el marco de una década en la que diversos espacios LGBT abrían sus puertas y buscaban alejarse de la idea de clandestinidad de los encuentros sexuales entre varones, enunciándose como una alternativa al *cruising* y otras prácticas que eran significadas como peligrosas e inseguras. Estos espacios ofertaban discrecionalidad para con sus clientes y un marco de seguridad.

De esta manera, El Hedón se ha mantenido en funciones, después de cumplir sus 25 años de existencia, manteniéndose como un espacio privado para varones sexodiversos, ofertándose como un espacio seguro y discreto.

De acuerdo a estos antecedentes, puedo pensar al sauna, desde esos elementos que eran importantes en su apertura, y que de alguna manera están presentes en la materialización del espacio tal como se conoce y opera en la actualidad. Me parece importante tener en cuenta estas pretensiones de su origen, porque permiten leer y entender el porqué de las dinámicas, las normativas y las expectativas de los sujetos que asistimos al espacio. También, porque serán importantes para considerarlas como elementos que se están articulando con la práctica del consumo de poppers dentro del espacio.

Lo que se muestra a continuación, es la etnografía del sauna como resultado de las visitas que se llevaron a cabo. La narrativa se establece en primera persona, pero dando el espacio a aquellas voces que van construyéndola y articulándola con el objeto de estudio. Intento ir mezclando la voz de mis entrevistados con la mía, desde mis experiencias en el sauna, las reflexiones surgidas desde el trabajo etnográfico, y los postulados teóricos como modelos explicativos.

## **1.2.- Etnografía del sauna.**

### **Llegando a las puertas del placer: Bienvenidos a El Hedón**

El Hedón está instalado en una calle solitaria y quieta, donde solo el paso de unos pocos vehículos rompe con el sonido permanente de los autos que transitan a toda velocidad sobre el boulevard cercano. El edificio está ubicado en uno de los tantos barrios antiguos de la ciudad de Puebla, que muestra una pavimentación desgastada, baches y banquetas deterioradas, y algunas viviendas que reflejan la pobreza en la que se habita en la zona. Pero, pese a las condiciones de la calle, El Hedón mantiene su carácter cosmopolita: su acceso desde el centro de la ciudad es fácil, aun para aquellos que no sean residentes de la ciudad. Porque el sauna está dirigido sobre todo, a ese cliente turista. Creo que la calle refleja un tanto las

contradicciones de las dinámicas sociales referentes al sexo: quizás su soledad es perfecta para albergar el ejercicio sexual bajo determinadas condiciones, pues además de El Hedón, sobre el Boulevard la cercanía de varios moteles se hace presente.

Solo algunos espacios comerciales se visibilizan: un local de comida rápida, una miscelánea, un templo evangélico en la cuadra contigua, y otros dos negocios más de proveeduría alimenticia. Quizás, esto determina que sea poca la gente que camina por las banquetas, pues en cuanto avanza la tarde, solo aquellos que buscan algo de cenar, o que retornan de sus lugares de trabajo hacia sus hogares, cruzan las aceras. Me parece gracioso que, en realidad, es El Hedón lo que genera mayor movimiento en la cuadra: la mayoría de vehículos que están estacionados en sus inmediaciones son de los clientes.

La mayoría de aquellos que llegamos al sauna, pareciera que buscamos hacerlo de manera discreta, como siguiendo el juego de la secrecía. Si acaso nos delata la maleta o bolsa donde se cargan productos de baño y ropa para cambiarse. Llegamos al sitio casi sigilosamente, aunque resulta inevitable el contacto con los vecinos del lugar. En alguna de mis visitas, recuerdo que una señora que vendía quesadillas frente al sauna, nos miró, a mí y acompañante de aquella ocasión, de manera fija pero tranquila, sin demostrar la mínima expresión en su rostro. Me llamó la atención su mirada y me parece un elemento importante para reflexionar sobre esta supuesta discreción del lugar.

La reacción de la señora, quien por su actividad seguramente había notado ya la llegada de varios varones al establecimiento durante el tiempo que llevase vendiendo sus productos, no correspondía al odio, al rechazo o algún signo de homofobia, pero tampoco era una mirada de desconocimiento sobre lo que sucedía en el lugar, de duda o interrogación. A diferencia de otras casas que han sido usadas como lugar de encuentro en otros puntos de la ciudad, El Hedón no ha tenido la necesidad de cerrar debido a demandas o quejas de los vecinos, o bajo la

argumentación de *escándalos* en sus instalaciones<sup>26</sup>. Pero tampoco permanece en total desconocimiento de los pobladores que se trata de un lugar *de ambiente*.

No es mi intención en este estudio profundizar sobre el tema (la relación con los vecinos de lugar) pero me parece que el establecimiento ha jugado con un mimetismo entre los residentes de la calle, que permite pensar que las fronteras entre lo oculto y lo expuesto son más complicadas que una simple dicotomía. Posiblemente a los vecinos poco les confronta la presencia del sauna en su calle, a diferencia de otros sitios de la ciudad, donde incluso éstos han denunciado su existencia.

Más bien, podría entender la idea de *discreción como una ficción* que reina en el lugar, y en la que participaríamos los asistentes, los propietarios, los vecinos y otros sujetos de la ciudad, pues en realidad la existencia de El Hedón y su oferta no es algo desconocido. Pienso y entiendo por esta ficción de discreción, a una especie de acuerdo, o normatividades, en las que se establece que mientras no existan escándalos o “problemas” en el sauna, mientras que no se vea alterada la tranquilidad de la calle, el espacio puede seguir en funciones. Claro está que en esta idea son muchas las interrogantes que habría que considerar: ¿Cuál es el límite de esos problemas o escándalos que romperían con esta normatividad o acuerdo? o ¿cuáles son aquellos elementos que habilitan dicha ficción de discreción?

Porque esa ficción de lo discreto, pareciera descansar en normatividades que reiteran lógicas heteronormativas. Por ejemplo, esta discreción, no se le exige de la misma manera a los moteles cercanos, sobre todo a aquellos que se ubica a escasos metros del propio sauna, en pleno Boulevard, todos con vistosas fachadas. Se trata de dos tipos de espacios para encuentros sexuales, uno heterosexual y el otro no, a los que se le exige de manera diferenciada, una discreción y la no confrontación con la vida vecinal. En realidad, ambos tipos de espacios forman parte de ese dispositivo de la sexualidad de Foucault (1977) entendido como una red de elementos con capacidad productiva, para el control de los usos del cuerpo y los

---

<sup>26</sup> Como puede verse en la nota de Tonatiuh Maximiliano, del 7 de Julio del 2014, otros establecimientos para encuentros sexuales entre varones han tenido contratiempos con las autoridades locales: <https://tonatiuhmaximiliano.wordpress.com/2014/07/07/de-la-clausura-de-mi-clvb-y-de-los-operativos-por-parte-del-ayuntamiento-de-puebla-las-razias-regresaron/>



placeres. El hecho de que cada espacio está destinado a diferentes poblaciones, habilita un manejo diferenciado de esa discrecionalidad exigida.

Además de la fachada y la ubicación, podría pensar en los horarios del sauna, son también un ejemplo de esta ficción. Hasta el año 2015, existía un horario nocturno que iniciaba el día sábado a las 11 de la noche, y culminaba el domingo a las tres de la tarde. Este horario, el más concurrido de la semana, mantenía una dinámica diferente: algunos llegábamos desde las 23 hrs para alcanzar un buen lugar, otros, llegaban alrededor de las 3 de la mañana, luego de salir de los bares para culminar la noche en el sauna. No obstante, una ola de asaltos sobrevino a estos asistentes nocturnos, y muchos fueron despojados de sus pertenencias cuando esperaban el acceso al lugar, durante la madrugada. Por ello, ese horario desapareció. Ahora, se puede acudir de martes a sábado, de 8 de la mañana a 8 de la noche. Los domingos solo hasta las 3 de la tarde.

Me llama la atención la desaparición del horario nocturno, pues en los diálogos con el propietario y responsables del lugar, no se manejó como alternativa, la exigencia de mayor vigilancia a las autoridades, y se optó por la modificación de horarios de acceso como una mejor solución al problema<sup>27</sup>. Quizás, podría entonces entenderse el cambio de horario como medida articulada con la forma en que se mantienen relaciones con los vecinos y autoridades o como la mejor opción para evitar una mayor vigilancia que inhibiría la concurrencia. Aun así, ambas opciones permiten ver en acción el dispositivo de sexualidad que parece orientar sobre las formas de administrar un espacio sexual para varones no heterosexuales.

La fachada del establecimiento se mimetiza con el resto de las viviendas, a diferencia de los moteles cercanos, pareciera que no quiere llamar la atención. Solo un pequeño letrero da cuenta de su particularidad. *El Hedón. Club privado* es lo que se lee en la plaquilla, colocada cerca de los medidores de luz. El logo invita a la reflexión: un triángulo azul, invertido, en cuyo ángulo superior derecho descansa otro pequeño triángulo en la misma posición, pero de color rosa. Harto me recuerda al sistema de marcado de prisioneros en los centros de exterminio nazi, donde un

---

<sup>27</sup> Intenté ubicar a algún asistente que hubiese sido víctima de tales robos. Mi interés radica en conocer si una persona asaltada en este lugar se animaría a interponer una acción legal ante autoridades, cuya declaración tendría que narrar los motivos por los que se encontraba en el lugar de los hechos.

triángulo rosado, enunciaba a la persona como homosexual, y un pequeño triángulo al costado de color negro, era colocado en hombres que habían mantenido relaciones interraciales (Plant, 1998). ¿Es acaso entonces un algoritmo que permite entender el azul y el rosa como referencia a varones que tienen encuentros con otros? En efecto. En alguna ocasión, uno de los propietarios, un hombre mayor de 60 años, de tez blanca y carácter amable, me comentó que era para él como una alusión/homenaje a la masacre de hombres homosexuales en los campos de concentración nazis (y que incluso se retoma cada vez más, en algunos países, bajo el cobijo de gobiernos y grupos de ideologías neoconservadoras y de ultra derecha). En su opinión, la existencia de un lugar de encuentro, con las características de El Hedón, significaba un gran avance contra el horror de las persecuciones homofóbicas, representando un oasis para el ejercicio de la sexualidad entre varones.

### **1.2.1. El interior de El Hedón: cuerpos que se mezclan entre calor y vapor**

La fachada domesticada, asimilada con las otras, me recibe. Con un rápido movimiento de mano, toco el timbre que resuena en el interior. Esperaba que alguna voz me contestara por el intercomunicador, pero eso no pasó. Pareciera que es parte de las normas de discreción: solo un fuerte sonido de timbre me avisa que tengo acceso y debo empujar la puerta metálica. No hay contacto humano inmediato, el protocolo mecanizado es el cadenero que da acceso. Tocar el timbre se vuelve la primera interacción, llamar a la puerta, solicitar mi ingreso, representa un proceso que materializa cierto carácter normativo del lugar. Tocar el timbre me pone en la mira de los vecinos que alcanzan a observar mi llegada, pero me ubica, sobre todo, en el rango de análisis del ciclope electromecánico del circuito cerrado: me observa el administrador del lugar, mediante el ojo de una cámara, que le permite *leerme* como un potencial cliente. Porque por medio de esta inspección, el portero pareciera tener control del visitante y lo que busca en ese lugar. Observación mecánica que está relacionada directamente con el tipo de *usuario* que se espera acuda al sitio. El ojo que observa vigila entonces de manera constante la frontera

del sauna. Vigila y autoriza la entrada, vigila y materializa las relaciones de poder establecidas en el ingreso, reivindica las jerarquías móviles y no igualitarias (Foucault, 1977) del que observa y el que desea entrar. La vigilancia y el análisis electrónico se muestran como uno de los primeros elementos de un dispositivo al que le interesa valorar quien es aquel que se integra.

Mientras logra su intención, mientras me sé y siento observado por el ojo electrónico, pienso si reúno los requisitos para ingreso. Cuestiono mi propia imagen. Porque el ojo de la cámara es el filtro para este primer juicio que me otorga o niega el acceso al lugar. La primera interacción entonces es muda, pero delatadora. ¿Qué pasaría si a la puerta toca una mujer *cis* o *trans*? ¿O un varón con evidente desconocimiento de la temática, acompañado tal vez por su familia?

Porque, según palabras de uno de los empleados, se puede negar el acceso a sujetos potenciales a ocasionar problemas: Así se justificó en alguna ocasión, cuando dicho empleado exigió revisar mi maleta con la que ingresaba. Señaló que era su deber garantizar que nadie conflictivo entrara al lugar. Por conflictivo, el empleado señalaba al *chaca*<sup>28</sup> que solo viene a *chichifear* clientes, el ebrio con antecedentes de desmanes en el sitio e incluso a un posible reportero que buscara perjudicar al espacio ¿pero cuáles son los mecanismos por los que este cadenero virtual distingue a los potenciales clientes, de aquellos que considere pondrían en riesgo la seguridad del lugar? Puede incluso ser la familiaridad de los visitantes, con quién viene acompañado o incluso, uno de los filtros podría ser el *arte* de jalar/empujar la puerta, habilidad que se adquiere solo después de varias visitas, y que podría permitirle saber quién es conocedor de las dinámicas del sitio.

¿Qué elementos le permiten leer y detectar esos cuerpos que puedan ser entendidos como desestabilizadores? Como dice el refrán: *Ojo de loca, no se equivoca*. Naturalizar la diferencia, inscribiéndola en el cuerpo del otro ¿O tal vez, es un ejercicio basado más en ver y leer cuerpos desde la significación de una

---

<sup>28</sup> Dentro de la jerga gay, *chaca* es una tipología de varón con rasgos nativos mexicanos: tez morena, facciones duras, y tipología de *macho*. Puede ser atractivo o no, pero es atravesado también por la clase social y lo económico: el *chaca* se lee desde una clase baja, incluso desde el desarreglo, no le interesa la moda o lucir impecable. Dentro de estas narrativas el *chaca* está relacionado también a la hipersexualización, a los encuentros sexuales, más que a la intención de relacionarse sentimentalmente. Funciona muchas de las veces como un prototipo fetiche, que erotiza a muchos asistentes de El Hedón.

gaycidad por múltiples elementos, esos que de alguna manera naturalizan e inscriben en el cuerpo una serie de atributos que se consideran característicos del homosexual y que habilitan formas de racismo, clasismo y homofobia? ¿Qué cuerpos son los admitidos? ¿Quiénes van a El Hedón?

Una serie de mitos cabalgan por el sauna. Desde aquellos que narran los peligros de la colonia donde se encuentra, hasta los que cuentan la llegada de famosos del espectáculo y televisión que, desde la Ciudad de México, supuestamente se escapan en búsqueda de encuentros sexuales. Pero, sin duda los que más llaman mi atención, son los relativos a aquellos que anuncian las llegadas de hombres fabulosos en determinados días. Fernando, el comunicólogo barbado de 29 años, me hablaba del mito del *jueves de universitarios*, que evoca la presencia de foráneos jovencitos que estudian en la esta ciudad, y que, dado que retornan a sus lugares de origen los días viernes, los jueves inundan el establecimiento.

De acuerdo al mito, estos días, cuerpos esbeltos a base de ejercicio, vigorosos y deseosos de sexo, deambulan por los pasillos. Fernando habla también del *martes de policías*, donde los agentes de seguridad acuden de manera incógnita, pero son reconocibles por su masculinidad y su porte de macho. Y hablando de machos, los domingos es de obreros: hombres rudos de manos callosas, que buscan una buena *mamada*, “esa que solo los putos saben dar”.

Pero, entre risas, Fernando señala que nunca ha tenido encuentro alguno con este tipo de asistentes, no por ello niega que personas así asistan al lugar. Independientemente de su presencia, más bien, permite reflexionar sobre las expectativas de eso que se desea encontrar en el sauna, vislumbrar aquellos deseos que se materializan en el espacio y pensar también sobre el tipo de asistentes que frecuentan El Hedón. ¿Por qué soñar con estos sujetos que más bien parecen performar al máximo la masculinidad? En realidad no creo que se trata de algo exclusivo del sauna, más bien, el espacio posibilita potencializar una serie de ficciones respecto al género, los deseos y cuerpos deseables. Encontrarse con algún adonis, con machos, con sementales, obedece y perpetua ciertos

mecanismos que estarían más dirigidos al género como tecnología, una que sostiene las ficciones de lo masculino (De Lauretis, 1987)

Las formas en que los cuerpos que se presentan en estos *semidioses* del sauna, en realidad parecen más encarnaciones de lo que se significa como modelos masculinos, es decir, imágenes corpóreas que son representativas, desde los deseos, de lo que se significa como masculinidades dentro del espacio. Pero estos modelos corpóreos del género masculino, no solo habitan en el mito, (por eso me gusta pensarlos como semidioses) si no que son constantemente encarnados por algunos asistentes. Con estas figuras, puedo empezar a pensar que, si el género como señala Butler (1990) es entendido como un efecto de la reiteración de prácticas significadas como femeninas o masculinas, o bien de performatividades y encarnaciones, en la medida de que se ejecuta reiteradamente un acto, estos “semidioses” materializan cuerpos del deseo, en este caso masculino, produce como efecto al varón, a cierto tipo de varón, y por adyacencia, producen también lo femenino desde el no deseo, que a la vez sirve como referente de lo masculino. Si esto es así, entonces, la encarnación de estos cuerpos, permite pensar al sauna como un espacio normativo con capacidades productivas en cuanto al género, cuerpos y deseos, desde una rejilla de inteligibilidad cultural heterosexual, fuertemente regulada, que se empeña en encontrar continuidades entre género, el sexo y el deseo.

Como dije, estos modelos del género, figuran como imágenes que son constantemente representadas por los asistentes, por diversas circunstancias, como una maniobra para la atracción o simplemente como parte de la imagen que se desea proyectar. Como se puede ver más adelante, la performatividad de estas figuras y otras más se hace presente en El Hedón, cohabitando con cuerpos que no mantienen la estética esperada, ni musculaturas o delgadez, ni masculinidades materializadas en policías u obreros.

En el lugar se observan tanto cuerpos delgados como con sobrepeso, con abdomenes abultados y también ejercitados, glúteos grandes y chicos, rostros de múltiples facciones y formas variadas de mostrar la masculinidad y feminidad. Las

edades tampoco son unitarias, aunque por lineamiento no se permite la presencia de menores de edad. Es común ver todo tipo de sujetos, incluso de edad avanzada, mostrando el cuerpo con soltura. El espacio se abre también a aquellos cuerpos que no serían considerados como erotizantes y atractivos, en esa distribución política de lo excitante. Esos que no encajan en las operaciones de la norma que distribuye de manera diferencial (pero políticamente articulado) entre los cuerpos, el carácter de *sexualmente deseable* (Canseco, 2018). No obstante, es ahí donde el sauna puede entenderse como espacio performativo de lo erótico, porque aun cuando los cuerpos no sean políticamente erotizantes, pareciera que esa misma variabilidad permite el disfrute de los placeres de los distintos cuerpos, materializando prácticas sexuales.

### **1.2.2. La recepción; primer acercamiento con el popper**

El sonido del timbrado, me avisa que el ojo electrónico me da acceso al lugar. Jalo y empujo la puerta con rapidez, y el pasillo que me recibe parece continuar la lógica de lo escondido, como lo hace la fachada en el exterior. Sumergido en la semi oscuridad, el pasillo está pintado de un color rojo oscuro, en paredes y escalones. Los muros de ladrillo con líneas blancas, me recuerdan mucho a las paredes de la escuela secundaria donde cursé.

Todo está matizado con ese tono, y no hay nada que me distraiga al subir, ni un cuadro ni una imagen que entretenga mi mirada. Al cerrarse la puerta tras de mí, no queda otra cosa que ascender. Subo las escaleras y el olor a cloro empieza a inundar mi nariz, olor característico del lugar, y automáticamente lo significo con la limpieza. Se trata de ese olor clorificado que caracteriza a las piscinas bajo techo, aunque aquí no exista tal.

La escalinata me conduce al módulo de recepción. Ahí, a través de una ventana tengo el primer contacto con el responsable y/o dueño del lugar. El pequeño cubículo de recepción, al cual no tengo acceso alguno, salvo por la ventanilla despachadora, es donde realizo el pago para ingresar y se me administran los

aditamentos básicos. Una toalla, un pareo, un par de sandalias (por lo regular yo prefiero traer las mías) y las llaves de mi locker o privado (depende de cual sea mi elección del día). Aquí se presentan dos posibles escenarios: si es el propietario del lugar, el varón de alrededor de 60 años y trato amable, me recibe con una sonrisa mientras se realiza la transacción. Incluso llega a bromear conmigo, si el caso lo amerita. Me siento cómodo por este recibimiento.

Pero, si él no se encuentra, será el empleado quien me reciba. Un chico de unos 30 años, cabello rizado, piel blanca, pero que no comparte la simpatía del otro sujeto. Rara vez me busca la mirada en la interacción, contesta solo con monosílabos y preguntas cortas y apresuradas.

Llegué a pensar que se trataba de algo personal, pero no. El trato es el mismo a todos los clientes. Incluso, puede estar acompañado del chico que hace las labores de limpieza: un moreno de unos 25 años, fornido, que me da la impresión de tratar constantemente de reafirmar su heterosexualidad mediante el caminar, la música que escucha en sus audífonos, o el mantener la mirada al piso cuando cruza los pasillos, como evitando fijarla en los glúteos o penes con los que se encuentra. Se mueve en la recepción de manera brusca y da las llaves o el cambio de manera tosca. Cuerpo que parece materializar y acérrimamente recordar su heterosexualidad, como un cuerpo que intenta mostrarse constantemente distinto al de los asistentes. Pude observar que sus funciones son múltiples: aseo el lugar, recolección de toallas, mantenimiento, vigilancia, *saca borrachos*, etc... pareciera que materializa ese elemento de seguridad y contención heterosexualizada.

Son muchos los objetos que puedo observar en el módulo de ingreso. Los cajones donde cuelgan las llaves de lockers y privados, un fichero donde se anota todo aquello que, una vez estando en el interior, se puede solicitar (agua, jabones, shampoo, rastrillos, etc.) Actualmente, en la administración, venden también los condones (antes, existía una máquina expendedora). Además, existen los refrigeradores donde se controla la venta de agua, jugos, refresco y cerveza. Un gran reloj domina la salilla. Y un poco más abajo, a mano derecha, un monitor de circuito cerrado, donde se pueden observar ciertas zonas del lugar, aquellas que

son consideradas como no privadas: los lockers, los pasillos que dan acceso a ciertas áreas, etc. Obedece a una serie de problemas de robo de pertenencias, sobre todo en el área de los casilleros, según la narración de Alfredo.

En una de las visitas, que ingresé al sauna junto con Pancho, mi amigo tatuado de 44 años, noté que frente a nosotros, dentro de la recepción, había un grupo de pequeños muebles de plástico, cajoneras les llaman, conteniendo un montón de cosas que aparecen casi imperceptibles por la opacidad de las puertas. Artículos como pastillas, ligas, lapiceros, tarjetas... pero, entre todas estas, tuve el primer contacto visual con el objeto que me interesaba: pequeños frascos de *poppers*, que apenas alcanzan unos 10 ml en su capacidad de resguardo líquido, botellitas color ámbar vestidas de etiquetas coloridas, chillantes o sobrias, pero con elementos alusivos a explosiones, rayos o centellas, que coqueteaban a través de la transparencia plástica. Pancho me contó entonces que, cuando el dueño no se encuentra, cuando son los dos chicos empleados los responsables de recibir a la gente, los frasquitos se muestran gloriosos encima de la cajonera, exactamente frente a la mirada de los que ingresan. Pero, si es el dueño quien recibe a la clientela, los frascos están semi escondidos entre la opacidad del plástico de la cajonera.

En México, los poppers no son considerados una sustancia psicoactiva ilegal. Clínicamente están catalogados dentro de los inhalantes, pero no existe legislación alguna donde sean incluidos como sustancias ilegales en su uso y tráfico. Y pareciera, que ésta ambigüedad legal de la sustancia permite jugar con su exhibición. No se ven del todo. Repito, la opacidad del plástico tras el que se colocan, no permiten verlos con claridad, pero se entiende qué son. Se lee incluso la marca. Son 4 o 5 botellitas que juegan al escondite ante la mirada. Los pequeños frascos están ahí, como esperando. Pero no se ofertan de manera verbal. Si el cliente no pregunta por ellos, o los solicita, no hay mención al respecto.

Como no emito interés alguno por el poppers, aparece entonces la pregunta: *¿locker o privado?* Se trata del sitio donde me instalaré en el lugar. Sin embargo, esta decisión no solo denota una de las características arquitectónicas del sauna,



sino que se encuentra relacionada con muchas de las formas en que he de interactuar e incluso el tipo de dinámicas donde me veré inmerso. De acuerdo a las entrevistas, parecen ser varias las razones por las que una persona pudiera optar<sup>29</sup> por uno o por otro. Desde el desear tener un espacio propio y bien delimitado, o el gasto que esto representa (hay una diferencia de 50 pesos aproximadamente), o el tiempo que se tenga programado permanecer, etcétera. No obstante, la existencia de esta elección, permite reflexionar sobre esos espacios, denominados como *privados* y que serán pieza importante para entender cómo se lleva a cabo la práctica del consumo de poppers durante el sexo.

A diferencia de los baños de vapor familiares de la ciudad, la división entre baño privado y baño público se puede entender de forma distinta. De inicio, en los baños familiares, una persona no puede moverse entre ambos espacios: o se adquiere un pase para el vapor general o se mantiene en su sauna individual y privado. En El Hedón, el usuario puede moverse por el resto de las áreas. Además, esta lógica de crear estos espacios privados, también diferencia a El Hedón de otros lugares de encuentro, como los cines porno, donde los encuentros sexuales se realizan en los pasillos, las butacas, los baños, las esquinas, espacios donde se tiene un acceso inmediato y no restringido. Es decir, en el sauna, como lugar de encuentro, existen normatividades para el uso de los espacios creados, pues la presencia de estos pequeños cuartos, permite entender a las dinámicas del sexo, como colocadas en dos espacialidades aparentemente opuestas: los públicos y los privados. La existencia de esta arquitectura, permite no solo jugar entre lo expuesto y lo oculto, sino que habilita la posibilidad del uso de una técnica disciplinaria de la espacialización. En el sauna, la arquitectura da luz o da sombra, materializa efectos lumínicos que muestra cosas, oscureciendo otras.

No obstante, sea cualquiera de las opciones, se me otorga una llave del lugar donde mis pertenencias serán resguardadas. Las llaves llaman mi atención. Además de estar grabadas con el número o letra de espacio asignado, estas

---

<sup>29</sup> Aunque no siempre se trata de una decisión. Muchas veces, los privados se terminan cuando hay demasiada concurrencia, como en los días feriados. Cuando eso pasa, es común que muchos se les considera en una lista de espera a la desocupar un espacio.

cuelgan de una liga negra de tela, de esas que se ocupan para sujetar el cabello. Se acomoda perfecta a mi muñeca, por que la intención es que no se extravíe. De hecho hay un letrero que señala el costo de amonestación por perder la llave (50 pesos). Pero no solo la muñeca puede resguardarla: el tobillo, el bíceps y el antebrazo lo hacen muy bien. A mi mente viene un mito de los primeros días en que conocí el sauna: aquel que portara las llaves en el brazo, a la altura del bíceps, estaba diciendo a los demás que gustaba de rol activo en la práctica sexual. Aquel que la portara en el tobillo, gustaba del rol pasivo y el que la usara en la muñeca se movía en ambos roles. Jamás comprobé ese supuesto código, pero me parece interesante pensar en cómo los símbolos de comunicación no verbal no son fijos ni eternos, aun cuando los elementos que lo sustentan (las llaves en este caso) se mantengan vigentes. Ninguno de mis entrevistados (o durante la etnografía) hizo referencia a este supuesto código. De cualquier modo, sea donde coloque las llaves, sonarán cuando camine, como un pequeño cascabel que avisa a los ratones de mi llegada.

### **1.2.3. Que comience el juego: el recibimiento en el sauna**

Una vez hecha la transacción de ingreso, teniendo mi toalla, pareo y llaves, atravieso el siguiente portal: una pesada puerta de madera con chapa clásica que me permite entrar al mundo del sauna. Me topo con un pasillo largo que inmediatamente me da acceso visual a los primeros cuerpos desnudos que se mueven en el lugar. Como mencioné, los hay de todos tipos: esbeltos, rollizos, altos, de baja estatura. Pocos son los que parecen ejercitados, pero no por ello carentes de formas erotizantes. Algunos, gracias a la juventud, muestran aun las carnes endurecidas y firmes y la piel tersa. Algunos otros, no cuentan con estas cualidades pero se mueven con soltura y seguridad. Y como diría González de Alba (1981) “aún quedan los que no conmueven salvo por el bulto enorme que llevan entre las piernas como si fuera un gato adormecido (...) o los que no poseen nada, pero caminan como si lo tuvieran y al pasar miran con una sonrisa” (p.97). Si voy acompañado por

alguno de mis amigos, me animo a emitir alguna expresión que haga alusión al descubrimiento de la belleza: “no mames...”

Pero aún no me lanzo a la conquista. Me detengo y los observo de manera discreta. Checo al que *me late más*<sup>30</sup>. Incluso, puedo asegurar que ya he sido observado: es común que varios se instalen cerca de la entrada, con la intención de ver a los recién llegados.

Me animo entonces a cruzar mis primeras miradas. Son fugaces, solo como estableciendo quien de los presentes llamó mi atención. Seguro después dedicaré un tiempo a buscar a ese otro que me vio fijamente cuando llegaba. ¿Será este el primer contacto con lo erótico?...

Al lado izquierdo de la puerta de madera, está la otra ventanilla de la recepción, que se ocupa para, cuando me retire, pueda entregar las mismas pertenencias. Me asomo indiscretamente y me doy cuenta que al fondo, un pasillo inundado con luz natural, tapetes y cuadros, me dice que ese es el acceso habitacional del inmueble. El sauna, se encuentra instalado dentro de la casa del propietario. Pocos tienen acceso a ésta zona. Solo amigos muy cercanos. Lo sé por Alfredo, quien mantiene una relación muy cercana articulada al abastecimiento de poppers en el sitio.

Junto a este lado de la recepción, están dos elementos importantes: una máquina proveedora de alimentos, donde se puede comprar golosinas, pastelillos y papas fritas. Y al lado, un enorme letrero que señala que está prohibido el ingreso de bebidas alcohólicas y otras sustancias. Curiosa sentencia que contradice la venta de alcohol y poppers en el sauna. Tiempo atrás, incluso se revisaba la mochila o maleta de los visitantes para verificar que no se introdujeran bebidas embriagantes.

Inmediatamente está el área de lockers. Una muralla de cajoneras negras de madera, un tanto desgastada, y otras dos que hacen escuadra contra las paredes, enmarcan tres bancas metálicas color blanco donde aquellos que no quisieron o pudieron alquilar un privado, se desvisten y guardan sus pertenencias. Aquí se empiezan a cocinar los encuentros. Las miradas son discretas, muchos de los

---

<sup>30</sup> Me refiero a aquel que ha llamado mi atención.

presentes juegan *al victoriano*<sup>31</sup>, a ver y no ver. Solo se miran de reojo, mientras se cambian, una mirada fugaz al que se está desvistiendo junto. Otros más, incluso se mantienen con la mirada ausente, evitando cualquier contacto, como esperando a estar inmersos en el lugar para poder mover sus piezas. Es como si se tratara del previo a la batalla.

Generalmente la acción transcurre en silencio. Solo interrumpen las voces que se conocen, sea por que llegaron juntos o porque se han encontrado en el lugar. Si se trata de lo segundo, el diálogo parece denotar el tipo de amistad establecida. Dos chicos, alrededor de los 20 años, morenos y cuerpos semi rollizos, encuentran a un tercero en al área de locker. Lo identifican como la *comadre*<sup>32</sup>, *jotean*<sup>33</sup>, se *perrean*, le llaman *puta*, *jota*, *maricon* y lo abrazan<sup>34</sup>, le demuestra estima. El tercer chico es más bien gordito, de piel blanca y cara aniñada. Se hace escarnio de su presencia en el lugar, como si el estar ahí significara ya la urgencia de la carne. Si no, “¿a qué vienes mamacita”? le dicen. La desnudez es también renglón del recibimiento: le tocan el culo, con feroz nalgada, y aunque la plática de los asistentes este dirigida a la conquista de los encuentros sexuales, lo cierto es que muchas otras formas de relacionarse y/o convivir en el espacio se llevan a cabo. Los reencuentros con alguien, sea amigo o amante, las bromas o remembranzas de anteriores visitas articulan espacios de convivencia que no necesariamente culminan con encuentros de sexo.

---

<sup>31</sup> Utilizo aquí el uso cotidiano del término para referirme a la doble moral, en referencia al ejercicio del erotismo y la sexualidad.

<sup>32</sup> Es común que cuando se establece una amistad entre varones homosexuales, se homologue el lazo desde el concepto de compadrazgo, aunque se juega con el género y se le denomina desde lo femenino: comadre.

<sup>33</sup> ¿Cómo explicar la acción de jotear? Antes se refería como un insulto, que a la vez formaba parte del dispositivo para controlar el cuerpo masculino (sobre todo de los niños) de amaneramientos: “deja de jotear” era la orden que limitaba la acción de movimientos femeninos. Luego (y a la par) se entendió como una especie de *pulsión* que se escapaba de las manos, “se le salió lo joto” hacía referencia a mostrar un “yo verdadero” que constantemente tendría que ser reprimido. Pero en este contexto, *jotear* se articula con ubicar al otro en un tejido de amistad y camaradería, como una acción que permite salirse de normatividades moralistas que exigen y señalan al comportamiento masculinizado como único e idóneo. No obstante, tampoco se trata de romantizar y con ello invisibilizar elementos de violencia, pues en el joteo, muchas de las veces, esquemas peyorativos y de discriminación emergen en las palabras.

<sup>34</sup> El joteo, entonces, incluye el insulto como una modalidad de demostración de afecto: perrear, bufar, posar, son prácticas donde señalar los defectos de otro de manera cómica y sarcástica no están separadas de elementos como el afecto y el cariño, pero tampoco excluyen la antipatía y la violencia. No obstante, y aun cuando en primera instancia pareciera denotar una clara aversión y rechazo a lo femenino, en realidad habilita el juego entre la exaltación y la humillación. Porque si bien es cierto que, suele usarse, por ejemplo, el término *mujer* como peyorativo al otro, la idea de *comadre* exalta la figura femenina desde otras lecturas. De esta manera, el triunfo de *una sobre la otra* se relaciona directamente con símbolos de estatus feminizados: abrigos de pieles, joyas, zapatos de tacón, coronas, etc.

El sobrepeso, la panza y las lonjas, son motivo de chiste. De cualquier forma, tras el *bufe*<sup>35</sup>, la sonrisa denota el gusto del encuentro y con un “vamos a ver qué hay<sup>36</sup>”, dan por terminada la plática de encuentro y se abren paso al lugar.

Pero, si se trata de alguien con quien se ha tenido un encuentro sexual anteriormente, y fue tan bueno que se desea abrir la posibilidad de que se repita, la interacción es distinta. Por mi parte, yo suelo buscar la cara del otro, que me vea, me reconozca, que su memoria retome lo que pasó, el sabor y el sudor. Si es así, un simple *hola* me ha servido para sumergir a ambos en la posibilidad de otro encuentro. Un saludo de manos, un palmada, un abrazo candoroso, son los parámetros que me han permitido saber con qué afecto me recuerda. Suelo pensar: *solo fue sexo*, (cómo si el sexo fuera algo minúsculo y sin trascendencia) pero el reencuentro puede hacer circular otra serie de emociones que se jugaron aquella vez y que ahora abren la posibilidad de reencarnar en formas distintas, pero conocidas.

O quizás no. Tal vez el otro no recuerde mi presencia. Entonces solo un saludo frío, si es que me animo a hacerlo, será suficiente. Aunque ello no signifique que esta vez, no volverá a pasar, nadie lo sabe, son muchos los elementos que interfieren y muchas las ocasiones en las que incluso me he topado con gente a quien creí no agradarle, y terminamos compartiendo un momento sexual. Porque la materialización del sexo en el sauna, toma distintos caminos. Aun ante la existencia de normatividades que orientan para el encuentro, no se trata de movimientos rígidos y unitarios. La conformación de elementos que derivan en el sexo son ricos en múltiples posibilidades. El área de locker representa tan solo uno de los espacios donde los encuentros pueden empezar a concretarse.

---

<sup>35</sup> El sociólogo Carlos López López (*Charly dos veces López*) define el bufe como la versión gay del albur mexicano. En su artículo para la revista digital *Chilango*, lo delimita como “una práctica gay desarrollada principalmente en la Ciudad de México y que consiste en más o menos lo mismo que el albur pero sin los tonos sexuales”. Para el autor, la connotación del bufe se inclina más “en competir no por ser el más macho, sino por ser la más perra”. La argumentación utiliza elementos simbólicos que denotan poderío y riqueza, por lo que la dinámica consiste en generar un esquema de humillación hacia el otro, que va dirigido a su poca belleza, pocos recursos económicos y/o intelectuales, condiciones laborales paupérrimas, entre otros. El bufe sintetiza “la esencia de una práctica gay urbana en la que la batalla por triunfar se tradujo no sólo en llegar al antro con la prenda más arrolladora, sino en demostrar que la que bufa tiene la sartén por el mango” (López, 2016)

<sup>36</sup> Se trata de una obvia alusión a ver quién más se encuentra en el lugar, y con quienes pueda establecerse una relación erotizada.

#### 1.2.4. La galería de ratas

Coronando este espacio existen dos elementos importantes. Por un lado, se observa el letrero donde se señala que la administración no se hará responsable de la pérdida de objetos valiosos, por tanto es preciso cerciorar que las pertenencias se hayan resguardado bien en el locker, que la llave haya asegurado los dos cerrojos que hay que correr. Por otro lado, y de mayor espectacularidad, está *la galería de ratas*<sup>37</sup>. Ocho fotografías de gente que ha sido descubierta en el lugar robando a los demás, y que se exhiben gloriosos. ¿Quiénes conforman este cuadro? Las fotos muestran a alguien de unos 60 años, con cejas muy delineadas y cabello largo ondulado, sujetado con una pinza., tres más con pinta de *chacales*, uno muy gordito. Algunos me parecen bastante atractivos, pero, puede que lo que más llama mi atención, es que las fotografías parecieran que fueron tomadas tras haber sido descubiertos *infraganti*, pues de fondo, se muestran la pared del pasillo inicial. Algunos expresan en su rostro el enojo y la desilusión. Pero otros mantienen una sonrisa cínica, una burla ante la cámara. Rostros que parecen burlarse del letrero que acompaña sus imágenes colocado en el centro:

Sorprendidos robando o pidiendo dinero a cambio de sexo.  
En este establecimiento está prohibido el trabajo sexual.  
Si alguien te pide u observas su ejercicio denuncia a la  
administración

---

<sup>37</sup> El término *galería de ratas* es usado comúnmente por los asistentes del lugar. Frecuentemente se hace alusión a que alguno de los expuestos en las fotografías es un conocido o pareja de alguien, siendo esto una broma común. En alguna ocasión, alrededor del año 2013, a manera de juego, Pancho me miró y comparó una de las fotos de esta galería, tratando de establecer un formato de la broma. No obstante, otro de los asistentes, tras verme de manera rápida, busco entre las fotos para cerciorarse si en verdad se trataba de un juego, o mi fotografía se encontraba en la galería. Esto me permite reflexionar sobre la forma en que se leen los cuerpos que puedan *entrar* en la galería de gente que ha robado, o, solicitado dinero a cambio de prácticas sexuales ( y por cierto, cabe reflexionar también porque ambas prácticas son consideradas homologas y merecedoras de exhibir a aquellos que las hayan cometido)

La primera vez que vi el letrado, me pareció bastante chocante, y lo entendí solamente como una visión conservadora por parte de los dueños. Me molestó que el letrado sentenciara el trabajo sexual como una práctica estrictamente prohibida, paralela al robo de pertenencias. Pero el letrado tal vez dice más que lo escrito en él.

Alfredo considera que un negocio como El Hedón, debe aparentar ser un establecimiento con una supuesta “*moral*”, o con determinados “*valores*”, donde por ejemplo, el trabajo sexual no tuviera cabida. Un juego dice, donde con ese letrado, pretenden no cometer faltas a los códigos penales, aunque se pase de largo dos aspectos importantes: por un lado, el hecho de que en los códigos penales no se sanciona el ejercicio del trabajo sexual, sino la explotación sexual de tercerxs<sup>38</sup>, y por otro la existencia del *chichifeo*<sup>39</sup> como una práctica que nos ha acompañado a los varones en los encuentros sexuales, de manera constante, y que significa más que vivir del sexo, u obtener ganancias del ejercicio sexual. La práctica del chichifeo, incluye una multiplicidad de aspectos como el reafirmar la virilidad, la belleza o la masculinidad mediante su ejecución, pues por medio de ellas puede conseguirse un bien material. Por ende, chichifear no puede ser leído simplemente como trabajo sexual, porque tiene otras vertientes de complejidad.

El letrado y su sentencia materializan, más bien, la forma en que el establecimiento se relaciona con las autoridades. Fingir, como dice Alfredo, una serie de medidas que parecen atravesadas por la moral, que se homologan con delitos tipificados penalmente, pero que cuando estos últimos suceden, como en el caso del robo, no existe un protocolo en conjunto con las propias autoridades, sino que la sanción corre a cargo del lugar, siendo la exhibición pública y la negación del

---

<sup>38</sup> Lo que se sanciona por ley es obligar a alguien a ejercer el trabajo sexual, obteniendo ganancias con este ejercicio. Lo que algunos códigos municipales o estatales sancionan, es el ejercicio en vía pública, bajo la ambigua figura de *faltas a la moral*.

<sup>39</sup> Podríamos decir que el chichifeo se diferencia del trabajo sexual, porque en el segundo se establece un acuerdo de ofrecimiento de servicios sexuales pagado, donde ambas partes están de común acuerdo. En cambio, en esta otra práctica, los discursos amorosos funcionan como intermediarios: el Chichifo, generalmente más joven y atractivo, manifiesta un supuesto interés sentimental, y no permite la práctica sexual a menos que le sean obsequiados múltiples prendas que van desde bebidas alcohólicas, ropa, regalos e incluso dinero (en El Hedón, son las cervezas el artículo de intervención). En un lugar de encuentro puede originarse la relación, y ser continuada en el exterior que incluye además paseos pagados e invitaciones a cenar y bailar. Por su parte, el Chichifo modula la práctica sexual, que puede ir desde el simple acompañamiento, el dejarse tocar su genitalidad, hasta relaciones sexuales o la acción de todos estos niveles, modulados por la calidad y cantidad de obsequios recibidos.

acceso las medidas impuestas. La intención, parece, es tener el mínimo contacto y conflicto con las autoridades que pudiera traducirse como un riesgo para el funcionamiento del sauna (me hace pensar en el refrán *calladita te ves más bonita*<sup>40</sup>). Pero, me parece entonces que, esta forma singular de relacionarse con autoridades y justicia, habilitan de alguna manera, otras prácticas en el lugar. Si delitos como el robo de pertenencias, o las prácticas como el ejercicio del trabajo sexual son sancionados de manera interna por los propietarios del establecimiento, ¿Qué sucede entonces con el consumo de sustancias? ¿Qué modalidad de sanción o reacción ocurre ante el consumo de poppers, dada su ambigüedad legal?

### **1.2.5. El espejo como elemento panóptico y otros artefactos para la objetivación de los sujetos en el sauna**

Solamente cuando Perseo utilizó el reflejo de su escudo, cuando usó al espejo como mecanismo, logró derrotar a la Medusa. Cuando ésta observó su propia imagen, ella misma se convirtió en piedra (Garibay, 2019) Porque el sujeto se reconoce como sujeto interpelado, solo mediante la voz de la autoridad (Butler, 2001). Es el espejo, fragmentado y colocado estratégicamente en el periscopio, el que permite que el choque de sus imágenes habilite la vigilancia y el espionaje. Ese espejo, el que en los cuentos de hadas es, en realidad, la puerta a otros mundos.

Sigo de frente, dejando atrás los lockers y llego a un punto de intersección: en medio de los pasillos, se encuentra colocado un enorme espejo con marco dorado, y una bardilla donde uno puede recargarse o colocar objetos. Un enorme espejo que controla la imagen de quienes suben y bajan o atraviesan frente a él. Este es el punto de reunión en muchos sentidos. A la par que el mecanismo de ingreso y la figura del empleado de limpieza, el espejo parece formar parte de las herramientas de vigilancia del lugar. Permite visibilizar las formas corpóreas, el caminar, el cabello, el movimiento de las carnes. Muchos chicos, al pasar, realizan un rápido

---

<sup>40</sup> Así redactada en femenino, es como se enuncia más comúnmente. Frase chocante que resguarda en sus letras toda la ideología machista que silencia las voces subalternas desde la ficción del género, y realza la aberrante idea que la belleza es el valor más importante.



análisis a su imagen. Otros muchos ven sus movimientos, cómo lucen sus nalgas al caminar, cómo su cabello se mantiene o se ondula con el agua. El espejo funciona como herramienta que permite el reconocimiento del cuerpo y las prácticas corporales como elementos de gestión para el encuentro sexual. El espejo que vigila e interpela al sujeto para *masculinizar* su postura o *feminizar* su andar. El espejo funciona como artefacto de interpelación para sostener las ficciones sobre lo masculino y lo femenino. Al observar los movimientos del cuerpo y modificar su andar, corregir la postura, alzar la cadera, acomodar el bikini, pareciera aplicarse una tecnología del yo, una voz que parece internalizada que habilita la transformación en el andar del cuerpo. Cuando el sujeto se ve, cual medusa, la interpelación se hace presente y el cuerpo modifica o reafirma sus movimientos a los que significa como atrayentes, como mecánica para acercarse a la conquista o simplemente lucir mejor en el sauna. El espejo puede funcionar como mecanismo de la autoconfirmación performativa de los cuerpos. En su reflejo pareciera que los cuerpos reafirman el agrado de la apariencia que proyectan.

Porque el espejo funciona como ese punto de vigilancia. La lectura del cuerpo es una lectura del género desde la matriz heterosexual. Por eso la vigilancia desde el espejo se convierte en un elemento básico. Otros, se detienen, se instalan ahí, en el espejo, cerveza en mano, como si se tratara de la esquina de una calle y observan cómo los cuerpos pasan, cadenciosos y/o erectos. El espejo funciona entonces como símbolo del oasis, del punto de encuentro visual panóptico, porque esa intercepción permite la visibilidad de todos los cuerpos del sauna, habilita la vigilancia entre los mismos sujetos: tarde o temprano, todo aquel que este ahí, tendrá que pasar frente al espejo. Mantiene el control visual del que se aproxima a él, y permite disfrutar su andar. Se vuelve un punto de vigilancia donde todo aquel que se acerca se sabrá observado por ojos descarados que sin reparo verán su carne. Porque un cuerpo que se sabe observado y admirado, no precisamente estará dirigido o materializado para el encuentro sexual. Tal vez solo se muestra para el lucimiento de lo estético.

Al lado, en un pequeño muro, por encima de un extinguidor, un pequeño reconocimiento otorgado por una asociación civil, que reconoce a El Hedón, su

importancia como espacio para la comunidad gay, y que parece intentar mantener viva la idea de comunidad. Del otro lado, una máquina expendedora de pequeñas esferas donde se resguarda pasta e hilo dental. El acceso a la higiene colocada en un lugar visible y frecuentado.

El espejo es también central del diálogo. Es frecuente que ahí, grupos de chicos se encuentren y entablen conversaciones que, por la acústica del lugar, se escuchan en la mayor parte de los privados de ese piso. Viajes, visitas a otros lugares de encuentro o de ambiente gay, música son los tópicos que suelen abrir las conversaciones. No se trata de charlas personales, si acaso, se puede llegar a referir relaciones pasadas. Muchas de esas conversaciones parecieran también estar orientadas por la preocupación de la imagen que se desea proyectar en ese momento. En ese discurso cotidiano, el sujeto parece intentar mostrar una parte de sí, que tal vez suene atractiva o interesante para algún otro. Como si su narrativa fuera también, una técnica de atracción.

En el espejo, no falta quien haga plática, observando ahí al que le ha gustado. La presencia de la cerveza parece invitar a su consumo: un varón de unos 40 años, delgado, piel morena, cerveza en mano y postura despreocupada, invitaba una *chela*<sup>41</sup> a un jovencito o, como observé en otra ocasión, descaradamente un chico le pide a un hombre maduro, le invitara una, cuando lo vio ingiriendo en el espejo.

Pancho, me cuenta que el espejo es clave bajo ciertas circunstancias, como por ejemplo, cuando no se cuenta con mucho tiempo para estar en el lugar. En este caso, las jugadas son rápidas y atrevidas. Se mueve con sus mejores cartas para lograr el mayor de las atenciones. Ubica objetivos y va directo a ellos. Esta maniobra, se ubica en un punto fijo: el espejo. Con ojo avizor, detecta sus *presas* y cuando estas se acercan, dice, tiende el anzuelo: sutilmente soba su paquete por encima de la tela del pareo o pantalón. O guía la mirada el otro con la suya, hasta su genitalidad de manera rápida y fugaz. Lo he visto hacer eso muchas veces.

---

<sup>41</sup> Es el nombre común con el que se le conoce a la cerveza.

Al igual que Pancho, he notado a varios chicos que, en el espejo, materializan el cuerpo del chichifo, semidiós de la masculinidad y el placer en el sauna. Y entonces suelen mostrarse en pantalones de mezclilla o pants mientras mantienen el torso desnudo, mostrando una erección bajo la bragueta, y remarcan con su mano el contorno de pene erecto. Algunos otros, los he visto recargados en la bardilla del espejo, de espaldas, exponiendo un jugoso trasero a todo aquel que pase, y el reflejo les permite ver, quien posa su mirada en él.

Más allá del espejo, se abren los pasillos semi oscuros donde se ubican los privados, repartidos a lo largo y por todo el establecimiento. Aquellos que se ubican en la parte alta, son enunciados por números y los de la planta inferior, con letras<sup>42</sup>. Al contar con un privado, lo primero que hago es buscar donde se ubica. De esta manera, llave y pertenecías en mano, yo, como recién llegado, recorro los pasillos buscándolo, aunque en realidad, se trata de un proceso más complejo. Es el momento en que me muestro a los demás. Si bien, alguien me observó entrando por la puerta de madera después de la recepción, ahora todos los ojos se postran sobre mí, por ser el recién llegado. Camino, no cruzo miradas, como un turista en un país desconocido, contemplo a lo alto y miro solo los números o letras de las puertas que van quedando atrás hasta que ubico la que coincide con mi llave. Veo a varios hacerlo de la misma manera, cuando llegan al lugar, mientras yo usaba al espejo como torre de vigilancia. Algunos de ellos, pocos en realidad, se animan a dirigir una mirada fugaz o una débil sonrisa. Pero siguen su camino y ubican su espacio. Es como asomarse a la mesa de un bufet mientras camina uno a su asiento.

---

<sup>42</sup> Todos son de dimensiones iguales, salvo el N, que es más amplio y con enchufes eléctricos y se ubica a final de pasillo inferior, cerca de la ventanilla que da a la calle. Ahí se instalaba, durante mucho tiempo, Alfredo cuando vendía poppers, pero de manera discreta, como él lo menciona, argumentando el comercio de ropa interior masculina.

### 1.2.6. Los privados: distribución arquitectónica de lo oculto y lo expuesto

Leonor Silvestre (2016) menciona que una de las cualidades que Foucault (1975) resalta del panóptico, es cómo la arquitectura y su distribución producen efectos de luz y sombra, de lo escondido y lo expuesto, en nombre de la vigilancia. Ese juego que permite al vigilante realizar sus funciones sin ser visto, habilita una disciplina del espacio que orienta a los sujetos observados a deliberar qué elementos pueden y/o deben mostrar y cuales ocultar. Al saberse vigilados se activa una tecnología del yo (Foucault, 2009) que analiza lo que se expone. La arquitectura construye la paranoia (Silvestri, 2016, s/n).

Llego al privado al que fui asignado<sup>43</sup>. Las dimensiones son de aproximadamente 2 por 1.20 metros y consta solo de una plancha de cemento donde una colchoneta es colocada (la cual está recubierta de vinil negro, para evitar que todas las sustancias del cuerpo de los asistentes dejen huella alguna en la estancia), una lámpara decorativa empotrada en el muro y una pequeña repisa de cemento. Complementa el mobiliario un perchero de madera, con mucha utilidad.

Un bote de basura pesado y de color beige permite abandonar ahí todo lo desechable. Los privados generalmente se encuentran limpios, aunque los basureros siempre tienen restos de colillas de cigarro, además de las múltiples quemaduras en el recipiente de plástico. El apagador que provee de luz a la pieza se ubica en la parte alta, cerca de la misma lámpara. Las paredes pintadas de blanco, el piso con el mismo mosaico rojo antiderrapante, y la puerta color café oscuro.

El privado es un espacio múltiple. Es lugar de resguardo, pero también de descanso. Cerrar la puerta unos segundos y recuperar fuerzas. O bien, el refugio

---

<sup>43</sup> Curiosa palabra que brinca en mi mente porque me pregunto ¿Cuál es el criterio para asignar determinado privado a determinada persona? Según Alfredo, la versión de los encargados es el rol de limpieza de los mismos, aunque, existen clientes frecuentes a los que se les da alguno en especial. Él por ejemplo, era gratificado con el cubículo N, más amplio, escondido y con enchufes eléctricos. El cubículo1 llega también a ser cotizado dada su cercanía con el espejo y las escaleras que dan acceso a todas las áreas. Hago memoria y no recuerdo haber ocupado alguno en particular que fuera incómodo, creo más bien, se trata de hacerle sentir al cliente una preferencia en el trato, una supuesta capacidad de elegir o privilegio por encima de los demás, lo cual es decir ya bastante, si reflexionamos sobre cuáles serían las lógicas con las que se distinguen a los clientes unos por encima de los otros

momentáneo. Muchos caminan de manera apresurada, salen rápido, hacen un recorrido, una exploración al espacio y vuelven a su privado, como si se tratara de un refugio. Un chico de estatura baja, moreno, cabello largo y barba, con glúteos y piernas torneadas, que gustaba de lucirse en tanga, dijo alguna vez que esos paseos fugaces, le servían para ver la reacción de su desnudez ante los demás, y ver qué tipo de gente hay en las distintas áreas, echar una mirada fugaz. Y luego volvía a la tranquilidad del refugio, si no había podido contactar con alguien. Metodologías que se derivan de tener el espacio que brinda el privado.

El privado funciona también, como una técnica para la gestión para el encuentro sexual, a través del concepto *tener lugar*. La misma lógica que se aplica en el cruising o en el ligue virtual (*Grinder*): *tener lugar* se traduce en un encuentro asegurado y pronto. *Vamos a mi privado* son las palabras mágicas para atraer a aquel al que he besado, o al que le he tocado su miembro o con el que llevo varios minutos hablando. *Vamos a mi privado* es la invitación a la consumación del sexo. *Vamos a mi privado* es la jugada de ajedrez con la que pretendo coronar. El sí del otro es la partida ganada.

El privado es elemento más de esa coreografía de la seducción, suele ser uno de los escenarios y por tanto tiene un procedimiento de elaboración. La preparación dentro del privado es engañosa. Podría pensarse que las cosas dentro del cuarto son colocadas pensando en el otro, en darle la bienvenida de manera adecuada, en organizar el espacio de manera tal para su comodidad. Pero esto es muy simple. En realidad el privado se prepara para una comodidad individual que incluye la presencia del acompañante como uno de los elementos para un fin: la gestión para el encuentro sexual. Por eso, ciertos objetos son resguardados para evitar ser hurtados, y se exhibirán aquellos que se están dispuesto a compartir.

Aunque muchas son las formas de *preparar* el cubículo. Me agrada el término *preparar* porque pareciera hacer alusión a montarse un escenario para vivir el sexo. Porque no solo se trata de la forma en que se acomodan las pertenencias. También la forma en que se presenta al cuerpo. Algunos suelen mostrar su trasero, o lucen *el paquete* abriendo las piernas descaradamente, o muestran la lencería

provocativa a la vista sobre la maleta, como por descuido, o la lata de cerveza, o las botellitas de poppers sobre la repisa. Y, como todo espectáculo, debe haber una audiencia, una exposición a los demás.

*Los pasillos se complementan con las puertas entre abiertas, que juegan entre el límite de la invitación y la invasión.* Porque los privados resguardan una multiplicidad de cuerpos que erotizan: un *chacal* mostrando descarado una erección, algún nalgón recostado juguetonamente boca abajo espera la llegada de alguien. O un chico de bello rostro que finge jugar celular en mano, pero que alza su mirada cuando alguien cruza frente su puerta. O aquel que, jugando al descuido, se prueba unas pantaletas de encaje esperando ser descubierto como por casualidad. O los que, sentados como compadres, toman cerveza mientras platican, pero callan cuando alguien cruza frente a su puerta, como buscando la posibilidad de unirse a la fiesta. Las posibilidades son muchas. Pasillo y puertas entrecerradas se conjugan para las múltiples combinaciones. Las puertas entre abiertas como mecanismo de la gestión para el encuentro sexual, permiten ver cómo el espacio se hace inteligible a partir de estas prácticas. La distribución de la arquitectura, las formas de su uso, las técnicas de seducción y conquista, todos se articulan como partes de un dispositivo, como elementos de una coreografía.

Hago memoria y me pregunto ¿cuántas de ellas he encarnado? Muchos pasan y sin hablar arrojan una mirada fugaz al interior de mi espacio. Algunos de ellos se detienen, un chico joven, de cabello abultado y ataviado solo con su toalla en la cintura. Parece que le agrada lo que ve, pasa una, dos, tres veces más. Busca que le corresponda, me lanza una sonrisa (y yo a él), voltea rápido como cerciorando que nadie lo vea y me muestra su erección abriendo un poco la toalla. Busca con su mirada la mía, y mi pene empieza a crecer entre mi trusa. Señales corpóreas que parece una obligación saber interpretar. Normatividades a partir de las cuales se materializarán el sexo, si es que se quiere *tener éxito* en este lugar.

Otro más, un muchacho muy delgado, moreno, que luce una ropa interior bien confeccionada, con un reloj dorado en la muñeca, rasgos toscos y pelo ondulado. Al pasar busca constantemente mi mirada. Me interesa ¿Con qué señal haré que

se detenga? Deseo que se asome indiscreto por la puerta entreabierta, pero se queda parado un poco alejado pero visible, sobándose el bulto. Ello me dice que está interesado. De pronto menciona: *¿puedo pasar?* Parecería que la jugada se invierte, que es él quien tiene la carta ganadora. Pero es mi espacio, se trata de mi privado. Un *no* o un *sí* de mi parte, determina el final de la partida.

Pareciera que, el que se asome tendría que entender estas señales encarnadas en el cuerpo y en el cuarto. Sin embargo esto no necesariamente es así. El mensaje que se envía puede ser recibido (o ni siquiera eso) de forma distinta por el otro. No obstante, la forma de emisión y recepción tampoco es condicionante de lograr un encuentro sexual: puede que, sin concordar el mensaje erótico, existen otros elementos que permitan consumir el acto.

¿Qué es eso que permite que dos sujetos amalgamen placer? ¿Cuál de tantas tecnologías se acopla a la del otro? Un sujeto expone su cuerpo en lencería dentro del privado. Mantiene la puerta entrecerrada, como si por descuido permitiera la visibilidad. Espera a un supuesto acompañante que le excite estar con un varón envuelto en ropa interior femenina. Él envía así el mensaje, y puede que alguien responda, que alguien empuje esa puerta y se anime a entrar y tener sexo con él, pero no necesariamente obedeciendo, con tal exactitud, al mensaje que envía con su técnica. Puede que el otro, entre y esté con él, porque le excite pensar que se trata de una mujer instalada en el sauna, esa es su propia fantasía, la cual también es usada como una herramienta. Pienso en esta ficción, para poder entender cómo la emisión y recepción del símbolo es distinto, ambos tendrían su propia fantasía enmarcada en un varón en ropa interior femenina, pero esta diferencia no impide la consumación del encuentro. ¿Qué sucede entonces? ¿Cómo se construye este proceso de comunicación que busca la consumación del sexo?

Tal vez la respuesta se adentre en otras líneas, pero la pregunta permite reflexionar sobre aquello que se materializa a partir de las normatividades del sauna, y cómo éstas forman parte de un proceso que hace posible al lugar, como un dispositivo cuyos elementos se van articulando. ¿Cómo puede explicarse esto?

Es innegable la importancia de entender el concepto de Judith Butler (2017) sobre los marcos de inteligibilidad, cuando se piensa en torno al cuerpo, la sexualidad y el género. Sobre todo porque debe tomarse en cuenta que un marco específico, traduce una serie de normas que regulan a las prácticas sexuales, los cuerpos y el deseo sexual (Canseco, 2018). Pensar desde marcos de inteligibilidad, permite comprender muchos escenarios desde las normatividades que los construyen y a la vez son materializados por sus prácticas.

Canseco (2017) cuando analiza a la pasión sexual y el deseo, pensándolo como algo desde la interpelación del cuerpo, que no emerge de un yo, sino que se presenta como efecto de un encuentro, que llega a cuestionar los límites, transformar, dislocar y abrir nuevas posibilidades (*ek-stasis*) señala que solo existe si se piensa a la experiencia sexual como elemento que obedece a un modo de normas sociales específicas, ya que es por medio de éstas que se construyen sujetos sexuales, puesto que los ata a su propia subjetividad bajo normas de reconocimiento.

Utiliza a Butler para reflexionar la existencia de una distribución diferencial de los medios de reconocimiento sexual: ¿quién es capaz de reconocerse a sí mismo como un sujeto de sexualidad? Así, desde su concepto de *eroticidad*, postula que el mundo es socialmente compartido y está atravesado y construido por normas, las cuales regulan el modo en el que un determinado elemento (en su caso, se refiere a aquel que será considerado erótico) aparece y la respuesta afectiva esperada que genera, pensando a los afectos y emociones tal como Sara Ahmed (2004) lo refiere cuando señala la afectividad como algo que se le *pega* a un objeto determinado, el cual circula socialmente adquiriendo mayor reconocimiento, significado e inteligibilidad.

De esta manera, siguiendo a Canseco, habrá regulaciones que se concentran en determinadas morfologías y modos de aparición, originando que determinadas corporalidades se ubiquen en ciertas posiciones que hagan posible despertar la excitación y protagonizar una pasión sexual la cual es entendida por el autor desde *la interrupción*, es decir como la experiencia en la que el cuerpo se ve afectado por



algún elemento del mundo y dicha afectación se entiende no como un bloqueo, sino como una llave que abre posibilidades, una interrupción experiencial vertiginosa. La eroticidad entonces, se concibe desde la *matriz heterosexual* que Butler plantea, como esa rejilla de inteligibilidad cultural y a través de la cual se naturalizan y se hacen coherentes, los cuerpos, los géneros y los deseos, materializando así, cuerpos posibles de provocar lo erótico.

En efecto, podemos pensar que a partir de una rejilla de inteligibilidad heteronormada, las normatividades materializan prácticas, subjetividades, deseos y cuerpos, y que a la vez, estos las reafirman mediante la reiteración y repetición de las mismas. No obstante, habrá que dudar si estamos ante un proceso estático y mecanizado, el cual sucede de la misma forma en todo el tiempo. Canseco apuesta a que es precisamente en esta reiteración de la norma, donde se abre la posibilidad de la fuga. Porque los sujetos también podrían rehacer, reinterpretar, y reconfiguran las normatividades, mediante la ejecución de sus prácticas corporales. Si la matriz funciona como inteligible y estable a partir de la reiteración de esas coherencias, en esa misma repetición constante se encontraría la posibilidad de fuga, dado que nunca se podrá ejecutar de la misma forma. Se piensa desde las lógicas de que en la repetición salga diferente. Rompe la matriz con las posibilidades de ejecución.

A partir de entender el espacio desde esa matriz de inteligibilidad heterosexual, ¿Cuáles son esas normatividades que reiteran y hacen coherente el género, el cuerpo y el deseo? ¿De qué manera los sujetos las reiteran mediante sus prácticas corporales y en qué momento se crean puntos de fuga, a través del ejercicio del sexo? ¿Qué papel juega, dentro de estas normatividades, el consumo de poppers en el sauna?

### 1.2.7. Cuerpos revestidos.

#### Desnudez en El Hedón

El privado es solo uno de los espacios del sauna. Ahora, es momento de salir y deambular por los pasillos y otros sitios. Toca decidir cómo mostrarme ante los demás: ¿una trusa bonita, comprada para este tipo de ocasiones o mejor uso el pareo? Aunque eso me hace sentir menos masculino... ¿me sujeto solo la toalla?... ¿Por qué significo al pareo como un elemento poco masculino? Una reflexión muy personal ligaría lo delicado de la tela con la feminidad, o porque lo entiendo como una prenda para el cuerpo mujer. Tal vez sea por ello que prefiero la toalla, sujeta a la cintura, como lo hacen modelos masculinos cotidianos. Pero entonces ¿por qué es importante mostrar esa masculinidad en un espacio de encuentro? ¿Es acaso buscar una coherencia entre el cuerpo biológicamente asignado como hombre y sus formas de expresión que incluiría la vestimenta y el uso de la desnudez?

Una diferencia existe entre el cuerpo desnudo que se exhibe para su contemplación, y la desnudez que se expone para quedar sujeta a la disponibilidad y vulnerabilidad. *No poseemos, somos cuerpo*, afirmación que conduce inevitablemente, a pensar en las prácticas del espacio, a los hábitos mediante los cuales experimentamos los espacios, y donde dichas prácticas se encarnan de tal manera que “*sentimos*” el contexto. *Somos cuerpo* permite pensar en una *ontología de la habitabilidad*: el sujeto encarnado está en un hábitat que le precede pero, en donde dejará una huella, y por tanto se encuentra inmerso en una red de relaciones de poder bajo la concepción Foucaultiana. Porque la exhibición de la carnalidad, no está alejada de una significación. En realidad ninguno de los cuerpos sin ropa está realmente desnudo sino que es un cuerpo cubierto de significados (Mendiola, 2010), *un cuerpo sobresignificado* que explica las diferentes materializaciones del yo a partir del cuerpo desnudo en El Hedón. Estos cuerpos se encuentran *cubiertos* por un lado reiterando las normatividades y rejillas de inteligibilidad del espacio, pero a la vez estos mismos cuerpos desnudos pueden llegar a prácticas que les permitan un corrimiento de dichas normatividades.

Quizás se deba partir de pensar que el uso del desnudo no es una norma explícita establecida dentro del sauna. Desnudar el cuerpo no es una obligación en El Hedón, pero sí es un elemento característico del lugar, por lo que parece significarse como una obligatoriedad, una norma implícita. Pero ante la norma del desnudo, algunos cuerpos encuentran la forma de mostrarse eróticos sin cumplirla. Torsos desnudos que se ostentan desde el pantalón de mezclilla como elemento del deseo. Usos de la playera que se pega al cuerpo por el vapor y solo deja al descubierto las piernas. Toallas al cuello que cubren los hombros y que semi esconden los pectorales y la espalda.

Por ello, el desnudo en El Hedón se manifiesta en múltiples formas. Usar solo la ropa interior, usar el pareo, usar la toalla a manera de pareo, no usar ninguna prenda o accesorio, mostrar desnudo el torso, mostrar desnudas las piernas y omitir el desnudo. No es mi intención enumerarlas ni asignarles un lugar de viñeta, más bien, me gustaría explicar cómo la distribución de opciones, obedecen a lógicas y significados diferentes. No se trata de categorías fijas y estáticas, al contrario, son dinámicas y flexibles, y seguramente cada una de ellas puede articularse con alguna otra o bien ser ejecutadas todas a la perfección. Sin embargo es preciso hacer mención de las características de cada una.

Usar ropa interior y pareo es lo más frecuente que pude observar entre los asistentes. Aunque evidentemente no se trata de lo mismo. Por un lado, porque no suele usarse cualquier ropa interior, no se trata de algún calzoncillo que se ocupa comúnmente: todo un mercado se ha desenvuelto en ropa interior para lucir trusas de colores brillantes, detalladas, algunas que ayudan al contorno de la figura. En otras puede verse la calidad del material o incluso la marca que las fabrica. Aunque no solo las trusas hacen presencia: los bikinis, trajes de baño, tangas, suspensorios. Todas estas prendas son bienvenidas.

Por otro lado, no existe un sujeto especial que las porte. La edad, el color de piel, la corporalidad, no son factores que determinen la prenda que deba usarse. No están condicionados a una morfología en especial. Me parece interesante este hecho, pues podría pensarse que solo los cuerpos estéticos, delgados o bien

torneados, serían los ideales para lucir un bikini, por ejemplo. Pero en este caso no es así: un cuerpo delgado puede usar una tanga, lo mismo que uno musculoso, o un suspensorio en un cuerpo rollizo. Tal vez, lo que sí varía es la intención por la que se usa: un calzón caro, una trusa de marca o un bikini de calidad, parecen ser portados con la intención de mostrar un estatus social superior. Teutle (2015) lo había notado ya en su investigación:

Un grupo de jóvenes que, como parte de la segregación social, traen prendas de ropa interior de marcas reconocidas como símbolo de distinción ante los demás asistentes (p.41).

Las prendas inmersas en lo erótico como las tangas o los suspensorios, parecen tener otra lectura: el deseo, la fantasía. Hacen resaltar el bulto, o demarcan el contorno y largo del pene, o levantan los glúteos, los enmarcan gloriosos. Invitan al otro a observar, eso que quieren llamar a atención.

Dentro de lo erótico funciona también el pareo. Tela azul, verde agua o blanca, delgada, como la niebla, la espuma, que juega al ver y no ver. Aquello que se sabe que está ahí, pero que se requiere descubrir. El juego del deseo instaurado en el color del agua y el vapor. Mojado, pegado a la piel gracias a la humedad de la regadera, el sauna, el calor del cuerpo al unirse con otro, hacen que los contornos se dibujen de forma más sugerente y atrayente. Al moverse, ayuda al vaivén de las caderas, juega con el colgante de los genitales. El pareo es la nube que eleva al deseo. Para Fernando, se trata de toda una técnica para mejorar la forma del cuerpo:

El pareo sí es un arma de seducción si te lo sabes poner, que tan corto te lo pones que tan largo te lo pones, cómo te lo acomodas, a lo mejor se te vea más el bulto o para que te levante más las nalguitas, osea,

vas te lo mojas... porque también visualmente funciona así, si tú no tienes mucha nalga pero te acomodas bien el pareo y te lo mojas, se te ve más nalga a que si vas así, osea imagínate vas pasando así como por el pasillo, y alguien te ve en un mal ángulo, se ve del culo el cuerpo, pero si vas con el pareo y te lo acomodas como tú sabes que se ve bien o a como tú te sientas bien, va a ser muy diferente, además que el contraste de los colores y todo eso, genera volúmenes y tú puedes hacer tus volúmenes como tú quieras (Fernando, comunicación personal, 2018).

La toalla es la alternativa al pareo. Durante algún tiempo, para mí, era la versión masculinizada de aquel. Sin embargo, pude observar que no precisamente está ligada a la masculinidad o feminidad. Me parece que se relaciona más bien, con el ocultamiento de ciertas partes del cuerpo. La toalla no cambia sus formas o genera volúmenes, como Fernando refiere, sino que se mantiene más estática aun con la humedad. Un varón moreno bajito y musculoso, pero sin carne en los glúteos, la usaba doblada a la mitad, de forma tal que solo le tapaba el trasero. Un chico que se afanaba de mostrar una verga enorme, solía usar la toalla para ocultarla y luego mostrarla como orgullosa sorpresa a los demás. Otro chico, alto y corpulento, de tez blanca y caderas y piernas anchas, la usaba atada arriba del ombligo, sin doblar, caía como falda sobre su cuerpo. La toalla oculta más que el pareo, pero se mantiene en el jugueteo de lo oculto y lo privado.

Habrà también quien combine un desnudo parcial. Como había comentado atrás, este desnudo está ligado más a la figura del *chichifo*. Algunos de los chicos, lo referían más hacia la masculinidad. Porque puede entenderse también desde los roles sexuales: este desnudo parece materializar al activo que deja oculto el pene, como aquello que debe ser buscado, mostrando la musculatura del pecho y espalda, complementado con el bote de cerveza en la mano y recargado en el espejo central, esperando.

Y luego está el desnudo total. Es el más atrevido, el que más llama mi atención y que captura la vista de los demás, el más insolente. Es contradictorio el cómo en un sauna, el desnudo total sea un elemento que parece correrse de la norma. El joven con enormes genitales que exhibe su colgante pene entre los pasillos. El maduro que muestra un cuerpo vencido en estética por la edad, pero con una erección que se adorna con el manojito de pasto cano que cubre su pubis. El musculoso que labra sus formas en el gimnasio y que observa el espacio como el escaparate ideal para lucir el desnudo sin inhibición.

Mediante el desnudo, los cuerpos parecen materializar lo masculino y lo femenino dentro del sauna. En *El género en disputa*, Butler (1990) para explicar la performatividad del género, señala que en realidad, éste no es más que actos reiterativos que se dan en contextos normativos por medio de una rejilla que los hace inteligibles. Utiliza a Derrida y a Kafka para enunciar que, aunque se piensa al género como algo que está en el interior donde la expectativa de que existe algo en ese interior es lo que le da poder, en realidad envuelve al cuerpo, lo atraviesa y encarna. A través de esa rejilla de inteligibilidad heterosexual, se pretende dar coherencia a los cuerpos, géneros y deseos. La repetición de estos actos y prácticas corporales significadas como masculinas y femeninas, materializan el género a través de la constante repetición performativa.

Si todo es una reiteración no hay, por tanto, un género verdadero o falso, eso sería pensarlo como una esencia, incluso desde lo cultural. Pensarlo como una esencia le quita la posibilidad de pensarse como un efecto de instituciones y tecnologías, como De Lauretis mencionó (1987).

En el sauna, la forma de amarrar el pareo, la colocación de la toalla, o el tipo de ropa interior que se use, parece ser una de las herramientas para expresar la feminidad o la masculinidad. El nudo al costado que permite mostrar mejor las nalgas y caderas, o sujetarlo como un lienzo para realzar la protuberancia del pene y los testículos. Parece convertirse en el cómplice en lo que se quiere mostrar, en el lenguaje del cuerpo que expresa su movimiento, pero que parece ser complementado en las formas en que éste se mueve.

Pero aunque pareciera existir un esfuerzo por categorizar a los cuerpos en *hombre y mujer*, algunos de ellos logran producciones interesantes. “Ese está guapo, pero se ve más mujer que tula y yola”<sup>44</sup> dijo alguna vez David, un chico alto, delgado, de unos 45 años, obrero textil y que siempre gusta de parejas que expresen masculinidad. Su comentario se dirigía a otro chico de cejas abundantes y boca delineada, de unos 20 años, cuyos movimientos contoneaban sus formas entre los pasillos, de manera femenina. Echaba los hombros hacia atrás, lo que hacía que su pecho luciera como un busto femenino. La postura era complementada con un bikini rosa, que permitía a sus glúteos lucirse a través de una tela de maya negra.

El comentario me hace reflexionar que, si no existe un género verdadero, o un género prediscursivo, o anterior al sujeto, una frase como la de David, en realidad devela una exigencia de coherencia heterosexual entre un cuerpo biológicamente asignado como varón y un género femenino que se reitera a través de expresiones corporales, que parece no encajar en el criterio de David. El juicio es en sí, heterosexual, porque busca la coherencia entre el binarismo masculino/ femenino para materializar o un varón o una mujer.

Este cuerpo de tanga rosada, glúteos morenos y carnosos y movimientos delicados es, en sí, un corrimiento de esa matriz heteronormada, porque rompe con la cadena coherente exigida. Sin embargo, David espera, que ese cuerpo atractivo sea coherente en su expresión de género, siendo masculino, para materializarlo como atrayente, bajo lógicas heterosexuales y binarias. Pero no solamente muestra esta exigencia, sino que evidencia que esa coherencia también habilita y opera en términos de idealización normativa y jerárquica estableciendo asimetrías: ese “pero” que David interpone en su opinión hacia el atractivo del chico, denota una desvaloración de lo femenino. Al enunciar que “es guapo pero se ve mujer”, deja ver una relación de poder instalada en las dinámicas del sauna, que no solo exige la coherencia heteronormativa sino que establece jerarquías. Por lo tanto, de alguna

---

<sup>44</sup> *Tuya y yola* es una forma coloquial de nombrar la segunda y primera persona gramatical: tú y yo.

ocurre ese corrimiento normativo, pero al mismo tiempo, refuerza la concepción normativa del género binario.

En el sauna muchos cuerpos lo hacen, logran correrse de esa coherencia heterosexual exigida entre sus cuerpos y sus expresiones de género. Caminan gloriosos por los pasillos y son a la vez materializaciones de los deseos de aquellos que los buscan. Sin embargo, encuentran constantemente, lo que entiendo como orientaciones y reorientaciones de esa rejilla heterosexual. Lo pienso como contrataque, porque los entiendo como respuestas que exigen esa coherencia de los cuerpos, el género y el deseo, mediante distintos discursos que parecen apelar a una supuesta normalidad:

“Muchos vienen aquí a torcerse, porque en su trabajo, en su casa no pueden expresarse tal cual son” había comentado Alfredo, el proveedor de poppers, en alguna ocasión, mientras veíamos a un grupo de jovencitos, jugar entre ellos, hablándose en femenino y realizando movimientos delicados. Dudo mucho que Alfredo conociera la vida de estos muchachos, como para asegurar sus palabras. Más bien me parece que es otra expresión que reclama la coherencia heteronormada, y que piensa al género como algo interno que brota del sujeto en determinadas circunstancias. No obstante, ¿podría acaso esa exigencia de coherencia, ser una postura misógina e incluso homofóbica?

Porque el género se trata de actos repetitivos, que buscan la citación de una norma, los otros leerán a estos cuerpos subversivos desde la heteromatrix, buscando la coherencia binaria, que incluso se complementará con el deseo: los roles sexuales. En el sauna, los cuerpos de varón “femeninos” serán entendidos como coherentes, si juegan un rol pasivo en el encuentro sexual o viceversa, con la expresión masculina y el rol activo. Claro es que, un cuerpo de varón masculino que sea pasivo, y la misma excitación que esto provoca, rompe de nueva cuenta con esa coherencia heterosexual. En realidad lo que se observa en el espacio es una constante apropiación y reapropiación en esa reiteración de la norma que, al correrse y reapropiarse mediante la citación, reivindica en sí, la performatividad misma del género. En efecto, estas apropiaciones y reapropiaciones, estos



corrimientos de la norma, son tales a partir de romper con ciertas normatividades, son disruptivas en un sentido, y al mismo tiempo reivindican la misma u otra normatividad que opera en el lugar. Podría pensarse que el sauna, al ser un lugar para la sexualidad diversa, no existirían heteronormatividades.

Y quizás no habría problema en ello, de no ser por la existencia de asimetrías que derivan en jerarquías inmersas en relaciones de poder: una desvaloración por la expresión de feminidad en el lugar y la facilidad con que un simple movimiento de la muñeca o del andar, sean suficientes para la categorización del sujeto. Recuerdo alguna vez que Pancho me presentó con Pablo, un chico de unos 30 años, moreno, de barba escasa y cabello semi ondulado. Su cuerpo presentaba cierta musculatura en hombros y brazos, los cuales él se esforzaba en exhibir. La intención de Pancho era que yo disfrutara con él, una sesión de sexo duro. Pablo, al presentarse conmigo, lo hizo con una voz muy grave, tanto que me pareció forzada. No hubo un lazo de empatía entre ambos y el encuentro nunca sucedió, pero me llamó la atención que atrás de él, dos o tres chicos poco más jóvenes, lo seguían con movimientos delicados y tímidos. Pablo les buscó y se refirió a ellos como *culitos míos*, expresión que había escuchado como parte del vocabulario de albur cotidiano.

Pablo gozaba sin duda de un estatus con privilegio en el sauna, gracias a esa performatividad de masculinidad que exponía, y la hetero coherencia con el rol activo, con el que erotizaba a gran parte de los presentes. Casi inversamente proporcional, a la forma en que se significaba como inferior, a los chicos que se movían femeninos entre el lugar.

Las formas en que la desnudez se expone en el sauna, parece mostrar a la vez, una distribución politizada que coloca a los cuerpos significados como masculinos, por encima de los que se expresan femeninamente. Estas performatividades están relacionadas con las figuras de semidioses masculinos instalados y encarnados en el sauna: el estudiante, el policía o el obrero de la construcción. Y podríamos agregar muchas más. Pancho refiere lo siguiente cuando narra algunos de sus encuentros sexuales en donde recibía dinero a cambio de ellos:

Me dicen: *eres casado verdad cabrón* y les digo que sí, que mi vieja esta panzona<sup>45</sup> y que quería coger y con ella no se puede (ríe) y así más dinero me daban (...) yo simplemente les digo lo que quieren oír (Pancho, comunicación personal, 2018).

Caminando por los pasillos, los siento míos. Mi caminar puede ser lento y cadencioso o dinámico. Ahora las miradas se cruzan, las sonrisas, los pasillos son ya el campo de acción. Puertas de madera pintadas con café muy oscuro, pisos de color rojo y paredes color beige. Arriba, el techo se forma en arcos, pero sin revocar, la bovedilla gris se muestra descarada pero armoniza un estilo sobrio. Cálidas luces de lámparas decorativas se postran en ciertas esquinas.

Me detengo un poco a observar el piso rojo, como ladrillo, y su textura antiderrapante. Lo entiendo a partir de una lógica: la limpieza, o algo más interesante, la ocultación de la suciedad, que no es lo mismo. Si se tratase de un piso blanco, sería fácilmente visible cualquier mancha, este no. Las oculta, las mantiene escondidas hasta que sean eliminadas con la limpieza de rutina. Lo antiderrapante también tiene una lectura desde el cuidado de la clientela: evitar potenciales accidentes. Una lógica de prevención, del cuidado, una especie de evitar los acontecimientos fatídicos, leídos desde la prevención de accidentes o de enfermedades.

Completan el cuadro del olor a cloro, pues entiendo al aroma como aséptico, libre de bacterias, y por tanto libre de enfermedades. Quizás, la misma estructura del lugar, la arquitectura, tuvo que estar pensada en esos mismos términos, en la evitación de los acontecimientos, del accidente, pero también de la infección, del ataque o la violencia. Tal vez, el concepto de lo privado, instalado en los cubiles, obedece también a resguardar la práctica sexual que puede ser contaminante, trasladarla al ámbito privado, no solo como un respeto a la intimidad, sino también

---

<sup>45</sup> Referencia cotidiana al embarazo.

como una medida de contingencia de supuestas propagaciones de enfermedades. Otra lógica normativa quizás, de la matriz heterosexual que permite leer el sauna.

Los pasillos son más que conectores. Funcionan como pasarela de los cuerpos. Desfilan todo tipo de caminares, desde los muy femeninos contoneando protuberantes nalgas, o bien con un paso acelerado que harto me recuerda a las oficinistas, hasta los cuerpos que exageran la anchura de los hombros, e inflan el pecho para demostrar la masa muscular en las tetas. Performance que sostienen la ficción de lo masculino y femenino.

Las miradas por lo general son altivas, soberbias, mentón levantado y pupilas que, de reojo, observan solo a los que le han agradado. La dinámica de los pasillos me permite hablar de las formas de gestión para el encuentro sexual en el sauna que carecen de palabras: el uso de las miradas. En la práctica del encuentro sexual entre varones, aquel que se lleva a cabo en lugares abiertos y que es enunciado como cruising, muchos son los autores que han descrito las formas en las que el lenguaje no verbal es utilizado para la consolidación de los encuentros.

Langarita (2014) utiliza incluso el término de *pedagogía desviada* para hacer mención de la forma en que es transmitido entre los concurrentes a un lugar de encuentro, estas formas de comunicación que no utilizan palabras. En El Hedón, las miradas juegan un papel importante. Con ellas se conoce quien está interesado en uno: una mirada fija a los ojos, que se mantiene fija unos segundos es suficiente para dar a entender el interés. Otros ojos se postran en los genitales o en el trasero, o en las piernas o en el pecho, pero es seguida inmediatamente a los ojos, indicando lo mismo, el interés en el otro, pero estas son más atrevidas aun. Con la mirada se hace el llamado, se otorga el permiso para acercarse. Con la mirada se guía a la erección que se muestra entre las telas mojadas. En los pasillos, las miradas mudas funcionan como el elemento que mejor transmite, las miradas materializan las normas de gestión para el encuentro sexual del sauna.

Al final, el pasillo desemboca a una "T", un punto de cruce donde solo las puertas cafés observan mi paso que avanza. Siempre, en el ambiente, escucho la voz cálida de los locutores de una estación de radio de la ciudad, enunciando las canciones

que presentan<sup>46</sup>. Llegando al punto de cruce, a mano derecha, me topo con mi propia imagen reflejada en un pequeño espejo colocado encima de un lavamanos. Camino hasta ahí, y descubro un mingitorio, un poco sucio y con un fuerte olor a orina. Al costado está una taza de baño, encerrada en su cubil, cerca de una puerta donde se guardan artículos de limpieza. Ahí, la luz es más fuerte: un tragaluz corona el servicio de baño y la luz solar refresca el ambiente relajado y semi oscuro del resto del pasillo. El lavabo y el mingitorio, como producto de una lógica de higiene: salir y enjuagar u orinar o defecar. Antes o después. Cualquiera de las acciones, están relacionadas no solo con la necesidad fisiológica, sino con el previo al sexo (entrar al privado limpio, con el pene oliendo a jaboncito o sin materia fecal en el recto, para evitar lo que suele interpretarse como una tragedia, cuando existe defecación durante la penetración) o con el después del sexo (enjuagar los fluidos del otro que ahora son uno con los míos).

Doy un giro completo en mi recorrido. Quedo de frente a más puertas de privados y escucho en el fondo un jadeo, el pujido excitante de quien es penetrado. Una luz parpadeante me da a entender que se trata de una película: al final del pasillo está la pequeña sala de cine porno. Voy a ella. No hay puerta, por lo que inmediatamente veo sillas plásticas, de esas que hay en las fondas de comida económica o en las cantinas, acomodadas a modo teatro. Llama mi atención la temática de las cintas: muestran cuerpos jóvenes, lampiños, rubios o morenos claros. Temáticas simples como toda película porno, pero éstas en particular, además de parecer haber sido rodadas en la década de los 90's, muestran cuerpos aniñados, con pocas proporciones musculares. Me pregunto ¿De quién dependerá la proyección de las cintas? ¿Hay una intención al escogerlas, o simplemente se trata de los gustos o acervo personal de los propietarios? ¿Cómo se interpretan esas películas, ese erotismo fabricado en la pantalla, en contraste con los cuerpos reales, no estéticos, o contruidos desde otros parámetros de belleza? ¿Cómo entonces se relee esa belleza? ¿Cómo estas figuras aniñadas operan ante estos sujetos desnudos?

---

<sup>46</sup> De vez en cuando, la voz del locutor es silenciada y da paso a música electrónica, continua y repetitiva por horas, o bien sobre todo casi al final de la jornada, una *playlist* de clásicos del ambiente gay noventero: Madonna, Mónica Naranjo, Fey, Jeans. Aunque en pleno 2020 acudí por última vez y era la aplicación *Spotify* quien armonizaba el ambiente del sauna.

El sexo se escapa de la pantalla. Ahí en las sillas, un varón se masturba, la oscuridad no me permite distinguirlo bien, solo alcanzo a notar su piel morena, su pelo ondulado y su abdomen prominente. Invita a otro, uno que esta recargado al igual que yo en el umbral de la sala, a *echarle una mano*<sup>47</sup>, acción que se convierte casi de inmediato en sexo oral, y al que se unen otros visitantes que poco a poco accedieron a sitio. La sala de porno suele resguardar a los tríos y orgías...pero raras veces la culminación eyaculatoria del acto.

### **1.2.8. El Piso inferior: vapor, agua y oscuridad azulada**

Regreso al punto donde se encuentra el espejo grande, al punto de encuentro. Es momento de ir a la zona con más movimiento. Frente a mí, unas escaleras descienden. Tapizadas en un mosaico amarillo claro, los escalones enuncian la prevención: hay tiras de material antiderrapante, pasamanos metálicos plateados y un letrero que dicta: “baje con cuidado”. En el letrero, un muñeco azul, cayendo, simboliza el potencial peligro de no ser cauteloso. Espantosa metáfora que parece flotar en el aire siempre.

Los escalones hacen una escuadra y continúan hasta el piso inferior. El mismo suelo rojo de arriba me recibe y me encuentro de nuevo en un cruce. Al girar a la derecha, me topo de frente con una banca, recargada en la pared. Un pequeño espacio donde suelo sentarme a contemplar el vaivén de carnosos glúteos, o esperar a que alguien más me acompañe. En una de esas bancas conocí a José Luis. Se trata de la quinta entrevista que realicé. Me acerqué a él, ya casi terminando el día, un tanto desgastado por la dinámica de aquella ocasión. José Luis también gusta de ocupar la banca para contemplar los cuerpos que vienen y van por los pasillos.

Esa banca queda casi de frente a una puerta metálica color beige que resguarda los controles del sistema de luz, agua y gas. Un enorme letrero de “peligro, aléjese”, resguardado por rayos rojos, alertan a los que se acercan. Más allá de la banca se

---

<sup>47</sup> Alusión a la masturbación.

extiende el pasillo con otros privados de puertas café oscuro. Aquí la luz artificial no gobierna: al final hay una pequeña ventana que da a la calle, por la que la luz solar entra a curiosear. Además, existe a mano derecha, entre los privados, una puerta que da a un patiecito pequeño donde se enjuagan las jergas y trapeadores del piso. Este es otro acceso donde se cuele la luz solar, y rompe con la semi oscuridad erótica de los pasillos.

Hay más cosas interesantes aquí. Bajo la escuadra que forman unos escalones, se ubica un mingitorio y un lavamanos, pequeños, discretamente expuestos, sin puertas, que seguro han solucionado la urgencia de muchos. Y, coronando, un poster entablillado cuelga de la pared. Un par de chicos de cabellos estilizados en puntas y bandas de sudor color morado en su frente, muestran su cuerpo delgado y definido envuelto en un short corto con apertura a los costados. Imagen de los años 80 que mantiene la entonces forma de entenderse *homosexual*. Ahí, en esa oscuridad, el poster parece recordar cuál era la intención de El Hedón, la génesis en la cabeza del dueño, de donde salió, para concretarse en espacio de piedra y vapor.

Si regreso al punto neutro de la baquilla, el punto de intersección, y ahora giro a la izquierda, me topo con el área de mayor actividad y movimiento. Camino con cuidado, el piso desciende un poco más, y he visto a varios resbalar en esta pequeña rampa, por eso, una serie de tiras antiderrapante cuidan los pasos, y me apoyo con el pasamanos platinado empotrado en la pared. Un pequeño pasillo me lleva a una esquina donde una banca de piedra, con la misma función que la anterior, da de frente a otro pasillo más, que aloja las áreas comunes más célebres del sitio.

Primero está la sala de vapor. A mano derecha, una puerta blanca, con paneles de vinil, fácil de empujar, da acceso a una pieza de 2 x 5 metros aproximadamente. El vapor no permite apreciar detalles, por lo menos visualmente, pero no es necesario después de todo. La sala de vapor juega con la misma lógica de muchos otros elementos, establecer al visitante en lo semi oculto, jugar a estar en el límite de lo visto y lo escondido. Porque entre la nubosidad, los contornos de los cuerpos

se mueven con mayor soltura, la cadencia de los penes que cuelgan adquieren otra gracia, o por lo menos, la nubosidad permite verlos descaradamente. Dos grandes bancas de cemento, continuas, encontradas una con otra, y aferradas al muro, son los soportes que permiten sentarse. Al fondo, una regadera con agua fría, para aquellos que no soportan demasiado las altas temperaturas que el paraíso de vapor ofrece. No hay decorados aquí, más que la lámpara con forma de bola que resplandece, el color rojo de la pintura impermeabilizante que protege el muro del fondo y que colinda seguramente con la casa vecina. Las llaves que controlan la temperatura y fuerza de expulsión del vapor, la señalética de rutas de acceso en caso de contingencia. Todo está cubierto de azulejo amarillo tenue, y solo la sobria luz permite vislumbrar las figuras o los penes que bailan con las manos al ser masturbados.

Normalmente, el fondo de la pieza está aún más sumergido en esa oscuridad blanca del vapor. Ahí, una plataforma en el piso, metálica, permite accionar el abúndate chorro de agua fría que cae descarada. La forma de las bancas permite la ficción del espectáculo: sentados alrededor, cual circo romano, se puede contemplar los cuerpos cuando van entrando, disfrutar de las formas de las caderas y las piernas, o los pechos peludos y brazos tatuados. Los bultos dibujados por debajo de la trusa o el pareo.

En el vapor el sexo se materializa de distintas formas. Puede haber desde micro orgias, masturbación mutua, contemplación, sexo oral. O puede haber otras prácticas además de sexo. Algunos limpian su cuerpo con multiplicidad de aditamentos o incluso realizan unos cuantos ejercicios de calistenia. Otros observan simplemente la variedad de las prácticas corporales.

Aquí puedo observar con mayor soltura otro de los elementos que complementan el juego de las miradas: el uso de las distancias. Sea en los pasillos, en el vapor o en las regaderas, qué tanto me acerque o me aleje del otro, habilita una serie de normas de comunicación. La cercanía demuestra el interés, la posibilidad del roce de la piel. No se trata de un movimiento *cara a cara*, esto es más sutil. Se trata de pararse cerca del otro, sin que los ojos se crucen. En el breve

espacio entre dos sujetos sentados en la banca del vapor, un tercero llega y se acomoda entre ambos. Un tipo moreno con sobrepeso, de piernas gruesas, entrado en los treinta años. Uno de los otros dos, un muchacho blanco de piel velluda, da un pequeño salto que lo aleja unos centímetros del recién llegado. Es suficiente para dar a entender su falta de interés en él. El moreno voltea su atención al otro... yo, que no retrocedí un centímetro, pero incliné mi cuerpo hacia adelante. Un dedo temeroso se posó en mi trasero, cerca de la línea de mi pareo que dejaba entrever los glúteos ante mi postura. Fue la invitación al otro no solo de acercarse, sino de tocar.

Un sujeto de unos 50 años, de barba, alto y corpulento, cuyo pene se mostraba excitante bajo la toalla, entra al vapor y se recarga contra el muro. Un chico delgado y alto, se para cerca de él, a pesar de que había lugar en las bancas. De inmediato, el hombre robusto se aparta y se sienta en los espacios vacíos. El chico sale de inmediato abriendo con fuerza la débil puerta del vapor. Si el sujeto no resulta agradable, existirá un alejamiento del cuerpo, dejando en claro que no hay el mínimo interés en el otro.

Estar parados juntos recargados en la pared, en el vapor lleno de gente, o sentado en las banquillas, o en el asoleadero o cerca en el espejo grande de los baños. El permanecer cerca del cuerpo otro, permite la lectura del acercamiento. Y después del acercamiento, las posibilidades se hacen tentáculos diversos: una búsqueda de la mirada, unas manos que permitan conocer el calor de la otra anatomía, una leve caricia en la pierna o en el glúteo. Un roce que calibra los testículos. Una rodilla que se pega a la otra y no se mueve. Pero aun en ese punto, puede haber una contra reacción: Sutilmente, retiro la mano del moreno de mi trasero, sin mirarlo, no volteo a otra dirección, como espantando a una abeja. Sin mirarlo, con mi mano regreso la suya a su espacio, tras un segundo intento. Eso es suficiente, acabo de dejar claro que no me interesa. El moreno solo esta unos minutos más, y se aleja del sauna ante la reacción de rechazo.

Pero si no lo hubiera hecho, la mano invasora hubiera masajeadó el trasero de forma desesperada, daría un apretón al cuerpo del pene o empujaría con fuerza su



rodilla contra la otra. Lo sé porque lo he visto y vivido. La medición de la distancia da pie al contacto de la piel.

La exhibición también es elemento presente en el escenario de la oscuridad blanqueada del vapor. Un chico moreno y regordete, con un pene generoso, se masturba endureciendo cada vez más su verga. Lo hace mientras mira de reojo a otro chico con rostro de niño y cuerpo rollizo. Solo estamos los tres. Esa técnica la he visto aplicarse comúnmente, incluso estando la sala concurrida: el masaje del pene para endurecerlo se vuelve una clara invitación a la oferta fálica. Pero llama mi atención cierto juego de rechazo. El chico con rostro de niño, solo veía el grueso pene cuando yo cerraba mis ojos o miraba al vacío. Si yo llegaba a voltear a verlos, uno tapaba su pene y lo dejaba de masturbar, o el otro cambiaba su mirada a otro lado. Demarcación que dejaba claro que yo no estaba invitado al juego. Se trataba de una estrategia que permitía dar a entender, a la distancia, la falta de interés con un tercero. Esa misma técnica de exhibición y el uso de espacios me permitió conocer a mi último entrevistado: Fabián.

Justo al lado de la sala de vapor, está uno de los cuartos oscuros. Resguardado por una puerta de madera, se trata una pequeña pieza con una banca. Aquí no hay vapor, pero tampoco hay luz. La maravilla de la oscuridad abraza a los cuerpos para hacerse cómplice de lo que se quiera tocar y besar ahí adentro. La pequeñez del espacio me hizo pensar que no es posible estar cómodamente con alguien, pero nuevamente la magia se hace presente, y pude comprobar cómo varios cuerpos pueden encontrar aquí para el disfrute. El lugar se mantiene con un ambiente cálido gracias a su cercanía con el vapor.

Este es uno de los espacios para el sexo en grupo. Hasta hace poco, una leve luz se mantenía en el lugar y era posible ver lo que sucedía dentro, con solo abrir la puerta. Ahora, la completa oscuridad parece poner una trampa erótica: no se sabe quién es el que está adentro, o ni siquiera puede percibirse si hay alguien. Por ello, la asistencia al *cuartito oscuro* parece modularse desde afuera: un chico permanece parado en la pequeña estación que conecta la puerta del vapor con la del cuartito oscuro. No puedo decir que lo considere atractivo, el cuerpo no es armonioso ni el

rostro mantiene facciones delicadas. Esta ahí observando a los demás que pasen, pero pone más atención a quienes entran a alguna de las dos piezas.

El pequeño pasillo es en realidad un punto de observación, que complementa al cuartito oscuro, y donde varios se detienen para contemplar quién entra a las distintas áreas: al vapor, al jacuzzi, las regaderas o a los cuartos oscuros. Punto estratégico para la práctica de gestión para el encuentro sexual. Algunos se paran ahí, mostrando su erección entre las telas, fijan la mirada en alguno otro, y si se acerca, exhiben con mayor notoriedad el miembro, apretando el glande de manera sugestiva, mientras buscan la mirada del otro. Otros, simplemente esperan que se adentre alguien de su agrado en las distintas áreas y seguirlo, esperando se dé la oportunidad de un encuentro.

Enfrente está el jacuzzi. Empotrado en un cubo de luz azul que surge de un juego visual entre el vapor, la oscuridad y los vitrales que adornan el espacio, el jacuzzi se inmersa también en el juego de lo semi oscuro. Se armoniza a si mismo con la incesante melodía del movimiento mecánico del agua. Pequeño trozo de mar enojado que inventa una serie de historias entre lo prohibido, lo sucio y la liquidez. En la penumbra, lo primero que me saluda es un enorme letrero que prohíbe (sí, prohíbe) la ejecución de cualquier práctica sexual dentro del agua, y que aboga por el respeto a los demás. El jacuzzi leído como el espacio de caldo de posibles enfermedades. Por eso el letrero está ahí, encima, como un guardián de ojos grandes que siempre te contempla. Muchos mantienen un alejamiento a este espacio. Algunos de los sujetos con los que hablé, me contaban historias que hacían referencia a aquellas emociones que circulaban en torno al jacuzzi, como Fernando, que enuncia introducirse solo los días martes, posterior a día de descanso del lugar y que es cuando se le destina una limpieza profunda a la tina de hidromasaje.

Por tanto, el martes tendrá menos impurezas que el resto de la semana. O como Caleb, quien mencionó que la primera vez que fue al sauna, ignoraba estas normas, pero que al ver que había personas teniendo sexo en el agua, le pareció un espacio poco higiénico. La primera vez que Caleb fue a El Hedón, no sabía nada sobre lo que se piensa del jacuzzi, no fue sino hasta que dialogó con otros que supo que es

un área que suele ser aconsejable no usar, a grado tal, que es común escuchar a la gente negar ser asiduos a su acceso y uso. El agua del jacuzzi, parece ser entendida como miasma que enferma.

En una ocasión, previo al trabajo de campo, estuve a punto de introducirme en esa agua burbujeante, cuando un chico delgado de unos 20 años me detuvo, empujándome del pecho haciéndome retroceder, diciéndome: “mejor vamos a mi privado”. Me quedé estupefacto tratando de recordar si éramos conocidos, pero accedí a sus movimientos. Estando afuera me pidió disculpas, y me contó que lo hizo porque había una persona dentro del jacuzzi, cuya pierna supuraba y el líquido que brotaba se mezclaba con la espuma y burbujas, haciéndolo imperceptible. No me detuve a ver si era verdad o no. El consejo, me pareció noble e incuestionable y muy agradecido con el chico, me retire del lugar. ¿Por qué no dude el alejarme del sitio, y di por sentado el peligro al que me encontraba? ¿Por qué la acción del chico habilitó mi alejamiento del espacio? ¿En qué estaba sostenida? Este tipo de experiencias enmarcan la lectura del sitio como leído bajo lógicas de contagio y peligro. Por eso, utilizo la expresión de *miasma*<sup>48</sup> y caldo de cultivo como imágenes que considero materializan esos elementos que parecen estar conformando un dispositivo en su continua relación. Imágenes que dan significado a un cuerpo contaminante, uno que enferma y que es *miasmático*, al igual que el agua del jacuzzi, pero que no puede ser cambiado como ésta cada martes. Y este cuerpo miasmático y contaminante, parece deambular cual zombi de película, acechante por todo el sauna.

Por eso la presencia de los muebles de baño cerca de los privado, por ello las lecturas del cuerpo desnudo como algo que expone a la luz cualquier signo de posible contaminación.

No obstante, el sexo se hace presente de manera discreta, dentro de la turbidez del agua. La forma circular del jacuzzi, empotrada en el piso, alberga en su interior una serie de escalinatas que funcionan también de asiento para reposar, y estas condiciones permiten el contacto entre las parejas. Es raro ligar dentro del jacuzzi,

---

<sup>48</sup> La Rae lo define como “Efluvio maligno que, según se creía, desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas”. El término me fascina por la antigüedad de su forma y cómo al paso del tiempo, continua escenificando una serie de significaciones que giran en torno a las enfermedades.

generalmente se entiende como un espacio donde, bajo el agua, las manos tienen libertad de tocar y estrujar, aunque en la superficie solo las bocas besándose se muestren. Un montón de sandalias alrededor del círculo de agua conforman un curioso decorado: está prohibido entrar con ellas, como otra supuesta medida más de higiene.

Por ahora salgo del jacuzzi. Avanzo un poco más y llego a los baños. El juego de luces en esta parte del lugar cambia considerablemente. Si atrás, el vapor, el jacuzzi y el cuarto oscuro se instalan entre las penumbras, el baño se ilumina lo más posible. Luces blancas artificiales e incluso la luz del día lo aseguran. Las paredes vestidas de color crema muy claro, resaltan la visibilidad. Se trata de un área que alberga dos mingitorios, una taza de baño con su cubículo, y un enorme espejo largo, donde tres lavamanos facilitan afeitarse y otros procesos de belleza. Esta área en particular es fría. Un enorme túnel asciende hasta la azotea de la casa y permite que el vapor salga y no se almacene, generando moho. Una ráfaga me recibe al llegar. El piso mojado por el vaivén de los pies que entran y salen de las distintas áreas, le otorgan un aspecto descuidado. Además, el olor a orina que sube de los muebles de baño, completa el cuadro que te indica a qué está destinada esta área.

Junto, están las regaderas. Distribuidas alrededor del cuarto, cubierto por azulejo blanco, las 5 regaderas comunes y una industrial, juegan con la lógica de los baños compartidos: destinar un espacio virtual para cada sujeto que las ocupe, pero permitir la visibilidad discreta del cuerpo del otro. Lo blanco de los muros contrasta con las zonas rojas, áreas cubiertas con pintura impermeabilizante que protege de la humedad. Otro ducto de aire conectado a la azotea, mantiene la frescura del sitio, que constantemente armoniza con el sonido del agua recorriendo la canaleta que lleva la espuma a la tarjea. Es común que múltiples sobres de shampoo y restos de jabón invadan el piso, luego de haber limpiado las impurezas de los cuerpos. El olor a jabón de tocador está siempre en la sala. Ahí, los cuerpos no se miran con descaro. El juego de la luz clara no lo permite. Las miradas a las

nalgas se dan de forma discreta, disimulada dentro de los movimientos que se hacen mientras se enjabona la cabeza, o se talla el tobillo.

Los roces son casi accidentales: una atrevida mano cruza la frontera virtual de la regadera para acariciar el glúteo de un jovencito de unos 25 años. Movimiento suave y estratégico que el otro recibe como el ala de un insecto. No se mueve. Solo disfruta el leve contacto. El que toca, un varón de unos 40 años con sobrepeso y piel descuidada, pero con una verga gorda, espera la reacción del chico que le permita tocar más. Entran en juego otros elementos, como el número de personas presentes: si son varias, no se puede ser tan indiscreto. Pero en esta ocasión solo somos nosotros tres. De hecho, me descubro apenado por haber visto el tocamiento, y reacciono como si hubiera contemplado un delito ante el cual no quiero involucrarme.

Finalmente, después de las regaderas se ubica la segunda opción de cuarto oscuro, a leguas se vislumbra que se trataba de otra área para bañarse, pero que, al paso del tiempo, el uso que se le dio fue otro. Precisamente porque su estructura está alejada, escondida, y no tiene el mínimo acceso a la luz del exterior. Por tanto, se vive dentro de la penumbra. Tapizada con mosaicos azules, se puede acceder a ella tras doblar una esquina que no permite ver quien entra y sale. Aquí el juego de la penumbra se complementa con la obstrucción de los muros. La única forma de saber qué es lo que pasa, es entrando de lleno ahí. No es solo abrir una puerta, echar un vistazo y desaparecer como sucede en el cuarto oscuro o el vapor. En este lugar, el acceso se determina por la presencia. Cuatro regaderas sin uso, y una tarjea que lleva bastante tiempo devorando solo el líquido que emana de los cuerpos sudorosos. No es una completa oscuridad como en la pieza continua, ni tiene la claridad de las regaderas, pero está presente el tono azul del jacuzzi. Aquí, el sexo en grupo es más común, incluso que su homólogo. El juego incluye a los que solo observan, a los que se masturban y/o que se unen dejándose llevar por el goce. “Ya se armó” es la clave para entender que hay una multitud y que debe ser aprovechada.

### 1.2.9. El asoleadero. la caída del sol en los cuerpos mojaditos

La última área del sauna que falta por visitar, está en la parte superior del edificio. Debo regresar al punto de encuentro, al espejo grande del pasillo principal. Colocado frente a él, están los escalones que ascienden al solar. Hacen también una escuadra, en cuyo descanso hay, pegado al muro, una plataforma de madera, que aún no sé el porqué de su existencia, más allá de entenderlo como una ornamentación. Aunque, si hago memoria, unos 10 años atrás ahí se colocaban propagandas de eventos, panfletos informativos o que anunciaban alguna movilidad en pro de derechos sexuales. Subo las escalinatas con mucho cuidado, aquí no hay pasamanos que asegure mi ascenso. A través de una barda, puedo acceder a su visibilidad. Se trata de una azotea techada con vidrio, gracias a una estructura metálica, tipo invernadero, donde 5 camastros de madera gruesa sirven a los asistentes para reposar y descansar en las cálidas manos de sol. Tres bancas complementan el mobiliario. En el asoleadero fue donde conocí a Julián, el chico de 32 años, estudiante de posgrado, quien fue el primero de los muchachos con el que dialogué.

Colocadas de frente, los camastros permiten la visibilidad de los genitales del otro, que se escapan entre el pareo, que cuelgan entre los muslos cuando el sueño gana, o cuando se quieren mostrar. Abrir las piernas y dejarlos caer, doblar las rodillas con las piernas abiertas y dejar expuesto el ano o hacer que el pene erecto *brinque* a través de la tela. Los camastros permiten la apertura de las piernas, descaradas, que muestran orgullosas sus secretos. Así, la recreación se condiciona, por un lado, a los acostados, y por el otro a los que, como en un espectáculo de circo, se postran sentados en las bancas a ver.

La altura del camastro se presta también a que el otro se acerque, con el pene erecto y lo ajuste a la boca del recostado. Al retirarse, la madera de los muebles captura la forma del cuerpo que lo abandonó, a través de la humedad que se queda ahí, la mancha de agua de un trasero que delata que tuvo compañía y que solo el sol, con su calor abrazante, borrará en un par de minutos.

En el asoleadero se observa una variante. Aquí, las miradas de seducción son un post después de la aparición en escena del miembro o del ano. Están uno contra otro, por lo que los asistentes que están recostados se contemplan por completo. Ese es el escenario perfecto para iniciar el cortejo erótico. Un sexo que incluso se construye desde el silencio. La cúspide de la ausencia de palabras. Un chico de unos 25 años, muy alto y delgado, con brazos largos, cabello hirsuto y gran nariz, muestra su erección a través de la tela. El dueño del pene lo hace *brincar* para llamar la atención, baila, luce su tamaño. Otro chico contempla el baile hipnotizado, nervioso, pareciera que no sabe cómo responder. El pene sale a escena completamente, es descubierto por el manto opresor, sin una palabra, las miradas hacen señas, invitan al caballero a acercarse.

Aquí las proximidades se acortan: el chico alto se para y coloca el pene a la altura de la cara del otro, quien lo recibe en su boca ansioso como un cordero recién nacido. En el asoleadero, el sexo oral es la práctica más común. La lengua que logra hacer expulsar el semen como moneda de cambio.

Mientras se la maman, el chico voltea a ver algunos de los que estamos alrededor de a escena, disimulando nuestra excitación, busca alguien que se integre pero no encuentra respuesta positiva. Los acompañan terceros que observan, es raro que busquen integrarse, en el asoleadero generalmente solo se contempla la escena. Es algo rápido y mudo. El silencio gobierna por completo el acto. Pareciera que se espera no emitir ruido alguno que llame a los demás, porque aquí no hay paredes, habrá soledad, pero no muros. Por lo tanto, la escena se monta como prohibida, como el beso fugaz de los amantes en la sala de un cine. Las miradas son solo un complemento, aquí la exhibición genital toma el rol principal en una película muda.

Aquí también están los dos accesos al aire libre, las azoteas del edificio, donde, los empleados suben y bajan a tender las toallas y pareos lavados. Esta acción, parece formar parte del mecanismo de vigilancia sexual: de vez en cuando, el chico de la limpieza sube y de manera brusca, azota el cerrojo de la puerta, produciendo un ruido con tal potencia que disuelve a los cuerpos que se fundían en los fluidos

compartidos, replegándose a sus lugares iniciales limpiando el líquido pre eyaculatorio de la boca.

Para armonizar el concepto paradisiaco, tres plantas de sombra dan el toque caribeño al espacio y dos botes de basura con cenicero son el indicador que se trata del área donde se puede fumar. Es el espacio que se mantiene con más quietud. Solo el sonido del radio que armoniza todo el local, se mezcla con la temperatura calurosa y te permite descansar e incluso dormir.

### **1.3. Remojados y estrujados. Recordando y recapitulando.**

A lo largo de este primer capítulo lo que he tratado de mostrar es cómo, a partir de la observación etnográfica, es posible reflexionar sobre el espacio donde se busca el objeto de estudio, tomando en cuenta las normatividades que operan en él. La búsqueda del consumo de poppers es el pretexto para analizar etnográficamente cómo se materializa ese espacio que, como lugar de encuentro sexual para varones, se mantiene como un escenario coreográfico que habilita las prácticas sexuales.

Es necesario reflexionar sobre la forma en que, tras la etnografía, será contemplado el sauna. Definitivamente se trata de un sitio donde la sexualidad diversa tiene cabida, se ejecuta, se materializa y a la vez materializa una serie de producciones en cuanto a cuerpos y formas de performatividad del género, así como afectivas, que evidentemente se corren de eso que podemos entender como heteronorma. No obstante, también se denuncia la existencia de esas normatividades que orientas a los sujetos y que en realidad, están todo el tiempo regulando el control de cuerpos y placeres. En cada uno de los espacios del sauna, placer y cuerpos sexo diversos se ejecutan, pero siempre y a la vez, se articulan con aquellas normatividades.

El sauna entonces, lo entiendo a partir del dispositivo de sexualidad Foucaultiano (1977), que se enfoca en el control de esos cuerpos y placeres, donde



una matriz de inteligibilidad heterosexual, habilita normatividades con capacidad productiva (la discusión sobre el dispositivo de sexualidad, la reservo para el siguiente capítulo) y esto establece o lleva constantemente a pensar en la idea de contradicción, como un elemento que parece a atravesar las dinámicas, las interacciones, las producciones, las prácticas y las decisiones de los sujetos.

De esta manera, desde la contradicción, son producidos cuerpos que apropian y reapropian esa coherencia exigida en el género y los deseos, y ofrecen nuevas formas de reflexionar sobre las prácticas corporales, mismas que se combinan con los usos disciplinarios de los espacios, las herramientas de vigilancia y los juegos de exposición y ocultamiento. Estas condiciones generan asimetrías que instalan a los sujetos en relaciones de poder jerárquicas, donde la higiene, el género y la eroticidad se distribuyen políticamente.

Quizás, es ahí donde se deba empezar a plantear entonces, este escenario coreográfico de materialización del sexo entre varones, precisamente desde la idea de contradicción, donde pueda conjuntarse, el aspecto sexo diverso del sauna, pero también, las normativas que constantemente están orientado la ejecución de las prácticas y su capacidad reguladora. Cada uno de los espacios que muestra la etnografía, tiene una capacidad de producción de placer, que juega con los imaginarios de los sujetos, pero a la vez, se regula mediante esas normatividades que orientan para diferenciar qué practicas se realizaran en determinado espacio. ¿Será que desde la contradicción, donde diversidad y regulación no son elementos separados, sea posible entender un lugar de encuentro sexual para varones

Y en toda esta articulación, el objeto de estudio se vislumbra solo en destellos. Durante las visitas de campo, leves vestigios de su presencia y tímidas referencias, aparecían solo si se preguntaba directamente por él. Este punto es muy importante de señalar, porque su ausencia a lo largo del primer capítulo, puede ser entendida como un fracaso investigativo o una emisión de observación. Pero como señalo en la introducción, además de ser un efecto de mi posicionamiento como investigador, no habrá que olvidar que los silencios también son respuestas. las arquitecturas producen efectos lumínicos que muestra cosas, oscureciendo otras.

# **Capítulo dos**

**El popper: herramientas, dispositivos, y tecnologías  
del sexo**

En la acumulación de visitas de campo al sauna, la frustración me abrazó pesadamente. Fascinado y enfocado en la observación y reflexión de los espacios y dinámicas del lugar, el objeto de estudio, el consumo del popper, no se veía por ninguna parte. Fugaces referentes habían cruzado frente a mis ojos, ráfagas de su enunciación, como parte de un chisme, nada de trascendencia. Las botellitas estaban fuera de mi alcance, y solo el recuerdo de su presencia en visitas pasadas o ilustradas en las narraciones de los sujetos, las materializaba.

Enojado, recuerdo llegar a la asesoría de esa semana, frustrado por hasta ese entonces no toparme con los poppers, mucho menos con la oportunidad de verlos en acción. Tan molesto estaba, que en mi cabeza rondaba la idea de cambiar de espacio de estudio o de sustancia. Pero una simple pregunta de mi asesor vislumbro la ruta: *¿Cómo esperabas encontrarlos?* Como guiado por Halberstam (2018), el fracaso de no encontrarlos guardaba el hallazgo que necesitaba entender: *el popper se escondía entre las puertas, los cuerpos y las dinámicas*. Jugaba a la misma opacidad que varios de los elementos que me habían permitido reflexionar.

En este segundo capítulo, doy seguimiento a ese ocultamiento del popper en el sauna. *¿Por qué se oculta? ¿Cuáles son los mecanismos por los que lo logra y cuál es la intención?* El hallazgo que presento en este segundo apartado me sirve no solo para dar respuesta a estas preguntas sino para poner sobre la mesa otras tantas. Si en el capítulo uno, hablo de placeres y sus regulaciones del sauna *¿Cómo se hace presente entonces el dispositivo de sexualidad? Si la contradicción es un elemento que permite la discusión de o etnográfico ¿en qué otros elementos podemos ubicarla? ¿Cómo se significan aquellas expectativas con las que los sujetos llegamos al sauna? ¿Cómo se significa el consumo del popper para los sujetos? ¿Qué función cumple en el sauna? ¿Qué producciones habilita? ¿a qué contextos responde?*

## **2.1.- Madejas de cuerpos que saltan las bardas: El sexo en grupo como corrimientos de las normatividades**

Un chico se aproxima al cuarto oscuro grande, donde antes había regaderas. Dobla la pequeña escuadra formada por los muros e ingresa, da un paso al frente y se ve inmerso en la bola de estambre hecha de cuerpos que se besan y tocan desparpajadamente. El sexo en grupo es una de las prácticas en las que se piensa de manera casi instantánea cuando se habla de lugares de encuentro. No obstante, al igual que otras expresiones sexuales, se materializa a partir de varios elementos, y en el caso de El Hedón, la arquitectura y el significado que se le otorga a los espacios, parece inferir de manera importante.

Aquí, el sexo en grupo no se encuentra en cualquier lado. Tan es así, que para toparse con él, se necesita acudir a los espacios indicados dentro del sauna. Anteriormente, cuando existía el horario nocturno de fin de semana, la conglomeración de gente en las madrugadas, muchos de ellos con cierto estado de ebriedad y acelerados después de venir de un antro gay, habilitaba la instalación de actividades sexuales en grupo en distintas áreas. Algo sucedió, que durante las visitas de campo y después de la modificación del horario, la práctica del sexo en grupo en cualquier lugar del sauna, nunca me fue visible. Más bien, lo que pude observar, es una especie de clasificación de las prácticas partir de los espacios donde se llevaban a cabo. ¿Cuáles son, entonces, esos elementos que habilitarían o no la realización del sexo en grupo en cualquier espacio del sauna?

En el jacuzzi, el vapor y la sala de *videos porno*, llegan a ejecutarse lo que podría entenderse como una serie de primeros encuentros enmarcados en el sexo en grupo, pero que por distintas razones, se desarticulan y parecen quedar inconclusos, si se toma como referente de culminación el intercambio eyaculatorio. Aunque es destacable que éstas prácticas de primer acercamiento grupal, inician de acuerdo a las formas normativas para la gestión para el encuentro sexual observadas en el lugar.

Aquellos hombres que iniciaron el sexo grupal en la sala de cine, habían comenzado con miradas y la vigorosa agitación del pene masturbado como invitación al sexo oral. Quienes respondieron, aquellos otros que observaban desde la entrada de la sala, se unieron y conformaron un primer acercamiento. Sin embargo, se termina súbitamente cuando alguno de los que iniciaron el acto simplemente se pone de pie y se retira. No hay palabras que justifiquen el alejamiento, simplemente se para y se va. ¿Qué sucedió, lo suficientemente poderoso, que lo hizo terminar con las caricias y felaciones, y con su partida disolver la práctica común?

Pareciera que algo molesta. Lo *molesto* entendido no precisamente como un pesar o malestar. Lo molesto entendido más bien como lo que interrumpe, lo que corta el transcurso. Entenderlo como una palanca, como un botón que al ser oprimido pone fin, desarticula, pero no precisamente desde el malestar ni desde la idea de total culminación. Pienso en algo que desarticula pero que permite la creación de otras formas de placer u otros espacios donde llevarlo a cabo. Más que molestia quizás sea irrupción. Quizás sea el sentirse pillado, un dolor, un mal olor, una reflexión sobre la eroticidad que el cuerpo otro pueda provocar o no se continua por no contar en ese momento con el preservativo. Aunque también pudiera ser la idea de resguardo del clímax para otro momento, la idea de moderación, el deseo de ir lento. O algo más desestabilizador: pensar que algunos cuerpos no se guían precisamente por la ecuación mecanizada que culmina en la eyaculación como final del acto. ¿Acaso se trata de prácticas corporales que encuentran, en lo que se ha significado como *proceso*, el punto medular de un placer distinto que se corre de la fórmula prefabricada del sexo? ¿La aplicación de un nuevo proceso que ponga pausas en la negociación eyaculatoria del sexo?

Entro al sauna y descubro a un grupo de hombres mayores que, con sus bocas cubrían el cuerpo de un chico veinteañero, moreno y rapado. Mi presencia los alerta y asusta. Rápidamente todos sueltan al chico y ante esta reacción, éste hace una mueca con la boca y se aleja del lugar, con aparente indignación. Los demás, se reacomodan en la barda del vapor sin dirigirme una mirada. ¿Por qué los

hombres lo soltaron ante mi presencia? No me atreví a preguntarles. La sensación es tan incómoda que ni siquiera consideré la idea. Su reacción hacia mí, inmoviliza los músculos de mi boca.

Más bien pienso que aquí es donde la arquitectura del lugar parece jugar un papel entrelazado con la práctica. Ni en el jacuzzi ni en el vapor ni en la sala de cine se consuma el acto<sup>49</sup> por lo menos no con la eyacuación y/o penetración como medida usada para entender la cúspide del sexo. Solo se inicia, se conjugan parejas, se besa y se mama. Pero nada más. Después de unos minutos breves algo interrumpe, algo molesta, algo con la potencia suficiente como para frenar la práctica grupal, como la llegada de alguien que pareciera materializar la policía del sexo, la vigilancia como encarnada en los propios asistentes, porque todos frenan, como un juego al ser sorprendidos. Como pillados con la presencia de un juzgador, la bolita se dispersa.

Pienso en esa figura de policía del sexo, porque en el sauna, dicha vigilancia se materializa en distintas formas y en distintos cuerpos. Es el chico de limpieza que ruidosamente llega a los espacios y provoca frenar las prácticas, como en el asoleadero. Es el letreo del jacuzzi que prohíbe las relaciones sexuales en el agua burbujeante. Y es, como en este caso, la presencia de alguien que aparece en la escena del sexo en grupo, y que aun cuando no sea su intención, pareciera interpretarse como alguien que pudiera juzgar el acto, la potencialidad de reputar el sexo grupal en un espacio donde supuestamente no se tendría que llevar a cabo, de acuerdo al uso y distribución de los espacios en el sauna. Una serie de elementos que parecieran recordar a los sujetos, que practicas deben llevarse en que determinados espacios del sauna.

Aunque la disolución del sexo en grupo en estos espacios sucede de maneras diversas. Un tipo de unos 40 años, rollizo y moreno, con grandes entradas, entra al vapor mientras algunos montan una escena de sexo en grupo. El varón

---

<sup>49</sup> Anteriormente, muchos elementos más interferían en que se llevaran a cabo, siendo uno de los más importantes la ingesta de bebidas embriagantes: a altas horas de la madrugada, muchos de los asistentes habíamos ingerido ya alcohol y los otros, eran recién llegados de los antros y bares de la ciudad, que cerraban a las dos o tres de la mañana y que encontraban en el sauna el espacio ideal para cerrar la noche.

observa y de inmediato se aleja del cuarto. Un chico delgado que usaba short azul marino, se anima y se inclina a chupar el pene de otro, quien sentado en la barda del vapor recibía ya, generosas lamidas en los testículos por parte de un tercero. Los tres materializan el sexo en grupo, pero a los pocos minutos, el resto de los presentes empieza a retirarse, de manera discreta, como enmarcando un cuadro de privacidad entre esos tres que se mezclan entre saliva y líquido pre eyaculatorio.

Cuando llegué a observar estas retiradas, me hacía pensar que aquellos que desertaban del sitio, era porque no aprobaban la escena e inmediatamente pensaba en una moral que atravesaba sus pensamientos. No obstante eso sería una aseveración demasiado atrevida y simple. Me parece que habrían muchas posibilidades por las cuales alguien se alejara de una escena como ésta, entre otras podría pensar que no les son agradables aquellos que están participando en el sexo en grupo, o que pudieran considerar que es una práctica poco saludable, o que se retirara al no sentirse invitado a la práctica y prefiere buscar otras alternativas a quedarse solo a mirar u otra posibilidad que llama mucho mi atención y que pretendo discutir más adelante: la forma en que las expectativas, lo que se viene a buscar al sauna, podían guiar a los sujetos para decidir en qué prácticas participar y en cuáles no. No obstante, ¿Qué es aquello que nos orienta a los sujetos a actuar de determinadas formas ante determinadas situaciones en el sauna? ¿Cuál es la razón por la que en determinados lugares, el sexo en grupo solo se materializa en breves encuentros? ¿Qué imposibilita unirse a la práctica del sexo en grupo en un lugar determinado? o ¿Por qué tendrían que participar en ella? Estas múltiples posibilidades me hacen pensar en todas las normatividades que conviven y disputan en una escena de sexo grupal. Normatividades que, dentro del sauna, orientan a los sujetos para realizar determinadas acciones en determinados espacios y determinados momentos de duración. Pero aun así, pienso que en el sexo en grupo, existe cierta capacidad para abrir una posibilidad de fuga, de determinadas normatividades, quizás de aquellas que habilitan formas determinada para el deseo, el cortejo y la gestión para el encuentro sexual. Normas de comunicación que posibilitan el entender de la dinámica del sitio, y que terminan materializando el sexo.

Me parece que en el grupo, en la madeja de cuerpos erotizados, muchas de las normatividades que materializan las técnicas de seducción en el sauna, parecen saltarse, porque habrá cuerpos que no sean sujetos al cortejo, ni a las miradas, ni a los roces. Cuerpos que entrarán de lleno al sexo, a succionar con ansias un pene o a introducir el suyo en algún orificio, o simplemente a observar y/o estimularse a sí mismos. Genitales que se frotarán alcanzando la eyaculación. Cuerpos que despiertan y ejercen el deseo no desde sus formas físicas sino desde otras habilidades, ayudados por esa confusión de salivas y placeres que se activan cuando más de dos cuerpos se sumergen en el sexo.

En el cuarto oscuro un sujeto grande y gordo aguarda entre la penumbra. Hay la suficiente luz como para notar su rostro con marcas de acné. Muchos entran a la sala y lo observan, para luego alejarse, por más que el tipo soba su pene intentando crear un antojo en los otros. Me hace pensar en las anemonas que esperan que los peces se acerquen lo suficiente para nutrirse de ellos, escondidas entre el camuflaje. De pronto, una lluvia de cuerpos se sumerge en el cuarto. Generalmente se trata de una pareja que descaradamente es seguida por varios más. Aunque una vez adentro, en el cuarto oscuro, el número no importa. Todos los cuerpos tienden primero a replegarse a los muros. Algunos empiezan a masturbarse, y ofrecen el miembro a los que van sumándose al lugar. Las manos y caricias toman el control de la escena, aquí los ojos salen sobrando por que la penumbra es la actriz principal. El *sujeto anemona* observa estupefacto a todos los que entraron y que armoniosamente empiezan a tocarse los genitales. *En el cuarto oscuro, el sexo en grupo se habilita lejos de la gestión para el encuentro sexual de las otras áreas.*

Generosamente, nuevos escenarios del sexo se monta en ese instante. En éste, los roles sexuales que durante el cortejo parecen ser determinantes (activo y pasivo) se ven más bien suspendidos. Los papeles del performance se montan al instante siguiendo un rol dictado por la eroticidad y la fantasía. Evidentemente, alguno se inclinará dejando ver su orificio expuesto a lenguas y babeantes vergas, pero recibe gustoso la boca de otro en el pene. Otro sujeto disfruta el roce salvaje



de un pito entre sus glúteos, que intenta abrirse paso rectal, mientras penetra a un tercero. La voracidad y velocidad del encuentro no permite los roles sexuales fijos, porque pareciera que no hubo ensayos en la obra.

Las combinaciones son dinámicas e infinitas, a veces son todos contra uno solo, en otras se constituyen parejas volátiles que comparten el sabor de los labios, o tres o cuatro bocas colaboran en un beso que se hunde entre gemidos, todo sumido en la penumbra azulada del cuarto.

¿Qué relación existe entre las formas de contacto sexual y la luminosidad? En El Hedón, las luces parecen un elemento condicionante sobre las formas en que se toca al otro. La oscuridad permite una voracidad erotizada, mientras que la luminosidad pareciera obligar a los roces tímidos y cautelosos. Lo público y lo privado, lo que se oculta en las alcobas, o las formas de encerrar a eso que significamos como algo propio. Si las luces son uno de tantos elementos que parecen sostener las ficciones de lo público y lo privado en el sauna, entonces las fronteras entre ambos conceptos son tan frágiles como éstas y exigen constantes reconfiguraciones para entenderlas.

En el ejercicio del sexo grupal dentro del cuarto oscuro, la penetración sí es compañera de los besos y el faje, porque se muestra irrespetuosa con el orden sexual del acto normado: se cumple sin esperar al faje, ni los besos, ni la lubricación, aun cuando la eyaculación no siempre está invitada. No se espera a que todos los presentes la alcancen, la mayoría de las veces, solo los iniciadores, como actores principales de una película porno, son los que logran el clímax y luego se alejan. Dejan el escenario a los demás, para que, a veces, nuevos actores los suplanten, otras escenas terminan ahí y se reiteran, al mismo tiempo o en escenas separadas. Luego, el sexo en grupo se dispersa. Cuando esto sucede, todos salen de los cuartos, como el final de una película en un cinema. Porque el sauna se compone de diferentes escenarios, que aun cuando están articulados, cada uno conlleva dinámicas particulares. Si bien en su conjunto está atravesado por determinadas normatividades, una de ellas habilita la forma en que se constituyen las divisiones entre los ejercicios públicos y privados. El cuarto oscuro posibilita ocultamientos de

distintos tipos, permite el corrimiento de normas que se llevan a cabo en otros de los espacios, pero también puede presentarse como especie de pase a otro escenario: el privado, el repliegue a determinados espacios donde otras normatividades operan.

### **2.1.1 Del placer de la orgía a la intimidad de la alcoba: Lo oculto y lo expuesto**

En 1990, Judith Butler revoluciona la teoría feminista con una nueva y atrevida concepción. En *El género en disputa*, la autora otorga una noción performativa del género, concibiéndolo como una especie de actuación situada en un escenario con una fuerte capacidad de constreñir. Así lo explica Canseco (2018), quien analizando y citando la teorización de la autora, resalta dicho escenario como comprensible a partir de la idea de *matriz heterosexual*: “la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan los cuerpos, géneros y deseos” (Butler, 1990, p. 292)

Canseco destaca la capacidad productiva de dicha matriz, no solo en la materialización de aquellos tres elementos, sino además por su capacidad para hacerlos coherentes y entendibles, así como la facultad de las normas, entendiéndolas como modelos normativos donde pudieran distinguirse uno de tipo hegemónico, y por consecuente, otros subalternos que constantemente estarían disputando y conviviendo entre sí. El juego de estos modelos normativos habilitan una coherencia políticamente articulada, misma que condiciona el que determinados gestos corporales sean producidos como inteligibles, legibles, cognoscibles y “reales” (Canseco, 2018, p. 126)

En *Cuerpos que importan* (1993), *Mecanismos psíquicos del poder* (2001) y *Marcos de guerra: Las vidas lloradas* (2010) Butler utiliza la noción de *marco* en lugar de *matriz*<sup>50</sup>. Con la noción de *marco de inteligibilidad*, la autora resalta el carácter habilitador de las normas. No tendrían un carácter de imponer, ni obligar,

---

<sup>50</sup> Una vez que sus discusiones se trasladan al análisis de una vulnerabilidad común de los cuerpos y comienza a cuestionar presupuestos ontológicos de las políticas globales.

más bien de habilitar aprensiones y significaciones inteligibles, que permiten ver a determinados sujetos, prácticas y subjetividades como *naturales*. Concibe entonces a las normas, desde su carácter de articulación de la *inteligibilidad cultural*: la producción normativa de lo real.

El mismo Canseco, cuando utiliza las nociones butlerianas para teorizar sus conceptos de *eroticidad* y a *justicia erótica*, reafirma que es mediante la reiteración de la norma que ésta se solidifica y significa como *natural* e inteligible, pero que es en esa misma iterabilidad que pueden suceder fugas o desplazamientos, concibiendo a las prácticas corporales como la vía que posibilita tales corrimientos de la norma. (Canseco, 2018)

No obstante, retomando a Butler, la autora hace hincapié, que la producción normativa de lo real, se constituye necesariamente por aquello que se mantenga fuera de ésta. Eso que no se alinea a la normatividad, corre el riesgo de lo ininteligible, condición que pone en acción una serie de mecanismos para su eliminación, o en el mejor de los casos, buscar su repliegue a las normatividades. Alejandra Castillo (2019) señala que ésta es una de las características de la agenda neoliberal: poner en acción una serie de dispositivos discursivos y subjetivados que buscan (y logran) la reorientación a la norma.

En el cuarto oscuro, la tenue luz azul permite ver un bosque de cuerpos que se abrazan y besan. El punto central son dos chicos jóvenes y de baja estatura, con penes duros que son probados por la boca de la mayoría. Uno es Julio, a quien conocí en la universidad siendo él un estudiante de la licenciatura en Cultura física. Es moreno, con un cuerpo delgado y definido en extremo por el ejercicio, y orgulloso de un pene enorme y grueso. El otro es de estatura baja también, de piel apiñonada y pelo rizado. Su trasero es carnoso en contraste con el resto de su cuerpo. Su pito no es tan grande como el de Julio, pero se mantiene firme y duro. Lo he visto portando un uniforme de enfermería en las calles del centro de la ciudad.

Julio penetra a un sujeto mayor, de unos 40 años, mientras su amigo recibe una mamada. Los demás se juntan alrededor y tocan los glúteos de penetrados y penetradores. En determinado momento, Julio saca su pene del culo del hombre y

se quita el condón e inmediatamente después, vuelve a introducirlo. Un “pa’ la madre” se escucha de la boca de alguien. En un principio, yo lo interpreté como una expresión de placer. Un “pa’ la madre” que funciona como una eyaculación verbal, que mantiene la ficción de liberar el placer de alguna forma, como si se tratara de una fuerza contenida dentro de uno. Pero creo que el sujeto que era penetrado no lo significó así. Unos segundos después, le pide a Julio parar e irse a un privado. Se retiraron del sitio y minutos después la orgia se disuelve de manera discreta.

¿Qué pasó aquí? Pienso, que si en el sauna, las normatividades tienen una capacidad productiva en cuanto prácticas y deseos, cuando éstas constantemente están guiando y habilitando a los sujetos, lo hacen en referencia a una matriz de inteligibilidad heterosexual.

Pero, esta matriz, contempla a la heterosexualidad como un régimen político. Y decir esto, no solo se refiere a la exaltación de un binarismo de género y su coherencia hacia los cuerpos y los deseos, sino que abarca otros contextos. Hedva (2015) considera que el mismo capitalismo puede ser pensado como heterosexual, no solo porque el estado fue concebido ligado a la figura del varón heterosexual, blanco, sano y capacitado, sino porque este régimen necesita de asimetrías y jerarquías que se establecen en la heterosexualidad. Haraway (2004) hace la misma reflexión en cuanto a la ciencia, cuando discute el concepto de mujer desde la figura del testigo modesto, donde ésta ha sido históricamente desplazada e invisibilizada, exaltando la imagen del científico varón, blanco, osado e inteligente. Y dentro de este régimen, la higiene ha sido un elemento importante. Figari (2006) hace alusión a una construcción del ciudadano ideal en ciertos estados nación, donde el higienismo resultaba componente importante. Llamas (1994) discute profundamente cómo el cuerpo homosexual ha sido entendido históricamente desde discursos higienistas que, a través de las discusiones en torno a la salud, lo instalan como opuesto al cuerpo heterosexual.

De esta manera, la heterosexualidad como régimen político y rejilla de inteligibilidad, dictaminaría también las formas sanas y adecuadas, limpias y correctas de organizar las prácticas sexuales. Esta rejilla atraviesa y materializa

entonces las concepciones de higiene y salud. la salud pensada desde la heterosexualidad.

De ser así, esta matriz heterosexual higienista, haría perceptibles ciertas prácticas como *apropiadamente placenteras* y otras no, ligadas al binomio de salud y enfermedad, o más bien, al de salud / riesgo de enfermedad. Y estas prácticas placenteras obedecerían a matrices de ciertas lógicas de carácter punitivo, es decir, que no solo clasificarían, sino que buscarían una sanción para quien las ejecuta, que verían con *malos ojos*, determinadas prácticas, como por ejemplo, el no uso de condón en la penetración. De esta manera, caería sobre determinadas prácticas una serie de normas higienistas, heterosexuales, con carácter punitivo que juzgarían a los ejecutores de una práctica que podría llegar a entenderse simplemente como una decisión personal.

Por ello, en el sauna, independientemente de los motivos y deseos de los sujetos, cuando suceden prácticas identificadas como inapropiadas desde este régimen heterosexual higienista, las mismas normatividades por las que se significan así, guían a los sujetos para esconderlas, ocultarlas, trasladarlas al ámbito de lo privado y lo discreto.

Un repliegue, guiado por las normatividades, pero que habilitan y activan otros muchos elementos como el uso disciplinar de los espacios, los discursos sobre salud y prevención de enfermedades, la vigilancia, la exigencia de discreción, los criterios morales y de carácter punitivo sobre el sexo y otros más, que se activaría de manera emergente, como una reorientación a la norma. Por tanto, aquellos placeres materializados que no fueran coincidentes con el régimen heterosexual e higienista del sauna, serían tratadas como fuera de los marcos apropiados para el ejercicio de la sexualidad.

De esta manera, las normatividades del sauna, articuladas a otros elementos del espacio, no prohibirían prácticas que sean consideradas como no higiénicas, pero sí, las juzgaría y las guiaría para que se lleven a cabo en lo oculto, en los privados, donde hay cerca una serie de artefactos de higiene como lava manos y sanitarios que funcionarían en una emergencia.

Foucault en *Historia de la sexualidad* (1977) entiende a ésta como *dispositivo*, mecanismo históricamente elaborado el cual, entre otras cosas, no tiene como objetivo la represión del sexo, sino más bien, su control y regulación. El mismo sauna, opera desde este dispositivo, como un espacio donde *se permite y tolera* el ejercicio de un sexo no heterosexual. La idea de esa permisividad y tolerancia hace entender al espacio, sí como uno donde existe la oportunidad de practicar una sexualidad más allá de lo heterosexual, pero también como un lugar de contención de determinadas prácticas, donde se permite y se tolera el ejercicio sexual entre varones, siempre y cuando se lleve a cabo con una serie de condiciones, por ejemplo, el que no represente un problema social.

Ello explicaría, entre otras cosas, el tipo de relación que se mantiene con vecinos y autoridades, la insistente intención del lugar de establecerse en la ficción de secrecía, la presencia de lógicas higienistas y de vigilancia, y la distribución arquitectónica y uso de los espacios que distingue lo público de lo privado dentro del sitio, elementos sostenidos por esas de normatividades que coexisten en el lugar. Por eso, ante la ejecución de una práctica corporal que se *brinque* ciertos lineamientos, *algo* sucede que hace recordar cual es la supuesta manera adecuada de coger en el sauna. El *pa´ la madre*, parece funcionar como un artefacto, una herramienta que resuena en el cuarto oscuro y que habilita una serie de mecanismos que tiene como efecto la decisión de los sujetos de llevar el sexo al ámbito de lo oculto y privado.

¿Cuáles entonces, son las prácticas que serán trasladadas a la privacidad en el sauna? He ubicado primero, a aquellas que confrontan las lógicas normativas de la higiene y la salud. Son prácticas que son significadas por los sujetos entrevistados y otros asistentes del sauna, como sucias o poco higiénicas. Entre estas se enunciaron la defecación como accidente en la penetración, o el simple hecho de portar mal olor en determinadas partes del cuerpo como el pene, el ano, las axilas, los pies, la boca e incluso la piel en general. O bien, el gusto por mantener prácticas sexuales con alguien que tuviera suciedad y/o mal olor en el cuerpo.

Por otro lado, estarían aquellas significadas como escandalosas. El gusto por portar ropa femenina fue un ejemplo de ello, o algún tipo de fetiche como el uso de dildos u otros juguetes sexuales. Y por último podría nombrar a aquellas significadas como riesgosas. La práctica *bareback*<sup>51</sup>, el *fisting*<sup>52</sup>, y otras que la psicología ha gustado en llamar desviaciones y psicopatologías sexuales, y que incluso han funcionado para identificar a quienes las ejecutan: *Barebakera*, *fistera*, etc.

No es la intención de este estudio abordar cada una de ellas, mucho menos realizar una clasificación de las mismas. Su enunciación obedece a dar cuenta de esas prácticas que, aun cuando pasan por registros distintos y significaciones diferentes, comparten un elemento importante con el objeto de estudio, el consumo de poppers en el sauna.

Todas ellas son registradas como adyacentes desde el régimen heterosexual higienista, lo cual es importante enunciar porque, como señala Silvestri (2016) para éste régimen es importante la distinción de aquellas prácticas que no se acoplan a la normatividad hetero, porque se buscará, en primera instancia, eliminarlas. De no ser esto posible, se busca una criminalización de las mismas y de tampoco ser esto posible, se recurrirá a su patologización. Es decir, si bien es cierto que no es posible enunciarlas como prácticas homologadas porque se significan y registran de maneras diversas, tanto las prácticas “sucias” como las prácticas “escandalosas” llegan a ser significadas bajo la idea de patologización. ¿Acaso no se llega a significar como un fetiche o desviación el gusto por olores considerados como desagradables? ¿El uso de ropa interior femenina, no ha llegado a ser considerado como un problema psicosexual o parafilia desde la psicología clínica o criminal?

De esta manera, por ejemplo, el no uso del condón o la práctica del consumo de poppers, no solo son consideradas como sucias o escandalosas, sino que se entienden desde un proceso de patologización que facilita la aplicación de una función punitiva sobre los ejecutantes. Cuando se les preguntaba a los entrevistados

---

<sup>51</sup> Se conoce como *bareback* al gusto por la penetración sexual sin condón. Las definiciones médicas y epidemiológicas la refieren como una práctica anal, pues se enmarca en el sexo entre varones, donde incluso es referida como una moda entre jóvenes homosexuales. Me llama mucho la atención la forma en que se enuncia desde las prácticas homosexuales y es una discusión con la que deseo reflexionar las temáticas del capítulo tercero.

<sup>52</sup> El *fisting* es la práctica sexual donde el placer se establece durante la penetración de a mano vía rectal.

sobre aquellas prácticas que deben llevarse a cabo en los privados, las respuestas solían mezclar las nociones de suciedad, no sano o patologías.

Tal vez por ello, ante esta punición, el sujeto que porta pantaletas de encaje no sale de su privado, y prefiere permanecer con la puerta entreabierta, esperando que alguien llegue a él. Pienso que estas lógicas hacen su aparición como elementos que modulan la distribución espacial de dichas prácticas.

En alguna ocasión, tuve un encuentro sexual con un chico. Uno de mis amigos, al verlo salir de mi privado, dijo que había sido una mala elección, pues era común que este sujeto hablara mal de las personas con las que había tenido alguna práctica sexual. De manera despectiva, contaba que el otro había defecado mientras él lo penetraba. Este hecho, la defecación, causaba una alarma entre los asistentes, lo que da cuenta de la forma catastrófica y humillante en que es percibido el acontecimiento.

Había contado ya la existencia de baños improvisados y lavamanos en los pasillos, entre otras cosas, como auxiliares ante la posible defecación durante la penetración, entendida entonces casi como un evento catastrófico. Como elementos que componen un escenario, una coreografía, pienso que todos ellos se relacionan bajo estos marcos de inteligibilidad. Los lavamanos se ubican entre los pasillos de los privados, porque este tipo de supuestos accidentes han sido trasladados también a lo oculto, porque es preferible que no haya testigos que certifiquen, y necesario que existan aditamentos que borren la evidencia inmediatamente. Este mecanismo de contención a lo privado, traslada también a lo oculto, a las prácticas entendidas como acontecimientos antihigiénicos. No obstante, no es clara la frontera entre una práctica antihigiénica y una moralmente patológica. Una misma puede ser entendida desde los dos polos, aunque pasen por registros diferentes, pero es suficiente para replegarla a lo oculto.

Podría decir que, retomando la escena de la orgia en el cuarto oscuro, la reacción ante la penetración sin condón obedece a una lógica higienista y de riesgo ante la sexualidad, tomando en cuenta lo comentado por algunos de los entrevistados cuando se les preguntaba acerca del no uso del condón en el sauna:



“Si el otro no tiene condón, y si yo no quiero es por mi propia seguridad, incluso hasta de las dos partes, porque yo ahorita puedo estar bien y ser seropositivo y tengo relaciones con esa persona, entonces ya la infecté (...) se me hace sucio, el condón ayuda a no ser sucio, tanto en enfermedad a que me la dejes toda llena de suciedad (...) Yo le diría: ¿sabes? que creo que estas sucio, vete a enjuagar, y continuamos” (Fabián, comunicación personal, 2018).

“Muchos seguimos con lo mismo de hace años, que con condón no se siente lo mismo...pues yo creo que somos vale madre y más si la gente consume algún tipo de sustancia pues se vuelve más vale madre (...) es hasta sucio, porque no solo te puedes enfermar del virus, no sé, una pinche infección por ser sucio también (...) más si empiezan a salir olores, se baja la verga y ya valió madres y con condón aunque salga el olor por menos ya te protegiste ... por lo menos el condón ya te hizo el paro, la caca se queda en el pinche condón, no en la verga...cada pinches olores que quieres salir corriendo a la regadera” (Pancho, comunicación personal, 2018).

Pero cuidado. No está claro desde dónde se activa el mecanismo de repliegue. ¿En realidad, quien lo expresó, lo hizo porque consideraba una práctica riesgosa? ¿O para era para él una práctica descarada tragar por el ano un pene tan grande? ¿O, como yo, le pareció un momento de *ek-stasis*? ¿En realidad, el sujeto que pidió alejarse se sintió señalado de realizar una práctica riesgosa o sobrecargada de putería, o es solo que no estaba dispuesto a compartir su placer con los demás, que el mecanismo que se active le *recuerda* que aun en el sexo en grupo, el consumo de cuerpos y placer puede ser individualizado?...Lo cierto es, dejando

un poco al lado las posibles causas, lo que más llama mi atención es la existencia de ese repliegue, que entiendo como un efecto de las normatividades del sauna, que al regular y distinguir los espacios, reiteran las ficciones fronterizas de lo público de lo privado. De ser así, ¿Qué otros elementos se resguardan en este mecanismo de repliegue a lo privado?

## 2.2. “Amo – R” o “De las formas en que se presenta (y se resguarda) el amor en el sauna”<sup>53</sup>

Alfred Hitchcock, el famoso director de cine de terror y suspenso, afirmaba que “no hay nada más aterrador que una puerta cerrada”. ¿Qué se esconde tras ella? ¿Qué secretos queremos, podemos y hacemos esconder detrás de una puerta? ¿Con que criterios encerramos en la alcoba a aquello del sexo que consideramos privado, y exponemos y hablamos eso otro?

Tras las puertas, mediante el repliegue en el sauna, no solo las *prácticas inadecuadas* se resguardan. Misael, un chico de 35 años, abogado, de piel blanca con barba y pelo rizado, que gusta de ir al lugar desde Teziutlán, en alguna ocasión que platicábamos de mi investigación narró lo siguiente:

Ahí en el asoleadero, empezamos dos o tres, ni recuerdo bien, pero cuando nos dimos cuenta, ya varios se habían agregado, los que estaban viendo. Era un desmadre, ya no sabías por donde chupar (ríe) pero a mí me gustaba un chingo el *jotito* con el que estaba. Con ese fue que empecé el desmadre y de ahí todo se armó. Ya en todo el desmadre yo le dije al oído, porque cuando estaban todos encima, yo lo abrazaba y besaba solo a él, y le dije al oído

---

<sup>53</sup> La expresión Amo-R es usada por Queen Ludd en *Ludditas Lexxxuales* (autoría colectiva, 2016), para enunciar el concepto del amor romántico desde las relaciones de poder que ubican la dinámica inseparable del juego dominador- dominado. La rescato en este texto precisamente para dar cuenta de cómo se amolda a los elementos que parecen formar un dispositivo para leerlo como una posesión que se resguarda.

que nos fuéramos a mi privado, y el chavillo me dijo que eso quería escuchar (Misael, comunicación personal, 2018).

Cuando le pregunté a Misael sobre qué era lo que esperaba con este chico, me respondió que lo consideraba “para tener algo bueno con él”, y no solo sexo, que le agradaba para *algo más*. Luego le pregunté si eso tenía algo que ver con llevarlo al privado y me respondió: “pues ahí lo iba a tener solo para mí, y podríamos hablar de nosotros” (Misael, comunicación personal, 2018).

Para Misael, el concepto de amor siempre ha parecido ser importante, aunque él mismo enuncie que “no ha tenido la suerte de encontrarlo”. Quienes lo conocemos, hemos visto como inician y culminan una serie de relaciones cortas en temporadas seguidas. Nada nuevo ni extraño de mis otros amigos. Pero, en Misael siempre ha sido curioso el cómo enmarca cada culminación de las relaciones: pareciera lamentarse de haber fracasado, una vez más, en encontrar el amor. Por eso, me llama la atención tres puntos en su diálogo, que me permiten pensar sobre potentes significados dentro del sauna: primero, que el sexo es considerado como algo inferior a *todo lo demás*, haciendo explícito que una relación amorosa es mucho más suprema que un acto de sexo, que el sexo no tendría la capacidad de crear vínculos que fueran significados como importantes. Segundo, de ser esto asentado, existiría una serie de normativas que habilitarían que los sujetos entendamos al amor y al sexo como dicotómicos y mutuamente excluyentes, y por lo tanto, habría una forma de seducción para uno y para el otro, y habría también una serie de normas en cuanto al uso de los espacios con esta dicotomía, lo que me lleva al tercer punto: si eso que se significa como amor, será llevado a lo privado, ¿Qué nos está diciendo? El amor también se resguarda significado como valioso y digno de protegerse, pero más bien como algo que no es compartido, que debe ser rescatado del sexo en grupo, y que es de uso y consumo personal, exclusivo e individual.

Para muchos, la asistencia a un lugar de encuentro tiene consigo diferentes expectativas, de aquello que se busca y lo que se aspira a encontrar. Pienso que la búsqueda de sexo rápido y con aparente anonimato es tan solo una de ellas. Creo

que esta idea, dejaría de lado la complejidad de relaciones que pueden conformarse. ¿Habría entonces ciertas normas que seguir con respecto a eso que se busca en el sauna?

En una de las visitas etnográficas, me llamó la atención dos chicos que estaban juntos en el vapor. Los dos eran delgados y altos, aunque uno de ellos lucía más atlético y de rostro más estético que el otro. El diálogo que me hizo interesarme en la pareja, fue cuando escuché que se le decía al chico atractivo: “me llamas mucho la atención porque eres muy diferente a lo que encuentra uno aquí”. A partir de ese momento me dediqué a observarlos. Me causó curiosidad que el chico atractivo miraba al vacío mientras el otro le hablaba, y buscaba asiduamente su mirada. Constantemente preguntaba cosas más personales al chico, cómo sus gustos musicales y actividades de tiempo libre. Entre el diálogo, también dejaba ver sus gustos personales, aunque al otro parecía no importarle tanto, pues solo asentaba con la cabeza, manteniendo la mirada fija al frente.

También llamó mi atención que el chico que parecía más interesado, cuidaba de no ser sorprendido viendo el cuerpo del otro. Me hizo pensar en la división cartesiana de entender al sujeto como algo separado del cuerpo, pues parecía que mirar sus genitales o su trasero indicaría que solo quería pasar un buen rato con él, por lo que su vista jugaba entre los ojos y boca de su acompañante. Los seguí incluso en otras áreas de El Hedón y la dinámica siempre fue muy parecida. No pude cerciorar si existió una práctica sexual entre ellos, pero poco después vi al chico atractivo en una actitud más relajada y divertida, cerca del cuarto oscuro, y al otro chico parado en el espejo, con aire de indiferencia.

Cuando le platiqué a Pancho de esta escena, comentó con burla y risa que “se lo merecía por rogona”. Luego, recuperó la seriedad y dijo que seguramente el chico quería algo serio con el otro, pero no coincidieron:

Mucha gente va a El Hedón pensando que va a encontrar al amor de su vida, y a lo mejor sí, pero si ese día el amor de tu vida quiere ir a echar desmadre, pues va a echar desmadre (Pancho, comunicación personal, 2018).

El diálogo de Pancho sigue sosteniendo la idea de entender sexo y amor como algo separado, y que una persona que esté inmersa en las prácticas de sexo en el sauna, quedaría descartada *digna* de considerarla en el amor (como si se tratara de espacios que se ocupan). Esta idea se relaciona con las expectativas que los sujetos tenemos al asistir al sauna, sobre aquello que esperamos encontrar y que de alguna manera termina reproduciendo la lógica que lo amoroso necesita una exclusividad. Al respecto, podría añadir lo que Alfredo me comentó en alguna ocasión:

¿Sabes cuándo se me acaba el interés en ti, mamacita? Esa vez que te pedí que te quedaras en mi privado a dormir conmigo, no íbamos a coger, pero cuando vi ya te tenían como cuatro en el vapor y dije no, este cabrón viene a otra cosa (Alfredo, comunicación personal, 2018)

Las normatividades parecen indicar que todo aquel que goce del sexo en el lugar, quedaría descartado de algún tipo de relación sentimental, porque entiende a los dos conceptos como opuestos. Nunca como complementarios. Pancho, había conocido a un sujeto muy atractivo en El Hedón. En realidad, yo bromeaba con él, sobre lo agraciado y simpático que consideraba al muchacho, incluso yo lo llamaba *primo* a manera de camaradería. Cuando la relación terminó, Pancho recuerda su último diálogo del chico:

Me acuerdo que me dijo: Sólo a mí se me ocurre pensar que podría encontrar el amor en alguien que conocí en El Hedón. Y se largó (Pancho, comunicación personal, 2018).

Me pareció importante citar esta experiencia de Pancho, porque me hizo reflexionar sobre una especie de capacidad dual de la norma, que fungiría también como mecanismo de emergencia. Lo primero que me hizo pensar fue, que cuando los sujetos sentimos que al fracasar en la búsqueda de eso que significamos como “amor” dentro del sauna, no conseguimos el éxito en el lugar, la norma emerge como un mecanismo que nos recuerda que el éxito en El Hedón no radica en encontrar eso que llamamos amor, sino en el mayor número de encuentros sexuales, reafirmando que ambos conceptos son entendidos como no complementarios. Pero, al retomar la experiencia de Misael y Alfredo, podría entenderse que aun en las orgias, en lo sexual, existiría una posibilidad de otorgar más atención a alguien por sobre los demás, que aun en el sexo, en el amor o en la amistad incluso, lo que las normas están reiterando dentro del sauna, es la idea de lo exclusivo, de lo individual, de lo no comunitario, desde la lógica de la posesión personal, para entender las relaciones que se establecen entre los varones que acudimos a El Hedón.

Es decir, cuando el concepto del amor se pone en juego dentro de las relaciones del sauna, éste permite ver cómo en éstas mismas relaciones, la lógica del individualismo y la exclusividad se muestran como marco de inteligibilidad para entenderlas y materializarlas. La rejilla es heterosexual, higienista y capitalista, elementos que complementan a la heterosexualidad como matriz para entender la realidad.

Aun con esto, no puedo negar que los encuentros sexuales pocas veces quedan en un sexo anónimo carente de otro tipo de vinculaciones y posibilidades, aunque insistentemente pareciera querer entenderse así. Siempre existe la posibilidad no solo de encontrar alguien con quien tener un encuentro sexual placentero, sino que está vigente la alternativa de crear un vínculo con otro, que no sea un encuentro sexual. Porque incluso, si fuera el caso de toparse con alguien con quien el sexo fuera placentero, se abre la posibilidad de repetir el sexo en ocasiones futuras, y eso rebasaría la idea de un encuentro sexual aislado, pues habilita la creación de relaciones diferentes.

Llamas (1994) reflexiona esta situación cuando considera al sexo anónimo entre varones como parte de una biopolítica, en la que se buscaría *limitar* a lo sexual la convivencia de los varones sexodiversos, evadiendo así la posibilidad de otras formas de organización social que por el hecho de surgir de lo no heterosexual, fueran significadas como desestabilizadoras. Foucault (1981) también habla de ello, cuando plantea que el sujeto homosexual tiene, en sus prácticas sexo afectivas, la posibilidad de construir un tipo de relación distinta a todas aquellas enmarcadas en lo heteronormativo y que podría pensarse como puntos de fuga de la normatividad.

Entonces, y retomando el último punto del diálogo y experiencia de Misael, habría que reflexionar sobre un repliegue a lo privado también de esos sujetos y objetos a los que se le adhiere el amor como afecto, y que son significados en la necesidad de ser rescatados y resguardados como una especie de posesión personal. Porque en las escenas narradas, pareciera que el ser llevado a un privado, interrumpiendo un acto de sexo grupal, no solo se lee como haber sido *extraído del sexo*, sino que la interpretación va dirigida a la exclusividad, a la protección ante los demás, a ideas de fidelidad e individualidad. Una especie de ser “rescatado” de la vorágine de bocas hambrientas y depositado en un nicho donde solo los dos pudieran disfrutar de este amor momentáneo. Así, pareciera que cuando al amor se le ocurre visitar el sauna, se presenta más bien como un *Amo- r*: ese juego de palabras y significados que usa Queen Ludd (2016) para hacer referencia a cómo el concepto del amor romántico, está posicionado desde la idea de *amo* que habilita la posesión, los celos, la individualidad, y que piensa en todo momento desde el control y el acaparamiento. Que otorga la facultad de poseer y encerrar al sujeto al que le fue pegado tal afecto:

(Un amor romántico) que no permite ni ver ni sentir ni apreciar las distintas afectaciones en grados y modulaciones con otras pieles y otros cuerpos. Enemigo íntimo que no permite salir al exterior, que territorializa relaciones propias de la heterosexualidad como régimen político (Queen Ludd, 2016, p. 23).

Pareciera que la intención es guardar entre paredes algo sacro, la idea del amor o la pureza misma. ¿En verdad podemos pensar en un acontecimiento harto desinteresado? Alguna vez, cuando entraba al cubil con un acompañante, en el momento de cerrar la puerta, un tercero, un chico mucho más atractivo a mi parecer, pidió entrar para contemplar la práctica sexual. Los dos nos quedamos mudos. Yo no hablé por que no era mi privado (dato interesante para reflexionar), pero mi acompañante, luego de unos segundos negó el acceso. Era innegable que, para ambos el solicitante era bastante agradable, pero después, mi compañero refuto el argumento: “Me gustas para algo más que coger, no podría compartirtte con otro”.

La argumentación que me dio, me hizo pensar cómo se está entendiendo el concepto de compartir, o bien en la forma de entender al sexo desde una lógica del consumo atravesado desde un marco monógamo, donde la fidelidad y el amor se volvieran elementos importantes para las relaciones entre varones, y esto me genera otra duda más: ¿Por qué esconder el consumo o hacerlo uno de tipo individual y privado? Quizás no debería pensarse que es el amor el que se resguarda, o que determinada lógica indica protegerlo y cuidarlo. Más bien, al resguardar al sujeto al que se le ha adherido el amor, en realidad se trata de guarecer a un objeto más para el consumo. Lo heterosexual como régimen político, tendría como uno de sus tantos elementos la idea de un consumo individual, no compartido y privado.

Misael resguarda al chico que le gusta para algo más, pero rescatar al más guapo o al más nalgón de la madeja de cuerpos, llevarlo al privado y coger con él, en realidad habla de una lógica de la propiedad privada. La forma en que se dinamiza el Amo-r en El Hedón, viene acompañado de un propietario y de un sujeto-objeto que será resguardado para el consumo personal y privado. No obstante, el amor en el sauna es un tema en el que no pretendo ahondar, pues reconozco que se trata de una discusión que tendría que detallarse en otro momento, pero que no quería pasar por alto este elemento, que a mi parecer es relevante.

El amor, en todo caso, sería el pretexto para entender las lógicas del consumo que operan en el sauna.



### 2.3. Consumo individual y privado. El dispositivo como modelo explicativo para el consumo de poppers

En la cinta “Bromas que matan” (1999) de Darrien Stein, una comedia oscura enmarcada en las interacciones estudiantiles en las escuelas estadounidenses de nivel medio, Courtney reprende a Violet al intentar comer un sándwich de atún en el comedor a la hora del almuerzo, a la vista de todos. Tras ser disculpada, la chica recibe una explicación del porque su conducta alteró la mesa:

No creas que estamos anoréxicas, no es así, eso es para la mesa de Karen Carpenter<sup>54</sup>. No somos estúpidas, comemos y comemos bien, pero no comemos en público, no en la escuela al menos, no queremos que las personas nos juzguen por lo que comemos, les da armas y las únicas con armas somos nosotras, la comida es buena y todo, sabe bien y la necesitas para vivir, pero el solo acto de comer implica ideas de digestión expulsión defecación, incluso debemos decir obstrucción y constipación... ni loca permitiría que me vieran comiendo una pizza grasienta.

Este diálogo cinematográfico me permite reflexionar sobre el concepto de consumo dentro de El Hedón. En una ocasión, hace varios años, me encontraba a altas horas de la madrugada en el lugar, y el hambre se apodero de mí. Siempre porto en mi maleta algún alimento, así que en esa ocasión saqué de ella una torta, una cerveza y un paquete de frituras picantes, los cuales devoraba frente al espejo principal. Alfredo se acercó y con asombro me hizo notar que nadie comía con tal desfachatez en el lugar, que eso debería hacerlo en privado. ¿Por qué? No tuve una respuesta de Alfredo, pero el diálogo cinematográfico anteriormente expuesto

---

<sup>54</sup> El dialogo hace alusión a Karen Anne Carpenter (1950-1983), cantante estadounidense que en la década de 1980 protagonizó uno de los casos más tristemente célebres de anorexia en el mundo del espectáculo.

vino a mi mente. Este recuerdo me hizo notar que, en la actualidad, esta norma sigue vigente.

Los alimentos, si es que existen, no son consumidos públicamente. Se esconden, tal vez porque se relacionan con lo que son entendidos como accidentes desagradables al momento de la penetración, besar o realizar sexo oral. Es decir, el repliegue de prácticas al ámbito de lo privado, que obedecen a lógicas de higiene y salud, se articulan también desde una forma de significar el consumo, quizás desde la individualización, pero también desde las lógicas normativas. Porque, tanto el diálogo de Courtney y el regaño de Alfredo, *reflejan las relaciones de poder inmersas en la práctica de consumir*. Les daba armas el verme comer con desfachatez frituras picantes, pero también es una relación de poder el *comerme* al más guapo en mi privado, luego de *rescatarlo* de la orgía. Al final el consumo, sea de comida o de cuerpos, se encuentran atravesados por relaciones de poder instadas en la individualización y la exclusividad, una especie de reflexión deformada de “comer o ser comido” o “eres lo que comes”. Son relaciones de poder las que se articulan y habilitan incluso con el performance del género, por ejemplo, cuando un cuerpo se masculiniza al tomarse una cerveza recargado en el espejo y sin camisa. Al final también, es una relación de poder el consumir al sauna como un producto para el mercado gay.

Esta forma de entender el consumo, estas relaciones de poder inmersas en la acción de consumir, ¿se relacionan con el elemento central de esta investigación? En otro lugar para sexo entre varones, una casa que alberga reuniones de encuentro (donde entre otras cosas, no hay áreas de privados) el poppers es consumido a la vista de todos. Pancho y Fernando, han hecho referencias de fiestas privadas en moteles donde se lleva a cabo el sexo en grupo entre varones y donde poppers y otras sustancias, son consumidas de manera comunitaria por los asistentes. ¿Qué pasa en El Hedón?

Elementos de paradoja, prohibición y venta, que permiten la presencia de muchas sustancias. La existencia de un letrero a la entrada que prohíbe el ingreso con bebidas alcohólicas; que se contradice con la venta de cervezas en el lugar.

Las voces de entrevistados, conocidos y asistentes, comentan la presencia y consumo de cocaína<sup>55</sup>, marihuana<sup>56</sup>, LSD<sup>57</sup>, piedra<sup>58</sup> y spray vasodilatador<sup>59</sup>. Cada uno de ellas juega de manera diferente su existencia en el lugar: la presencia de cocaína, piedra y LSD es muy escondido y privado. Su consumo se limita completamente en los cubículos y con determinadas personas, generalmente se trata de círculos muy conocidos entre ellos mismos.

Los que saben y consumen estas sustancias, se enuncian desde un consumo discreto a grado tal que jamás se ha visto la necesidad de actuar ante una posible emergencia relacionada con sobredosis o intoxicación por las mismas. En realidad, dicen, son el *comportamiento y reacción* del consumidor, lo que da por entendido la presencia de la sustancia en el lugar. La materialización de la sustancia en la carne: “luego, luego los ves, todos pasados. O ya los viste bien pedos y a los tres segundos, pum, como si nada, derechitas las hijas de su chingada” comentó Alfredo en alguna ocasión.

Encarnaciones demostradas en las prácticas eróticas: Pancho cuenta cómo, un chico muy atractivo lo besó cierta ocasión en las escaleras, y de pronto sintió en los labios la fuerza de la cocaína. Señales breves y discretas, secretas.

---

<sup>55</sup> “La cocaína es un tropano, parecido estructuralmente a los alcaloides de las solanáceas alucinógenas (belladona, beleño, daturas, mandrágora) aunque muy distinto por su acción fisiológica y psicológica. El principio psicoactivo de la coca fue descubierto en 1859 mediante un procedimiento que se empleaba para la extracción de alcohol, ácido sulfúrico, bicarbonato sódico y éter. Poco después médicos y laboratorios recomiendan ya la cocina como *buen alimento para los nervios* para combatir hábitos de alcohol. Opio o morfina, e incluso conceder *sempiterna vitalidad y hermosura a las damas*”. (Escobedo, 2015, pp.128-129)

<sup>56</sup> “El cáñamo es un arbusto anual que alcanza hasta los 3 metros de altura (...) los machos, difíciles de distinguir de las hembras antes de producirse la floración, tiene cantidades mínimas de principios psicoactivo –el tetrahidrocannabinol o THC- y suelen arrancarse antes de expulsar el polen para que las hembras produzcan una variedad más potente conocida como *sin semilla* (...) la máxima concentración de THC se produce en las flores maduras sin germinar” (IBIDEM, p. 179)

<sup>57</sup> “El descubrimiento de esta sustancia –la dietilamida del ácido lisérgico- se produjo de modo no enteramente casual pero sí imprevisto, en 1943, dentro de las investigaciones de A. Hofmann proseguía sobre los alcaloides del hongo llamado cornezuelo o ergot, tras haber hecho notables descubrimientos para la prevención de hemorragias posparto. Hofmann buscaba un estimulante circulatorio y respiratorio cuando absorbió sin querer (probablemente por vía cutánea) un compuesto que tenía clasificado como el número 25 desde años atrás. Las extrañas reacciones subjetivas le decidieron a hacer un auto ensayo, usando cantidades ridículamente pequeñas con la pretensión de quedar a cubierto de cualquier eventualidad (...) horas más tarde, estaba inmerso en una enorme excursión psíquica donde la hilaridad irreprimible se combinaba con agudas aprensiones (IBIDEM, P. 206- 207)

<sup>58</sup> “En los laboratorios clandestinos, la elaboración de cocaína pasa por obtener primero pasta base de coca (PBC) o *base* pisando las hojas con keroseno y macerando luego la mezcla seca en ácido sulfúrico diluido. Convertir esta base en cocaína requiere purificarla mediante lavados con éter, ácido clorhídrico y acetona fundamentalmente. (la piedra o) Crack es una amalgama de pasta de base de bicarbonato sódico, y resulta unas quince veces más barato que el clorhidrato de cocaína” (IBIDEM, p. 140)

<sup>59</sup> “Los nitratos son vasodilatadores que dilatan o relajan los vasos sanguíneos y, en consecuencia, disminuyen la resistencia. Esto reduce la presión arterial, facilita el flujo de sangre en el organismo y mejora los síntomas. Algunos hidratos se toman con regularidad. Sin embargo, ciertos nitratos de acción corta (...) pueden usarse en aerosol o comprimidos que se ponen bajo la lengua. (<https://www.heartfailurematters.org/>)

La marihuana se presenta también como casi inexistente, dado que el olor de la sustancia delataría inmediatamente al consumidor. Sin embargo, esto no quiere decir que no suceda. Algunas veces, durante algunas visitas de campo, el olor a marihuana inundaba cierta parte del pasillo del piso inferior. Se infería que el aroma provenía del interior de algún privado, aunque rápidamente se perdía a los pocos minutos, entendiendo que la práctica tuvo una duración corta.

¿Pero, de que depende que ante estas evidentes manifestaciones de la presencia de sustancia no exista una intervención? La figura de vigilancia, el chico de la limpieza, recorre constantemente el lugar so pretexto de la higiene y cuidado del mismo. A todas horas se le ve preparado para asear aquel cubil que haya sido desocupado, o llevando una carga de toallas y pareos a la lavar o a tender al sol. Es casi seguro que en algún momento debe percatarse del aroma. Entonces, ¿que interfiere para la intervención? Alfredo comenta que es alguno de los privilegios que se pueden llegar a brindar a determinados clientes. Porque las relaciones de poder denotadas en el consumo, también se exponen desde la persona que lo ejecuta o lo provee.

Anteriormente, cada semana, cuando el horario se desarrollaba de manera nocturna/semanal, podría encontrarse a Alfredo en el cubil más grande del lugar, a la vez el más alejado del pasillo inferior. Ahí, Alfredo ofertaba poppers de distintos precios y marcas. Bajo el disfraz de la venta de ropa interior, Alfredo enuncia como *venta de la fragancia* a su actividad. Aunque muchos refieren que se podía adquirir otro tipo de sustancias, sobre todo cocaína, esta versión es rotundamente negada por él. Lo que sí afirma, es la existencia de otros usuarios, que sí llegaron a hacerlo. Alfredo ya no vende de esta forma. La anulación del horario nocturno, junto con sus otras actividades, no le permite establecerse en el lugar durante mucho tiempo, por lo que hoy día, solo surte de manera semanal al dueño del establecimiento. Es Alfredo, quien provee esos frascos que se exhiben en la administración del lugar.

Así, el popper tiene esas dos vías de entrada al sauna: la venta por parte de los propietarios, y la portación de los usuarios. La manera en que entra y la forma

como se hace presente dentro del sauna y las dinámicas e interacciones que habilita, permiten reflexionar su accionar.

Si bien es cierto que el popper no es la única sustancia clínicamente clasificada como psicoactiva que se consume en el lugar, sí es la más conocida, lo que permite entenderla desde otras lógicas. El poppers en el lugar, tiene características compartidas con lo que se ha venido discutiendo a lo largo de estos dos capítulos. Se oculta, juega en la nubosidad, se mantiene en la efímera frontera de lo expuesto y lo oculto, de lo explícito y lo implícito. Sobrevive y existe en la narrativa del cómo se percibe su consumo en el espacio. La prohibición y la permisividad parecen jugar con su presencia. La sobrevivencia semi oculta de frascos de poppers a la venta, que algunas veces se muestran plenamente exhibidos, otras semi ocultos en un gabinete plástico o incluso ausentes, pero que es sabido por los asistentes que pueden adquirirse en la administración del lugar.

Es, en el encuentro sexual, dentro de los cubículos, después de haber logrado la invitación al privado, cuando la sustancia se hace presente y es consumida. Es en este marco de privacidad, donde es posible saber cuál es la postura y criterio del otro con respecto al consumo de popper en el sexo, sin que los demás sepan del consumo. Porque la reacción del invitado, permite que se le incluya en determinadas actividades no solo dentro de El Hedón, sino que puede incluir su presencia en fiestas privadas de sexo en grupo, donde se consumen otros tipos más de sustancias, por lo que El Hedón funciona entonces, no solo como lugar de encuentro, sino como filtro para actividades que se ejecutan en espacios más íntimos<sup>60</sup>.

Desde su cualidad ambigua de exhibición y ocultamiento, la presencia del poppers en el sexo se construye desde el silencio: rara vez podrá enunciarse de manera suelta, ofrecer o solicitar su presencia. No hay diálogo sonoro y abierto en

---

<sup>60</sup> En estas fiestas, el ingreso es mucho más celoso y generalmente se es llevado por un asistente conocido, y de las reacciones y posturas de la primera asistencia, dependen las posteriores invitaciones. Pancho, ha podido encontrar aquí varias invitaciones a estas fiestas, e incluso, contactar con futuros proveedores de las sustancias. El consumidor de cocaína encuentra en El Hedón también, conectes que lo orientan a puntos de venta en otras partes de la ciudad.

los pasillos que pregunte por su existencia. La discreción de palabras obedece a la necesidad de instalar en la secrecía su consumo, porque es visto como una de esas prácticas que son juzgadas desde la moral y/o la higiene y salud. *El consumo de poppers entonces, observa un repliegue a este resguardo a lo íntimo, al privado, pues es significada como una práctica que pone a quien la ejecuta en el banquillo de los acusados.* Por ello, su venta se oculta, se nebuliza, pero también sucede con la portación de la sustancia, porque juega a la ambigüedad de la luz, viajando por los pasillos apretado en el puño de su dueño, o sujeto por la elasticidad del bikini, donde el bulto del frasco se luce a la altura de la cadera. Se ve y no se ve a la vez. Abultamientos ambos de los placeres, protuberancias que prometen goce a todo aquel que logre imaginar que ocultan sus formas, y se atreva a probarlos.

Se queda resguardado en el cubil, pero a la pronta vista solo de aquel que ingrese. Permanece constantemente en el ámbito de lo privado. Ahí está el popper, sentado en su trono hecho de cemento y privacidad. Porque la reducción del consumo de popper al espacio íntimo, genera que la sustancia sea usada bajo una lógica de individualización. No se trata de algo que se comparta en espacios colectivizados como el sauna o el jacuzzi. A diferencia de otros contextos de encuentro sexual entre varones, como las fiestas privadas o los clubs, en El Hedón, la presencia del poppers consumido es casi exclusividad del privado y casi exclusividad del propietario.

Aquí, la mayoría de los usuarios suelen no compartir. Pareciera que se trata de una sustancia que no se convida al otro, no es algo comunitario, salvo que se trate de un acuerdo, o de un amigo, o alguien con el que se ha tenido otros encuentros de tiempo atrás, y se comparte la idea que la sustancia sea un elemento que deba estar presente para el disfrute, o sea la primera vez para el otro, y entonces se hace preciso compartirlo con fines de enseñanza e iniciación. De acuerdo con Fernando, el comunicólogo, cuando uno de los participantes anuncia que cuenta con poppers, no se trata explícitamente de la idea que serán compartidos. Más bien, se estaría anunciando que la sustancia estará en la práctica y con ello los efectos que genera en su propietario:

“Ya sabes que vas a estar con alguien que ya se metió unos (poppers) y sabes que trae el culito aguantador, por decir algo” (Fernando, comunicación personal, 2018).

. Ahora bien, tal vez el costo del poppers represente un motivo para no compartirlo. De acuerdo con Alfredo, el proveedor de la sustancia en el sauna, en promedio un persona gastaría alrededor de 500 pesos al mes, tomando en cuenta una serie de medidas, como la refrigeración del mismo, para perdurar sus capacidades vasodilatadoras. Quizás esto represente un monto considerable, pero, a palabras del mismo Alfredo, no se compara con los gastos generados por el consumo de otras sustancias como el cristal o la cocaína.

No obstante, si el consumo de popper parece jugar la misma partida que muchos otros de los elementos que se materializan y construyen al sauna, ¿desde cuál de éstos se articula y se entrelaza para entrar en acción? Creo que en este punto, puedo comenzar a dar respuesta a la pregunta general de esta investigación. Preguntarse *¿De qué manera se relaciona el consumo de poppers con las prácticas sexuales dentro de un baño sauna para varones en la ciudad de Puebla?* podría encontrar respuesta, si se consideran los distintos elementos que se han subrayado a lo largo de la etnografía, en cuanto a la forma en que se relacionan con el consumo de poppers en el lugar.

Aquello que se buscaba en la creación del sauna, la secrecía y discreción que el lugar busca mantener desde su ubicación y fachada, evitando conflictos y posibles intervenciones de las autoridades, y cómo es significada de manera distinta con respectos a los moteles cercanos, la nubosidad en la que se instalan las prácticas sexuales entre el vapor, el uso del pareo que orienta las formas en que el desnudo se materializa en el sauna, la producción del género y del deseo que deriva en asimetrías y jerarquías, los corrimientos de normativas a través de prácticas corporales y grupales, la modalidad de consumo de alimentos, cuerpos y sustancias, que se maneja en lo privado, el repliegue de determinadas prácticas, los mecanismos de vigilancia al ingreso, los carteles prohibitivos, la figura

heterosexualizada del chico de limpieza, la presencia de mingitorios y lavabos en los pasillos de carácter higienista, la distribución arquitectónica del lugar y sus medidas preventivas, las formas de significar el amor, las expectativas de los asistencias sobre lo que se puede encontrar dentro, las formas de apropiaciones y reapropiaciones de los cuerpos, los deseos y el género, el espejo panóptico y las otras herramientas de vigilancia. Los códigos para la atracción y acuerdos para el acto sexual, los acercamientos y alejamientos, los roces y las miradas.

El juego de las puertas semi abiertas y los pasillos. Los discursos, los privados, el soleadero y el jacuzzi como caldo de cultivo. El uso de las luces y su relación con las prácticas permitidas, las reglas y prohibiciones del sauna, las medidas de prevención de accidentes, lo que se significa como accidentes. La heterosexualidad como régimen político en un lugar de encuentro sexual para varones.

Ninguno de ellos parece estar separados, más bien, se arman, se conforman para construir una especie de escenografía, y a la vez coreografía, que evidencia que la práctica del consumo de popper, no es solo un momento de aspiración química, sino todo un escenario performativo donde distintos elementos se arman. Escenario donde relaciones de poder se estructuran, y donde el repliegue al ámbito de lo privado, mantiene a la práctica, en las fronteras ficticias de lo oculto y lo expuesto. ¿Qué es entonces, aquello que supone una especie de manipulación de esas relaciones de poder, que mediante el repliegue de la práctica estabiliza y utiliza las normatividades?

El concepto de dispositivo de Foucault, el cual de acuerdo a varios autores comenzó a aparecer en sus textos a mediados de la década de los 70's, ha sido reflexionado por varios pensadores. Para Deleuze, por ejemplo, toda la filosofía de Foucault es vista finalmente como una filosofía de los dispositivos (Deleuze, 2003, citado por Castro, 2016, p.1). En una entrevista de 1977, Foucault respondía directamente a la pregunta ¿qué es un dispositivo?:



Lo que trato de situar bajo ese nombre es, en primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, en resumen, los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos. En segundo lugar lo que podría situar en el dispositivo es precisamente la naturaleza del vínculo que puede existir entre estos elementos heterogéneos. Así pues, ese discurso puede aparecer bien como programa de una institución, bien por el contrario como un elemento que permite justificar y ocultar una práctica, darle acceso a un campo nuevo de racionalidad. Resumiendo, entre esos elementos, discursivos o no, existe como un juego de los cambios de posición, de las modificaciones de funciones que pueden, estas también, ser muy diferentes. En tercer lugar, por dispositivo entiendo una especie – digamos- de formación que, en un momento histórico dado, tuvo como función mayor la de responder a una urgencia (García Fanlo, 2011, p.1).

Agamben, por otro lado, en su texto “que es un dispositivo” (2011) hace un rastreo del concepto en Foucault, y sitúa en el término *economía (oikonomia)* no solo el punto de intersección con las reflexiones de Hegel, Hippolyte y Heidegger, sino que lo ubica como el “conjunto de praxis, saberes y medidas institucionales, cuya meta es gestionar, gobernar, controlar y orientar (en un sentido que se busca útil) los comportamientos, los gestos y los pensamientos de los hombres” (Agamben, 2011, p.256). De esta manera, Agamben propone llamar entonces como dispositivo:

A todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos... en los cuales la articulación con el poder tiene un sentido evidente (Agamben, 2011, p.257).

Definiéndolo de esta manera, el autor no solo contempla a los espacios disciplinarios o los mecanismos de vigilancia, sino que incorpora al análisis elementos como “el bolígrafo, la escritura, la literatura, la filosofía, la agricultura, el cigarro, la navegación, las computadoras, los teléfonos portátiles y el lenguaje”, toda vez que cuentan con las capacidades antes enunciadas y se ubican dentro de las lógicas de la oikonomia como “aquello en lo qué y por lo que se realiza una actividad de gobierno”(p.256) y que tienen y deben siempre implicar un proceso de producción de un sujeto.

Agamben explicaría entonces al capitalismo, “como una gigantesca acumulación y proliferación de dispositivos” (p. 258) a grado tal que no hay un solo momento de la vida de los individuos que no sea modulado por ellos, dando lugar a múltiples procesos de subjetivación.

Lo que Agamben propone, me permite entonces entender al dispositivo como una red de elementos que se relacionan y que tiene una capacidad productiva en cuanto a cuerpos, deseo y procesos de subjetivación. Que dicha productividad sostiene y esta sostenida en una serie de saberes que construyen juegos de verdades. Por lo tanto, el dispositivo orienta, determina, intercepta, modela, controla, asegura y conlleva una función estratégica que está inmersa siempre en relaciones de poder. No produce subjetividades unitarias sino dinámicas y múltiples, donde una sola sustancia puede dar lugar a varios procesos de subjetivación.

Sin embargo, ¿es esto suficiente para considerar a la práctica del consumo de poppers en el sauna como un dispositivo? Si bien es cierto que reuniría una serie

de elementos que son mencionados tanto en la definición de Foucault como en la reflexión de Agamben, sobre todo en cuanto a la relación de elementos, las relaciones de poder y las capacidades de habilitación y reorientación, incluso en sus capacidades productivas, me parece que difiere inclusive, con aquellos ejemplos que el propio Agamben refiere. El mayor problema que encuentro es que no es una práctica que busque la generalización de la misma en los individuos, o la normalización u homogeneidad como lo entenderíamos en los casos de la escuela, el hospital, incluso el bolígrafo o el cigarro. Es decir, si bien es cierto que la forma en que el consumo del poppers se lleva a cabo en el sauna, se articula con elementos del mismo y produce determinados efectos, la manera en que se orienta a la realización del consumo de esta sustancia, solo sucede dentro del sauna, y no en otros espacios de encuentro sexual para varones, como los clubs y los cines donde se hicieron observaciones etnográficas de diagnóstico, al inicio de la investigación, ni en las reuniones privadas que algunos de los entrevistados refirieron y describieron en sus experiencias.

Esto es importante de reflexionar, porque aun cuando Agamben enuncia una multiplicidad de dispositivos existentes en el capitalismo, la práctica, en todo caso, formaría parte del dispositivo de la sexualidad, aquel que regula las prácticas sexuales, los deseos y los cuerpos. En todo caso, el consumo de poppers en el sauna está inmerso dentro de tal dispositivo, en tanto la regulación de esos cuerpos varones que en un lugar de encuentro utilizan el poppers en la escena sexual, pendiente de aquellos placeres que se produzcan. Reorientaría a los sujetos a llevar cabo de determinada manera un sexo entre varones, y un sexo con la presencia de un químico. Orientaría a que esta práctica sexual articulada a un químico vasodilatador que relaja esfínteres y aumenta la euforia, dentro de un espacio para los encuentros sexuales entre varones, se lleve a cabo en lo privado, en lo oculto y cuyo consumo no sea compartido. Dispositivo que no reprime su uso, sino que lo regula para su ejercicio en determinados espacios, dentro de determinados contextos.

En todo caso, el dispositivo de sexualidad nos está mostrando cómo debe materializarse el sexo entre varones en un lugar de encuentro (con la ironía que ello representa) en donde se orienta a que el consumo de poppers, sea llevado al ámbito de oculto, dentro de esos espacios arquitectónicos del sauna, enunciados como privados. En todo caso lo que estamos presenciando es cómo el dispositivo de sexualidad, se reapropia de elementos subversivos, como lo es el espacio de encuentros sexo diversos y algunas de sus prácticas, que ahora está regulando y reorientando.

No obstante, podría tomar la segunda parte de la definición del Foucault donde hace mención que, en esa red de elementos que conforman un dispositivo, éstos no se mantiene fijos, sino que “entre esos elementos, discursivos o no, existe como un juego de los cambios de posición, de las modificaciones de funciones que pueden, estas también, ser muy diferentes” (García Fanlo, 2011, p.1).

Entonces sí, podríamos hablar de esa red de elementos que se articulan de manera coreográfica, y que envuelven a la práctica de consumo de poppers en el sauna, y como estos elementos heterogéneos se dinamizan en sus posiciones y funciones, pero además, empezar a dar cuenta de esas producciones que la misma práctica tendría. Por lo tanto, lo que intento proponer en este punto, es contemplar al concepto de dispositivo como un modelo explicativo, que dé cuenta de esa red de elementos que se articulan en torno a la práctica del consumo del poppers en el sauna, y sobre todo, que me permita discutir sus capacidades productivas en cuanto a cuerpos, deseos y subjetividades. Toda vez que intento explicarlo enmarcado en un ejercicio de apropiaciones y reapropiaciones que se mantiene en tensión en el dispositivo de sexualidad y aquellos elementos subversivos que van materializándose en la misma reiteración de las normatividades del espacio.

Como un modelo explicativo, el concepto de dispositivo permite contemplar al repliegue del objeto de estudio, como una de las regulaciones del dispositivo de sexualidad, que orienta a los sujetos a llevarla a cabo en la ficción de lo privado, pero con un fin útil: sostener las normas y lógicas higienistas, conservadoras e individualistas, desde donde se entiende y se ponen en juego el sexo entre varones.

Entender la práctica desde la lógica del dispositivo, explicaría también, las apropiaciones y reapropiaciones que suceden en el sitio, y que permiten los desplazamientos de los sujetos con respecto a las normas y los mecanismos de reajuste de las mismas.

#### **2.4. Coger con poppers o las herramientas químico - políticas del sexo**

La primera mención del popper en México, dentro del sistema de reporte de información de drogas (SRID), data de 1988 (Ortiz, 2014, p. 226). Se describió como una sustancia formada por ésteres de ácido nitroso y la combinación de alcohol, nitrito de sodio y ácido sulfúrico, donde los tipos más comunes son el amil nitrito, el iso butil nitrito y el butil nitrito. Dicha sustancia suele categorizarse dentro de los inhalables y a su vez, se le sub clasifica en la categoría de nitratos, compartida con los solventes, volátiles y gases. Su condición forense, desde el aspecto jurídico, refiere que los poppers han sido ubicados metafóricamente en un limbo legal: si bien se categorizan dentro de las drogas inhalables, no están constituidos como una sustancia ilegal en México, como en el caso de Inglaterra y otros países. Esta condición podría rastrearse en sus orígenes, cuando la sustancia era usada como un tratamiento alternativo para la angina de pecho en las primeras décadas del siglo XX, dada la capacidad vasodilatadora del nitrito de amilo. Tras los avances médicos que lo descartaron como tratamiento, la sustancia se difundió entre actividades y espacios lúdicos, entre ellas, las pistas de baile de centros nocturnos, hasta popularizarse para el uso durante prácticas sexuales, y poco a poco, se convirtió en un elemento que se homologaría a la actividad sexual entre varones (Fernández, 2019). Dentro de la medicina, su uso continua siendo vigente pero como una alternativa ante el envenenamiento por cianuro, aunque también suele usarse para mejorar la combustión de motores diesel, dado que es altamente inflamable (Cosmos online, 2020). En el uso cotidiano, el popper se presenta como un líquido entre amarillento y transparente que se vende dentro de pequeñas botellitas ámbar con festivos logotipos y nombres comerciales atrayentes, que se evapora al

contacto con el ambiente y su nombre es de carácter onomatopéyico, pues deriva del sonido que se produce al abrir su envase.

En uno de sus talleres, Leonor Silvestri (2016) hacía referencia a cómo dentro del capitalismo, los químicos han sido herramientas de apropiación y reapropiación en diferentes contextos, dado que han funcionado como mecanismos de dominación, pero a la vez, han sido agenciados por otros actores, en un ejercicio de re territorialización. Así por ejemplo, “el estrógeno, o los anticonceptivos, han sido históricamente un elemento de control en los cuerpos biopolíticamente asignados como mujeres. Sin embargo, pueden ser reapropiados por las poblaciones trans para la producción de otro cuerpo que no es necesariamente un cuerpo que la política de la biología designa (...) hay una reapropiación fármaco política de ciertos elementos” (Silvestri, 2016, s/n).

De ser un auxiliar desechado para el tratamiento de la angina de pecho, el popper es reapropiado para las actividades lúdicas como el baile y la vida nocturna. Se mete a la cama re territorializando sus capacidades vasodilatadoras que ahora se instalan en el campo del placer, al ser desplazado de los botiquines médicos. Pero es también el mismo discurso médico quien lo sujeta de nuevo en sus lógicas: lo enuncia desde las posibilidades del riesgo y el peligro de su consumo en los contextos sexuales, y lo amarra desde sus capacidades adictivas. Históricamente entonces, el popper ha sido esa herramienta químico- política del sexo inmersa en procesos de apropiaciones y reapropiaciones.

En el sauna, tras la puerta, el popper se hace presente. En los pasillos, aparece escondido, camuflajeado. Su función en el exterior es solo informativa: intenta decirle al otro que estará presente en el sexo.

Pero una vez descubierto su escondite ¿qué papel juega el popper en la escena sexual? ¿Qué rol asume tras cerrar la puerta? Desde la idea de dispositivo, ¿a qué funciones responde y cual su productividad? Si el consumo de popper se materializa de esa red de relaciones de los elementos presentes en el sauna, habrá entonces que acercarse a su forma de ejecución: la escena de sexo con la ingesta de la sustancia.

Mi relación con el poppers es casi nula. Pocas veces hemos coincidido en las prácticas sexuales. Quizás solo han sido acercamientos: su presencia en la pieza donde el placer se instala, la invitación desganada del otro a que aspire del frasco que porta, el olor químico que queda en la saliva del compañero que hartó me recordaba a los líquidos limpiadores de computadoras, olor que parece justificar el término *Chemsex*.

Por eso son las voces de mis interlocutores las que se abren paso en estos renglones, en especial la de Fernando, el chico barbón y rollizo, administrativo de una universidad, quien fue el que más detalladamente narró el papel que el popper juega en sus encuentros sexuales.

No obstante debo explicar lo mejor posible cómo se construyó esta escena. Se trata más bien de una *estrategia narrativa*. Una escena elaborada, bordada con tres diálogos con Fernando. El primero de ellos es la base de la narración, se trata de su conocimiento tecnologizado sobre la utilización de la sustancia, sus saberes sobre el uso y consumo y efectos corpóreos una vez aspirado el popper. Con ellos construí la escena de sexo donde el poppers se trianguliza con los otros dos actores. En segundo lugar, los recuerdos que Fernando narró en otra de las entrevistas sobre sus primeros encuentros sexuales donde el consumo estuvo presente, me sirvieron para mostrarlos como las remembranzas que enmarcan la historia mostrada. Por último, una llamada telefónica que sirvió como tercer diálogo, valió para afinar los detalles, pero sobre todo, para enmarcar a ese otro con el que comparte la escena sexual.

#### **2.4.1.-“El popper en escena” o la reapropiación del químico para el placer entre varones.**

Después de cerrar la puerta tras de sí, Fernando observa las dos botellitas de poppers que su acompañante y dueño temporal del privado, ha colocado a la vista, en la repisa de cemento. El otro, es un chico delgado, flacucho a su parecer, con rostro aguileño y cabello hirsuto. Su piel morena y lampiña contrasta con la

blanda y peluda piel blanca de Fernando, quien parece llevarle varios años por delante. Le molesta ese collar de cuentas de madera que el chico luce pegado a su cuello, pero su atención se postró sobre la verga chica pero gorda y con cabeza lisa que ya babeaba antes de entrar al privado y el par de pequeños glúteos que aunque nada protuberantes, habían llamado bastante su atención.

Fernando mira los frascos de poppers, hace tiempo que conoce de las marcas y *sabe cuáles le causan dolor de cabeza* después del uso. Las corrientes, las baratas, le dejan una sensación de resaca después del sexo. Se trataba de una botella de *Jungle juice*, marca que era de su agrado. De hecho, le recuerda a la primera vez que conoció y consumió poppers. En aquel tiempo, gustaba exclusivamente del rol activo. Fue con su entonces pareja, Adam, un hombre extranjero mucho mayor de edad que él y al que significaba como *sugar dady*<sup>61</sup>. Al igual que en el actual encuentro, las palabras que introdujeron al tema fueron: “oye, ¿te gustan los poppers?”. Pero en aquella ocasión, a diferencia de ahora, no tenía ni la menor idea de que se trataba. Siempre consideró ser una persona que teme a experimentar cosas nuevas en el sexo, y aquella primera vez, fue para él como descubrir *cosas que no sabía que podías sentir*.

Adam era pasivo, y en ese sentido, recuerda que dijo: “oye, ¿no te molesta que consuma poppers? Adam los aspiró y aspiró, mientras él lo penetraba. Pero recuerda claramente que mientras lo besaba, empezó a sentir algo agradable. Ahí fue donde los inhaló la primera vez. Mientras penetraba a Adam, Recuerda haber sentido una especie de calor, pero aun ignora porque esa primera vez, fue menos placentera que las siguientes.

Fernando asume que los pasivos consumen más poppers. Que ellos son los que siempre los cargan, porque el uso desde este rol es diferente, a su consideración. Lo habla bajo experiencia porque como pasivo, señala que prefiere

---

<sup>61</sup> La figura del *Sugar Dady* es un anglicismo con el que se conoce a un hombre mayor con el que se mantiene una relación sentimental y sexual pero que se caracteriza por la adquisición de ingresos económicos como recompensa a la compañía. En realidad considero es un ejemplo de cómo ciertas prácticas que eran características de la población de varones homosexuales se popularizan y adquieren ciertos procesos de tropicalización y popularización. El ahora *sugar dady* no es otra cosa que el *chichifeo* que he explicado ya en notas al pie del capítulo uno, pero que a adquirir otras caracterizaciones al generalizarse, es enunciado también de forma distinta.



siempre usarlos. No sucede lo mismo como activo. Fernando piensa que el poppers no es una condicionante para poder penetrar a alguien, si la persona le excita mucho, no tiene problemas con sentir placer al hacerlo. Cuando juega el rol activo, Fernando considera que el poppers es *un aditamento* más para disfrutar su sexualidad. Pero ahora está aquí, en este privado y con este acompañante.

En el encuentro, se le realizó la misma pregunta, sobre su gusto por los poppers. Pero en esta ocasión, el acuerdo se amplió un poco más: *ida y vuelta*. La penetración sería mutua y por turnos. Ambos jugarían distintos roles, aceptando que Fernando sería el primero en ser penetrado, y parte de aceptar este trato fue precisamente la presencia de poppers. “No es que no pueda coger sin ellos, pero cuando se juega el rol pasivo, se disfruta más y no duele...es como una tecnología que te ayuda a que no te duela a que solo disfrutes”.

El faje, los besos, las caricias, funcionan de preámbulo, endurecen la erección de Fernando y le permiten reafirmar sí desea ser penetrado por su compañero. La mano de su acompañante ha estrujado sus nalgas y sus dedos han explorado los límites del ano de Fernando, alguno de ellos, ha entrado de manera seca y brusca pero excitante en el orificio, con la supuesta intención de ampliar la dilatación, pero Fernando cree que en realidad estaba reafirmando su disponibilidad y aceptación de ser penetrado.

El otro se pone el condón y lubricante, y Fernando da el primer jalón a la botellita de poppers, que le causa marearse un poco al principio, dentro de los primeros 45 segundos, pero, alrededor del segundo 30 en adelante, empieza a sentir caliente, a sentir la cabeza caliente, el cuerpo caliente y una extra sensibilidad se apodera de sus partes genitales. Ano, testículos y pene. Incluso, empieza a sentir como su ano se contrae, porque “ya quiere lo que necesita” dice.

¿Cuánto duró la sensación provocada por este primer jalón? En su experiencia personal, sabe que el proceso “me mareo, me calienta y me pone extrasensible”, le sucede en 5 minutos. Después, tiene que volver a jalar para volver a repetir, en el mismo ciclo: *me mareo un poco, me pone caliente y me pone extrasensible*. Todo en intervalos de 5 minutos.

Su compañero coloca la punta de su pene en la entrada del ano. Forza el movimiento sin éxito, aplica lubricante y vuelve a intentarlo, pero la verga no entra. Fernando hace una segunda aspiración, tras dos minutos de la primera. En la descripción de las sensaciones, entre más lo jala, el mareo se hace menor, es decir, que el mareo disminuye, los segundos de mareo disminuyen, pero aumenta esa sensación de calor, y la sensibilidad. El ano se dilata y el pene entra. Fernando sabe que aspirar en ese lapso de tiempo, permite la dilatación para la primera entrada.

Ya entró la verga, Fernando se acostumbra a ella, y vuelve a dar un jalón más, el tercero, son 3 jalones en alrededor de 10 minutos. Cerca de la cuarta aspiración de poppers, con un intervalo de aproximadamente dos minutos entre cada una, el periodo del mareo va disminuyendo y empieza a crecer la parte del calor y de la extrasensibilidad. Fernando dice necesitarlo, en la medida del tamaño del pene de su compañero. “porque una es golosa” dice, “y a lo mejor la reata que tiene adentro, o que va a entrar es muy grande, muy gorda” Y en esos casos, necesita ir exponenciando la sensación, esa extrasensibilidad, que le pone extrasensible, y que en teoría eso le debería extra doler, pero sucede lo contrario: lo recibe placentemente. Porque la sensación de mucho calor aumenta y en los últimos minutos siguientes es la extrasensibilidad lo que le permite que el otro “te bombé, te bombé y te bombé”. Y así pasa. Su compañero lo penetra con velocidad y Fernando aspira y reproduce el proceso del poppers para el disfrute. El pene endurecido se mueve con rapidez y los cuerpos cambian sus posiciones para variar el placer.

Fernando sigue aspirando, porque una vez que ya está adentro, ya se vuelve más constante que lo aspire, ¿por qué? Para Fernando, el periodo de extrasensibilidad es lo que cuenta, entonces jala y jala alrededor de unas 15 inhalaciones, parámetro donde todavía se siente bien.

Fernando sabe que existe un tope. Cuando ya terminó de coger o se le acaban los poppers y ya está muy *full*, o sea, ya le jaló bastante. Le zumban los oídos, y aspira y ya no siente diferente, ya es la misma sensación de extrasensibilidad. De las tres etapas existentes, *mareo*, *caliente* y *extrasensibilidad*,

tras la aspiración ya no siente ni mareo, ni calor, ya solo siente que *sigue sintiendo mucho*, incluso sin aspirar. En su experiencia personal, después de la determinada aspiración, sabe que empieza el zumbido de oídos y luego viene un mareo. Sabe que aguantará máximo 20 y ya la número 21, es cuando siente esas ganas de vomitar, se siente mareado, *como que ya no quiere*.

Su compañero se agita más. Fernando sabe que está a punto de venirse. Siente la verga dentro de él más tiesa, y conoce la expresión facial de su acompañante. Mueve su cadera de manera tal que otorga una fricción extra al pene que lo taladra, la dilatación y el calor que el poppers le proporcionó, se lo permiten, *muerde* el pene con su esfínter, como una técnica para acelerar la eyaculación y entre otras más, lo logra. La eyaculación del otro marca el fin de esta media jornada.

Fernando piensa que una vez que te vienes o que termina de coger, el proceso de volver a recuperar la presión, a su parecer, debe ser más tranquilo. Respira profundo, exhala, y de esta manera siente que va nivelando otra vez su presión, evitando a toda costa pararse rápido, por lo que este espacio le sirve para estar con el amante en cuestión: lo abraza, lo besa, se siente relajado. Para recuperarse totalmente, Fernando dice necesitar alrededor de 10 minutos, tras los cuales, aunque hubiera una sensación de mareo, no es tan grave como para ocasionarle una caída o desvanecimiento. Debe recuperarse porque le toca ahora el rol activo.

En la etapa de recuperación, su compañero lo deja reposando en el camastro y se hinca para hacerle sexo oral. La verga de Fernando esta dura pero no ha eyaculado. Fernando, ya recuperado un poco, inicia una siguiente tanda de aspiraciones al frasco. Las sensaciones son parecidas pero diferentes, situación que no sabe explicar de mejor manera.

Cuando alguien le hace sexo oral, sin haber consumido ninguna sustancia recreativa, Fernando dice sentir padre, se siente rico, la sensación, la saliva, la lengua... pero cuando inhala poppers, es como si eso que siente en sus genitales lo sintiera en todo el cuerpo, entonces es como si ese placer lo siente desde la uña hasta el pelo, se expande... crece y se expande. No es que esa sensación lo haga

eyacular más rápido, sucede lo mismo que con la dilatación del ano: el glande parece expandir sus sensaciones, pero no es el elemento que explota en eyaculación. Hay situaciones independientes, depende mucho de la persona con la cual esté y cómo le estimule, independientemente del uso del poppers.

Fernando penetra al chico de glúteos pequeños, mientras el otro realiza continuas inhalaciones de poppers. No lleva el control, ignora si su compañero realiza el mismo proceso que él. La sensación de penetrar con el uso de la sustancia es placentera. Bajo su experiencia personal, existe una sensibilización, pero no hace que se venga más rápido, al contrario, a su parecer, parece retardar un poco más la eyaculación.

Tras el brote del semen, el proceso de recuperación toma el mismo ciclo. La sensación de estar desorbitado le durará la próxima hora, tras la cual, todas las secuelas de la inhalación desaparecen. Queda solo la sensación que siente en la nariz, en la parte posterior de la boca, un poco de sabor a acetona, pero que se irá a lo largo del día.

Fernando no ha tenido secuelas posteriores. Ha consumido por días seguidos, incluso cuando solo se masturba y donde el proceso es igual de disfrutable. Los ciclos, la sensación, la recuperación, el primer mareo, el sentirse caliente, la hipersensibilidad, desde su experiencia personal así lo describe.

Al culminar la recuperación, Fernando viste su ropa interior. Se despide y se va directo a las regaderas a lavarse y esperar la posibilidad de otro encuentro. El otro chico se quedó ahí, en su privado, descansando y esperando.

## 2.4.2.- Herramientas tecnológicas y químico - políticas para la vida y el sexo

Mi amigo Jaime “*el pez*”, me llama para preguntarme sobre el Prep y el PEP<sup>62</sup>, y narrarme cómo por culpa de tres botellas de tequila, terminó *cogiendo irresponsablemente*<sup>63</sup>. Mi madre apaga de un golpe la radio de la cocina, y de la nevera saca una botellita de insulina, y apresurada corre a que la vecina le aplique la dosis diaria como tratamiento contra la diabetes, que casi olvida aplicar. En la TV, un hombre de traje cansado, revive la jornada laboral luego de ingerir una bebida energizante con sabor a sábila. En el Gimnasio, Pancho me hace notar la espalda llena de granos rojos de un tipo muy musculoso, mientras hace referencia a los ciclos hormonales como tratamiento para ganar masa.

La vida humana actual parece mostrarse a partir de su relación con las sustancias químicas que se impregnan en la cotidianeidad. En la post modernidad, la sustancia parece articulada al sujeto. Byung Chul Han (2018) habla de “la sociedad del cansancio” para discutir las nuevas formas de explotación de los cuerpos en el capitalismo, haciendo alusión al rendimiento productivo como valor compartido y apreciado, con lo que se explica así la presencia de sustancias estimulantes y recuperadoras, así como toda una industria que vende alternativas de una supuesta *vida sana* en cuanto alimentación, vitaminización, meditación y regeneración constante de la condición humana. Pienso que estas lógicas de productividad que enuncia el autor, pueden traspasar a la índole de lo sexual, materializar subjetividades que sostengan la ficción del rendimiento del cuerpo, que haga significar a los sujetos al cuerpo, de una determinada manera, que parezca requerir de sustancias, como lo enuncia Fernando, para aguantar la jornada sexual sin dolor corporal.

---

<sup>62</sup> De acuerdo a la página INFOSIDA, una de las fuentes electrónicas más confiables del tema en habla inglesa e hispana, se trata de los métodos para prevenir la infección por Virus de Inmuno Deficiencia Humana (VIH), consistente en ingerir medicamentos contra este virus. Esta profilaxis está destinada a personas no portadoras de VIH, pero que se encuentran expuesta con alta probabilidad de adquirirlo. PrEP significa profilaxis pre exposición, consiste en la toma de medicamento todos los días antes de la posible exposición. Por otro lado PEP significa profilaxis post exposición, y la ingesta puede realizarse hasta 72 horas después del evento que se sospeche pudo adquirirlo. <https://infosida.nih.gov/understanding-hiv-aids/infographics/47/prep-frente-a-pep>.

<sup>63</sup> Citar las palabras de mi amigo tal cual lo mencionó, me parece importante porque creo se articulan a la perfección la condición que se materializa a partir de pensar las prácticas corporales desde las sustancias que se ingieren y las consecuencias que suelen atribuirse a tales actos.

De ser esto así, una clasificación de las sustancias parece entonces ser indispensable, y una maquinaria de producción de verdades jurídicas aparecen en escena para distinguir las legales de las ilegales. A pesar de ello, ambas tipologías se hacen presentes en la articulación con lo humano. ¿Y el popper? ¿Qué ocurre con su estatus legal ambiguo en países como el nuestro? ¿Y el popper en el sexo? ¿Cómo podemos entender la presencia y uso de ésta sustancia? En su narrativa, Fernando parece dejar claro qué papel juega el poppers en el sexo. Lo significa como una tecnología. Pero ¿Qué significa pensar al poppers desde este concepto?

Para seguir con la línea teórica de Foucault, habrá que iniciar retomando cómo el autor entiende por el concepto de tecnología. Castro (2004) refiere que:

Las prácticas definen el campo de estudio de Foucault, incluyendo las epistemes y los dispositivos. Las prácticas se definen por la regularidad y la racionalidad que acompañan los modos de hacer. Esta regularidad y esta racionalidad tienen, por otro lado, un carácter reflejo; son objeto de reflexión y análisis. Los términos “técnica” y “tecnología” agregan a la idea de práctica los conceptos de estrategia y táctica. En efecto, estudiar las prácticas como técnicas o tecnología consiste en situarlas en un campo que se define por la relación entre medios (tácticas) y fines (estrategia). Foucault ha utilizado esta terminología y esta conceptualización, en primer lugar, para establecer una metodología del análisis del poder (la disciplina y el biopoder) Abordar el estudio del poder en términos de estrategia y de táctica, y no en términos jurídicos, implica analizar el poder como una tecnología (Castro, 2004, p. 255).

Entonces, el autor piensa a la tecnología como aquellas prácticas que, inmersas en relaciones de poder, buscan un cambio el sujeto mismo, o bien tienen una capacidad productiva en cuanto a subjetividades. Si se piensa la práctica como

tecnología, entonces habría que dar cuenta de esa capacidad productiva en razón de una táctica y una estrategia, bajo los términos Foucaultianos. Cuando Fernando habla de esos segundos y minutos exactos en los que la sustancia se activa, deja ver una serie de saberes con respecto al uso y sus efectos de la sustancia en el cuerpo, que son significados como una herramienta, pero que denota su capacidad táctica, es decir, los medios y saberes por los cuales se actúa esta práctica inmersa en relaciones de poder dentro del sauna.

Bajo este principio, se puede pensar al popper como una *herramienta tecnológica*, toda vez que su consumo se entiende como una práctica inmersa en relaciones de poder, que busca un cambio para con el sujeto mismo, o bien tiene esa capacidad productiva en cuando a subjetividades. Pensada bajo la idea de táctica, se enfoca en esos saberes y medios sobre los efectos en el cuerpo, pero también, sobre las formas en que se significa la sustancia utilizada, precisamente como herramienta, en el contexto sexual.

Ahora bien, ¿en que se tiene que pensar cuando se plantea esas capacidades productivas? Voy a citar nuevamente a Castro, en referencia a las tecnologías de Foucault:

La ciencia y la filosofía han supuesto que la verdad es algo que espera ser develado cuando nuestra mirada hacia ella se ubique en la perspectiva correcta. Pero para Foucault existe otra idea, profundamente anclada en nuestra civilización, según la cual la verdad no es algo que nos espera, sino que se produce. La verdad no sería, entonces, del orden de lo que es, sino acontecimiento (événement). “Ella [la verdad] no se da por la mediación de los instrumentos; se provoca mediante rituales; es atraída por las astucias, se la capta de acuerdo a la ocasión: estrategia y no método” (DE2, 694). Por ello se puede hablar de una tecnología de la verdad a propósito de los medios para producirla: conocimiento de los lugares donde se produce, de los tiempos en que se produce,

de los rituales que la producen (DE2, 693-694) (Castro, 2004, 256).

Utilizo esta noción Foucaultiana sobre la construcción de la verdad, desde la tecnología, para reflexionar sobre aquellas verdades que el popper, como una herramienta tecnológica, habilita. En sus narrativas, los sujetos entienden al cuerpo, como algo innato, prediscursivo

Estas nociones que se tienen sobre el cuerpo, que a la vez forman parte de la táctica, lo significan como algo instintivo, donde una herramienta tecnológica otorga capacidades mecánicas, que lleva al cuerpo a maximizar las capacidades y maximizar las sensaciones de placer.

Fernando lo enuncia al decir cómo, con el popper, el placer generado por una mamada de verga, se expande al resto del cuerpo, como eso que recorre con capacidad expansiva por el resto de la piel. Pero también, cuando hace referencia a la dilatación anal y cómo la sustancia habilita al cuerpo como un receptáculo de la penetración sin molestias, lo transforma, lo modifica. Fabián lo enuncia desde el peligro, cuando refiere a la sustancia, como algo que lo instala en lo instintivo, y narra cómo, bajo efectos del poppers, significa una especie de abuso sexual de su parte, cuando por medio de insistencias, obliga a otro a ser penetrado por él.

Las significaciones de los sujetos sobre el cuerpo cuando utiliza el popper, no son pensadas desde la noción del cyborg de Donna Haraway (1991). Con este concepto, la autora reflexiona sobre un cuerpo que se articula con tecnologías biónicas, cibernéticas e incluso químicas, que le permiten pensar en figuras híbridas donde “Las fronteras entre la ciencia ficción y la realidad son una ficción óptica” (p. 253). Menciona que no solo se trata de los seres de ficción de novelas y películas, sino de cuerpos que se llenan de acoplamientos entre organismos y máquinas. Las prótesis, los marcapasos, no son piezas tecnológicas que se insertan al cuerpo, sino que en esa fusión, conforman un cuerpo, un sujeto híbrido y tecnologizado. Las sustancias, los medicamentos, son tecnologías también que despliegan y perpetúan los límites mediante los cuales se divide, se clasifica y se separan las cosas epistemológicamente parecidas.



Todo ello le permite pensar que las fronteras dicotómicas de natural y artificial en realidad son ficcionales, dado un cuerpo en el cual, al articularse, dichas separaciones entre biológico y mecánico se vuelven un híbrido, borrando dichas fronteras conceptuales.

No obstante, los cuerpos en los que piensan los sujetos, no son significados desde esta manera, porque parece importante insistir en esa frontera, entre el *yo que no consumió poppers* y las acciones del *yo cuando si consume poppers*.

Más bien, estas nociones de cuerpo se asimilan más lo que reflexiona Preciado (2008) enmarcado en lo que él llama *era farmacopornográfica*. Habrá necesariamente que preguntarse ¿a qué obedece la importancia de mantener esta frontera remarcada y reiterada?

El ama de casa del comercial de suavizantes de telas, mira con tristeza cómo el montón de ropa por planchar le quita el tan cotizado tiempo de calidad familiar, mientras sus hijos se alejan para disfrutar sin ella, de un día de campo. Rápidamente retoma en sus manos el recipiente de *tecnología líquida* que no solo promete un aroma perdurable, sino que ahora la libera, le hace más fácil la vida, la ayuda a cumplir sus sueños. Con un salto olímpico, el cuerpo, ahora libre, brinca el burro de planchar: “No dejes que el planchado se interponga entre tú y los que más quieres” reza una voz femenina tranquilizadora. La tecnología nos facilita la vida. La tecnología nos resuelve la vida... ¿Qué tipo de vida?

En la lógica neoliberal, el sujeto productivo es el que florece. La eficacia y la eficiencia de Weber (1922) necesitan el apoyo tecnológico para ser. Hacer las cosas bien, rápido y en cantidad. Ganarle al reloj valiosos minutos que deberán *gastarse* en el gimnasio produciendo otro tipo de resultados (Byung Chul Han, 2018) el sujeto solo se traslada de un espacio productivo a otro de manera constante, de una tecnología a otra de manera constante, del computador de la oficina brinca a la caminadora eléctrica del gimnasio o a la pantalla multiconectada de su sala, y quizás la misma lógica lo acompañe al sexo. ¿Qué pasa entonces con las tecnologías que se ingieren?

Preciado (2008) señala que los espacios disciplinario, panópticos y de vigilancia, como la prisión, el hospital, el manicomio y la escuela, que producen subjetividades y cuerpos que dóciles (Foucault, 1977), han vestido novedosas y creativas mutaciones: ahora también se ingieren, en una pastilla de *Prozac*, de antiretroviral, de antidepresivo o ansiolítico. Lo panóptico, la vigilancia perpetua y subjetivizada por el sujeto que se sabe observado y vigilado, vive ahora dentro del cuerpo en la era *farmacopornográfica* y produce un tipo especial de sujeto.

¿Cómo nace esta era? Preciado y Haraway, cada uno por su parte, ubican un parte aguas temporal en la segunda guerra mundial y la guerra fría. Preciado recalca en esa era una serie de eventos sociales y descubrimientos científicos, que explican de alguna manera el escenario actual donde puede realizarse una lectura del consumo de sustancias psicoactivas en contextos sexuales<sup>64</sup>.

Es durante la guerra fría, cuando Estados Unidos invierte la mayor cantidad de dinero en investigación científica sobre sexo y sexualidad, convirtiéndolos en objeto de gestión política de la vida, a partir de nuevas gestiones de capitalismo, y nuevas formas de vulnerabilidad se hacen presentes derivadas de descubrimientos de químicos que buscan reducir enfermedades y mejorar la llamada *calidad de vida*, pero que traerán consigo una serie de riesgos y daños potenciales, dada su capacidad destructiva.

---

<sup>64</sup> La post guerra funciona como un botón de reinicio para la vida social, habilitando que en occidente, ésta sea percibida de una distinta forma. Muchos elementos se articulan para dar tal efecto: los procesos de producción industrial, que representan ahora nuevas maneras de entender la vida. *El fordismo* que define un modo particular de producción y consumo. *El taylorismo* que otorga una nueva temporalización de la vida, la estética y la forma de ver a los objetos inanimados (en las caricaturas de los años pre y post guerra, los autos, las lavadoras, los artículos de cocina, se muestran animados con ojos y movimientos humanos e infantiles). Las maquinarias que se enuncian como artículos de primera necesidad, en realidad son vistos como algo más que muebles y maquinas, estableciéndose una nueva forma de relación con lo humano, pero sobre todo, un modo discontinuo de desear y resistir. El descubrimiento del plástico como derivado del petróleo, otorga una gama nueva de artículos y de producción incluso en los ámbitos ortopedistas y anatómicos, pero representan también un nuevo esquema de explotación ecológica. La economía y su recuperación parecen ser el pretexto para la renovación de la vida social. Lo urbano, el cuerpo, la psique, la ecología, son concebidas de formas distintas y con ello, una nueva forma de gobernar al sujeto en masa, el descubrimiento de avances farmacéuticos y propiedades diversas de las sustancias químicas, se amalgama a esta naciente versión capitalista (Preciado, 2008)

Nuevos elementos para el manejo de los sujetos se materializan:

La nueva economía del mundo no funciona sin el despliegue simultáneo e interconectado de la producción de cientos de toneladas de esteroides sintéticos, sin la difusión global de imágenes pornográficas, sin la elaboración de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas, legales e ilegales (Lemoximil, Special K, Viagra, speed, cristal, Prozac, éxtasis, popper, heroína, Omeprazol, etc.) La aparición de un régimen postindustrial global y mediático que llamaré a partir de ahora, tomando como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco) y semítico / técnico (porno) de la subjetividad sexual: *farmacopornográfico*. (Preciado, 2008, p. 32).

La producción de verdad de la ciencia se complementa con otras esferas que le permiten materializar la farmacopornografía. Nuevos actores se suman a la escena: las industrias privadas productoras de la salud (Preciado 2008 y Rose, 2012) Una nueva era donde nuevos sujetos nacen. El sujeto molecular de Rose debe saber, se le exige saber, se hace indispensable que conozca los efectos médico farmacológicos. ¿No acaso eso nos muestra Fernando con una narrativa tan controlada y precisa de los efectos del popper sobre el cuerpo? Proceso de subjetivación en donde los derechos, obligaciones y expectativas son reconfigurados, a partir de auto responsabilizarse de sus procesos de salud/enfermedad (Rose, 2012). Saber cuáles son los químicos que le producen un malestar, se hace indispensable en este marco de inteligibilidad de la realidad. Saber qué marca de popper le causa dolor de cabeza, por su baja calidad.

En El Hedón, el consumo de poppers devela a esa táctica expresada en conocer el efecto del fármaco en el cuerpo, esos saberes por la relación que se

establece entre ambos, y que sostiene la frontera ficcional de lo natural y lo artificial, habilita también la percepción del control de la misma y por lo tanto, la idea de usarla como esa herramienta tecnológica que potencializa y maximiza.

Una táctica que sostiene ficciones dictaminadas por una lógica hegemónica que encuentra a la heterosexualidad como rejilla de inteligibilidad. Así como el suavizante de telas, la caminadora o la computadora, el popper, como herramienta tecnológica, se significa como algo que existe a favor del sujeto, que le sirve, que lo potencializa en alguna esfera de la vida. Porque dicha herramienta tecnológica, en esos saberes que habilitan fronteras ficcionales, se encarna desde una lógica del rendimiento productivo, en analogía del rendimiento de Chul-han (2010) y del uso tecnologizado del químico con la idea de mejorar el sexo.

Aunado a ello, otras ficciones parecen estar sostenidas por esta forma de significación de la sustancia en el sauna como una herramienta tecnológica. Cuando hablaba con Alfredo, el vendedor de poppers, contantemente había referencias sobre una articulación entre el uso y consumo de sustancias y el rol sexual en los encuentros entre varones. Solía referir que el cristal era una droga para los activos, porque endurecía la verga y los poppers para las pasivas, por la dilatación anal. Fernando también hace alusión en sus narrativas, sobre cómo el mismo poppers y su uso son significados de maneras diferentes a partir de la posición sexual que se juega en el acto, pasivo o activo ¿Cómo opera esta articulación?

Al igual que el suavizante de telas se comercializa con la figura del ama de casa, a quien va dirigido el mensaje y reafirma una de las funciones socialmente impuestas sobre los “cuerpos biopolíticamente asignados a la dictadura del sexo *mujer*” (Queen Ludd, 2014, p.42), el uso del popper en el sauna, como herramienta tecnológica, habilita incluso las ficciones de lo masculino y lo femenino, cuando insiste en esa coherencia entre género y deseo, adjudicando a las sustancias como herramientas tecnológicas que de alguna manera deben articularse.

Fernando menciona que el poppers es más ligado a aquellos varones que gustan del rol pasivo, dadas sus capacidades dirigidas a la relajación anal, o bien, el activo reafirma su potencialidad y expansión de placer con esta herramienta. Una diferenciación que parece confusa y contradictoria, pero que permite ver que la

misma sustancia se significa diferenciada a partir de una lógica heterosexual y binaria, que insiste en encontrar una coherencia entre el género y el deseo. Insiste, en marcar las diferencias entre la experiencia del pasivo y del activo. Lógicas heterosexuales y binarias que establecen marcos de acción mediante los cuales los sujetos buscan orientar la ejecución de sus encuentros sexuales, eróticos y afectivos.

Como herramientas tecnológicas, ayudan y colaboran en la insistencia de esa coherencia binaria. Por tanto, lo que esta articulación devela, es que lo que pareciera interesar al dispositivo de la sexualidad cuando ejerce su regulación en el sauna, es establecer a la heterosexualidad no como una orientación o deseo, sino como un régimen político, que establece jerarquías y asimetrías inmersas en relaciones de poder. Una rejilla de inteligibilidad donde se exige una coherencia entre el deseo, los cuerpos y la expresión del género.

En el sauna, es común escuchar a los asistentes referirse a los otros bajo términos femeninos y con cierta denigración. La gorda, la bonita, la fea, la nalgona, la pasiva. Pasiva y entrona se usa como burla en los pasillos de El Hedón, cuando se refiere a uno de los asistentes que aguanta y resiste múltiples penetraciones. Fernando dice: “es el pasivo quien las porta”, refiriéndose al popper. Porque lo entiende como tecnología para facilitarles la vida sexual de un individuo que insistentemente se le significa como sujetado a determinados placeres, a esas pasivas y entronas. El popper entonces, facilita la vida de la aguantadora, así como el suavizante de telas que elimina el planchado, promete aliviar las pesadas cadenas de las labores del hogar, naturalmente asignadas a la mujer. ¿No es acaso esa la función de las herramientas tecnológicas?

#### **2.4.2.1.- Táctica**

Si bien en 1977, Foucault hablaba del *dispositivo* de la sexualidad como aquello que habilitaba el control y uso de los cuerpos y placeres en occidente, para 1979, el autor se refiere más en términos de técnicas y tecnologías, para pensar a esos mecanismos que ponen en juego un conjunto de saberes sobre algo (Castro, 2017). Mecanismos o procedimientos por medio de los cuales, una serie de relaciones de

poder se van a articular mediante la producción de regímenes específicos de *verdades* que van a conformar un cúmulo de conocimientos que se reiteran mediante su uso y aplicación. Verdades que incluyen esas formas correctas para la erotización de los cuerpos, esa producción del dispositivo de la sexualidad en cuanto cuerpos deseantes. Producción de deseos y placeres, establecidos como verdades, formas en las que los cuerpos se manejen y se manejan estableciendo las normas de lo erótico. Un conjunto de saberes referentes a cómo se usa el cuerpo para erotizar, qué acciones tendrían la capacidad de producir placer, cuáles no, y dentro de esas que no lo logran, qué tipo de afectos harían circular entonces. Establecimiento de estándares para los placeres en occidente.

Fernando en su narrativa, nos deja ver un conocimiento, una producción de saberes y verdades sobre el uso del cuerpo ante la ingesta del poppers. Cada segundo parece importante, cada detalle se hace básico al estar alerta de las reacciones del cuerpo, la dilatación del ano, la sensación de calor, el mareo, una constante vigilancia corporal que desglosa y habilita un conjunto de verdades y usos del cuerpo. El sujeto molecular de Rose sabe controlar su *farmacotecnocuerpo*.

En la era farmacopornográfica, el sujeto debe conocer las partes del cuerpo otrx<sup>65</sup>. incluso, podría pensar que observa al otrx a partir de las partes corpóreas. Sigilo fragmentado, molar y molecular como maneras de acercamiento. Porque todos estos mecanismos denotan una tecnología, en la cual hay un saber tocar, dónde tocar, cómo tocar. Una serie de saberes para erotizar al cuerpo y con el cuerpo. En el sexo, se relatan estos conocimientos para ejecutar prácticas y usos corporales orientados por normatividades y saberes prácticos que fueron materializados a través de una serie de discursos históricos y normativos, que van dictaminando el tipo de movimientos y acciones que serán consideradas como adecuadas para el ejercicio placentero y erótico. Saberes y usos que a la vez, reafirman y reiteran. Que estos marcos delimitan y dictaminan entonces, lo que se significa como correcto o incorrecto, formas heterosexuales adecuadas de tocar y sentir placer para distinguirlas de las que no lo son, dictadas por el dispositivo de la

---

<sup>65</sup> Como señale anteriormente, utilizo la X como referencia al lenguaje inclusivo. Preciado no hace distinción genérica cuando explica las formas en que se significa el cuerpo en su era farmacopornográfica. Aunque el texto presente se enfoca en las relaciones entre varones, no quise reducirlo a ello en esta explicación.

sexualidad. Y aunque Canseco (2018) nos recuerda que estas formas aparentemente correctas, al estar ubicadas dentro de marcos de inteligibilidad, conllevan una distribución política y una lógica que las legitima, las tecnologías permiten significarlas y consolidarlas como verdades.

Por eso, cuando el popper es pensado y usado como tecnología dentro del sauna, como una farmacotecnología, las relaciones de poder re territorializan los cuerpos, los químicos y los placeres. La sustancia, como farmacotecnología, se significa desde la lógica de ayudar a mejorar el sexo, como el suavizante y la caminadora eléctrica. Porque también se significa a la sexualidad como un instinto animal que se libera con la sustancia. Sostiene y reitera la ficción del sexo como una fuerza innata y natural atrapada por cánones sociales, un cavernícola encadenado que busca la forma de liberar y llegar al máximo de los placeres. Pero esta verdad sostenida por la farmacotecnología, existe en una preocupación contante: que tal vez, en un momento determinado, será difícil volver a contener a aquella fuerza sexual instintiva, porque ha encontrado en el popper, la llave para su liberación.

Ahora bien, en la tecnología Foucaultiana están presentes dos elementos constitutivos. La primera es la *táctica* entendida como *los medios para llevar a cabo algo*. Dentro de estos, se enmarcan esos conocimientos y saberes, las formas de entender y significar la sexualidad, el cuerpo y los placeres, el conjunto de saber/poder. Las formas de maniobrar la relación del cuerpo y la sustancia en el sauna. Se debe conocer las maneras en que se dinamiza el *farmacotecnocuerpo*. Por eso Fernando ubica, de manera exacta, la dilatación de sus esfínteres y los mareos después del jalón número 21. Esa es la táctica, son los medios para llevar a cabo algo, las formas de aplicar la herramienta tecnologizada del poppers para conseguir determinados fines.

¿Cómo funciona entonces, la sustancia siendo una tecnología significada como ayuda para el sexo? Fernando reconoce que su acompañante, no le es del todo grato. Que la verga y las nalgas pequeñas le estimulan, pero que hay partes de ese cuerpo que no le son atractivas. Pareciera entonces que debe cumplir con

una misión. Porque en la era farmacopornográfica, el cuerpo es sexual y deseable, ficción política que dictamina lo erótico, pero con una distribución diferenciada políticamente, violenta y discriminatoria, que transforma a los cuerpos en desechables, no dignos (Canseco 2018). Si Agamben (2016), habla de la vida desnuda, Preciado (2008) le suma la idea de *vida farmacopornográfica*: la vida que pierde ciudadanía y estatus legal, se vuelve corpus pornográfico, cuerpo usado sexualmente, numerología del capital eyaculatorio. En el sauna, Fernando ocupa el cuerpo otro en la acumulación de conquistas diarias. Pero enfatiza la verga y las nalgas duras como puntos de atracción, como tesoros en un mapa de piel. Quizás no se relaciona con el sujeto, sino con el cuerpo segmentado, con esa parte del territorio que se oculta tras el velo del pareo y que se descubre como tierra en reclamo. La vinculación no se realiza con el sujeto en sí, sino con las partes que lo atraen. Fragmentos corporales que ubican otras formas de vinculación con el placer y con el otro.

¿Qué papel juega entonces el popper como herramienta tecnológica? ¿Cuál es su táctica en este caso? ¿Quizás una que permite cumplir con el sexo aun sin la existencia de un esquema de erotización que incluya el cortejo o el jugueteo previo? ¿Acaso se significa que la sustancia tiene la capacidad de agregar el elemento erotizante y alcanzar la eyaculación *farmacotecnicamente*? Porque la eyaculación se vuelve un parámetro para el funcionamiento de la herramienta. Es la moneda de cambio en la era del desorden amoroso (Finkielkraut y Bruckne, 1977) No puede considerarse el sexo sin la *expulsión blanquecina de los millones de micro hijos sin nacer (hablando de entender la vida a partir de lo molecular y microscópico y haciendo alusión a las concepciones sobre la vida de las lógicas neoconservadoras y de ultraderecha)* La sumatoria de cuerpos (o fragmentos de éstos) consumidos en el sauna, pareciera cuantificable con la expulsión seminal. Y en esta lógica de acumulación de encuentros, cuantificada con eyaculaciones, el poppers se articula como herramienta tecnologizada, que instala al cuerpo en la ficción biónica del rendimiento, el aguante. Para los sujetos, la ingesta de la sustancia, es significada como un elemento que potencializa la promesa del éxito y el alcance del placer.



Otorga una especificidad a la expulsión seminal, instalada en el marco de su consumo.

Además de la detallada y pericia narrativa de Fernando sobre cómo funciona el poppers en el cuerpo, la táctica explica la forma en que la tecnología debe manejarse en distintos casos, y poner en escena un cúmulo de conocimientos y verdades. Cómo reacciona el cuerpo, cómo usar el cuerpo. Estar alerta de sus reacciones, pero también saber usarlo instrumentalmente, *morder* el pene con el ano, moverse de forma tal que el otro alcance la eyaculación, como clímax del acto. Usar la sustancia de manera adecuada para superar las trabas. Respetar los segundos para evitar posibles consecuencias. Hacer que la sustancia traiga a la escena el elemento erótico que tal vez el acompañante no aporte. Aunque Fernando lo niegue, su narrativa va dirigida a significar el poppers como algo que mejora el sexo entre varones en el sauna.

#### **2.4.2.2.- Estrategia**

Hace pocos años, Byung Chul Han sentenció: “En realidad, el sujeto de rendimiento, que se cree en libertad, se halla tan encadenado como Prometeo”. La aparente libertad, la capacidad de decisión, descansan para el autor en lógicas de autoexplotación que hacen al sujeto creer que se está realizando, una pérdida lógica del neoliberalismo que culmina en el síndrome del trabajador quemado (2012). El éxito, que exige “la alienación de uno mismo”, el autogobierno Foucaultiano, tiene como triunfo la sobreingesta y el consumo individual. El cuerpo que se materializa en el sauna con la ingesta del popper tecnológico, arrastra las lógicas de un neoliberalismo y lo establece en el campo del rendimiento y la explotación de sus fuerzas sexuales. No se requiere un cuerpo débil y poco aguantador, sino de aquel que se indigeste del sexo.

Es un cuerpo que traslada las lógicas de la productividad a los camastros del sauna: Johanna Hebva (2015) en su “teoría de la mujer enferma” habla sobre el cuerpo enfermo y no productivo en el capitalismo: “La enfermedad, tal como se contempla en el discurso actual, está definida por la máxima capitalista de ser

incapaz de trabajar. Un cuerpo enfermo es un cuerpo que no puede trabajar. Si no puedes funcionar en la sociedad en términos de empleo, dinero, valor y producción, entonces estás enfermo. Tu cuerpo no funciona bien”. Y esas lógicas productivas, parecen obtener en el popper, las herramientas tecnologizadas para la materialización de esta tipología corpórea.

Si la táctica son los medios para alcanzar el fin, en el segundo elemento constitutivo de la tecnología Foucaultiana, la estrategia, se enmarcan dichos fines, el objetivo determinado por el cual se ponen en ejecución determinados saberes sobre el cuerpo (Foucault, 1977) ¿Cuál, entonces, es la estrategia del popper como herramienta tecnológica para el sexo dentro del sauna? ¿Cómo se relaciona con las ideas de explotación capitalista? ¿Cómo se materializan estas lógicas en El Hedon?

En la era farmacopornográfica, de Preciado (2008) no solo se sintetiza y define un nuevo y particular modo de producir y consumir, sino que estas lógicas se encuentran establecidas dentro de una temporalización masturbatoria de la vida: bombardeo de imágenes rápidas y fugaces por medio de dispositivos de auto vigilancia, que habilitan un modo continuo y sin reposo de desear, resistir, consumir, distribuir, evolucionar y auto exigirse (Preciado, 2008)

Cuando se acerca la hora de cerrar en el Hedón, los cuerpos se vuelven locos. Atraviesan los pasillos con paso firme, buscan en el vapor o los cuartos oscuros, y se sosiegan solo cuando ven en algún otro, la posibilidad de compartir con ellos el sexo. Una rápida mamada, una apresurada cogida. La policía heterosexual encarnada en el chico de la limpieza, recorre el sauna limpiando, y su presencia, que avisa el ya cercano cierre del lugar, apresura a los asistentes a terminar la jornada. El éxito se mide ahí. *¿Cuántos te chingaste esta vez?* La presencia y uso del poppers, se instala entonces como herramienta que ayuda al cumplimiento de esa misión. Si bien, se trata de una lógica que parece siempre estar presente en el sauna, es ahí, en esa reiteración, donde el poppers se articula, porque se significa como ese elemento tecnológico, con la capacidad de otorgarle al cuerpo el rendimiento artificial necesario para salir exitoso de la jornada sexual.

En el sauna, en el margen del final de la jornada y articulado con el popper, el sexo se consume paralelo a la rapidez de las imágenes y videos porno. La *fuera orgásmica* es entendida por la lógica neoliberal como la suma de excitación inherente en cada molécula viva, como el nuevo eje de una economía del sexo:

Las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la erección y la excitación. La producción de sustancias neuronales, todo aquel complejo material virtual que pueda ayudar a la producción de estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga. (...) es la nueva era de esta economía dominada por la industria de la píldora, la lógica masturbatoria, y la cadena excitación / frustración (Preciado, 2008, p. 38).

La herramienta tecnológica del popper, que es significada como liberadora, entiende al cuerpo como elemento clave, sea en su forma farmacológica (la molécula disponible que activa el cuerpo del consumidor) en su forma de representación pornográfica (el signo semiótico/ técnico transferible a dato numérico) o en su forma de servicio sexual (entidad viva que se comercializa), materializa entonces al *tecno cuerpo* de Preciado, o el *farmacotecnocuerpo*.

*¿Cuántas vergas sabrosas devoraste? ¿Cuántos culos te chingaste?, ¿te pudiste revolcar con el más sabroso o el más guapo? ¿Aguantaste (aguantar, no disfrutar) la verga de ese wey?* El éxito del sexo entre varones parece medirse bajo lógicas de consumo cuantitativo no reflexionado, solo acumulado. La vinculación parece ejecutarse a través de fragmentos corpóreos, pitos, culos, bocas, rostros. Una loca carrera por el *éxito sexual*, donde el fracaso está relacionado con la nula capacidad de coger, penetrar, aguantarla. En donde parece no importar qué ano sea el que se atravesase, en todo caso ahí estará la tecnología para facilitar las cosas.

Fernando, cuando inicia su narrativa y le pregunto quién era con quien había estado, refiriéndome al chico moreno de rasgos aguileños, me dijo: “es un naquito, sí lo has de ubicar...” En el sauna, el poppers se inmersa en las lógicas del consumo individual del sexo. La vinculación fragmentada con el cuerpo del otro, la cuantificación de eyaculaciones como medida cuantitativa del placer. La estrategia estará dirigida a entender al sexo desde la lógica neoliberal del éxito. Las formas farmacopolíticas de gestión de la vida orgásmica.

El sujeto sexualmente exitoso será entonces aquel que mantenga una acumulación, un consumo devorador y aislado. Una lógica individualizante. El consumo es personal. El cuerpo es significado como una propiedad individual y fragmentada, vinculaciones parciales corpóreas. Porque solo importa conocer las reacciones propias ante la sustancia. El otro debe preocuparse por que la tecnología funcione adecuadamente en su propia corporeidad, por eso es el pasivo quien debe conocerla y portarla, como dos caminadoras eléctricas del gimnasio, cada cuerpo debe saber manejar la misma tecnología pero de formas separadas. Porque la única señal que le preocuparía al activo es que el ano del pasivo siguiera rígido y sin relajarse. La fragmentación del cuerpo del otro como vínculo que interesa. El ano debe estar dilatado, debe aguantar la jornada, como cumplir una tarea, por obligación, no por excitación. Porque esta lógica, justifica la significación del popper como algo que mejora el sexo, que libera al sujeto, que agrega lo erótico a la escena, como si la sexualidad fuera un instinto que hay que liberar, satisfacer y como si lo erótico fuera equitativo, como si el pito y el culo respondieran igual siempre, listos para la acción, para la acumulación de fluido de manera comercializada.

Atravesado entonces por lógicas de consumo neoliberal, tener éxito en El Hedón se traduce en el número de cuerpos sexualmente consumidos, o el rendimiento corpóreo ante las jornadas sexuales. Y esta idea de rendimiento, será glorificada emulando la noción de aguante, de cuerpos pensados para soportar jornadas sexuales extenuantes en pro de lo acumulativo. No es el disfrute, sino el consumo acumulado... ¿puede existir el goce en el consumo cuantitativo? Sí, pero éste no está reflexionado, y genera jerarquías en donde se instalan relaciones de poder. Se trata de una lógica que acapara y devora. La masculinidad encuentra aquí un nicho.

Por eso es el objeto de consumo con mayor reclamo, se coloca en la cima de la distribución erótica de los cuerpos de varón, porque comparte la lógica de una heterosexualidad como dictadura política. El cuerpo de varón, se glorifica sexualmente midiendo su masculinidad en el sexo acumulativo.

El repliegue de la práctica permite ver una serie de razones por las cuales debe ejecutarse en lo privado dentro del sauna. Su significación como una farmacotecnología escandalosa y que puede acarrear problemas de salud, de higiene, como una práctica de riesgo. Por otro lado, el sexo como consumo individualizado, cuantificado y acumulativo. Sostiene y reitera las lógicas de productividad, pero también las de hipersexualización del sujeto homosexual.

#### **2.4.3. Tecnología exitosa: ficciones sostenidas por la práctica del consumo de popper en el sauna**

El suavizante de telas es un éxito más allá de su capacidad para cuidar las prendas que se lavan y dejarlas lisas sin la necesidad del planchado. Más allá de los componentes químicos que le permiten tratar con suavidad las telas, es exitoso porque entre otras cosas, reafirma la ficción del género, al reafirmar, con la distribución del trabajo, el binarismo de género., y reiterar que la ropa limpia en casa es una obligación de la mujer. Esta tecnología funciona, porque sostiene una ficción que es importante de acuerdo a las formas en que el mundo es entendido desde la heteronorma, encaja perfectamente en la compleja relación de poder de un heterocapitalismo. Porque las materializa y reitera. Quizás habría que preguntarse entonces qué ficciones sostiene el consumo del popper en el sauna.

La sexualidad es significada por los sujetos como un instinto, como una necesidad obligada a satisfacer, y puesto que es instinto, no tiene capacidad reflexiva, su comprensión parece más bien mecanizada, poco moldeable. Pareciera que uno de los efectos de ello, es que no es posible imaginarla como generadora de relaciones diversas, porque es vista limitada, reducida a la plena ejecución, por eso la farmacotecnología entra en acción. Y por eso es que encaja perfecta en una

lógica de consumo individual y cuantitativo. La farmacotecnología entra en acción para cumplir los objetivos. Al heterocapitalismo le interesa rejuvenecer el *farmacotecnocuerpo*, que es entendido como una máquina separada de la mente (no como un cyborg) que olvida sus responsabilidades y es necesario implementar mecanismos que se lo recuerden. *Más euforia*, dice Fabián:

Quando estoy teniendo relaciones sexuales y estoy penetrando mucho ya mucho tiempo me canso, sí me llego a cansar, como que una fatiga, por así decirlo, es como *ya me cansé*, entonces los poppers los uso como para agarrar fuerza (Fabián, comunicación personal, 2018).

Significada como instinto, como pulsión, la sexualidad resguarda entonces al pequeño devorador que intenta liberarse a cada segundo, y que encuentra en el popper la oportunidad latente. La tecnología le permite al sujeto comprender su acción desde la inconciencia. Si la tecnología desinhibe, entonces las acciones cometidas bajo su influjo pertenecen al imperio de los instintos, de los deseos ocultos y primitivos. Caleb, el ex policía, dice que se entregó de lleno, no midió peligros, incluso le costó percatarse que estaba siendo grabado mientras era penetrado. Dice no recordar nada. Fabián, el chico orgulloso de sus enormes genitales, señala que es con los poppers que abusó del otro, que no pudo controlar el deseo que se vino encima como avalancha. Aunque el otro le decía que parara, algo dentro de él, el instinto despertado por el poppers, se lo prohibía.

José Luis, el psicólogo empleado de cadenas de supermercados, siente retornar los ímpetus de su soltería, se olvida de Oscar, su compañero, quien sabe de sus visitas al sauna pero la obesidad de su cuerpo le hace pensar que su compañero debe buscar cuerpos más hermosos para satisfacer esa necesidad sexual. José Luis encuentra en la ingesta de popper el escape de culpa alguna. Se aísla el disfrute, le permite dice, *liberarse* de los cánones de la fidelidad.

La práctica del consumo de poppers en el sauna, parece sostener entonces la ficción de la sexualidad animal reprimida en los sujetos, justifica que a los varones en El Hedon, solo les interesa el sexo como forma de relacionarse con el otro, o con un fragmento del cuerpo del otro. Un sexo que cumple con normatividades y que tiene como clímax y unidad de contabilidad a la penetración y la eyaculación. Porque como comenta Pancho: “al final somos hombres y somos infieles y calientes como por naturaleza”. (Pancho, comunicación personal, 2018) Y como sexo instintivo, naturalizado, sostiene y reitera la coherencia binaria del cuerpo, género y deseo, afianzando los roles pasivo y activo, porque los entiende desde las capacidades de rendimiento, el pasivo *entrón* que aguanta una verga descomunal o demasiadas penetraciones y el activo cojelón que puede penetrar muchos anos en una sola visita al sauna. Ambos significando al popper como tecnología que mejora el sexo nato.

No se significa al cuerpo como un híbrido entre organismo y sustancia tecnologizada. Más bien, la sustancia se enuncia como potencializadora del sexo. Dado que se entiende a la sexualidad como un instinto reprimido, el fármaco tecno cuerpo solo responde a través de la sustancia. Como el sexo es individual, jamás reflexivo y contemplativo, no hay la facultad de ser puta, barebakera<sup>66</sup> o fistera si no es a partir de justificarse por la intoxicación del químico, el chemsex que vuelve al cuerpo una maquinaria tecnologizada, alejándolo de la conciencia, significación que sostiene la dicotomía cuerpo/ mente, cuantitativo / cualitativo, sexo/ amor, éxito/ fracaso, instinto /cultura, naturaleza/ sociedad. Ficciones que encajan perfecto en una lógica del éxito sexual no reflexivo pero sí comercializado y regulador.

En el discurso, en la narrativa, el popper se es significado por los sujetos como tecnología que mejora el sexo. Se presenta cuando el otro no es lo suficientemente erótico, ayuda a la vinculación con el cuerpo fragmentado, a relacionarse solo con la genitalidad. Parece suspender aquello que del cuerpo otro molesta, y poder cogerse al *naquito*. Es articulado directamente a cierto tipo de placeres, cuantificados e individualizados, a las sensaciones, las cuales se amplifican de los

---

<sup>66</sup> Adjetivo relacionado con la práctica bareback, consistente en la penetración anal sin el uso de preservativo. El otro adjetivo se deriva del fisting.

genitales a todo el cuerpo, la sensibilización del glande y del ano se dicen extenderse al resto de la piel, como ondas de sonido.

Pero además, otra ficción flota en el aire, materializada a partir de la red de elementos del sauna. Aún tecnologizada, aún vigilados sus efectos segundo a segundo; aunado a la ficción del sexo instintivo e incontrolable, a la práctica se le adhiere el miedo, el temor de encarnar un cuerpo enfermo. Como consecuencia de no poder controlar al cavernícola sexual, se teme que el cuerpo se enferme y esparza enfermedades, porque no puede controlarse, ni medirse ni gobernarse. El temor en la liberación no radica solo en la incapacidad de regresar de un supuesto estado instintivo sexual, sino de que, en la inconciencia maquinaria, se adquieran infecciones. Ese fantasma miasmático que deambula en el sauna, se mete en el privado, en las significaciones de la farmacotecnología.

Dos ficciones entonces son sostenidas por la forma en que la práctica del consumo de poppers se revela como un tecnología dentro del sauna. Dos verdades son fabricadas, que reiteran lógicas y marcos de inteligibilidad. Por un lado, el sexo instintivo, cuantificado, incontrolado, denota una figura del homosexual insaciable, incontrolable. Aunado a éste, casi agarrados de la mano, el miedo, el riesgo, la probabilidad de enfermarse en el uso de la sustancia por que la inconciencia no permite medir ni prevenir. Un devenir del sujeto instalado en el miedo a las posibles y negativas consecuencias por el uso de la sustancia.

Se materializan el farmacotecnocuerpo dentro del sauna, desde la habilitación de saberes sobre el uso del popper y las reacciones del cuerpo para el sexo cuantitativo, individualizado. No es significado como el cyborg de Haraway (2004) que pondría en cuestión el mismo concepto de humano (quizás ahí pueda encontrarse una probabilidad de fuga). Más bien, se entiende como el cuerpo que se complementa con la tecnología líquida para lograr sus resultados. Los deseos se instalan en lo acumulativo y los placeres se vinculan con fragmentos corpóreos. Las normatividades del sauna hacen inteligible las prácticas significadas como correctas y aquellas que no los son y que serán guiadas a llevarse a cabo en el ámbito de lo oculto. El consumo del popper en El Hedon, se despliega bajo sus tácticas y sus estrategias.



La vergüenza y el miedo circulan. El riesgo, los placeres, elementos que se ponen en juego en el sexo entre varones dentro del sauna, habilita la materialización de los procesos de subjetivación instalados en estos afectos, subjetividades temerosas del uso de la sustancia en el sexo, de los estados de inconciencia que derivaban en la posibilidad del daño, en la adquisición pre anunciada de una infección de transmisión sexual.

# Capítulo tres

Put a y poppera

Para el desarrollo de este tercer capítulo, pienso constantemente en una pregunta harto divertida por su sinceridad: *¿Cómo ser puta y no enfermarse?* Este cuestionamiento me permite empezar a reflexionar sobre las subjetividades, al intentar responderla, porque es imposible hacerlo de manera inmediata. Porque exige primero reflexionar sobre los elementos que la ponen y que entran en juego al formularla. *¿Cómo ser puta y no enfermarse?* lo deja a uno sin palabras inmediatas, mudo, ni palabras ni ideas siquiera para responder. Más bien, otras preguntas surgen ante el cuestionamiento. *¿Soy una puta?*, o *¿soy tan puta como para poder responder?*, *¿por qué me lo cuestiono en femenino?*, *¿sería lo mismo si preguntara cómo ser puto...?*. *¿Ser puta y no enfermarse es como preguntar ser soldado y no morir en el campo de batalla?*, *¿ser cocinera y no quemarse con el aceite?*, *¿la enfermedad es algo vinculado al ser puta?*...

En el capítulo dos, se reflexiona sobre cómo en el sauna, el dispositivo de la sexualidad regula el sexo entre varones, donde normativas propias de la heterosexualidad como régimen político, orientan a los sujetos en sus prácticas, agrado tal, que opto por el concepto de dispositivo como modelo explicativo, para dar cuenta de esa compleja red de relaciones entre elementos.

Y se hace necesario también, pensar al sitio desde la contradicción, lo permite leer al popper como una herramienta tecnológica que da cuenta, por un lado, sobre aquella articulación que tiene con el sexo entre varones y la idea de éxito en el sauna, y aquellas creencias por las que los mismos sujetos la significan más allá de sus capacidades bioquímicas.

Estas reflexiones derivan en entender a la práctica desde su dimensión cultural, que a su vez, permite reflexionar sobre la capacidad productiva en cuanto al denominado *farmacotecnocuerpo*, que se acopla a las tácticas y estrategias que dan cuenta de cómo el consumo está inmerso en relaciones de poder.

Por ello la producción de cuerpos y los procesos de apropiación y reapreciación del uso y consumo de la sustancia, aperturan la discusión a la materialización de figuras de subjetividad, complejas y dinámicas: ser enunciado y saberse una *puta*.

*Cómo ser puta y no enfermarse* tal vez no tenga una respuesta. Tal vez no se espera una respuesta como la que se piensa, como un catálogo de buenos consejos, homologados, un ejercicio del cómo ser algo y no morir en el intento un protocolo de buenas intenciones. *Cómo ser puta y no enfermarse* en realidad remonta a otros tipos de cuestionamientos que no derivan en las respuestas concretas y esperadas. Más bien, obliga a repensar la pregunta. Orienta y habilita a reflexionar dentro del sauna sobre el ejercicio sexual, el uso del popper como una tecnología, un proceso de reapropiación de la herramienta química, desde el dispositivo como modelo explicativo y la producción de deseos y subjetividades. Por otro lado, *Puta y poppera* son adjetivos que llaman mi atención porque permiten un acercamiento a reflexionar sobre ese sujeto producido a partir del consumo de poppers en el sauna como dispositivo. *Puta y poppera* parece operar la forma en que el farmacotecnocuerpo se instaura en el sexo, y a la vez se produce otro tipo de elementos que parece apelar al disfrute de determinados placeres. *Puta y poppera*, como enunciación, obliga a preguntarse cómo ser o uno o lo otro de la mejor manera posible. *Puta y poppera* obliga a realizar el cuestionamiento con el que se inicia este capítulo: ¿cómo ser puta y no enfermarse?

### 3.1. El Puro Placer:

#### La promesa de contención de los afectos dolorosos.

En *Eroticidades precarias* (2017) Canseco discute bajo la premisa de que en todo espacio normativo se habilita la posibilidad de desplazamiento. Con ello, nos invita a pensar y reflexionar de manera constante, cuáles serían los puntos de fuga, por donde, a través de la reiteración y citación contante de la norma, se materialice un corrimiento de las mismas. Silvestri (2016) afirma que la importancia de conocer cómo se estructura, cómo funcionan las jerarquías y relaciones de poder, es que permiten conocer cómo se daría un corrimiento de ellas mismas.

El poder no controla sus efectos. Intenta producir una serie de elementos, pero produce otros. Ante la materialización de un farmacotecnocuerpo, ubicado en el rendimiento. Ante la activación de una serie de saberes y poderes referente al consumo del poppers como esa herramienta tecnológica del sexo, y el entendimiento del placer desde lo acumulativo e individual y la relación con el otro desde la fragmentación, cabe preguntar cuáles son esas otras producciones que se escapan a las normatividades y que representan inestabilidades a la matriz heterocapitalista.

Si el consumo de poppers puede ser entendido desde el concepto de dispositivo, como un modelo explicativo para dar cuenta de esa red de elemento cuya relacionalidad tiene una capacidad productiva, es ahí entonces donde debe ponerse atención. Porque la sustancia parece también ser generosa. No solo es significada tecnología de rendimiento, o de anulación de elementos no gratos en el cuerpo del otro. En el sexo entre varones, en la práctica del placer dentro del sauna, el poppers parece ayudar a suspender afectos de los sujetos, que circulan incómodos en el acto sexual. *En la sustancia, políticamente articulada, habita la promesa de la contención de aquellos afectos dolorosos enraizados en las historias de vida de los sujetos.*

Julián y Pancho hablan desde la vergüenza. Ese afecto que, aunque ambos lo enuncien así, no nace de ellos, no brota desde lo subjetivo, más bien, como todo afecto, está *pegada* a una serie de objetos, y se reitera al circular económicamente

(Ahmed, 2015). En la vida de Pancho está pegada al cuerpo, que engorda, o que enflaca en demasía, que pierde forma cuando no hace ejercicio. Está pegada también a vulnerarse como activo, desde la significación de su masculinidad. Pegada a entender el cuerpo como proyector de lo masculino, como proyector de lo atractivo, que no avergüenza. Vergüenza que circuló y se adhirió en medio de una serie de relaciones de poder que lo hacían sentir inferior desde el género y la clase. Por eso inició su interacción con otros varones desde el rol activo, porque era menos vergonzoso ser el que *se coge a los putos*.

Por eso, dice, su familia lo aceptaba, por eso y porque ayudó a que superaran la pobreza, porque pudo darle a su madre y sobrinos una vida con más comodidades, cuando pudo ganar dinero tanto en el ejercicio del estilismo como en el trabajo sexual, ambas profesiones alcanzadas cuando su cuerpo se tornó musculoso y los demás le brindaban el apoyo suficiente para que sus ingresos crecieran. Un historial de varones que lo apoyaban económicamente, enunciándose como enamorados de esa encarnación que Pancho hacía al verse *machín, chacal*, mamado, tatuado y por tanto *cojelón*. Pero aun cuando llevaba a la cama esta performatividad, otros viejos devenires se hacían presentes:

Empecé a consumir drogas... eso me quitaba la pena, tanto como para ir al antro o a El Hedón... como que no sentía pena si me veían desnudo, si me vean teniendo sexo... no me daba pena, ahora sí que me volví así como que vale madre, eso me quitó la vergüenza, me dio como que más confianza, te digo, yo era como que muy tímido y pues no, no era de los que aventaban a hacer cosas así a lo wey pero consumiendo drogas pues te vale madre (Pancho, comunicación personal, 2018).

Y si le ayudó en ese entonces, ahora la *farmacotecnología* ayuda a *suspender* la vergüenza que aquellos límites viejos plantearon. El popper le permite

explorar el rol pasivo, y disfrutar de la verga que entra y sale en esa cavidad que históricamente ha sido el lugar corporal de la injuria (Melo, 2015). El popper le permite sentirse ser un cuerpo erotizante pese a ganar peso o perder masa muscular. De alguna manera, ese desplazamiento logrado con la sustancia representa una especie de justicia erotizada.

En el caso de Julián, la vergüenza se pega a la feminidad de sus movimientos corpóreos. Se adhiere al recuerdo de la madre, cuando de pequeño lo regañaba diciéndole que no caminara dando saltos porque “así no caminan los niños, pareces maricón”. Y porque el sujeto se reconoce como sujeto interpelado solo mediante la voz de la autoridad, la vergüenza ha circulado ahí, por años, en una relación de poder que los sujeta pero a la vez los construye. (Butler, 2001)

Pero luego viene el popper como tecnología. Julián narra cómo, en un trío, *gracias* al popper le importó poco la feminidad que pudiera expresar, y mientras era penetrado por turnos, *pudo liberarse*, gemir como mujer, descubrir que si la tratan como una de ellas, su excitación crece, gime, grita de placer, y poco le importa que sus acompañantes se *saquen de pedo* como dice. El poppers, ese calor y turbamiento le libera:

Es como desprenderte de tu moral, de tu conciencia, y simplemente existes tú en ese momento, ósea ni siquiera existe como la otredad, ni siquiera lo pensaba, y simplemente era una excitación, *puro placer* y dije: *se siente tan genial esto* muy rico, los besos, los besos se sensibilizan y la intensidad aumentaba e igual la penetración el placer aumentaba, entonces solamente era como si fuese muy animal y se perdió como la esencia de que dos personas estaban ahí arriba (...) hubo doble cogida, hubo dos veces, y fue como por la influencia del poppers por así decirlo y me fui (Julián, comunicación personal, 2018).

*Al igual que el cuerpo del ama de casa que se libera del planchado, Julián y Pancho significan al popper como tecnología liberadora de relaciones de poder en las que circula la vergüenza. Aun cuando esta forma de entender el consumo, continua significando a la sexualidad como algo básico que habría que cubrir o llenar y la tecnología debe entrar en acción para ayudar, pareciera ofrecer una forma distinta de vivir y experimentar el consumo del popper. Queda de lado el aguantar, resistir, cumplir la meta... otras productividades entran en escena con la sustancia. Cuando Julián consume popper, siente que se escapa *la puta* que lleva dentro, la que duerme mientras no es tocada por un hombre, o es penetrada. Cuando esto sucede, entonces gime, puja, grita, siente que alcanza un *puro placer*, ese que el popper le permite descubrir y al que le teme.*

La narrativa de Julián permite reflexionar el cómo al consumo de la sustancia le es pegado algunos afectos que la vez habilitan la toma de decisiones y la creación de significaciones del chico. Un miedo que está pegado a la sustancia y sus efectos, porque la vergüenza y la culpa se abaten también en el lecho. Y no se trata de afectos que se adhieran a la práctica de manera reciente, sino que se arrastran desde el pasado, en las historias de vida de los sujetos, en su subjetividad. Los sujetos contamos con un capital sexual cargado de historias y experiencias que devienen en subjetividades.

En Julián se rastrea el rechazo del padre cuando se depiló las cejas, la violencia de los compañeros de primaria y secundaria que lo humillaban por ser afeminado, que se mezclaba con lo que él significaba como un cuerpo gordo y moreno y por tanto feo. Me parece interesante ver cómo, la violencia, el rechazo, la constante reprobación de las formas en que el cuerpo se mueve, o intenta lucir, parecen ir materializando una subjetividad que ubica después en la corporeidad, una serie de pesares desde el color de la piel, la complejión y los estándares de belleza. Y es interesante más aun, porque esta articulación con las historias de vida permite ver y reflexionar sobre esas estructuras ideológicas machistas y homofóbicas, que lejos de disminuir ante los avances de derechos de minorías sexuales, en realidad parecieran re construirse de forma constante en contraofensivas, que siguen moldeando a los sujetos desde lo violento.



Para ese Julián adolescente que vivía ataques de homofobia en las aulas, el cuerpo feo, moreno y gordo parecía cerrar un círculo de dolor, mismo que parece orientar al sujeto en la búsqueda de una estrategia, una resolución a esas incomodidades.

En el privado de Julián, se mezcla este pasado y su decisión por imitar la masculinidad que veía en los compañeros de prepa, ante lo cual dejó de ser molestado. Julián afirma que en la observación de los cuerpos de sus compañeros, la manera en que se movían, hablaban, las acciones que ejecutaban, las formas de vestir, encontró una posibilidad para esos molestos días. Empezó a imitarlos, señala, a copiar las maneras de expresión corporal de compañeros, hermanos, vecinos. Y esta idea de “imitación”, de alguna manera significó la existencia de un “yo” que se encontraba escondido bajo la masculinidad actuada. La puta se guardó bajo llave. Por eso el miedo circula durante el consumo de la sustancia, porque teme que el contacto con ese placer, libere a la puta, a la mujer que gime y grita, sin poder contenerse otra vez.

Ese mismo *puro placer* que habilita Julián con los poppers es también enunciado por Caleb, el ex policía de cuerpo rollizo. Ante la ingesta de sustancia, menciona la inconsciencia, la falta de control en el acto, que le permiten aceptar el sexo en grupo, ser penetrado por dos varones sin importarle nada, incluso ser video grabado. Se parece un tanto a la narrativa de Julián, cuando ubica a la pérdida de control y de conciencia como una de las características ante el consumo de la sustancia. ¿Es entonces que aquí no hay un farmacotecnocuerpo, sino uno que es significado desde un actuar por cuenta propia o es esta una característica también del farmacotecnocuerpo: la ficción de actuar sin conciencia tal como lo nombran los sujetos? Si esto es así, Julián y Caleb no estarían pensando en el rendimiento, sino en algo que se parece más al concepto de *entregarse* al placer. Pero de alguna manera se alejan también de la idea de lo cuantitativo y se acercan más a otro manejo del placer.

Uno que parece incluso más atrayente, porque les otorga la sensación de desinhibición, de liberación de aquellos dolores del pasado que aún están

adheridos. Es en esos episodios de inconciencia y entrega, Caleb accede a ese *puro placer*, que le permite zafarse de la incomodidad de un cuerpo rollizo y afeminado, que pesa desde una infancia donde la figura del padre significaba una constante vigilancia sobre los juegos y comportamientos del sujeto, que se mostraba femenino y asiduo a convivir solo con las niñas de su familia y escuela. El resguardo de una abuela ante dichas amenazas de violencia paterna, hicieron que la muerte de la misma y la tristeza que se hizo presente, buscara como refugio una religión donde tenía que repudiar su gusto por los varones.

Se articula también la iniciación temprana en el sexo desde los 7 años, con un compañero de escuela de 9, los conflictos y rechazos del grupo religioso a donde pertenecía y los juegos que se mezclaban entre la violencia y el erotismo y que confundían a Caleb por parte de sus ex compañeros del cuerpo de policía municipal donde laboró.

Por eso escapaba de manera frecuente al sauna en sus días francos, como le llaman en seguridad pública a los descansos. A diferencia de Julián, Caleb no pasó por un proceso tan reflexivo para la imitación de la masculinidad, pero se vio obligado: una vez entrando al cuerpo de policía, su voz tenue y los movimientos delicados fueron objeto de burla. Pero los espacios fueron diferentes. Los juegos eróticos de varones entre el cuerpo policiaco alivianaba la situación. Las constantes y duras jornadas crearon sistemas de camaradería en las que Caleb no se vio obligado a fingir ni ocultar, pero sí *a comportarse*: forzar la voz, ser brusco, usar su cuerpo como defensa y retención en el ataque. Por ello, comparte con Julián el temor de esa puta que lleva dentro, la que controlaba cuando portaba el uniforme.

No se trata aquí, de hacer un despliegue de los procesos de trauma y sufrimiento en la historia de vida de los sujetos. Más bien, es interesante ver cómo en la práctica sexual, como escenario donde se expone el cuerpo y la subjetividad, tecnologías del yo que se arrastran desde la infancia se articulan de alguna manera en este escenario sexual y somático. Y cómo la sustancia, que da acceso a ese *puro placer*, permite el corrimiento de los efectos de aquellas vivencias.

Como práctica cultural, el consumo de popper permite ubicar ciertos elementos que atraviesan la variabilidad. El cuerpo inconsciente de Caleb y de Julián *escapa* a la noción de rendimiento del farmacotecnocuerpo que se observa en Fernando. Esta noción de la inconciencia parece materializarse, con cierta variabilidad en los otros entrevistados. José Luis habla del consumo de poppers, como algo que le permite olvidar momentáneamente su relación de pareja mientras está en el sauna, mientras coge sabiendo que su compañero sentimental está en casa esperándolo. A Pancho le permite olvidarse un tanto del rechazo a su cuerpo y malestares que de alguna manera están ligados a una historia donde aparece una infancia carente de lujos pero rica en violencia y maltratos. A Fabián le significa más como una pérdida de control del respeto al otro, algo que saca de su interior, un ser violento. Y aunque estos últimos no hablan de una pérdida de la razón como Caleb y Julián, sí existe la referencia de inconciencia frente a determinados elementos.

En el concepto del puro placer, se ubica ese desplazamiento de la norma, del dispositivo del consumo de poppers en el sauna, porque se produce un efecto otro, al que se espera. Un placer que no es el cuantitativo y fragmentado, sino más bien otro, que les permite a los sujetos desplazarse de esos afectos que les incomodan y que arrastran en anteriores subjetividades. Una especie de reapropiación de los efectos de la sustancia que van más allá del adormecimiento anal o la expansión del calor por el cuerpo, se trata de uno que les permite suspender incomodidades encarnadas. Es pues, una especie de paradoja, donde la reinteración de la norma abre la posibilidad de la fuga, al materializarse un efecto otro de aquello que se buscaba producir. Porque el poder no controla sus producciones, el puro placer se establece, dentro de esa paradoja, como corrimiento de la norma reiterada y permite a los sujetos un agenciamiento y reapropiación.

Un puro placer que se busca, pese a la subjetividad temerosa de los efectos dañinos de la sustancia. Si para Guattari, el deseo es algo que hecha andar una maquinaria, algo que moviliza al sujeto y a la vez funciona como producción y producto, en esa reiteración de la norma, los sujetos han realizado una reapropiación del placer que oferta y habilita el popper. Porque si la norma necesita

de la reiteración para lograr el efecto de estabilidad en donde la repetición es la garantía del éxito y a la vez la posibilidad del fracaso, la norma cambia en nuestros cuerpos “al citarla” de una forma diferente. La reapropiación del placer producido por la sustancia se fuga de ese que se enfocaba en lo cuantitativo. Una producción de la tecnología que se acerca más al de una herramienta químico – política.

Pero los desplazamientos de la normas, también son ubicados y reorientados por la matriz heterocapitalista. Silvestri (2016) señala que “el efecto más sofisticado del poder, somos nosotros, los sujetos, en el sentido de que una tecnología necesita una plataforma somática para operar, que es el individuo, porque básicamente no se puede liberar del poder como si fuera algo externo a nuestros cuerpos, porque estamos contruidos por él”(s/n). ¿Cómo actúa entonces ante una fuga normativa en torno a la producción de placer, y las posibilidades de materialización de otras subjetividades? la misma autora nos responde: “Lo que hace el capitalismo con esos flujos que son ininteligibles, es tratar de codificarlo, lo cual le permite volverlo a inscribir. Es necesario re codificar de manera constante esos flujos que se chorrean. Primero intenta aniquilar y los que no se pudo, recodifica”(s/n). No solo la sustancia, sino la práctica misma del consumo.

### **3.2. Cómo ser puta y no enfermarse:**

#### **Aniquilar- criminalizar- patologizar**

¿Cómo se significa esa figura de la puta que fue enunciada por Julián, pero que parece estar presente en muchos de los diálogos documentados? ¿Qué representación tienen los entrevistados sobre este concepto y por qué se significa en femenino? ¿Se trata de una de las producciones en el uso de esa herramienta tecnológica? ¿Cuál es su función dentro de las dinámicas del sexo en el sauna?

Si anteriormente se había planteado el concepto de dispositivo como un modelo explicativo para dar cuenta de la red de relaciones en la que se articulan determinados y elementos en el sauna, voy a retomar esta idea para intentar dar

contestación a las interrogantes. Agamben (2011) menciona que los dispositivos siempre involucran un proceso de subjetivación. La producción del sujeto se hace indispensable dentro de un capitalismo donde tales dispositivos se aglutinan y proliferan a grado tal que no permite un instante en la vida de los individuos sin la presencia de aquellos. “Los dispositivos no son un accidente en los cuales el hombre se encontraría por azar, pues estos prolongan sus raíces en los procesos de homogenización” (p.259). En ese sentido, para el autor, existen dos clases de elementos, los seres vivos o sustancias, y los dispositivos. Entre los dos, como tercera clase, están los sujetos: “eso que resulta de la relación cuerpo a cuerpo entre los vivientes y los dispositivos” (Agamben, 2011, p. 258).

Ahora bien, la práctica de consumo de poppers en el sauna, no solo produce cuerpos deseantes dentro de un dispositivo de la sexualidad, tal como Foucault (1977) sino que esos cuerpos son acompañados por procesos de subjetivación. Habrá que recordar, como señala Agamben (2011), que aun cuando la sustancia y los sujetos parecen confundirse, esto no sucede completamente, pues una misma sustancia, podría dar lugar a muchos procesos de subjetivación. No es que Fernando piense siempre el consumo de poppers desde el farmacotecnocuerpo y las lógicas de consumo individual y acumulativo. No es que siempre se relacione con el otro desde la fragmentación corpórea. Porque si hay un desarrollo infinito de dispositivos, entonces habrá un desarrollo infinito de subjetivaciones (Agamben, 2011, p. 258)

Más aun, Preciado (2008) suma a las reflexiones de Foucault (1977) sobre los sujetos producidos como efecto de los lugares de encierro y vigilancia, cuando se pregunta sobre posibles y nuevas subjetividades que se producirían a partir de entender lo fármaco como entidades panópticas que se tragan. Las reflexiones del autor, pone en la mesa a aquellas producciones subjetivas en las prácticas de uso y consumo de sustancias. En *El Hedón*, ¿Cuáles son esas subjetividades que se producen a partir del despliegue regulador del dispositivo de la sexualidad y la articulación del consumo de poppers?

Quizás sea prudente retomar en este punto, lo que Silvestri (2016) menciona como ese proceso por el cual el capitalismo actúa ante aquello que le es ininteligible. Según la autora, todo aquello que no compagina con las lógicas de este sistema, se pretende aniquilar. Sin embargo, de no ser esto posible, sucede una orientación hacia su criminalización, es decir, se busca que se trate de un elemento prohibido y sobre el que se despliegue un sistema punitivo. No obstante, si esto tampoco fuera posible, por diferentes circunstancias, se buscaría entonces su patologización, es decir, entenderlo como algo enfermizo o patológico, pero que de igual manera lo mantuviera bajo una condición de exclusión, rechazo, persecución y evasión.

Si bien es cierto que el consumo de sustancias psicoactivas e ilegales representa jugosas ganancias para el sistema capitalista, los consumidores y sus prácticas siempre han sido contemplados en el capitalismo como un problema social, una población que suele considerarse como no productiva y poco aportadora al progreso, tal como lo entiende la lógica del sistema. Y bajo esta contradicción, el propio concepto de adicción suele *medirse* a partir de aquellas imposibilidades productivas que el consumo de sustancia tendría como efecto, como la pérdida del empleo. ¿No acaso, en el discurso clínico, la adicción se aborda bajo el concepto de enfermedad?

¿Qué sucede con el poppers? Si la sustancia en México se mantiene en un limbo legal, no ha sido posible su criminalización, como sucede en algunos países. Pero, lo que si pueden desplegarse, son una serie de mecanismos para sostener su patologización. Aquí es importante aclarar, lo que anteriormente se ha venido planteando sobre entender a la heterosexualidad como régimen político. En ese sentido, se puede dar cuenta de cómo el propio dispositivo de la sexualidad, donde está inmerso el sauna, desplegaría una serie de mecanismos reguladores para la patologización de determinados aspectos sobre las prácticas sexuales de varones, entre ellos el consumir poppers. El repliegue a lo privado es un ejemplo de ello. Como dispositivo, busca, habilita, orienta a que la práctica sea ejecutada en lo privado. Este repliegue obedece a sustentar lógicas higienistas sobre el riesgo de consumir y lógicas de consumo individual.

Ahora bien, el dispositivo siempre tendrá una serie de mecanismos para la reorientación, intercepción, modelaje, control y aseguramiento de las conductas. Enunciar al otro como *puta y poppera*, funciona como uno de esos mecanismos para contener en lo privado a aquellas prácticas orientadas a estos espacios, injurias que hacen hincapié en uno de esos mecanismos que se habilitan en el consumo de poppers dentro del sauna: el uso de la feminización gramatical que intenta *corregir* al otro, recordándole que si esas prácticas se exponen, será juzgado como puta y poppera. Pero, este mecanismo de contención e injuria, tendría como efecto, la producción de subjetividades que no solo encarnan ese uso de lo privado, sino que son interpelados cuando son llamados como putas y popperas, es decir, esta enunciación busca un cambio en el sujeto, busca que sea interpelado.

Se ha hecho mención, desde ciertos tópicos a lo largo de esta investigación, que en determinados contextos los sujetos son referidos gramaticalmente desde lo femenino. En el sauna, es común escuchar términos como jota, puta, cusca, chusca, barebakera, fistera, dulcera, etcétera, como parte de ese bufe que ya se ha mencionado en el capítulo uno o incluso como algo común para referirse a los otros. De hecho, es frecuente el término *Hedonera* como una referencia a la constante asistencia al sauna. No obstante, el uso del término en femenino tiene una implicación de denigración y sobre exaltación de lo masculino.

Según el diccionario *Larousse* se conoce como efeminización o feminización del lenguaje al proceso de cambiar el morfema de género en las palabras para hacerlas femeninas. Inclusive, en últimos días, la feminización gramatical ha tenido un uso social que busca reflexionar sobre el uso heteronormado de nuestro idioma y suele usarse como modelos de habla que intentan romper con las normas que dictan su usanza, sobre todo por parte de grupos feministas y minorías sexuales.

Pero esto no es algo cómodo para todos. La feminización del lenguaje español parece ser un conflicto para los dedicados a la estructuración de nuestro idioma<sup>67</sup>

---

<sup>67</sup> Eline Coppé (2014) utiliza a García Meseguer, quien se opone a esta feminización y expone una serie de alternativas que la gramática ofrecería en un contexto histórico donde la incursión de la mujer en puestos que anteriormente eran exclusivos para los varones, hace necesaria su reflexión. En los textos citados por la autora, García Meseguer recurre a procedimientos alternativos: por ejemplo, en lugar de utilizar el término *la ministra*, el escritor oferta como posibilidades: "Cuando el sustantivo de género masculino se transforma en una palabra de género implícito, (se utiliza) el procedimiento de "la comunización". Para que el género implícito se haga explícito, o sea que el sexo de la mujer se torne claro, se añade el artículo femenino como se ve ilustrado en el ejemplo: la ministro. Contrariamente a "la comunización", otra posibilidad, "la

sumado a la clara postura negativa de las autoridades de la lengua, el uso de la feminización gramatical no solo puede ser usada como postura crítica, sino también como artefacto de violencia que revela relaciones de poder. Por ejemplo, mediante el análisis del uso de procedimientos de crueldad en contextos armados, Alejandra Cortés (2014) pone de manifiesto cómo la feminización se contempla como una de las formas de sometimiento y crueldad hacia el significado como enemigo:

Se parte entonces de la construcción propia del verdugo en su posición de poder como figura ultramasculinizada, y de la víctima como subyugada, humillada, feminizada. Los cuerpos involucrados son receptáculos, vehículos de transmisión y fuentes de símbolos y representaciones de lo que se está queriendo destruir, de elementos de la cotidianidad que expresan lo que el verdugo está queriendo decir (Cortés, 2014, p.57).

Lo que estas dos polaridades muestran, es cómo un mismo elemento, puede ser apropiado y reapropiado para distintos fines. O bien, como este elemento de feminización del lenguaje, adquiere distintos matices en diferentes contextos, como quién es aquel que lo enuncia, hacia quién va dirigido, o cuál es su intencionalidad. La mención de estos términos, puede ser entendida como apropiación o reapropiación, dependiendo de cómo se contextualice.

La feminización de los cuerpos en el sauna, amedrenta mediante la asignación del género. Para leer algo como humano, es forzoso asignarle un género, porque éste hace inteligible a todo aquello que se tipifica como humano, es parte de esa coherencia que la matriz heterosexual e higienista que exige para su entendimiento.

---

androginización", se caracteriza por el mantenimiento de la desinencia y del artículo masculino (García Meseguer 1996: 51). La mujer que dirige cada uno de los departamentos ministeriales se llamaría entonces el ministro" (Coppé,2014,p.14)



El género es una condición de posibilidad del yo. No es el género como atributo o el género como sustancia, sino como una condición de posibilidad del sujeto.

En el sauna, materializadas en los contextos del bufe, la broma, la injuria y el insulto, la feminización gramatical para referirse al otro, se establece en asimetrías no críticas ni reflexionadas, que constantemente busca jerarquizar a los sujetos. Decirle a alguien en el sitio que es *bien puta*, sostiene y reitera la ficción del cuerpo homosexual hipersexualizado inmerso en esta jerarquía acrítica. Decirle que es dulcera o poppera, coloca al consumo de sustancias desde la denigración, y hace referencia a la patologización. Y el uso de ambas, hartos recuerdan al concepto Foucaultiano de psiquiatrización de los placeres.

Voy a usar algunas frases de Leonor Silvestri (2020) para encuadrarlo mejor: Decir puta y poppera a otro “produce un sistema de castigos, que se basan en el rumor y el señalamiento como estrategia pedagógica de aquellas personas que tienen que corregir su actitud porque se está portando mal” (Silvestri, 2020 s/n).

Decirle puta y poppera a otro, reafirma la idea de que la sexualidad es riesgosa, y que ese riesgo produce un daño y ese daño es responsabilidad individual, porque “reafirma la noción de sujeto individual susceptible de ser juzgado como la manzana podrida que es, y de manera individual resarcir sus actos” (Silvestri, 2020 s/n).

Usar los términos de puta y poppera como un insulto, buscando que los sujetos se escondan para coger y consumir poppers, de alguna manera “define protocolos de comportamiento sin coordinadas situadas y sin complejidades ni especificidades, todo el mundo tiene que comportarse de determinada manera, pueda o no pueda” (Silvestri, 2020, s/n).

Por eso, es mejor que lo puta y lo poppera se explaye en lo privado, lejos de los ojos de la gente. Ya lo decía Julián: “creo que la sexualidad es como para compartirse en un dormitorio, bueno... si quieres estar con dos, con tres o con cuatro, ok...pero que quede entre esas paredes y los que están adentro” (Julián, comunicación personal, 2018). Y aunque el uso de los términos puta y poppera (sobre todo puta) es y suele ser usado también en una charla entre amigos, lo que me interesa dar cuenta es su uso desde el prejuicio y su función como mecanismo

de la regulación sobre las prácticas de sexo entre varones, y al mismo tiempo, encontrar figuras que permitan descolocarse de estas normativas, mediante procesos de apropiación y reapropiación.

El uso de los términos *puta* y *poppera*, como mecanismo del despliegue del dispositivo para patologizar y juzgar a los sujetos, materializa subjetividades *puta* y *poppera* a las que se adhiere la vergüenza y la culpa. Se trata de esa *puta* que a Julián le avergüenza pero que le habilita placer. Esa *puta* y *poppera* que se debe esconder en los privados del sauna.

Sin embargo. ¿Qué efectos tiene en los sujetos esta patologización de ese placer al que acceden mediante la ingesta del popper, que les permite suspender esos afectos que se arrastran a la práctica sexual desde sus historias de vida? Desde hace un tiempo, Pancho empezó a bromear, reconociendo su asistencia a los lugares de encuentro y el consumo de poppers y otras sustancias. En la broma, en su enunciación como hedonera y *poppera*, parece ubicarse una especie de posicionamiento político. Quizás para Pancho, enunciarlo de esta manera le permite continuar con la forma en que su subjetividad como varón homosexual se ha materializado:

A mí me da igual, como dicen, ser activo o ser pasivo. Antes no, tenía más definido ser activo, por las cuestiones sociales, porque si eres activo pues eres hombre, que siendo pasivo. Pero pues en la actualidad me da igual. Inicé siendo nada más activo. Yo creo que empecé a consumir drogas, porque como que empecé a tener gusto por lo otro, por que como que se me quitaba la pena... me daba pena ser pasivo, porque como que eso te hacia menos hombre, no sé porque tenía ese chingado complejo pero lo tenía... ahora no, ahora ya me da igual, no hay ningún pedo con que juegue los dos roles, no tengo bronca con eso (Pancho, comunicación personal, 2018).

Pancho reconoce que hay cierto cinismo en sus palabras, aunque por la forma en que lo dice parece satisfacerle y disfrutar esa ironía, cinismo que le parece gustoso, cómodo y sinvergüenza, placentero, e incluso menciona, le parece liberador. Quizás es ahí donde pueda entenderse. Pareciera que para Pancho, el consumo de poppers le ha permitido entenderse como sujeto homosexual desde diferentes posicionamientos. Hoy en día se refiere a sí mismo, sin tapujos, como *puta y poppera, puta y cristalera, hedonera y cabinera*<sup>68</sup>.

Derrida en “Firma, acontecimiento y contexto” (1971) hace alusión a aquellas palabras que tienen una capacidad performativa. Palabras que pueden y suelen ser usadas en otros contextos, expone la posibilidad de que una palabra fuera citada en otros contextos, en un lugar donde “no debería”, y ese desplazamiento es entendido como una citación subversiva. Cita la palabra con toda su historia pero al ubicarla en otro lugar arrastra consigo esa historicidad y puede, instalarla en lo subversivo.

### 3.2.1.- “Los angelitos no tenemos sexo”

#### **Históricamente puta o la hipersexualización del cuerpo homosexual**

La enunciación *puta* tiene un campo semántico muy particular y distinto. *Put* no es igual que *puto*. Y no es igual desde la boca heterosexual que desde la no heterosexual. *Put* parece tener una carga más peyorativa. El género lo atraviesa y le da otra morfología. *Put* no es igual que *puto*, porque a pesar de denotar una enunciación misógina, *puta* es un adjetivo que se divierte entre los cuerpos hombre y los cuerpos mujer.

“Los angelitos no tenemos sexo”, dice al final de una película de ficheras, *Francis* la estrella travesti del cine mexicano de las décadas de los 70’s y 80’s. *Put* no tiene sexo, *puta* no tiene género, aunque denote el desprecio por lo femenino. *Put* más bien tiene cuerpo, un híper cuerpo, uno hipersexualizado. Porque “la

---

<sup>68</sup> Cristalera hace alusión a su gusto por el consumo de cristal y cabinera por su asistencia a un lugar de encuentro en el formato ciber café, que comúnmente son llamados como *cabinas*.

hipercorporalización no es fruto del azar, sino que responde a determinados principios de sujeción” (Llamas, 1994), movimiento biopolítico en el cual determinadas poblaciones son entendidas solo desde la corporeidad, desde el cuerpo como esencia, proceso que habilita la comprensión de algo subalterno a lo humano, porque no alcanza la categoría. El cuerpo esclavo, el cuerpo mujer el cuerpo homosexual, el cuerpo puta.

Putas es un insulto más grave que puto, aun proveniente de la boca de otro varón homosexual. Pero desde la boca misma, desde mi habla, Puta parece remontarse en un término más desgarrado y cínico, pero aparentemente reivindicador.

Fue Francis, precisamente, una de los referentes del recuerdo, que remite a alguien que se enuncia como *puta* a sí misma, desde un cuerpo travesti, desde una mujer trans, desde un show de cabaret nocturno, desde un marco de cultura televisiva y cinematográfica mexicana que dibujaba al homosexual como un ser hambriento de verga, sediento de semen. Alberto “el caballo” Rojas personificaba a un mesero joto que era ofendido, empujado, rechazado, visto como salación, en la cinta “Muñecas de media noche” (1979) de Rafael Portillo. Roberto “El flaco” Guzmán, que personifica a Moy, el asistente de Andrés García en la cinta “El macho biónico” (1981) de Rodolfo de Anda, largometraje en cuyo final, Moy se modifica incorporando a su corporeidad un carnosos y protuberante trasero biónico con el que será aún más híper sexual, como su naturaleza dicta, mas puta. En ese marco que limitaba al homosexual a un cuerpo sexuado, en sus shows nocturnos, Francis se reivindicaba como puta, reivindicaba un cuerpo otro, desde la diversidad genital, auto refiriéndose como *muñeca con antena*.

Quizás es más fácil enunciarle puta desde el cuerpo varón, que enunciarle puta desde el cuerpo mujer. Con enormes cabelleras, lentejuelas y uñas postizas, remarcaba el bulto de sus genitales, reivindicada su gusto por la verga, desde su enunciación como puta. ¿Por qué enunciarle puta, más que confirmar el estigma, habilita un posicionamiento político? Si bien es cierto que, han pasado más de tres décadas de estos recuerdos, ayudan a entender cómo, los procesos de apropiación

y reapropiación son dinámicos y esa dinamización se establece en los contextos y en las agentividades de los sujetos como respuesta ante determinadas condiciones.

Butler (2001) resalta la capacidad productiva y constitutiva del poder, refiriendo que éste no solo constriñe al sujeto, sino que lo construye. La paradoja del sometimiento radica en que la dominación proviene de lo externo a uno, pero uno se compone a partir de ese poder. Mediante discursos impuestos, el poder se interioriza y acepta. El proceso *devenir puta*, llegar a ser una puta, se encuentra subordinado al poder.

Voces de autoridad que construyen mediante discursos de poder, los marcos de inteligibilidad para entender los cuerpos que no se acoplan a las entendidas como normalidades de los mismos. Voces que se replican en instituciones clásicas de producción de sentido: Iglesia, estado, familia, escuela. (Flem, 2017) por medio de discursos, el poder es impuesto, se interioriza y acepta. Cuando alguien es llamado puta en El Hedón, no solo es la voz del compañero que lo enuncia, sino que está articulada con las voces otras que lo han referido así, en su historia de vida.

El cuerpo homosexual ha sido sujetado históricamente bajo estos discursos de inteligibilidad. El proceso de devenir, de llegar a ser, se observa subordinado al poder (Butler 2001). Proceso observado en el recorrido histórico en el que Llamas (1994) nos lleva, para comprender cómo en el siglo XIX se pasa de la figura del sodomita y el libertino, que tenían capacidad de elección de sus prácticas significadas como anormales, a la figura del homosexual, quien no tiene dicha voluntad de elección, que viene con un destino marcado, cuerpo no heterosexual que se mezclaba con la demás gente y que por lo tanto, debería encontrarse rasgos característicos, rasgos distintivos, lo que deriva en entender el cuerpo como elemento que denota y se relaciona con la persona: si Figari (2006) ubica el proceso de distinción del cuerpo no hetero descansando en morfologías que no son las del varón blanco económicamente poderoso, que contraponía el modelo de ciudadano moderno, Llamas señala que el cuerpo homosexual se identificó más bien desde sus prácticas, las que lo delataban y lo hacían el blanco de la vigilancia.

El movimiento biopolítico de reducir una población a su corporeidad, a un cuerpo homosexual, habilita la significación del nuevo sujeto, uno entendible a partir de sus prácticas y expresiones corporales. Las voces de autoridad, materializadas en discursos que controlan, se enfocan en reducir de manera voraz las posibilidades de existencia autónoma de los varones y mujeres no heterosexuales. Las voces del Estado, Iglesia y sociedad, manifestada en legislaciones y prejuicios populares, soportan esquemas morales, y confirman e impiden casi cualquier interacción de estos cuerpos entre sí, y con el resto de la sociedad. Empieza a generarse una idea de miasma sobre estas corporeidades. O bien porque no cumplen con los modelos de ciudadano necesarios para el estado moderno, o bien porque se considera que sus patologías pudieran ser contagiosas.

La convivencia entre sí, entre esos cuerpos no heteros, permiten su propia comprensión a partir de sus prácticas: el homosexual es tal, porque lo es solo a partir de su ejercicio de práctica corporal que tiene al placer como supuesta y única finalidad (Llamas, 1994). De la misma manera en que era retratado el mesero joto en el cabaret mexicano, que aprovechaba el minino acercamiento a un cuerpo varón para dejarse llevar por sus impulsos. Ahí es donde el cliente del tugurio se daba cuenta de su putería, y lo empujaba para evitar *los siete años de salación*:

Los encuentros entre gais serán fugaces, anónimos y clandestinos porque no será posible articular ningún otro modelo de relación. Batidas, amenazas, registros, detenciones, humillaciones y violencia en diversos grados y por parte tanto de fuerzas del orden legítimo (brigadas especiales de control, actuaciones policiales rutinarias...) como por parte de bandas que actúan desde una explícita o supuesta connivencia con las primeras, establecen el placer como finalidad incierta del encuentro. Si el contacto físico es precario y se ve amenazado, cualquier otra interacción no exclusivamente corporal desaparece casi literalmente. La hostilidad social impide el desarrollo de relaciones estables: la

expresión pública de afectos se convierte en un acto de heroísmo o martirio; la construcción de proyectos de vida en común resulta inconcebible; el cortejo o el romance carecen de canales de expresión, paradigmas o modelos de inspiración, por lo que quedan al margen de las posibles articulaciones de relaciones interpersonales (Llamas, 1994).

Una subjetividad se empieza a materializar. Si el homosexual es entendido, solamente y limitadamente, a partir de sus prácticas sexuales, mediante un proceso biopolítico de hipercorporeidad, y los únicos puntos de convivencia serán los articulados al sexo vigilado, los espacios de encuentro serán entonces un elemento más que reitera al sujeto homosexual como un híper cuerpo, “espacio coreográfico que denota una *identidad – ficción* (...) performance cultural de la sexualidad masculina, esa sexualidad viril que Virginie Depentes entiende como asocial, amenazadora, peligrosa, característica de lo que denomina un deseo bestial de los hombres” (Méndez, 2016, p.104). Creada desde lo hetero, desde las lógicas no diversas, la subjetividad homosexual, se materializa desde la ausencia de su presencia pública, del closet laboral y familiar e incluso desde la negación del sí (Llamas, 1994).

Los espacios de sociabilidad materializaban los encuentros fugaces y perseguidos, limitados a encuentro sexual. Si la subjetivación son las formas y modalidades de la relación consigo mismo por las que el individuo se constituye y se reconoce como sujeto (Foucault, 2009), la subjetividad homosexual se sostenía en la ficción del cuerpo hipersexualizado, porque solo a partir de sus prácticas, del sexo, se daba su identificación como sujeto diverso. “Al final de todo -dice Fernando en su entrevista “somos hombres y somos calientes” (Fernando, comunicación personal, 2018).

### 3.2.2.- La puta y el concepto de enfermedad

La ficción del cuerpo hipersexualizado del sujeto homosexual cabalga entonces por los espacios, los cuerpos, las subjetividades y los deseos. No obstante, el cuerpo que se subjetiviza desde el sexo parece tener opciones de construir algo.

¿Qué tipo de relaciones pueden, a través de la homosexualidad, trabarse, inventarse multiplicarse, delinearse? El problema no radica en descubrir en uno mismo la verdad de su sexo, sino, antes bien, en hacer uno uso de su sexualidad para conseguir en el futuro una multiplicidad de relaciones (...) Lo inquietante de la homosexualidad es el modo de vida homosexual más que el acto sexual mismo. Imaginarse un acto sexual en desacuerdo con la ley o con la naturaleza no perturba a la gente, lo desconcertante es que unas personas comiencen a quererse, eso es lo problemático (...) ser «gay» consiste menos en reconocerse en las trazas psicológicas y en las señas de identidad del homosexual, que en tratar de delinear y desarrollar una forma de vida (Foucault, 1981, s/n).

Por eso la urgencia de minimizar a un cuerpo homosexual, por eso la necesidad de reducir los espacios y los tiempos de convivencia, porque estilos de vida diferentes y por tanto significados como amenazadores, podrían surgir de los encuentros... y lo hicieron. La ciudad de San Francisco, en los Estados Unidos, durante la década de los setentas y principios de los ochentas representa el referente para entender eso que Foucault hablaba en “de la amistad como modo de vida”, una entrevista realizada para la revista *Gai Pied*. Sin embargo, en ese mismo año, se registran los primeros casos de la que en ese momento fue enunciada como una inmunodeficiencia relacionada con los gays, el síndrome de la ira de Dios, y articulada a cuatro poblaciones: haitianos, hemofílicos, heroinómanos y



homosexuales. Ese que para 1982 sería catalogado como Síndrome de inmunodeficiencia adquirida y para 1986 se hacía la distinción del virus de inmunodeficiencia humana (Llamas, 1994, p.160).

La pandemia no solo diezmo a la población homosexual, sino que funcionó como un repliegue de esas posibilidades de construcción de nuevas formas de vida social, e hizo emerger la hipersexualidad desde la culpa y la vergüenza. El VIH/SIDA, más que una epidemia de salud, se trató de una de significaciones. La presencia de la enfermedad y las formas que se fue asimilando en la población, se fue construyendo simbólicamente a través del lenguaje, generó cadenas de sentidos y atribuciones que rebasaban la mera enfermedad (Flem, 2017):

Toda enfermedad expresada en el lenguaje se vuelve construcción discursiva y se despliega como poderoso artefacto cultural, como dispositivo retórico que puede generar realidades sociales adversas. Estas realidades sociales adversas, es decir, las estigmatizaciones y discriminaciones alimentadas por el imaginario que circunda la serología, ha producido que la seropositividad se haya interiorizado como una sentencia de muerte, que en la práctica significa una muerte social (Meruane, 2012, p. 23 y Sontag, 2003, citadas por Flem, 2017).

La construcción de esas realidades adversas, la estigmatización y la discriminación, permitieron contemplar el cuerpo homosexual como articulado irremediablemente a la enfermedad. Ya no se trataba de la lectura psiquiátrica de la anormalidad y la desviación sexual. Ahora era la epidemiología, como rama de la voz de autoridad médica, la que condenaba al homosexual desde su hipersexualización. Todo cuerpo homosexual cargó con el estigma, porque la enfermedad se vive aunque el virus no esté interno en el cuerpo propio (Méndez,

2016) Porque se inmersa en las prácticas corporales del sujeto homosexual al ser ésta su referente de identidad. Porque el fantasma del VIH cabalga en la ficción de la hipersexualidad, ligada al peligro, a las llamadas prácticas de riesgo. Porque el VIH se mantiene significado como la peste, y ésta se asocia a una dimensión justiciera, por eso se le llamó el *síndrome de la ira de Dios*. Como una especie de castigo por sus conductas (Sontag, 2013, citada por Flem, 2017)

La pandemia reconstruye la subjetividad, ahora, una carga moral, un ejercicio que responsabiliza al sujeto, se abre paso y construye un cuerpo nuevo, una amalgama de la corporeidad hipersexualizada con la corporeidad enferma, no desde su anormalidad sino desde su capacidad de contagio. Porque se trata de una de esas enfermedades que deterioran el cuerpo y lo recargan de significados estigmatizantes.

El devenir *sujeto* necesita de una interpelación, una producción discursiva del sujeto social, qué y dónde se le reconozca como puta, que se le señalen prácticas referentes a las putas, que se le someta a lo que hace y construye una puta, sus obligaciones. Como se mencionó anteriormente, ser enunciado puta en el sauna, trae a escena a la voz de la autoridad (la voz de madre, médico, cura, prensa, voz colectiva, voz vigilante y normalizadora) ofrece el reconocimiento, que es aceptado, porque la subordinación es indispensable para el devenir del sujeto: “prefiero existir en la subordinación que no existir” (Butler, 2001).

El devenir *sujeto puta* requiere también de esa interpelación. *Puta* remonta entonces a ese homosexual pasivo, sin rasgos de virilidad, el mesero del cabaret o el asistente con glúteos cibernéticos, *porque le encanta la verga*. *Puta* remonta también a la posibilidad del VIH y otras ITS, porque como *puta*, no puede contenerse y no puede decir que no al sexo, sea en las condiciones que fuese.

Por eso, entre varones que mantienen sexo entre ellos, *Puta* se volvió un insulto que hace referencia a la hipersexualización descontrolada y a la enfermedad. *Puta* se vuelve un insulto de la homofobia internalizada, porque por adyacencia fortalece el modelo de hombre gay deseado, uno apegado a los cánones amorosos y de relaciones de pareja heterosexual, masculinizado, productivo, serio, burgués,

blanco y atractivo. Por eso puta en femenino, porque aun cuando el cuerpo heterosexual de varón puede ser aún más hipersexualizado, no es un estigma que carga, no se le relaciona con la enfermedad.

Putas se vuelve un insulto porque es peor aún que ser puto. En la familia se puede aceptar la nobleza, ternura y feminidad de María, de Guadalupe. Pero no la desobediencia de Eva, ni la rebeldía de Lillibeth<sup>69</sup>. Por eso Pancho jugaba sus cartas desde el rol sexual activo y como proveedor económico del grupo familiar. Porque “no era tan vergonzoso andarse cogiendo putos, que dar las nalgas” aun cuando la madre se diera cuenta al lavar su ropa interior, manchada al frente por el excremento de los otros a quienes penetraba, estaba tranquilo porque significaba que ella sabría que era él quien penetraba. Preocupado, culpable y avergonzado estaría si las prendas tuvieran rastros de semen en la parte posterior. Porque la culpa y la vergüenza se vuelven emociones clave para modular la subjetividad puta. Por eso la abuela de Caleb lo defendía ante la ira del padre cuando lo veía jugar con muñecas junto a sus primas. Por eso la mujer refería a su propio hijo, que lo aceptara tal cual era, antes de que se perdiera en las calles y se enfermara. Por eso cuando Caleb fue diagnosticado como seropositivo, dio gracias al cielo que su abuela ya no vivía, y no pudo ver a su nieto favorito enfermarse.

La subjetividad puta se va construyendo con la voz de la autoridad. La voz de madre que regaña a Julián por ser afeminado, que induce que su hijo, será juzgado como cuerpo enfermo y voraz a la vez. Recuerdo, por ahí de 1995, la voz de Cristina Saralegui, la conductora cubana, que como diosa y jueza dictaminaba en su programa de *talk show* noventero desde Miami, que la preocupación de los padres ante saber a su hijo homosexual, era que está destinado a sufrir.

La puta siempre ha estado ahí como culpa o como vergüenza, como insulto, como reproche. Enunciarse puta se trata de usar al cinismo para romper con la dualidad *puta/ enfermedad*. Tratar de romper con eso que lo significa como algo *malo*, enunciarse desde aquello que no sea moral, ni desde la culpa o la vergüenza

---

<sup>69</sup> Todas ellas figuras alusivas a la religión católica.

o el conservadurismo. Enunciarse puta es tratar de romper con esa vergüenza y culpa por vivir y acceder al placer.

Es tomar el cuerpo hipersexualizado y darle un giro, romper con modelos de masculinización y virilidad del gay perfecto, porque desde ahí se construye a la puta como insulto, llamándolo puta al otro, para degradarlo a lo femenino, a la calentura pecadora y a la enfermedad. Enunciarse Puta es tomar un insulto y hacerlo fortaleza. Una fortaleza que acepta la enfermedad como el posible precio que se paga por acceder al placer. ¿Y qué tendría de malo? ¿No acaso muchos se enferman por amor, se sacrifican en nombre del amor, dan todo en nombre del amor? ¿Qué de malo habría en darlo todo en nombre del placer? En 1981, Foucault enunció: “A mi juicio, debemos no tanto liberar nuestros deseos como convertirnos en individuos infinitamente más capaces de placeres” (s/n).

¿Enunciarse puta, permite a los sujetos, aunque sea momentáneamente, dejar de lado, paradójicamente, la carga de ser puta? Porque contradictoriamente no se busca enfermarse, sino que se busca la manera de ser puta sin adolecer. El triunfo real de la puta, su victoria, sería demostrar que puede serse puta sin enfermarse, porque sucede en lo contrario. Demostrar los dos postulados, romper con la amalgama de significantes del cuerpo miasmático, es el triunfo de la putería.

¿Enunciarse como puta es otra forma de encarar el riesgo? Uno que se ha subjetivado por las pandemia del VIH que continua materializado, pese a los avances biomédicos que han logrado depurar un cuerpo como si nunca hubiese existido el virus, que se categoriza excelso y glorioso como *indetectable*, pero continua ahí, en una pandemia social, y que permite que el riesgo sea latente, perpetuo, permanente sobre la carne.

Por eso el cuestionamiento inicial de este capítulo, *¿Cómo ser puta y no enfermarse?* permite reflexionar sobre cómo el reconocimiento de ser una puta, y la condición aparentemente ineludible de enfermarse, suelen ligarse automáticamente. Porque en la interpelación, la voz de la autoridad, generalmente designa a la puta desde su supuesta e inevitable capacidad de enfermarse. En el cortometraje “*no existen diferencias*” de Ariel Gordon (1999), una tragicomedia

sobre VIH-SIDA, el personaje de María de la Luz Zendejas sentencia a los otros dos jóvenes protagonistas:

Leí una nota, sobre el aumento de jóvenes que mueren por SIDA, ¿en qué mundo vivimos?, pero todo eso se debe a la falta de valores que tienen los jóvenes, los padres ya no les dan una buena educación moral y tampoco religiosa, los chicos están llenos de vicios, fuman, toman, consumen drogas, han perdido todos sus principios... ¿cómo no se van a enfermar?...que bueno que ustedes están a salvo de eso.

La lectura moral de las prácticas y su articulación con la enfermedad, constituyen el discurso que construye y materializa subjetividades. Si cuando se es puta, la enfermedad aparece como compañera, preguntarse el cómo ser puta y no enfermarse remite a la serie de cuidados y prácticas preventivas (o profilácticas) que tendrían que llevarse a cabo. Pero así como se hace necesario reflexionar a la puta, indispensable también se hace preguntarse ¿de qué se debe cuidar una puta?

### **3.2.3.-Culpa, vergüenza y miedo**

Desde hace mucho tiempo, el toparme casi por coincidencia con un cuerpo de varón mucho más ejercitado que el mío, más que un motivo de excitación, daba pie a otra serie de afectos que podía significar como desagradables. El reproche, la culpa, la vergüenza, se enmarcaban de manera irremediable al comparar los resultados de las horas de gimnasio y dieta del cuerpo frente a mí, y la idea de irresponsabilidad, de no dar suficiente esfuerzo, de no tener la suficiente disciplina y fuerza de voluntad de mi parte, que derivaban en la mediocre forma de mi corporeidad. Afectos que impedían que la visión de aquellas formas torneadas no fuera placenteras, sino que se instalaran en otra parte. En su entrevista, Julián llegó a comentar:

Durante toda mi infancia, en mi adolescencia y parte de la juventud fui como muy afeminado, muchísimo. Desde los 5 años, sé que soy homosexual entonces he sido muy afeminado. Mi mamá sobre todo me atacó mucho por ser afeminado, verbalmente y físicamente me castigaba, me pegaba en la cabeza, cuando veía que doblaba la mano así, o que caminaba afeminado o que caminaba y empezaba a saltar, me llevaba de la mano y yo empezaba a saltar, como dando brinquitos. Entonces mi mamá decía: cálmate mocoso, te ves como puto. Entonces esa parte a mí me causó mucho conflicto. Hubo una ocasión que, como tengo las cejas medio gruesas. A los 15 años, me quise depilar con un rastrillo la parte de en medio y fue la cagotiza<sup>70</sup> peor que me ha dado. Me dijo que solamente eso lo hacían los putos y que si lo hacía me iban ver como puto, entonces que por favor que no lo volviera a hacer jamás en la vida, entonces, pues deje simplemente de hacerlo y por lo mismo, yo creo que desde los 5 hasta los 10 años fue cuando fui muy delgado, de los 10 a los 16 fui gordo, a talla 38, entonces, afeminado y gordo y luego me decían que era feo, entonces era como un horror, imagínate cargar con esas tres etiquetas, era horrible, (...) sigo lidiando con esa etiqueta que me decían en la escuela que parecía maricón, que parecía niña, desde la primaria, el simple hecho de rechazarme por ser afeminado, no poder jugar fútbol, que mi papá era futbolista, mi hermano era futbolista y yo no lo fuera, entonces no cumplía con la expectativas y era muy feo, pinche puto, pinche bato puto, pareces maricón, habla bien, y en la secundaria si fue un hostigamiento más feo, me quitaban el dinero los compañeros,

---

<sup>70</sup> Se trata de un término popular para regaño o reproche.

me pegaban, me abrían las piernas, me bailaban, me tocaban, me nalgueaban, hubo una en que cinco chamacos me agarraron de piernas y brazos y me abrieron las pierna y me hacían así como que me penetraban y me decían, pinche putito es lo que te gusta, y tenían como 14 años, y era muy molesto que me estuvieran molestando. En prepa, primero y segundo, todavía era muy afeminado, y me empecé a dar cuenta que ser así me causaba muchos conflictos, no conmigo, sino con el mundo, con los que me rodeaban, entonces decidí empezar a copiar modelos de masculinidad, viendo posturas de chavos, viendo comportamientos, formas de vestir, entonces fue como querer copiar un poco los estilos y los comportamientos, entonces hasta ahorita yo me siento imitador de la masculinidad, me atrae tanto alguien que en esencia es masculino, porque siento que el trae algo que nunca he tenido, estoy como alienado como si fuese algo ajeno y extraño a mí, entonces eso que está totalmente lejos de mí, que parece tan extraño eso que yo he imitado, es lo que trato que se vea en mí (Julián, comunicación personal, 2018).

El estudio de las emociones y los afectos han sido de relevancia para las ciencias sociales, derivado de lo que se conoce como *el giro afectivo*, una de las aportaciones de las teorías feministas, en donde se empieza a otorgar seria importancia a estos elementos como parte del análisis filosófico y social y la propia constitución del sujeto.

En las dos narrativas anteriores, dos afectos particularmente parecen sobresalir entre las experiencias. ¿Por qué sentir vergüenza ante la exposición de una corporeidad considerada estéticamente mejor que yo?, ¿porque la culpa aparece como un reproche, tras la significación del poco compromiso y disciplina que no permiten los resultados deseados? ¿Por qué Julián modula su feminidad a

partir de sentir esa vergüenza ante la madre y los compañeros que lo agreden y porque esa vergüenza se observa también en constantes momentos de su historia?

Culpa y vergüenza son emociones que se logran identificar rápidamente, aunque seguro es que un ramillete de otros afectos se adjunta a ellas. Pero quiero resaltar estas dos, porque parece que le dan nombre a la frustración y el reproche, por carecer de una aparente fortaleza que debería existir para lograr un cuerpo musculoso y tonificado. Culpa y vergüenza también saltan y permiten justificar, de alguna manera, las agresiones de las que fue víctima Julián, porque pareciera que ubican la responsabilidad de tales actos en su persona por seguir siendo afeminado, que culmina cuando empieza ( y se da cuenta) que, lo que el interpreta como imitar la masculinidad del otro, le permite terminar con tales agresiones. En ambos casos, Inmediatamente la *psicopatologización* salta para explicar de estas emociones. ¿Sería entonces patológico que yo sienta culpa, vergüenza y frustración al contemplar un cuerpo que debería erotizarme? ¿Sería patológico que Julián imite y no trate de ser él mismo?

Dentro del análisis criminológico de los perfiles y personalidad, suele ser muy atrayente para los estudiosos de estas áreas, el catalogado como *perfil del sujeto psicópata*, siendo una de sus características fundamentales, la ausencia total de emociones en su persona: la denominada labilidad afectiva, característica que le permiten cometer una serie de delitos sin tener el mínimo remordimiento, culpa, arrepentimiento, o empatía con la víctima. No es menester debatir sobre estas concepciones psico criminológicas, pero si coincide en algo estas nociones con las narrativas presentadas, es que la explicación que suele otorgarse como causa, subraya a los afectos como predecesores del sujeto, como algo que está ahí, que se instalan en el interior y que emerge cuando factores externos, como el cuerpo divinamente moldeado del otro, se interponen. La vergüenza y la culpa, por solo tomar a las dos emociones que me interesa para los fines de este apartado, aparecen como cosas emergentes, que brotan como flores, ante los estímulos externos.



Foucault (1977) pensaba en estos dos afectos, al contemplarlos como herramientas en el dispositivo de la sexualidad, elementos que descansaban en la confesión como mecanismos de control. Culpa y vergüenza se convirtieron en afectos que habilitaban en el sujeto el autocontrol y la auto vigilancia, como partes sofisticadas del gobierno de sí. Culpa y vergüenza son entendidos por el filósofo francés como indispensable para la conformación de subjetividades en la era moderna del biopoder, donde la sexualidad se convierte en el canal para la construcción de la verdad del sujeto, y por tanto la capacidad de control del mismo, mediante el despliegue del poder sobre su corporeidad vigilada y regulada.

Sin embargo, aunque se destaca la importancia de estos dos afectos en la construcción de la subjetividad Foucaultiana, la presencia de ambas emociones parece explicarse como algo que se interioriza en el sujeto, instalado como mecanismo de emergencia que se activa para recordarle en todo momento su posición y el camino que debe seguir, el espacio que debe ocupar. No obstante, el papel social de las emociones y afectos ha sido discutido desde diferentes posicionamientos, aunque partiendo de los postulados Foucaultianos.

En “Política cultural de las emociones”, Sara Ahmed (2004), critica los modelos teóricos que colocan a los afectos dentro del sujeto, los cuales suponen que se trata de algo de orden meramente psicológico o biológico. Remarca además, como muchas de las expresiones cotidianas que usamos, están enmarcadas en estos modelos de pensamiento: “la culpa y la vergüenza surgen dentro de mi interior...”. Pero la autora tampoco se inclina por aquellos modelos *fuera/ adentro*, que de alguna manera intentan superar a los anteriores pero que continúan repitiendo ciertas pautas. Estos últimos permiten pensar en la sociabilidad de las emociones, como muchos otros autores han avanzado ya en el análisis de los afectos, pero de acuerdo a Ahmed, estas teorías fallan en que siguen interpretando que los grupos *tienen* emociones, las cuales son contagiadas a un individuo que pertenece al grupo. En todo caso, se mantiene latente la idea de que los afectos son propiedad de alguien. Más bien, la propuesta de la autora es considerar que las emociones en realidad, se encuentran en constante circulación, una de tipo

económica, es decir, que al circular constante y reiteradamente, su valor, su credibilidad se incrementa.

Para Ahmed, las emociones son formas de acción que se reiteran en el tiempo, no se trata de estados mentales, sino de prácticas sociales que tienen la habilidad de trazar fronteras, moldear cuerpos, pero principalmente, se trata prácticas que orientan y tienen una intencionalidad. Cuando se refiere a la orientación, la autora piensa más bien en que los afectos funcionan como guías de orientación que nos alejan de ciertos objetos y nos vincula a otros, pues cuando actúan, en realidad provocan un rechazo o un acercamiento, es decir, crean una orientación.

Pero, ¿en dónde, según la autora se ubican entonces estos afectos? Como mercancía que circula, y ante esta reiteración se incrementa su valor o veracidad, los afectos están *pegados a los objetos*, no emergen de un interior, ni se contagian de un grupo. Determinado objeto que se mantiene en circulación, habilita una serie de significados que a su vez sostiene y es sostenida por afectos y emociones.

¿Por qué entonces, cuando yo observo un cuerpo bien torneado, culpa y vergüenza están presentes? Porque la culpa y la vergüenza son prácticas sociales que me orientan al objeto de determinada manera, obedeciendo a ciertas lógicas y normatividades, y procesos de subjetividad que me hacen acordarme que ese cuerpo excitante, es también un objeto que me recuerda una normatividad que exige la competencia. Puesto que no se trata de un solo afecto pegado a un solo objeto, sino de varios que actúan orientando al sujeto, recordándole determinadas normatividades las cuales materializaron una subjetividad. Porque, como señala la autora, las emociones son en realidad una práctica cultural, una práctica normada, luego entonces, una práctica politizada. No es que una patología interna me haga sufrir cuando veo un cuerpo estilizado, porque la eroticidad está presente, pero no es el único afecto, porque estos no imponen, sino que orientan, y de esta manera, la frustración y la vergüenza funcionan recordándome mis supuestas responsabilidades como sujeto que practica disciplinas deportivas. De esta manera, afectos y emociones se articulan con la subjetividad.

Culpa y vergüenza son los que orientan a Julián a rechazar la feminidad, de acuerdo a los regaños de su madre y la violencia a la que fue sometido en los espacios escolares. Culpa, vergüenza, miedo, orientan al chico a buscar en todo momento, lo que considera la imitación de la masculinidad que observa en los otros, lo acercan y vinculan con eso que tanto desea, y que él considera, nunca pudo tener en su edad temprana.

Si los afectos y emociones son prácticas que orientan, entonces es importante su presencia para considerar la manera en que los sujetos llevan a cabo su capacidad de agencia. Albuquerque y otros (2019) en su investigación "*El drama del sexo sin protección: estilizaciones efectos y emociones en la gestión del riesgo de VIH entre hombres que tienen sexo con hombres*" pone de manifiesto que emociones como la confianza, están presentes al momento de decidir el uso o no del preservativo durante el sexo. Entre sus resultados destaca que entre más confianza se le tenía al compañero sexual, el uso del condón parecía menos relevante. Más allá del interesante y extenso dato que otorga la investigación de los autores, permite reflexionar que la propuesta de Ahmed no puede verse bajo la ficción de un *sexto sentido*, *mala vibra* o *presentimiento*, es lo que aleja al sujeto del objeto. Más bien, lo que la autora invita a reflexionar es la forma en que los afectos pueden ser significados como buenos y malos, aunque no precisamente uno visto como malo, alejará de los objetos entendidos como malos. De hecho Ahmed prefiere plantearlas como emociones domesticadas y emociones subversivas.

Más bien habría que pensar cómo los afectos y emociones, entendidos como prácticas sociales, orientan a los sujetos y permiten entender el porqué de sus decisiones, pues aquellos son de suma importancia para el proceso de elección al momento de realizar o no determinada práctica. ¿Cómo orientan? ¿Cómo producen proximidad o distancia? ¿Cómo moldean cuerpos? Pancho refiere *sentir vergüenza* ante su desnudez e inseguridad sobre lo poco atractivo que consideraba su cuerpo, y narra cómo dicha vergüenza fue una de las razones para el iniciar a consumir sustancias:

*Pancho*: yo tenía el problema porque no me gustaba que me vieran desnudo... por vergüenza, era un poco tímido a lo mejor.

Entrevistador: ¿Vergüenza a qué?

*Pancho* A que me vieran desnudo, ósea para mí el que te vean desnudo es que tenías un cuerpo, no perfecto pero sí que fuera agradable, no que fuera así que digas y que estuvieras todo gordo y para mí no es muy agradable eso.

Entrevistador: ¿Y en ese tiempo tú te consideras gordo?

*Pancho*: Pues si no era gordito yo creo era sin forma porque también era... pues si no era flaco pues no... ahora sí sin forma (...) y pues desafortunadamente o afortunadamente, no sé, para mí, pues fue bueno... empezar a consumir drogas... eso me quitaba la pena, tanto como para ir al antro o a El Hedón... como que no sentía pena si me veían desnudo, si me vean teniendo sexo... no me daba pena, ahora sí que me volví así como que vale madre, eso me quitó la vergüenza, me dio como que más confianza, te digo, yo era como que muy tímido y pues no, no era de los que aventaban a hacer cosas así a lo wey pero consumiendo drogas pues te vale madre. (*Pancho*, comunicación personal, 2018).

La vergüenza, está pegada a un cuerpo no atractivo, considerado como tal en una distribución política de la eroticidad. Pero así como ésta orienta al sujeto a no acudir a lugares donde se muestre desnudo, de la misma manera, la ausencia de ella es significativa para el consumo de sustancias. Ante la no vergüenza, el placer como afecto, orienta al sujeto para considerar a la sustancia como aquello que le permite disfrutar y *valerle madre* lo demás, y habilita también la ficción de la farmacotecnología como un elemento liberador. Al igual que Julián, la vergüenza parece orientar y habilitar una serie de decisiones y acercamientos a determinados objetos, aun que habiliten ficciones: la sustancia liberadora, y la imitación de la

masculinidad. De cualquier forma ambas aparentan *otorgar* al sujeto determinada tranquilidad y esta se vuelve una emoción que los vincula.

En las narrativas de Pancho y Julián, la vergüenza parece orientarlos en una serie de situaciones a lo largo de su vida. Por un lado, Pancho ubica a la vergüenza como una emoción implementada por sus padres en la niñez, cuando le regañaban sobre el tocamiento de sus genitales y la masturbación y cuando veía pornografía. La vergüenza estuvo presente cuando inicia sus visitas a los cines porno, y algunos asistentes intentaban seducirlo frente a su hermano mayor quien lo acompañaba a estas visitas. Pancho ubica a la vergüenza porque de acceder a estos ofrecimientos, su hermano se daría cuenta de su orientación sexual. Parte de ello es que se inclina por el rol sexual activo cuando inicia sus prácticas sexuales, porque ello le permitía sentirse menos apenado y culpable.

Culpa y vergüenza parecen ser afectos que mucho vinculan a Pancho con sus parientes y la particularidad de su dinámica familiar. Cuando se dio cuenta que muchos de ellos sabían de su orientación sexual e incluso de su condición como seropositivo, logra, a través de la proveeduría y apoyo económico, obtener un estatus quo que lo reconoce como un integrante líder, al cual es consultado muchas de las decisiones y resolución de problemáticas. Cuando a Pancho se le pregunta del porqué considera ese grado de involucramiento respondió: “porque siempre los he ayudado, saben que cuentan conmigo para cualquier desmadre... no creo que por jota me busquen<sup>71</sup>” (Pancho, comunicación personal, 2018).

Si la culpa y la vergüenza son afectos que se pegan al cuerpo homosexual, parece que el sujeto harto le interesa buscar las maneras de que estos afectos le orienten a objetos alejados de ellas. Y aunque Pancho es uno de los sujetos que con orgullo se enuncia como puta, no se trata de algo constante y permanente, en realidad, pareciera que los afectos le orientan para que en determinados momentos

---

<sup>71</sup> Incluso, este último comentario, lo hizo en respuesta a las palabras de Charly, un amigo en común, quien en alguna ocasión mencionó que su familia le consultaba para resolver problemas familiares, porque como hombre gay, tenía más sensibilidad y coherencia para este tipo de conflictos. El comentario había molestado a Pancho, al parecerle ridículo y que nada había de relación había entre los elementos que Charly había planteado.

decida alejarse de su *putez* y se vincule con otras formas que le permiten como resultado, la integración a su dinámica familiar.

Por otro lado, la vergüenza en la narrativa de Julián se hace presente cuando relata cómo, durante el sexo, su preocupación por *imitar* la masculinidad de los otros se hace presente. Aun y cuando uno de los elementos que más placer le causan, sea ser tratado y estilizarse como mujer, incluso como *puta*:

Me gusta que me traten como una mujer, que me traten como una se me hace muy excitante, creo que dentro de mi había como una tendencia a lo transgénero cuando era niño, porque de verdad era muy femenino, entonces creo que esa parte que se recuerda, no la comparto con todos solamente con la gente que como que se da eso, alguien que me de confianza, alguien que encuentre en la calle no se lo diría, tendría que pasar incluso en el acto, me ha tocado que hay muchos masculinos, que tienen la fantasía de estar con alguien masculino, pero que en la cama se comporte como una dama, como una puta, entonces cuando me plantean eso, pues, oh la otra es la que me digan mamacita o putita. (...) Me ha pasado de las dos, un trato tierno y un trato severo, pero a mí me gusta más la de dama, como que ese trato me gusta más, pero cuando ha pasado la otra, es que depende de cómo también este internamente, si se da con la persona, y se vibra, como que fluye la situación, pero si ha llegado casos en que es como incomodo, por que la persona es muy agresiva, yo me siento súper incomodo que me empiezan a morder las orejas o el cuello o a magullar, entonces eso me incomoda mucho, si se da, es que yo tendría que estar así en ese momento, en ese sentido dispuesto. Pero cuando no si me incomoda muchísimo y entonces le digo: me lastimas. Y trato de frenar, pero, soy

como *Jesús*, el que se sacrifica (ríe) entonces a veces no digo nada (Julián, comunicación personal, 2018).

La narrativa de Julián deja ver como vergüenza parece mezclarse con una nueva emoción: el miedo. Ambos lo orientan a alejarse de esa práctica, una donde él se significa de forma femenina. Porque además, si lo peor pasara, si sufriera algún ataque durante estas prácticas, la responsabilidad recaería en él, por haber permitido que se llevara a cabo. Julián significa al popper, al igual que Pancho, como la farmacotecnología que *mantiene* alejada dicha vergüenza:

Tengo miedo de lo que vaya a pasar, pienso que me voy a desmayar, que voy a perder el control de mí, que me voy a volver loco, igual y no como con el poppers pero si con otras cosas como la coca, como la marihuana, que por ejemplo si me ha pasado sin sustancias de que es tanta la excitación sexual, de que me empieza a agitar y empiezo a sentir que empiezo a perder mi inhibición de mí mismo, como que algo empieza a aflorar y esta cuestión de moral, o de represión como que empieza a quitarse y entonces me pierdo y me da miedo de sentir esta sensación de perderme. Mmm me da mucha pena por ejemplo, cuando estoy en un encuentro tiendo a disculparme, cuando estoy excitado, empiezo a gemir, y entonces tiendo a disculparme, por sentir placer, porque me lo vaya a tomar mal el otro, como diciendo mira qué puto, qué puta o la otra es así como de está muy loco este wey, que le pasa. Incluso me han dicho ¿estás bien?, porque hasta empiezo a temblar, ósea de la sensación de placer, empiezo a temblar y empiezo a titilar, entonces me dicen ¿estás bien?, y yo sí, este ¿me detengo? y yo no, pero si tiendo a decir discúlpame, y me dicen: no tienes por qué disculparte, simplemente disfrútalo, me gusta. Tengo miedo de

que la sustancia me pueda quitar esto de frenarme, me paso una vez hice un trio, entonces mmm estábamos la persona nueva, y pues me penetró, entonces jale el popper y yo no lo tenía en se momento, él lo saco lo ofreció dije no me va a hacer nada, pero no sé en qué momento me perdí y fue como una locura y empecé a gritar (ríe) creo fue la vez en que más placentera que viví y que no tenía la capacidad de devolverme, simplemente estaba como loco, ósea me sentía como tan desinhibido y era un placer puro entonces me dijeron: que chingón que te pusiste así porque jamás te habíamos visto así, pero que extraño, ósea porque les pareció muy extraño, incluso bueno con una persona ya había estado con la otra no, entonces le dijo: oye me pareció extraño verte así y me dijo ¿estás bien?, y yo sí estoy bien, y dijo ¿le pasa esto seguido? y no, tiende siempre a disculparse de tener placer, entonces pues me dijo quizás esa sustancia como que te desinhibió tanto y empezaste a tener un placer máximo o puro. Pero eso me da miedo, que pueda mal viajarme pero que eso pueda llevarme a ser adicto, entonces como va a ser tanto el placer, siento que la sustancias me va a cambiar la química a mi cerebro siento que puedo llegar a ser adicto, entonces por eso mejor no (Julián, comunicación personal, 2018).

A la farmacotecnología del poppers, se le está pegado entonces otro afecto: el miedo. Pegado a su supuesta capacidad de liberación, la significación de sus propiedades desinhibidoras que incluso permiten el placer puro como lo narra Julián. El miedo entonces no solo se concentra en las posibilidades de riesgo y enfermedad, sino también a perder el control, dejarse llevar, no poder regresar. El miedo como una de las emociones que alejan al sujeto de la sustancia, aun cuando esta haya significado el alcance placentero. La experiencia de Julián puede llegar a personificar la estrategia del pensamiento religioso y conservador: pegarle al placer



el afecto del miedo, con el fin de no vincularlo a los sujetos. En parte, la sustancia se consume para la desinhibición, pero no solamente. En esa promesa que encierra el poppers, al igual que otras sustancias psicoactivas, de desinhibir, la promesa de alcanzar el puro placer, es significada como la promesa de la contención de esos afectos que duelen.

La culpa, por otro lado, aparece en Fabián como el afecto que orienta al sujeto para alejarse de los lugares de encuentro y el consumo de sustancias. Después de asistir a una reunión de Alcohólico Anónimos (A.A.) Fabián *descubre* en el testimonio de alguien que sube al estrado, que él tiene una patología, significándose como adicto al sexo y a los lugares de encuentro:

Quando yo llego al grupo, llego con un problema de adicción a los lugares de encuentro, bastante fuerte, porque era muy seguido, digamos que era como tres veces a la semana ir a un lugar así, ya sea le cine, un ciber café, un lo que sea, y si era El Hedón, que era el día en que yo descansaba en mi trabajo, era estar ahí metido todo el día ¿no?, desde las 11 ... hasta las 8 que cerraban, entonces a mí en mi persona ya me estaba acarreado problemas ya era como, el vacío que se generaba era cada vez más grande y más grande y a la inconformidad pues ya era más, ya no me era tan placentero como antes. Yo llego al grupo me empiezan como a canalizar ese pedo, y ya le bajo mucho a la frecuencia con la que yo buscaba lugares de encuentro, después, obviamente durante el proceso, pues tengo que ir, me tengo que ir dando cuenta por mí mismo, o sea no es que alguien te diga, no hay alguien que te diagnostique ahí dentro, porque nadie es psicólogo sino a través de las experiencias que comparten o lo que yo escucho dentro del grupo digo: “ah no mames yo también” ¿no?, en un momento de que fue de este mes, de principios de este mes, yo escucho algo que digo: ah

no mames, o sea yo también tengo ese pedo. Alguien compartía que le daba mucho poder el tener sumisa a su pareja, era un heterosexual y me veo reflejado con él. Entonces que empiezo a analizar y dije no mames, yo también tengo un problema con lo sexual (Fabián, comunicación personal, 2018).

La significación de su conducta sexual como una patología, le permite a Fabián darle un rostro a aquello que lo aleja de la asistencia a los lugares de encuentro. No obstante, más interesante aun es el papel que la culpa juega en sus narrativas:

*Fabián:* En algún momento, en algún momento llegué a abusar de una persona, en El Hedón... de hecho fue con el consumo de, estaba yo consumiendo poppers, eh, la persona ya no quería que yo lo penetrara, y yo sí quería, y básicamente lo obligué.

*Entrevistador:* ¿podrías decir que se trató de un acto forzado?

*Fabián:* ¿De violación?, sí. Podemos decir que sí se puede hacer una violación.

*Entrevistador:* ¿Dentro de El Hedón?

*Fabián:* Si, porque cuando alguien te dice no, es no, incluso sea mi pareja sexual o sea mi pareja sentimental de años, si ese día me dice sabes que yo no quiero tener relaciones sexuales, es no y punto. ¿Sabes qué?, no fue tanto el forcejeo físico, fue más como de palabra. O sea fue como una manipulación por así decirlo... eh... pues lo empecé a tocar de más, lo empecé a dedear tal cual, le meto un dedo y le estoy dando duro, insistiendo, primero dijo: *ya no quiero, ya hasta aquí la dejamos*, pero creo que la euforia de los poppers fue demasiada, que me dijo no mames, tienes que terminar ahorita, tal cual, entonces yo le empecé a dedear le empecé a

decir ándale que no sé qué que la chingada, lo fui así como moviéndole de a poquito, o fui inclinando, o sea, poco a poco, eh...y ya hasta que digamos que de alguna manera, yo a través de tanta insistencia, termina inclinado, y le digo pues va wey, ya estás, entonces tal cual lo penetro, pero fue a través de tanta insistencia, de estarlo empujando, de estarlo girando a cada ratito y así, estarlo dedeando y ... o sea yo no podría saber cuál fue la sensación de esa persona, si fue placentera o no, yo no podría saber, pero creo que fue como de frustración, porque cuando terminó agarro su pareo, no me dijo nada ni nada, o sea, simplemente agarro su pareo y se fue, se salió. (Fabián, comunicación personal, 2018)

Fabián también tiene miedo. A la sustancia se le ha pegado el miedo como orientador de alejamiento. Al igual que Julián, Fabián teme hacer daño (que tampoco se descarta que lo haya hecho, porque sería afirmar que en los lugares de encuentro no suceden acontecimiento de violencia sexual) teme no controlar esa ficción del homosexual hipersexualizado. El miedo orienta a esa sensación, coadyuva al mantenimiento de la ficción, y permite entender cómo las emociones y afectos son importantes para cuando los sujetos tomamos decisiones. Permite también reflexionar sobre cuáles son esas figuras que abren esa posibilidad de peligro, o bien, qué cosas hacen los sujetos para que, pese a tener pegado el miedo, se haga uso de la farmacotecnología y más aún, optar por la enunciación de *puta*.

No obstante, la circulación de afectos y la desinhibición no son los únicos elementos que se habilitan con el consumo del poppers dentro del sauna, la circulación de estos afectos en realidad, evidencía, que en el momento de la aspiración, no solo se ponen en juego las promesas de la maximización del placer, sino que en esta demanda se articulan aquella promesa de la contención de afectos que podría pensarse como eso que engancha, captura a los sujetos y que los reorienta de manera constante a la reiteración de la práctica, en búsqueda de, precisamente, el cumplimiento esas promesas.

### 3.3. Ser puta y poppera y no morir en el intento

#### ¿Qué decimos cuando hablamos de los cuidados de las putas?

Entre varones que compartimos prácticas de sexo, y frecuentamos lugares de encuentro y además se consumen fármaco tecnologías, ¿en qué estamos pensando cuando la acción *cuidarse* entra en escena? En alguna ocasión, durante un curso de masculinidad y VIH impartido por la *Asociación Vida Plena*, se tocaba el punto de la práctica *bareback*. Uno de los participantes comentó que le parecía curiosa la forma en que esta práctica era significada de manera distinta para la población de varones homosexuales y para la población heterosexual. Se preguntaba por qué, entre varones que tienen sexo entre ellos, coger sin condón era entendido como una irresponsabilidad, carente de inteligencia y casi paralela a una sentencia a enfermarse o incluso de muerte. Mientras que, en la población heterosexual, no tenía el mismo peso estigmatizante, siendo esta una práctica muy concurrida, si se considera las altas tasas de embarazos adolescentes. Incluso, entre dicha población no recibía este nombre, ni siquiera era enunciada de esa manera, sino que era una terminología que parecía se amalgamaba a la población no hetero.

Lo que la intervención del compañero mostraba, es que no todos las enfermedades, ni los cuerpos enfermos, son entendidos de las mismas maneras, sino que, pareciera que existe un filtro o marco de inteligibilidad para su comprensión, a través de una distribución diferenciada políticamente. ¿En el *bareback* homosexual, por distinguirlo de alguna manera, parece evidente el peligro de transmisión de enfermedades? Cuando en las prácticas sexuales se habla de protegerse o tener cuidado, cuidarse, andarse con cuidado, ¿a qué nos estamos refiriendo exactamente?

Hace unos días, viajaba en el transporte público al lado de dos mujeres mayores que entablaban una conversación. Al llegar a determinada parada, una de ellas se incorporó de su asiento y se despidió de su amiga. La respuesta de la otra fue *pedirle que se cuidara mucho*. La otra rio, y dijo: “a nuestra edad, ¿ya quién se

va a interesar en hacernos algo?” Su amiga, a manera de seguir la broma, le dijo que ella se refería a que se cuidara al cruzar la calle, de no ser atropellada.

La broma causó risa entre los que escuchamos, precisamente porque el juego de palabras permite confundirse sobre aquello a lo que *nos correspondería tenerle miedo*, aquello de lo que deberíamos cuidarnos y protegernos. Lo que esa despedida hace pensar es que, cuando comúnmente decimos a otrx *cuídate*, ¿Qué es aquello de lo que deberíamos cuidarnos y por qué?

Cuando Butler habla de vulnerabilidad, hace referencia a esa que nos atraviesa a todos desde nuestra condición como cuerpos humanos, y mediante la cual permite reflexionarnos sobre la consideración y sufrimiento del otrx. La frase amable de *cuídate* que usamos comúnmente, sobre todo para despedirnos, permite reflexionar esa vulnerabilidad a la que todos estamos expuestos, *pero que se encuentra distribuida de una forma políticamente diferenciada*.

La broma de las señoras en el transporte público causa la risa colectiva, porque pareciera que habría amenazas que ya no le corresponden a ellas, como integrantes de determinado grupo social: ¿acaso las mujeres mayores ya no tendrían que preocuparse por ser atacadas sexualmente? La broma, supone entonces que hay amenazas que corresponden a ciertos sectores y a otros no, que determinadas poblaciones deben cuidarse de ciertas cosas y de otras no. ¿Por qué entendemos y significamos la protección y el cuidado, la prevención y el peligro, desde diferentes posturas?

Una serie de imaginarios y significaciones se activan cuando se le pide a otra persona que se cuide, determinados peligros potenciales entran en escena, peligros potenciales que parecen estar articulados a la identidad de la persona a la que se le dirigen las buenas intenciones. *Aunque habría que cuestionarnos si son realmente buenas intenciones, o en realidad se le está recordando de manera indirecta, los peligros potenciales a los que está expuesto, por hacer lo que hace y por ser quién es*. De ser esto así, esos imaginarios y significaciones que se materializan en peligros potenciales, en realidad forman parte de un complejo sistema estigmatizante sobre cuerpos y subjetividades, que a la vez constriñen y

construyen. Parte de ese dispositivo que constantemente está recordando los peligros a los que se someten determinados cuerpos.

### 3.3.1. El cuerpo puta

El olor a té de epazote zorrillo deja de ser tan desagradable cuando se consume de manera frecuente. Deja de ser tan desagradable cuando sus propiedades digestivas confortan de manera grata el estómago adolorido, las náuseas, la inflamación e incluso la diarrea. El olor a té de epazote zorrillo deja de ser desagradable y se vuelve un aroma confortante cuando sus propiedades de alivio se hacen evidentes.

Separar con las manos un carnosos par de glúteos, velludos montículos que dejan escapar la esencia del sudor y la fricción al caminar. Separar y dejar al descubierto la otra ventana del alma, que no son los ojos, sino otro orificio cuyas cavidades alojan un espacio aparentemente infinito donde *todo cabe, si se sabe acomodar* como canta el refrán o en este caso, si se sabe entrar. Degustar el sabor característico del ano, *amaderado*, como el olor de las hojuelas de madera que dejan los lápices cuando se les saca punta, mezclado con la sal del sudor y la esencia del bello anal que se oculta del sol y la luz, que se añeja en la cavernosa oscuridad. Jugar a que se trata de un dulce, que en la lengua se hace agua y se mezcla con la saliva, como al morder una manzana, y atrapar en la boca el olor y el calor.

¿Qué preocupaciones podrían existir en ese momento? Sumergido el rostro en las almohadas de piel y vello, se sabe, que el té de epazote zorrillo entrará como tecnología para contrarrestar los posibles malestares estomacales posteriores a la práctica. Consejo de los jotos viejos cuando yo era el joto joven y las frecuentes infecciones estomacales no solo preocupaban el bolsillo, sino que hacían incómodos los cuestionamientos del médico ante tan recurrentes malestares.

Conocimientos herbolarios que mezclan la sabiduría de madres y abuelas con la *putería*, que permiten disfrutar, seguir disfrutando, porque se tiene ahora en las manos una tecnología para contrarrestar las eventualidades del *beso negro*.

Preferir la ingesta de un té en lugar del antibiótico recetado, se entiende ante esa vergüenza adherida al hecho de explicarle al médico el porqué de constantes malestares estomacales, porque eso implica el riesgo de dar a conocer las prácticas sexuales, y devela esa subjetividad, no solo la que me dictamina como el único responsable de mi salud, sino también aquella que me atraviesa en la que supongo que la autoridad médica me identificará como una puta, una puta que *chupa culos*.

Y tal vez sea así, porque el discurso que construye subjetividades atravesaría a ambos sujetos, al médico como diagnosticador y poseedor de una verdad científica y al paciente como merecedor de esos peligros potenciales de los que debe cuidarse por ser quien es. Porque en la era del fármaco, es deber del sujeto molecular su estado de salud. Efecto de una lógica neoliberal que ubica en el sujeto la responsabilidad de su condición de salud, y minimiza la participación y actuación del estado en la cobertura de condiciones adecuadas de seguridad médica y salud (Ortuzar, 2018).

Enfermarse entonces, implicaría un proceso político, donde no solo se lidia con el malestar, sino con el reconocimiento de una supuesta responsabilidad individual que no se ha cumplido, o donde se ha fracasado. Porque esos son los afectos que se adhieren en estas circunstancias, aquellos donde se reconoce que no se logran cubrir las expectativas de cuidado y prevención de enfermedades: la vergüenza, el temor, el remordimiento, la culpa, etc. Fabián, el ingeniero civil, lo ilustra también cuando se infecta de gonorrea:

*Fabián:* Para empezar, empecé con un dolor al orinar, y pues no le di importancia, dije, más agua, y empecé a tomar más agua, pero ya después, cuando yo apretaba el pene salía una babita amarilla, de la uretra, entonces dije no mames eso si me asusta, entonces dije esto no es mal de orín, ni infección en riñones ni vías urinarias, pero lo deje pasar, dije, me voy a limpiar más, voy a tener más higiene, me voy a limpiar con agua y jabón. Yo pensaba que era más una cuestión de higiene y mugre, y no, no paso era ardor al orinar, era ese

líquido como amarillento, lo que salía cada vez más, y ya era un olor bastante desagradable.

*Entrevistador:* ¿Entonces decides ir al doctor?

*Fabián:* No, no jamás me pasó por la cabeza que fuera gonorrea, luego al doctor, nunca le dije al doctor que tuve relaciones sexuales, para empezar luego al doctor y le digo ¿sabe qué? creo que no tengo buena higiene y ya tengo una infección, me revisa y me dice ¿sabes qué?, pues es gonorrea.

*Entrevistador:* ¿Qué emociones hubo ahí?

*Fabián:* Pues de culpa y de frustración... era el doctor de la clínica familiar, el mismo doctor que atendía a toda mi familia, tiene años atendiéndonos, entonces, el doctor me receta un ungüento, una cremita que me tenía que poner en la cabeza, este... y ya nomás me dijo, “ya nomás dile a tu mamá que es un infección, si tu mamá ve el medicamento y te pregunta qué pedo, dile que es una infección en vías urinarias”

*Entrevistador:* ¿Porque te dijo eso?

*Fabián:* Porque él conoce a mi mamá y mi mamá de alguna manera es muy recta, muy de buena familia por así decirlo, con muchos prejuicios por así decirlo, de cuidar un poco la apariencia, entonces pues fue la cuestión, porque finalmente era una infección de transmisión sexual. Y yo en ese momento, yo a ese doctor le digo que me tiene que mandar a hacer unos estudios (Fabián, comunicación personal, 2018).

Enfermarse, implica un sumario de confesión. El instrumento que la iglesia implementa en el siglo XVI y que después las ciencias tomarían como el báculo para obtener la verdad, porque la veracidad emerge de la boca del condenado y por tanto no hay otra que pese más (Foucault, 1977), se vuelca sobre el paciente que acude a la autoridad médica por alivio de sus dolores. Para Fabián, la baba amarilla de la



infección provenía de su carencia de responsabilidad ante su higiene, ante el cuidado del cuerpo, la ausencia de agua y jabón en los genitales.

Lo adjudicaba como su responsabilidad y la autoridad médica debía juzgar sus malas acciones. Como sujeto molecular, llega con el médico anticipando, confesando su culpa, *mea culpa*, aun cuando el galeno le da una noticia, donde afectos como el terror y la vergüenza se suman al ramillete de emociones. Terror, vergüenza y culpa, ¿no acaso son afectos que socialmente se adhieren cuando descubrimos algo ominoso que hemos causado a nuestro ser? Culpa y frustración identifica Fabián, y el propio médico, que se vuelve juez y cómplice ante otra autoridad, la familia, que le otorga *tips* para que la madre no descubra que su hijo ha contraído gonorrea, y con ello descubra la verdad de su vástago.

Porque ser juzgado por una potestad, clínica o familiar, representa la voz de autoridad que interpela el sujeto. Se reconoce en el discurso, en el médico, en el higienista, en el conservador y en el moralista. El doctor, la carencia de cuidado, jabón y agua, la familia. Porque el sujeto se reconoce como sujeto interpelado solo mediante la voz de la autoridad, el reconocimiento es ofrecido y aceptado (Butler, 2001) la enfermedad se convierte en el subterfugio para hablar del sexo y sus prácticas. Y como en el sexo se ubica la verdad del sujeto, quien dice cómo es, qué hace y quién es, enfermarse se convierte en el pretexto para escarbar las conductas.

Enfermarse y acudir a la autoridad médica por alivio, implica dar a conocer las prácticas, el estilo de vida, las formas de coger. Implica ser juzgado y responsabilizado por la decadente salud, y ser interpelado. Las formas de entender a la enfermedad y al sexo, materializan entonces el cuerpo de la puta. Porque la estigmatización de la puta, habilita la capacidad de leer los cuerpos de maneras distintas. El cuerpo de la puta es significado desde la enfermedad. La estadística lo respalda. La puta, ser puta, se enmarca en un mayor número de posibilidades de contraer una enfermedad. Pero es una enfermedad que no se piensa desde el desgaste, en la factura que el arduo trabajo físico implica al ser una puta. La enfermedad se piensa, más bien, desde la propagación, desde la idea de contagio. El cuerpo de la puta materializa la articulación de las normativas morales con las

normativas higienistas. El cuerpo de la puta es políticamente visto como un cuerpo con la probabilidad suficiente de esparcir enfermedades y por tanto moralmente despectivo. El cuerpo de la puta, es el *cuerpo miasmático*.

### 3.3.2. Cuerpo sano / cuerpo miasma

El cuerpo sano, obedece las mismas lógicas fronterizas entre lo oculto y lo expuesto. “El cuerpo sano es blanco, es alto, como de 1.70, con barba y vello... para mi ese es un cuerpo sano” dijo Fernando, el administrativo de una universidad, blanco y barbado. Si bien la normatividad de la estética dictamina un aparente estilo de vida sano, se mantiene la sospecha. “Piel agradable, semblante rosado, mirada clara y brillante” dijo Julián, el universitario veracruzano estudiante de posgrado.

El cuerpo sano es un cuerpo bello, el enfermo huele mal, tiene un aroma a enfermo en la piel, desde la boca, el aliento, que te das cuenta de que no se ha lavado los dientes o que comió cebolla, hay algo, hígado, riñón o que tiene una caries, y también el olor de la piel, huele sucia, huele desagradable, no es un sudor normal porque hay sudores de que hizo ejercicio, pero se siente como bien, te da la sensación de bien. Pero hay sudores que dices: no, aquí no, y bueno, hay veces que es mejor: discúlpame pero no, aquí no. (Julián, comunicación personal, 2018).

El cuerpo estilizado, musculoso, el agradable, es engañoso. A primera vista parece ser un referente claro de su sanidad, pero parece que se establecen parámetros otros de medición. El aroma, el olor, se convierte en herramienta para la detección posible de miasma.

“Cuerpo sano es el cuerpo limpio, que no tenga el pene ni el culo sucios” comentó Fabián, el ingeniero. También el olor es una de sus medidas para percatarse de no ser engañado: “es que es muy personal, si la gente se ofende,

pues yo lo siento mucho”. Su estratagema consiste en mezclar su gusto por los olores con la prevención.

Me ha tocado que igual, en menos cantidad, como unas tres personas quizás que sí que huelen a suciedad, a sudor. Gente que estuvo en el sol, por trabajar o cosas por el estilo, esos olores como a sudor si es como un poco desagradable, pero, si no es mucho, si no es muy fuerte el olor, me puede provocar morbo. Cuando estoy con ellos, en el cachondeo, los voy checando, les huelo, en el beso negro, cuando los toco, huelo, si hay malos olores les invito a que se enjuaguen. Para eso están las regaderas (Fabián, comunicación personal, 2018).

Para Pancho “El cuerpo sano debe ser un cuerpo cuidado, que se vea que se cuida, que cuide su alimentación, que haga ejercicio, ese es el cuerpo sano” (Pancho, comunicación personal, 2018) el cuidado se establece como una obligatoriedad. Pero si a la puta se le exige tener un cuidado, para no ser contagioso, al cuerpo sano se le exige para mantener el statu quo que la apariencia le brinda:

La gente ahora, no se cuida, quiere solo tener sexo, les vale madres, les vale si el otro está enfermo o no, [con condón no se siente lo mismo dicen] somos vale madres, y si consumes algo pues te vuelves más vale madres (Pancho, comunicación personal, 2018).

El cuerpo sano entonces, es un cuerpo *que se hace*, en el sentido de que las palabras de los sujetos remiten a algo en común: las prácticas, aquello que hay que

hacer que te permiten ser bello, ejercitado, hacer lo necesario para oler bien. Ser un cuerpo sano se logra entonces a través de qué se hace.

Un marco de inteligibilidad que hace ver a la salud exclusivamente desde la lógica higienista y al sexo desde el riesgo de contaminación y contagio, que se empalman con normas morales, que rigen las formas del sexo solo desde la procreación y no del placer. Matrices que obligan a pensar en el contagio, la propagación y la epidemia cuando se habla de placer sexual y el olor como parámetro emergente de la profilaxis sexual. Lógicas neoliberales que sostienen la ficción de responsabilidad sobre el sujeto, por sus condiciones de salud e individualizan los procesos saludables: *porque tienes que hacer lo necesario para llegar al cuerpo sano*.

Rejilla de la sexualidad articulada al riesgo, que precisa reconfigurar en un segundo plano la propia concepción del cuerpo sano/limpio, sano/ bello. Porque el fantasma del VIH deambula siempre por los lugares de encuentro, y obliga a desconfiar pensando la salud desde la tensión constante entre entenderla desde lo molecular y lo molar, formas de determinar la salud de lo corporal, entre lo uno y lo otro, entre la evidencia que la carne muestra, y las verdades emitidas desde los análisis clínicos, tal como Rose (2012) bien señala.

Porque “la materialidad del cuerpo con VIH manifiesta un conjunto de valoraciones que devienen en una preocupación por la imagen corporal” (Méndez, 2018, p. 63). Pensar en el cuerpo enfermo, es dudar sobre lo que hay atrás de los músculos, la carnosidad y la piel tersa, porque uno nunca sabe... “Sano, sano, no te lo puedo decir, aunque sí cuidado, el cuidado sí se ve en el cuerpo, pero lo enfermo no se ve en el cuerpo, eso solo con estudios médicos” dijo Pancho. “El cuerpo sano es una trampa. El cuerpo cuidado puede ser un engaño, puede que te veas bien, porque te cuidas, haces ejercicio” (Pancho, comunicación personal, 2018).

“Aquí no se cuidan”, dice Julián refiriéndose a El Hedón. Su rostro se queda grabado en mi mente porque su expresión parece reflexionar desde su condición como seropositivo, y lo que considera como un cuerpo engañoso porque se muestra corpulento, con hombros, brazos y piernas musculosas:

No usan condón, no sabes si tienen VIH o VPH. No sabes con la persona con la que vas a estar, si tiene VIH o que o está bajo un tratamiento o no lo está, entonces pues no lo veo como sano en ese sentido... A mí me dicen: tú no tienes nada, te ves mamado, haces ejercicio, te cuidas, hueles bien. Yo no lo digo, tener VIH es algo personal, algo íntimo no para andarlo gritando (Julián, comunicación personal, 2018).

Encarna entonces el cuerpo sigiloso, semi oculto tras el velo del pareo como lo hacen los genitales, tras la opacidad del plástico como lo hacen las botellitas de popper, el cuerpo musculoso de Julián ofrece también la reflexión de la frontera entre la belleza del cuerpo sano y el cuerpo con VIH, como lo hace también la propia fachada del sauna, mimetizada entre las casas vecinas. Méndez (2018) señala que “se procura tomar distancia de las imágenes de cuerpos moribundos en asociación a la historicidad de un signo de enfermedad que sitúa al sujeto en posiciones que vulneran sus condiciones de existencia” (p.58) en consecuencia, parece entenderse que un cuerpo con VIH puede ser bello, pero no será entendido como un cuerpo sano, y se está dispuesto a encontrar razonamientos que justifiquen tal postulado:

Son cuerpos que están limitados. Están enfermos, aun si se ven bien, hay cosas que ya no pueden hacer, un límite, el que tiene VIH ya no puede agotarse mucho y ya no puede coger sin condón (Fabián, comunicación personal, 2018).

Por eso la práctica bareback preocupa, más que por su probabilidad de propagación y contagio, porque se trata de la frontera que los cuerpos enfermos no pueden, no deben cruzar. Porque los límites funcionan políticamente para recordarle al otro cuál es su lugar, ese en donde debe permanecer.

### 3.3.3.- La espada de Damocles

El cuerpo miasmático representa entonces la carencia del cuidado, y por ende, una encarnación de la vulnerabilidad. Es miasmático porque pareciera que en él se reflejan los males, los riesgos y los peligros, las enfermedades, las dolencias y la podredumbre. Pesan sobre él, cual espada de Damocles, pero se vuelve a la vez, él mismo, la amenaza persistente de un peligro.

El cuerpo miasmático se significa aun peor si es un cuerpo que consume sustancias que se han catalogado como psicoactivas desde la clínica. Es el sujeto de Rose (2012), que debe saber y hacer, que conoce las repercusiones de las sustancias en su cuerpo, lo que vuelve imperdonable que las pase por alto, que no se detenga a contemplar y reflexionar las consecuencias que ello conlleva. El cuerpo miasmático se vuelve responsable de su enfermedad porque careció de cuidado, de auto cuidado. Maldonado (2017), cita a Izquierdo (2003) para hablar del cómo la ética del cuidado obliga a la reflexión sobre la “conciencia de nuestra vulnerabilidad y de la vulnerabilidad del mundo en que vivimos, en sus dimensiones, la física, la social, la política, la económica, la simbólica, la psíquica” .El cuerpo miasmático, y más si es un cuerpo que fármaco consume, es un cuerpo vulnerable. Y en aras de reconocer dicha vulnerabilidad, se le cataloga, se le clasifica entre la población que peligra, que propaga enfermedad pero que debe ser atendido, manejado biopolíticamente, se trata de una población que requiere de ser intervenida porque “la intervención a un problema de enfermedad ofrece el marco discursivo para la creación de poblaciones que serán consideradas como más proclives o propensas a verse afectadas, y por tanto, tratadas de formas distintas” (Guasch, 2006, p.81).

Desde hace unos años, Maldonado reflexiona sobre la inclusión y el capacitismo. En uno de sus textos, discute cómo desde un marco de iterabilidad que reconoce al cuerpo completo como el normal, que sostiene la ficción del hombre moderno, poderoso, inquebrantable y completo, materializa a través de la reiteración del menosprecio, un sistema de jerarquización corporal donde el cuerpo (dis) capacitado queda por debajo, evitando que se reflexione sobre la

vulnerabilidad que nos atraviesa a todos los cuerpos humanos (2017) ¿No acaso sucede algo parecido con el cuerpo sano versus el cuerpo miasmático?

El cuerpo de la puta, el contaminante, no solo se establece por debajo del cuerpo sano, sino que se vulnera al extremo, se significa como débil y peligroso a la vez, carente de fortaleza y lúgubre. La significación del cuerpo sano mantiene entonces la ficción de no ser derrotado, cuerpo musculoso, estéticamente perfecto, su *kryptonita* es el cuerpo de la puta y las cosas que hace para ser tal. Y aunque estos no son requisitos indispensables para entender el cuerpo sano, la imagen y la apariencia corporal operan en función de regímenes de visibilidad en donde la salud “visible” se juzga en función de lo que el cuerpo muestra.

El cuerpo sano no se contempla como vulnerable, a menos que se vuelva un cuerpo de puta, que haga las cosas de las putas. Que coja sin condón, que se meta con muchos, que frecuente lugares de encuentro sexual, que carezca de una pareja estable, que no busque el amor Romántico o que se satisfaga con versiones de una noche. Que use y guste de las farmacotecnologías del sexo.

El cuerpo sano se piensa desde lógicas de la estadística, la probabilidad y la epidemiología: confía en que el VIH se adquiere por tener sexo con mil desconocidos, y no con una pareja *estable*, en la alcoba. Por eso el fármaco cuerpo de la puta causa preocupación, porque representa la probabilidad, la causa y efecto, la potencialidad de la enfermedad. Por eso, los entrevistados significan al sauna y a los cuerpos bajo el lente de la sospecha. Irónicamente, las causas sociales y estructurales develadas ante el nacimiento de la epidemiología, son olvidadas en la era farmacopornográfica de Preciado, la era molecular de Rose, la del cansancio y auto explotación de Byung Chul- Han. El paciente cero, el individuo portador es la clave para detener la pandemia. El cuerpo zombi que muere porque fue mordido y esparce así el contagio. El cuerpo de la puta, el cuerpo miasmático, que carga encima el estigma de las enfermedades y con ello su destino. Son cuerpos que no son dignos de alcanzar la salud. Son cuerpos que se espera se enfermen y mueran a consecuencia. Vidas que no serán lloradas porque ellas se lo buscaron.

### 3.4. Cuerpo con VIH u otras formas para pensar su cuidado

Cuando pregunté a los entrevistados, directamente sobre aquellas acciones que pudieran ser significadas como cuidados o autocuidados, es decir, todo eso que los sujetos hacemos con la intención de prevenir algún posible acontecimiento, era común que el uso del condón se presentara como una respuesta totalizante. Es decir, al poner sobre la mesa el tema del cuidado, la única forma enunciada por los sujetos ante las prácticas de consumo de sustancias y/o la asistencia a lugares de encuentro, era el uso de condón, que aparece como respuesta omnipotente.

Si el cuidado puede ser discutido desde su distribución política, como vimos anteriormente, ¿qué efectos evidencia una respuesta como ésta? El preservativo como única opción, única alternativa, limita las nociones de riesgo (y de cuidado) a las infecciones de transmisión sexual (se minimiza y hasta se descarta por tanto otras manifestaciones de violencia, como los ataques y delitos, los accidentes, la adquisición de otras enfermedades fuera de las sexuales, e incluso la discriminación y la homofobia) y más específicamente al VIH, que parece concebirse como marco generador del cuerpo miasmático. El uso del condón como único medio de cuidado concebido, parece reflejar una subjetividad producida a partir de las lógicas neoliberales que ubican al sujeto como único responsable de sus condiciones de salud y bienestar. Lógicas que no fomentan el cuidado compartido y comunitario, y lo establecen como reglamentaciones individuales.

El condón como único artefacto de cuidado en el consumo de poppers, y más aún en el sexo entre varones descarta por completo las posibilidades de reflexionar sobre otras formas de erotización que no lo incluyan, pues su ausencia repunta automáticamente al cuerpo con VIH, cuerpo enfermo y de rechazo. Ante estas nociones, cabe preguntarse qué pasa con aquellos sujetos que encuentran en la práctica bareback un posicionamiento para el placer. Qué pasa con los cuerpos con VIH al que se le han pegado afectos como el miedo, la vergüenza, la culpa y el rechazo, con respecto a sus mecanismos para la opción de placer sexual. Sin embargo, esta noción del cuidado y autocuidado choca con algunas de las prácticas de los sujetos, ante las cuales reconocen esa contradicción que ya anteriormente



se había planteado como un marco característico de las prácticas sexuales entre varones. Aunque en las narrativas constantemente se ubica la medición del riesgo como una constante, se admite la ejecución de aquellas prácticas significadas como riesgosas, como el uso de poppers y el no uso del preservativo.

Cuando Caleb y Julián hablaban del temor y el riesgo, en ambos casos, el miedo a la sustancia se materializa por el temor a perder el control, a no medir las consecuencias:

“No recuerdo bien, solo que alguien nos grababa, y a mí me valía, pero después al otro día, fue en lo primero que me acordé, por eso les pedí las grabaciones (...) después del poppers no recuerdo bien nada, no me importaba que me grabaran” (Caleb, comunicación personal, 2018).

“Como que empecé a sentir que deje de tener cierta conciencia cierto dominio sobre mi sexualidad en ese rato, entonces empecé a sentir como muy extraño, como desprenderte de tu moral, de tu conciencia, y simplemente existes tú en ese momento, ósea ni siquiera existe como la otredad, ni siquiera lo pensaba, y simplemente era una excitación, puro placer y dije se siente tan genial esto muy rico, los besos, los besos se sensibilizan y la intensidad aumentaba e igual la penetración el placer aumentaba, entonces solamente era como si fuese muy animal y se perdió como la esencia de que dos personas estaban ahí arriba (Julián, comunicación personal, 2018).

En ambos casos, como cuerpos que viven con VIH, se pone en juego el recuerdo de la potencialidad ante la infección y el daño a la salud: “La grabación me importaba... primero porque iban a hablar de mí, y segundo, porque mis amigos

saben que tengo el bicho, y lo primero que dirán es que hay pendejo, sabes que estas enfermo y la pasas como si no tuvieras nada” (Caleb, comunicación personal, 2018). En ambos casos, la asistencia al sauna se limita lo más posible, por las nociones de riesgo en el lugar y lo que consideran como bajas metodologías de prevención ante potenciales enfermedades.

“No asisto, salvo esa vez, pero entiendo que además eso se refiere a los baños, como los baños termales o de vapor, también se acerca de las cabinas” (Julián, comunicación personal, 2018)

“Yo casi no voy, solo cuando me quedo en el desma, mucho tiempo, y no quiero regresarme luego, es cuando voy (...) la primera vez fui por curiosidad, porque me dijeron que se ponía bien y fui a ver si era verdad, pero no me gustó tanto” (Caleb, comunicación personal, 2018).

Y en esa administración del riesgo que los sujetos aplicamos en las prácticas sexuales, no solo la salud se coloca en juego. Fabián, se aleja del consumo de poppers porque lo significa como el detonador de haber cometido violencia durante un acto, obligando a otro para dejarse penetrar:

Eh... de hecho fue con el consumo de, estaba yo consumiendo poppers, eh, a persona ya no quería que yo lo penetrara, y yo sí quería, y básicamente lo obligue (...) No fue tanto el forcejeo físico, fue más como de palabra. Osea fue como una manipulación por así decirlo... eh... pues lo empecé a tocar de más, lo empecé a dedear tal cual, le meto un dedo

y le estoy dando duro, insistiendo, primero dijo, ya no quiero, ya hasta aquí la dejamos, pero creo que la euforia de los poppers fue demasiada, que me dijo no mames, tienes que terminar ahorita, tal cual, entonces yo le empecé a dedear le empecé a decir ándale que no sé qué que la chingada, lo fui así como moviéndole de a poquito, lo fui inclinando, osea, poco a poco, eh... y ya hasta que digamos que de alguna manera, yo a través de tanta insistencia, termina inclinado, y le digo pues va wey, ya estas, entonces tal cual lo penetro, pero fue a través de tanta insistencia, de estarlo empujando, de estarlo girando a cada ratito y así, estarlo deseando y ... osea yo no podría saber cuál fue la sensación de esa persona, si fue placentera o no, yo no podría saber, pero creo que fue como de frustración, porque cuando termino agarro su pareo, no me dijo nada ni nada, osea simplemente agarro su pareo y se fue, se salió ( Fabián, comunicación personal 2018).

Fabián pone en juego su éxito sexual gracias a las generosas proporciones de sus genitales, que chocan con la idea de causar daño y lastimar. Se pone en juego su auto reconocimiento como adicto al sexo, a los lugares de encuentro, al ligue entre varones: Se reconoce como sujeto que pierde el control ante la sustancia, que libera al ser violento e instintivo sexualmente, por lo que decide ahora alejarse del consumo y de los sitios de encuentro:

Lo que pasa es que cuando yo llego al grupo, llego con un problema de adicción a los lugares de encuentro, bastante fuerte (...) Porque era muy seguido, digamos que era como tres veces a la semana ir a un lugar así, ya sea le cine, un ciber café, un lo que sea, y si era El Hedón, que era el día en que yo descansaba en mi trabajo, era estar ahí metido todo el

día ¿no?, desde las 11 ... hasta las 8 que cerraban, entonces a mí, en mi persona ya me estaba acarreando problemas ya era como el vacío que se generaba era cada vez más grande y más grande y a la inconformidad pues ya era más, ya no me era tan placentero como antes ( Fabián, comunicación personal, 2018).

Para Fabián, el uso de la sustancia dificulta entender los límites de la violencia y el placer. Quizás, esta noción se compagina con la de Fernando, aunque en este caso la agresión fue hacia el sujeto. Fernando, que menciona controlar a la perfección el uso del farmacotecnocuerpo. El comunicólogo que mantiene un nivel social y cultural alto, orgulloso de su orientación sexual, educado en una comunidad rural, entre hermanos varones, quien entendió que era homosexual cuando el padre lo regañó por hacer artesanías de tela y muñecos de peluche en el pequeño taller de maquila con que la familia se mantenía. Fernando, como sujeto homosexual que refiere no haberse sentido nunca discriminado, narra en su vida el ataque sexual durante un encuentro, pero que en todo momento justifica el acto ante la insistente postura que él fue responsable por no medir los posibles riesgos del ataque, y que se siente tranquilo porque los exámenes de VIH dieron negativo, como si la comprobación clínica de la salud, satisficiera y anulara el ataque y la violencia sexual entre varones:

Estábamos en el faje y lo que tú quieras y me decía jálale, y jálale y jálale, y yo de a ver wey, osea sí, pero tranquilo ¿no? Osea, no, es que jálale y... uno: el tipo estaba muy guapo y dos estaba muy mamado, entonces era como una combinación peligrosa, pero te repito, vas consciente de saber que pedo. (...) si yo no hubiese querido o yo hubiese preferido mi integridad a mi calentura le hubiera dicho sabes que wey, con permiso, bye (...) lo que pasó fue que ya estaba yo como muy hot, y de repente me voltea y me coge, me cogió sin

condón... y evidentemente el primer jalón fue como de ay... y evidentemente si disfruté mucho la parte de la fuerza (...) te digo, no fue como tanto una violación porque yo podía seguir jalando los poppers, y él pues haciendo lo propio, se vino dentro de mí y esa fue la parte que dije, no, ya no wey osea no tenías por qué hacerlo, y me dijo, pues tú sabias a lo que venias, ¿no? Y fue así como de wow... creo que tiene razón, evidentemente fue así como aja wey, y ya agarré mis cositas, mi dignidad y me salí (Fernando, comunicación personal, 2018).

Aun con todo, Fernando también refiere alejarse de los lugares de encuentro y los sustituye con el contacto virtual de las aplicaciones. El uso del fármaco pone en manifiesto el sujeto que orgulloso controla la tecnología para el sexo, y refiere el placer como maximizado, uno que con el popper, se expande desde la genitalidad al resto del cuerpo.

Fernando no objetiviza a la puta que Julián y Caleb desean esconder, pero se reconoce como un sujeto con mucha sexualidad. El ubicarse e identificarse desde su rol como activo le coloca cierto estatus en el ambiente, y la significación de su vida sexual le permite entender al popper como una herramienta para el acceso al placer.

La puta tampoco es significada, como tal, por José Luis, el psicólogo empresarial que acude solo al sauna, porque a su pareja sentimental, el sobrepeso no le permite sentirse cómodo desnudo en el sitio. José Luis utiliza la sustancia sobre todo para anular la culpa, que le impide disfrutar los encuentros sin pensar en su compañero y las promesas de fidelidad que se plantearon al inicio de la relación, aun cuando la pareja conoce a la perfección dónde se encuentra:

Pues me ayuda, como a no sacarme de onda (...) sé muy bien que Oscar está en la casa y ambos sabemos que si llego tarde, o si me pierdo 4 horas es porque estoy aquí o estoy con alguien, eso es algo que ya sabemos, pero para que a mí eso no me haga mierda, pues, ciertamente, prefiero usarlos, así disfruto sin culpa, y ...¿cómo explicarlo? (...) pues ya, me ayuda porque regreso a casa y todo está bien, está ahí esperándome, ¿si me entiendes? ( José Luís, comunicación personal, 2018).

Para José Luis, el popper libera otra cosa: le permite relacionarse sin culpa, menciona, pues en el acto se mezclan una infancia donde los padres estuvieron juntos y apoyándose, pero donde la madre le da la espada cuando se entera de su orientación sexual, dados sus principios religiosos, ante lo cual José Luis tuvo que salir del hogar para no volver jamás desde su juventud. El popper le permite entonces alcanzar un placer alternativo a la par de su relación, sin culpabilidad. Pero en ningún momento José Luis se significa como una puta.

“Soy bien puta y poppera” solo fue enunciado, tal cual, por Pancho. Puta y poppera, como reconocimiento del uso de la sustancia y reconocimiento del placer al estar con muchos varones, de mantener múltiples encuentros. En esta enunciación, puede que se encuentre *un jaque* a las nociones de éxito sexual que el farmacotecnocuerpo busca y a la ficción de la hipersexualización. De entrada, la enunciación de puta y poppera le permite a Pancho no obedecer a la lógica del repliegue a lo privado, del uso disciplinario de los espacios dentro del sauna, porque la enunciación lo expone a lo público.

Cuando Pancho lo expresa, deja a los demás sin habla, no hay argumento que pueda debatir la postura, porque más bien parece desestabilizar la serie de enunciaciones que pudieran atacarlo. Podría pensarse que en esta enunciación, Pancho encuentra una forma de protegerse. Tal vez esto podría pensarse, como una forma de cuidado y autocuidado, porque de alguna manera fortalece al sujeto

mediante la enunciación, se adelanta al insulto y a la crítica. Así como Fernando utiliza el conocimiento del farmacotecnocuerpo para cuidarse en el momento del acto, Pancho usa otras formas de entender el cuidado y autocuidado desde lo político. Pero más interesante aun es, como el hecho de que el enunciarse como puta y poppera le permiten a Pancho volverse a pensar como cuerpo atractivo después de la portación del VIH, porque más que el consumo de la sustancia, es la enunciación, (que evidentemente se objetiviza tras la ingesta) lo que le permite moverse del repliegue espacial de las prácticas, o más bien, el evitar esconder la práctica, y le coloca en otro lugar en el cual, el cuerpo con VIH parece reconocerse desde otros posicionamientos. El enunciar que solo Pancho refiere esa figura de la puta, como una respuesta cínica a la injuria, por un lado, me permite instalar esos registros de las formas particulares en que se vive la práctica, que en su reiteración, permite al sujeto poder reapropiarse del mismo en este contexto, y le sirve como un proceso personal de agenciamiento, y por otro, lo que se está diciendo es que, con base en esa afirmación, y sin pretender generalizar, podría pensarse en la búsqueda por recrear figuras que permitan repensar el tema del consumo desde lógicas no patologizantes.

Pancho siempre teme a la formalización de un noviazgo, precisamente porque piensa en cuál es el momento adecuado de decir su condición serológica. Concibe como una imposibilidad el que alguien no se vea afectado ante una noticia como ésta. Por ello prefiere los lugares de encuentro, aquellos donde puede permanecer en un margen de poco involucramiento y poder ejecutar una práctica sexual sin la implicación de otros compromisos. Liberado de esta presión, parece solo angustiarse por la posibilidad de rechazo al saberse un cuerpo con VIH. Ahí entra la sustancia, esa inconciencia de Caleb y Julián, esa que proporciona rendimiento de Fabián, le permite a Pancho protegerse de la culpa generada por ser portador, al igual que José Luís por la infidelidad. Porque las narrativas de Pancho y los otros chicos, permiten pensar el cuidado y el autocuidado desde otros lugares, más allá de una serie de procesos y consejos aplicados para el cuidado de la adquisición de enfermedades, sino como una medida de protección de algo que sigue lastimando y haciendo daño y que se pone en juego cuando se activa el sexo.

En ese sentido, quizás valdría la pena detenerse a pensar no solo en las formas en que se entienden las medidas de cuidado en lo sexual, sino en aquellas estrategias que se implementan para evitar el sufrimiento y acercarse más al placer y al goce desde el sexo. Si la práctica del consumo de poppers, entendida como un dispositivo activa a su vez una serie de procesos de subjetivación de la historia de vida de los sujetos, y produce otro tipo de figuras de subjetividad, una constante tensión entre apropiación y reapropiación del uso y efectos de la sustancia con respecto a las matrices hetero capitalistas, que no solo están en tensión constante, sino que además pareciera que permitieran no solo correrse de las normas sino incluso funcionar como posicionamientos políticos, valdría la pena entonces reflexionar sobre los efectos y posibilidades que la activación y ejecución de este dispositivo abriera.



# Conclusiones

## Nuevas grietas para seguir pensando y existiendo

Históricamente, el popper se concibió como una sustancia química creada para el tratamiento contra la angina de pecho. Sin embargo, los avances médicos y las mejoras en tratamientos, ocasionaron su desuso clínico, reduciéndolo a un antídoto esporádico y al uso industrial por su capacidad de combustión. No obstante, un proceso de reapropiación de la sustancia surge, y lo revive para instalarlo en los escenarios lúdicos, como las pistas de baile en los años 70's y 80's y por otro lado, en escenarios sexuales.

El análisis etnográfico del sauna que se expone en esta investigación, y que está enfocado en la práctica del consumo de poppers en contextos sexuales entre varones, piensa al sitio, sí como un espacio donde la sexualidad diversa se lleva a cabo, y ello involucra una serie de agenciamientos y materializaciones de cuerpos y expresiones de género que se corren de las normatividades impuestas por una sexualidad binaria, pero también, y al mismo tiempo, el sauna forma parte de lo que Foucault (1979) enuncia como el dispositivo de la sexualidad, y que por ende, no se trata de un sistema de represión o prohibición sino de regulación. Efectivamente, un sistema que regula cómo deben llevarse a cabo, las prácticas sexuales entre varones.

De esta manera, en esta contradicción, el sauna aparece como un espacio coreográfico donde una serie de elementos se conjugan para materializar, precisamente, los encuentros sexuales entre los varones asistentes, donde una serie de normatividades orientan los sujetos a la ejecución de sus prácticas, y que tienen una capacidad productiva en cuanto a los cuerpos, el género y los deseos, enmarcados en una rejilla de inteligibilidad que sostienen a la heterosexualidad como régimen político, en donde lógicas capitalistas e higienistas se acoplan perfectamente.

En la búsqueda del popper, su manifestación, uso y articulación con las prácticas sexuales en el sauna, se descubre un repliegue, una canalización y reorientación de determinadas prácticas al ámbito de lo privado, haciendo uso de

esos espacios arquitectónicos característicos del sauna, en formato de cubiles privados, en donde suelen ocultarse aquellas prácticas que generalmente son juzgadas bajo criterios no críticos y que generan jerarquizaciones. Luego de solo ubicar breves destellos de su presencia en el sauna, es ahí, en ese religue a lo no expuesto, donde se ubica el consumo del poppers, la sustancia que se consume encerrada en los privados, de manera oculta, y bajo esquemas de consumo personal, donde no suele ser compartida, donde no es comunitaria.

Por ello, se hace necesario pensar y plantear estos escenarios en términos de contradicción. Entendiendo placer y molestia, no como esferas que nunca lleguen a tocarse. En el sauna, aquello que genera placer y aquello que genera pesadumbre o incluso repulsión, se articulan al resto de los elementos que conforman las dinámicas del sitio. Por ello, los sujetos encuentran el placer en las dinámicas y normatividades, aun cuando éstas mismas pueden ser desagradables para ellos, aun cuando se enuncie que no se acude de manera frecuente o el disgusto por las dinámicas del sitio, incluso por los demás asistentes. Aun así, las materializaciones de los placeres están presentes, coexistiendo en esa contradicción. Y estas condiciones, dan cuenta, precisamente de cómo el sauna forma parte del dispositivo de sexualidad. Refuerza la idea que su función regulatoria y productiva, va dirigida a entender al lugar, el placer y el mismo sexo entre varones, desde la contradicción. Esta es la forma en que se lee un lugar de encuentro sexual para varones.

Por ello, no solo los sujetos son contradictorios, las mismas prácticas, están a la vez atravesadas por lógicas neoconservadoras y a la vez son generadoras de placer. Dibujan fronteras ficticias que aparentan dar orden, y al mismo tiempo sostienen ese esquema de contradicción, donde sujetos y prácticas se materializan. La experiencia se vive, se encarna entonces, desde la contradicción.

Ahora bien, si en esta contradicción, juegan y se dinamizan una serie de elementos que se mantienen relacionados, que sostienen una red de relaciones, y que tiene una capacidad productiva, recurro aquí a una estratagema conceptual. Utilizo el concepto de dispositivo Foucaultiano, como un modelo explicativo, que me

permita dar cuenta de cómo en el sauna, una red de elementos se articulan tanto para sostener la contradicción, como para habilitar sus capacidades productivas. La secrecía y discreción que el lugar busca mantener desde su ubicación y fachada, evitando conflictos y posibles intervenciones de las autoridades, y cómo es significada de manera distinta con respecto a los moteles cercanos. La nubosidad en la que se instalan las prácticas sexuales entre el vapor. El uso del pareo que orienta las formas en que el desnudo se materializa en el sauna. La producción del género y del deseo que deriva en asimetrías y jerarquías y la exigencia de coherencia entre ellos. Los corrimientos de normativas a través de prácticas corporales y corporales grupales. La modalidad de consumo de alimentos, cuerpos y sustancias, que se maneja en lo privado. El repliegue de determinadas prácticas. Los mecanismos de vigilancia al ingreso, los carteles prohibitivos, la presencia de mingitorios y lavabos en los pasillos con una función higienista, la distribución arquitectónica del lugar y sus medidas preventivas. Las formas de significar el amor, las expectativas de los asistentes sobre lo que se puede encontrar dentro. Las formas de apropiaciones y reapropiaciones de los cuerpos, los deseos y el género. El espejo panóptico y las otras herramientas de vigilancia. Los códigos para la atracción y acuerdos para el acto sexual, los acercamientos y alejamientos, los roces y las miradas.

El juego de las puertas semi abiertas y los pasillos. Los discursos, los privados, el asoleadero y el jacuzzi como caldo de cultivo. El uso de las luces y su relación con las prácticas permitidas, las reglas y prohibiciones del sauna. Las medidas de prevención de accidentes, lo que se significa como accidentes. La heterosexualidad como régimen político en un lugar de encuentro sexual para varones.

Pensarlo como dispositivo, bajo la lógica del dispositivo, permite pensar que esa forma contradictoria de entender un lugar de encuentro sexual para varones, tiene una razón histórica: producir la patologización del deseo homosexual. Y en estas contradicciones una serie de fronteras ficcionales y dicotómicas son

entendidas bajo estos términos, como la forma en que el amor y el sexo se significan.

La contradicción que articula placer con repudio, tiene lógicas neoconservadoras que regulan, pero también lógicas neoliberales que orientan al consumo, que establecen a la acumulación como la base de lo que se suele considerar *el éxito* en el sauna. Una cuantificación de cuerpos consumidos sexualmente, que a la vez debela la forma en que se entiende el consumo. Una vinculación fragmentada con el cuerpo del otro, dado que, si el fin es la acumulación de encuentros, es suficiente solo una parte del otro para ejecutar la práctica.

Y aquí, en esta lógica del éxito, es donde se articula el poppers. Se enlaza como una herramienta que permite alcanzar tal cúspide, una herramienta que habilita la posibilidad de generar un mayor número de encuentros sexuales acumulativos. Dada la prisa y la acumulación, y puesto que las vinculaciones con el otro serán fragmentadas, donde las áreas genitales se convierten en los puertos de embarco y despedida, el popper se transforma en herramienta. Por ello, se enuncia la sustancia aquí como una *herramienta tecnológica*, dada su capacidad productiva: *el farmacotecnocuerpo*, que estará dirigido al rendimiento en el sexo, materializando las lógicas productivas neoliberales de la comercialización y el consumo, la explotación y el desgaste, enmarcado en una supuesta potencialización del placer a partir de las cualidades de la sustancia.

Pero la enunciación tecnológica, como concepción Foucaultiana, se relaciona también con aquellas ficciones que la sustancia habilita: la significación que la sustancia potencializa el placer sexual. No obstante, no solo se pone en juego, en el escenario de las prácticas sexuales entre varones del sauna, la demanda por esta potencialización del placer, o incluso la búsqueda de ese puro placer que los sujetos refieren en sus diálogos, sino una promesa más: la contención de aquellos afectos enraizados en las historias de vida de los sujetos, que les son dolorosos, que se significan en la práctica, como suspendidos ante la ingesta de la sustancia, y que les permiten a la vez, significar ese puro placer donde nada importa, todo vale madres, solo el placer en su forma pura.

No solo se trata de una ficción que presenta al placer como algo innato y oculto en un estado puro ( y no como una producción), sino que estas lecturas a nivel de la singularidad de la experiencia, es lo que permite entender que la sustancia no solo actúa en un nivel de efectos bioquímicos y neurológicos, que no solamente hay una experiencia a partir de la lectura de las propiedades vasodilatadoras de la sustancias, sino que existe ese otro nivel, donde se conectan las historias de los sujetos y el popper es significado como esa herramienta tecnológica que conlleva una serie de promesas, que no obstante, se trata de ficciones temporales.

Ahora bien, el poppers es también herramienta tecnológica, porque permite pensar su consumo como práctica cultural, dado que se inmersa en relaciones de poder, las cuales son evidentes cuando se piensa a la misma, desde la táctica y la estrategia. Al pensarla desde estos dos elementos, desde los conocimientos y saberes que se activan y los fines con los que se activan y su capacidad productiva, se aporta a la lectura de dicho consumo, dado que no se instala en el análisis de sus efectos bioquímicos. Al contemplar tácticas y estrategias, el poppers tendría otro nivel de lectura: un nivel químico político.

Y en esa dimensión químico / político de la sustancia, se mantiene la implicación de una serie de decisiones por parte de los sujetos, que permite pensarla desde procesos de apropiación y reapropiación de la misma. Desde el hecho de decidir el uso del poppers o la ejecución de una práctica sexual donde se articule, se trata de una toma de decisión, que si bien ésta se encuentra enmarcada en una serie de condicionantes sobre lo que significa su consumo, al final del día sigue siendo una toma de decisión. Decidir su uso y consumo, despliega una serie de escenarios imaginarios y simbólicos, que como se mencionaba, no se limitan a la búsqueda de la maximización del placer como se interpretaría a partir de las cualidades de la sustancia. Porque decidir consumirla, lleva consigo la aceptación de esa serie de promesas que la sustancia sostiene, aun de manera ficcional. Y esta decisión devela una capacidad agentiva de los sujetos dada la toma de decisiones, aun cuando éstas se encuadren en contextos normativos.

El puro placer, como lo enuncian los sujetos, esa promesa del poppers en el sauna, no es algo que suceda propiamente, sino que existe en el sentido de que se formula una expectativa de cómo deberían vivirse las experiencias sexuales entre varones, alegando a esa serie de ficciones que se han construidos alrededor de ellas. Decidir optar por esa demanda del puro placer, aun cuando sea ficcional porque solo se habilitan por unos cuantos minutos, es decidirse también por todo lo demás que se habilita al mismo tiempo: esa contención de los afectos dolorosos aun cuando esto suceden también en fracciones de tiempo.

Por eso, la capacidad reiterativa de la práctica: los sujetos deciden, apostar por esas promesas que el consumo de la sustancia, como práctica cultural, sostiene. La reiteración de la misma, parece encapsular la aspiración de esos momentos puros y contenedores, una y otra y otra y otra vez, controlando los momentos de aspiración y de descanso tecnológicamente, en cada encuentro sexual donde el popper se articula. Tanto la suspensión de los afectos dolorosos como el acceso al puro placer, son solo temporalidades cortas. Son sensaciones que se viven por unos solos minutos. Por ellos se requiere de esos saberes que se activan en cuanto al uso de la sustancia en la corporeidad. Las frecuencias de segundos de aspiración, son los que permiten sostener estas promesas en lapsos tan cortos, aunque estas trascienden este espacio temporal.

Para los sujetos, la belleza de la práctica está en aquellas promesas, que aun cuando cortas, trascienden los momentos del uso de la sustancia, trascienden los efectos bioquímicos del popper en el cuerpo. La belleza de la práctica está en la a menudo falsa sensación de eternidad que producen. Una fugaz sensación que lleva a repetir la práctica, para poder capturarla de nuevo, aun cuando sean breves momentos.

Pero el poppers es también herramienta químico política, por su capacidad de apropiación y reapropiación no solo de su uso, sino de los efectos que la práctica de su consumo produce. Dentro de la producción de subjetividades de la práctica, la figura de la puta se materializa también desde la contradicción. Como injuria y como privilegio, como acusación y como meta para el éxito en el sauna. Al mismo

tiempo, la feminización para enunciar al otro, se instala como mecanismo punitivo para señalarlo, para orientarlo a la ejecución de sus prácticas al ámbito de lo privado. Y al mismo tiempo, existen reapropiaciones temporales por parte de los sujetos en torno al término, que modifican el contexto, y que les permiten una respuesta cínica ante el insulto. Complejidades subjetivas que se movilizan en las dinámicas enmarcadas en el sexo entre varones.

La reapropiación de la subjetividad puta, devela que el poder regulador del dispositivo de sexualidad de donde el sauna se articula, no imposibilita su cuestionamiento, y que la reiteración de la práctica cultural del consumo habilita las posibilidades de corrimiento y hasta subversión, teniendo como efecto la producción de variadas y complejas subjetividades, precisamente como la puta, como el cuerpo puta, que es a la vez cuerpo miasma. Figuras de subjetividad que tienen efectos incluso, en las formas en cómo se significa el ámbito de la salud.

### **Metodologías dentro de sauna.**

#### **Reflexionando sobre el trabajo de acercamiento al objetos de estudio, sujetos y la recolección de datos.**

¿Cuál es la manera de abordar las temáticas de consumo de sustancias clínicamente denominadas como psicoactivas, desde perspectivas sociales, como la antropológica? En uno de sus talleres, Silvestri (2016), al abordar los temas de consumo de sustancias, ingesta de medicamentos psiquiátricos e incluso tratamientos para enfermedades crónicas, insiste en reflexionar e intentar detener el juicio moral. Para la autora, es muy importante no colonizar con las propias interpretaciones y opiniones, y desde las propias opciones de las cuales se goza. Aboga por un ejercicio de empatizar con la otra persona en el sentido del devenir, un devenir otrx. Pensar que existen motivos por los cuales los sujetos consumen determinadas sustancias, y que estos motivos no son justificaciones ni excusas,



sino elementos que permiten entender toda la dimensión cabal que pueda tener un hecho, por diferente que sea a la manera propia de interpretarlo.

Para Silvestri, detener el juicio moral es básicamente escuchar, entender y acompañar lo que la otra persona quiera sostener con la corporeidad, así sea algo que personalmente no se estaría dispuesto a hacer. El devenir del que habla la autora, refiere a tratar de correrse de una lógica del cuidado jerarquizada, que coloca al cuidador por encima del afectado, y que le otorga la capacidad de juzgar su forma de vida y decisiones, que lo aleja de la empatía y que limita las posibilidades de cuidado y búsqueda de soluciones, a esperar el inminente final.

La preocupación principal al reflexionar el cuerpo como instrumento etnográfico, radicaba en que el acercamiento a los informantes se llevara a cabo desde el encuentro sexual. Esto me llevó a, que de manera constante, estuviera reflexionándome como un cuerpo con determinadas potencialidades eróticas de las cuales dependía el éxito del acercamiento con el otro. Durante los dos años de la investigación, constantemente me estuve preguntando qué resultados hubiera obtenido si la ejecución hubiera sido hace 10 años, cuando era mucho más joven. Esto no solo refuerza el hecho de que las posiciones y significaciones que uno ocupa como cuerpo erótico influyen en el proceso investigativo en contextos sexuales, sino que, cuestionarme como cuerpo inmerso en la política erótica del sauna y esto como un sistema valorativo de aproximación fue un segundo error. No era tanto cómo me colocaba eróticamente en el sauna, sino en qué relaciones de poder me veía inmerso. Porque al final del día, habría con quien usar el cuerpo sexualmente y con quién no, habría otras formas de acercamiento, como el dialogo, la broma, la convivencia,

Más bien, se trataba de estar atento a qué cuerpos y sujetos tenía acceso como cuerpo erotizante y mediante qué prácticas eróticas y sexuales. Preocuparme únicamente por qué tanto éxito con los otros tendría con el cuerpo, hizo presente el rechazo, como acto al que se adhiere el temor, pues a nadie le gusta ser rechazado, y en este caso significaba un rechazo para el encuentro sexual y un rechazo para la colaboración en la investigación. Lo que evidencia cómo las subjetividades del

investigador se atraviesan en el proceso El etnógrafo erotizado y sexualizado es inevitable en una investigación en contextos sexuales y ello conlleva a verse inmersos en esas distribuciones políticas eróticas. Por lo tanto, lo importante debió haber sido reflexionar sobre esos espacios y sujetos a los que se tenía acceso con estas condiciones corpóreas, sin caer en universalidades y a cuáles y porqué se tenía negado dicho acceso. Al estar consiente de estas fórmulas, se obligaba a reflexionar sobre cuáles eran las formas otras, sin el uso del cuerpo, de lograr esa accesibilidad, porque eso daría cuenta de las relaciones de poder en el lugar. Al final, el reto se trataba de mantener flexibles a las herramientas etnográficas.

Pensar sobre la ética en mantener prácticas sexuales con los sujetos de estudio, pensarlo desde lo adecuado o inadecuado, invisibiliza de alguna manera el que las relaciones humanas en el sexo y lo erótico construye vínculos desde otras posiciones y que esto tiene efectos en el proceso de investigación, por ejemplo de orden metodológico.. Cuando veía a algún chico, no pasaba por mi mente su potencialidad como sujeto a entrevistar, es decir, no lo veía pensando: "...ese me gusta para ser entrevistado..."

En realidad lo que me movía a acercarme a él era el placer, o las posibilidades al considerarlo un cuerpo erótico. El hecho de que me hubiera excitado y gustado, abría el encuentro y del encuentro, tras dialogar un poco con él, se abría la posibilidad o no, de mantener contacto para una entrevista si era consumidor de la sustancia. Esta estrategia, lo que hizo fue limitar la posibilidad de contacto con otro tipo de sujetos que escaparan a mi marco personal para entender lo erótico. Quizás por ejemplo, una técnica de bola de nieve hubiera sido más enriquecedora en el sentido de que mis primeros contactos vincularían con otros sujetos, con otro tipo de marcos de eroticidad, con otras historias de vida y otros contextos en los cuales la lectura del consumo de poppers hubiese sido más amplia o más enriquecedora.

Por otro lado, esas lógicas del cuidado jerárquico que cito con Silvestri (2016), estuvieron presentes en mi manera de acercarme a la práctica del consumo de popper en el sauna. Como menciono en la introducción, no solo fue el efecto de

ocultamiento de la misma en el espacio, sino que, de alguna manera, colocó mi posicionamiento de partida en la lógica de superioridad sobre los sujetos practicantes, por el simple hecho de no hacerlo yo.

Sin embargo, y quizás sin darme cuenta en su momento, uno de los puntos favorecedores en el procedimiento tal cual lo realicé, es que las vinculaciones con los sujetos, tanto aquellos con los que tengo una amistad, tanto como los que conocí en el sauna, ofertaron una rica fuente de información en sus historias y experiencias de vida. Quizás esa vinculación construida desde lo sexual y/o lo erótico, sea una fuente de ese devenir que reconoce las afectaciones del cuerpo otro desde la empatía. Salvo uno de los sujetos con el que perdí números de contacto, he mantenido frecuentes conversaciones con el resto. Incluso con algunos otros, el vínculo es bastante importante.

Esto me lleva al último punto, Uno de los proyectos del capitalismo occidental, es producir vidas afectivamente poco enriquecidas. Tanto las ficciones de formas de consumo individual, como los sujetos hipersexualizados, y los cuerpos contaminantes inhabilitan la posibilidad de nuevas formas de relacionarse entre varones, porque se entienden como posicionamientos desde los cuales es imposible la generación de relaciones significadas como sanas, puesto que no se amoldan a las ideas del amor romántico, lo heteronormativo o las amistades productivas. La ficción de sujetos homosexuales instintivamente voraces de sexo e individualista, se lee desde lo tóxico y lo destructivo, donde los vínculos que se construyen en el compartir de fluidos, no tienen validez. La significación de estos cuerpos enfermos y egoístas, clausura totalmente, en el imaginario colectivo, la posibilidad de creación de otras formas de relacionarse entre varones.

“Enfermar y sanar. En el contagio hay fusión y la posibilidad de que surja algo nuevo. Impensable como nuevos deseos y nuevos placeres” (Queen Ludd, 2016). Nuevas formas de abordar los parajes del sexo entre varones, donde se reflexionen las herramientas que los sujetos usamos para acercarnos más al placer. Nuevas tecnologías sexuales que no solo nos alejen de los sufrimientos materializados por crianzas homofóbicas, estándares de belleza del gay ideal o

tiranías del amor romántico. Todo aquello que se abra como formas alternativas para portar la etiqueta de enfermedad y seguir disfrutando de la salud.

¿Qué nuevas posibilidades se abren en una época en donde la ciencia médica pone al alcance tratamientos antirretrovirales, pre y post exposición, como una alternativa para el ejercicio del sexo y la posibilidad de nuevas formas de placer? ¿Acaso las prácticas como el bareback, o el bugchasing son otras formas alternas que el cuerpo con VIH se re- piensa como un cuerpo erótico? ¿Cuántas y cuáles prácticas ponen en juego el sentido de la administración del riesgo y causan miedo entre las lógicas de la epidemia? ¿Qué contraofensivas conservadora surgen para reafirmar las formas de ver la enfermedad como castigo?

Múltiples grietas para seguir pensando las prácticas sexuales entre varones, repensarlas como nuevas y variadas formas de corresponder y devenir. Sistemas que habiliten acaso, esas otras formas de relacionarnos que tuvieran en el sexo una semilla para la convivencia. Porque entre el miedo a la enfermedad y la muerte, el cinismo de la puta como figura dinámica de subjetividad, o el acceso a un placer por parte del consumo de poppers, puede abrir nuevas formas de entender la relación entre los sujetos, el sexo y la enfermedad. Abrir la posibilidad de la materialización de nuevos sujetos, que contemplen los procesos de erotización y amor desde lógicas distintas: “Poco antes de morir de sida en el Hospital de la Salpêtrière, donde tanto había investigado sobre el nacimiento de la clínica, las desviaciones de la razón y la locura, los dispositivos sexuales y el hospital como espacio crítico de las sociedades disciplinarias, Michel Foucault se dirigió alegre a sus amigos al enterarse de que existía una enfermedad que castigaba a los homosexuales con la muerte, con la frase: ¡Qué sería más bello que morir por el amor a los muchachos!” (Santiago, 2015, s/n).

Nuevas formas de contemplar las etnografías en contextos homosexuales con el uso reflexivo del cuerpo del investigador, que al igual que los hablantes, al poner el cuerpo se somatiza y se somete a relaciones de poder. Que el cuerpo homosexual que investiga al cuerpo homosexual, observa en la emisión del conocimiento, estrategias similares para lidiar con el rechazo, la culpa y la

vergüenza, el amor, el placer y el goce. Porque los afectos estarán ahí. Que el posicionamiento como investigador lo obliga a re –pensarse dentro de la investigación misma porque será inevitable que una serie de tensiones somáticas lo aprisionen. Que en las líneas que escribe están las experiencias de los sujetos todos, la suya por supuesto, tras haber confrontado, negado y aceptado, que en el proceso de investigación buscaba, esa forma, ese alivio, ese elemento que le diera paz a eso otro que le causaba sufrimiento y que académicamente enunciaba como planteamiento del problema.

## Referencias

- Agamben, G. (2011) ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, año 26, número 73, pp. 249-264.
- Agamben, G. (2016) *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, vol. I, Pre-textos. Valencia 1998.
- Ahmed, S. (2004) *La política cultural de las emociones*. Versión a español de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Albuquerque de Braz, C. (2009) Machos a la media luz: miradas de una antropología impropia AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 4, núm. 3, septiembre-diciembre, 2009, pp. 443- 467 Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red Madrid, Organismo Internacional.
- Apud, I. (2013.). Repensar el método etnográfico. Hacia una etnografía multitécnica, reflexiva y abierta al diálogo interdisciplinario. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología: Universidad de Los Andes Bogotá, Colombia*, n. 16, p. 213-235,
- Arboleda, M. (30 de junio del 2010). El postestructuralismo como punto de intersección entre medio ambiente y sociedad. *Civilizar*, 10, 16.
- Arsuaga, J. (2020) Ya va siendo hora de que la humanidad sea adulta y empiece a decidir qué cosas no puede hacer. Entrevista para BBC News mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-52458849>
- Bruckner, P. y Finkelkraut, A. (1996) *El nuevo desorden amoroso*. Barcelona. Edit. Anagrama.
- Butler J. (2001). *Mecanismo psíquico del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España: Paidós. pp. 7 – 100.
- Butler, J. (2002). “Crítica mente subversiva” en Mérida Jiménez, Rafael (ed.), *Sexualidades Transgresoras. Una antología de estudios queer*, Editorial Icaria, Barcelona, 2002, pp. 55-79.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. España: Paidós. pp. 113 – 148.
- Butler, J. (2010) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. México. Editorial Paidós.

- Butler, J. (2017). Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle. *Nómadas (Col)*, núm. 46, pp. 13-30 .Universidad Central. Bogotá, Colombia
- Butler, J. (1993) *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. México. Editorial Paidós.
- Calderón, G. (productor), Portillo, R. (director) (1979). *Muñecas de media noche*. [cinta cinematográfica] México: Cinematográfica Calderón.
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal lo patológico*. Siglo XXI Argentina editores S A. Primera edición. Argentina.
- Canseco, A. (2017) *Eroticidades precarias: la ontología corporal de Judith Butler*. 1a ed. Córdoba: Ed. Asentamiento Fernseh.
- Canseco, A. (2018) *Matrices y marcos: dos figuras del funcionamiento de las normas en la obra de Judith Butler*. *Areté Revista de Filosofía* Vol. XXX, N° 1, 2018 pp. 125-146. UNC – CONICET. Buenos Aires, Argentina.
- Capital Digital. (2017). "Chemsex", moda sexual de alto riesgo. Capital, <https://www.capitalmexico.com.mx/sociedad/chemsex-sexo-drogas-vih-orgias-dias/>.
- Cardozo, M. Ramírez, M. (21 de septiembre del 2015). Los cuartos oscuros y los hombres que tienen sexo con hombres: haciendo visible lo invisible. *Rev. Salud pública*, 7, 886-898.
- Castillo, A (2019). *Nudos Feministas. Política, filosofía, democracia*. Colección archivo feminista. Chile. Editorial Palinodia.
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Edit. Siglo XXI
- Castro, E. (2017). *Los dispositivos Foucaultianos*. Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República. Artículo| artículo Fermentario n. 11, vol. 2. Uruguay
- Centro Nacional para la Prevención y el Control del VIH/SIDA CENSIDA. (2008). *Manual Sobre Salud Sexual Anorrectal*. México: Secretaria de salud.
- Coll, J. Fumaz, C. (2016). Drogas recreativas y sexo en hombres que tienen sexo con hombres: chemsex. Riesgos, problemas de salud asociados a su consumo, factores emocionales y estrategias de intervención. *Enfermedades emergentes*, 15, 77\_84.
- Coppé, E. (2014). *Estudio sociolingüístico: La feminización del léxico profesional en el español de Madrid*. (Tesis de grado para maestría en lengua y literatura ibéricas) Universidad de Gante. Bélgica

- Cortés Ibáñez, E. (enero-abril, 2014). Feminización y sub alternización del otro enemigo. Construcción y destrucción de corporalidades en contextos de conflicto armado y violencia extrema Colombia Internacional, núm. 80, pp. 57-82 Universidad de Los Andes Bogotá, D.C., Colombia
- Cosmos online. (2020) Información Técnica y Comercial del Nitrito de amilo. Recuperado de <https://www.cosmos.com.mx/wiki/nitrito-de-amilo-j1z8.html>
- Chul Han, B. (2018) La sociedad del cansancio. Barcelona. Herder.
- De Anda, R. (director) (1981) El macho biónico. [cinta cinematográfica] México.
- De Lauretis, T. (1987) La tecnología del género. Madrid. Editorial Cátedra.
- De Ortuzar, M. (2016) Responsabilidad social vs. responsabilidad individual en salud. Memoria académica. Revista de bioética y derecho. 36. 23-36
- DesastreMX. (2018). Por primera vez un servicio de salud dará clase de primeros auxilios sobre chemsex. 28 de abril del 2019, de DesastreMX Sitio web: <http://desastre.mx/salud/por-primera-vez-un-servicio-de-salud-dara-clase-de-primeros-auxilios-sobre-chemsex/>
- Dolengevich-Segal, Helen; Rodríguez-Salgado, Beatriz; Ballesteros-López, Jesús; Molina Prado, Rocío Chemsex. Un fenómeno emergente Adicciones, vol. 29, núm. 3, 2017, pp. 207-209 Sociedad Científica Española de Estudios sobre el Alcohol, el Alcoholismo y las otras Toxicomanías Palma de Mallorca, España
- Escotado, A. (2001), Aprendiendo de las drogas: usos y abusos, prejuicios y desafíos. Madrid. Compactos Anagrama.
- Estrada M., John Harold. La infección por VIH/sida entre hombres que tiene sexo con hombres (HSH) en América Latina. Revista Facultad Nacional de Salud Pública, vol. 22, núm. 1, enero-junio, 2004, pp. 107-120. Universidad de Antioquia.png, Colombia.
- Fernández, J. (9 de julio de 2019). Quienes los utilizan dicen 'experimentar un éxtasis sin igual': Poppers, la droga sexual Ciudad de México .Vanguardia. MX, <https://vanguardia.com.mx/articulo/quienes-los-utilizan-dicen-experimentar-un-extasis-sin-igual-poppers-la-droga-sexual>
- Fernández-Dávila, P. (7 de abril 2016). “Sesión de sexo, morbo y vicio”: una aproximación holística para entender la aparición del fenómeno Chemsex entre hombres gais, bisexuales y otros hombres que tienen



sexo con hombres en España. Revista multidisciplinaria del SIDA, 4 núm. 7, 41- 65.

- Figari, C. (2006, Julio- diciembre). Escritos en el cuerpo higienismo y construcción médica de la homosexualidad en el Brasil república no (1889 -1940). *antípoda*, 3, 23- 50.
- Flem, I. (2017). *subjetivación no-heterosexual en los marcos del VIH/sida: los flujos de la gubernamentalidad serológica tesis para optar al grado de magister en estudios de género y cultura, mención en ciencias sociales.* universidad de chile facultad de ciencias sociales escuela de postgrado
- Foucault, M. (1969). *Arqueología del saber.* Paris. Gallimart.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar.* Ciudad de México. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977) *Historia de la sexualidad. 1: La voluntad del saber.* México. Siglo XXI. pp. 67-92.
- Foucault, M. (1981) *De la amistad como forma de vida. Entrevista a Michel Foucault.* <https://psicoanalisisalmargen.wordpress.com/2019/03/12/de-la-amistad-como-modo-de-vida-entrevista-a-m-foucault/>
- Foucault, M. (2009) *Tecnologías del yo y otros textos a fines.* Barcelona. Paidós.
- Garibay, A. (2019) *Mitología griega.* México. Porrúa.
- González de Alba, L: (1981). "El vino de los bravos". En *Amor que se atreve a decir su nombre.* Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver.
- Gordon, A. (director) (1999). *No existen diferencias.* [cortometraje]. México: Columbia Tri Star (distribuidora)
- Guasch, O. (2006) *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género.* España. Ediciones Bellaterra. pp. 79-107
- Guber, R. (2001). *La etnografía método, campo y reflexividad.* Buenos Aires Argentina: Grupo editorial Norma.
- Halberstam, J. (2018). *El arte queer del fracaso.* España. Editorial Egales
- Haraway, D. (1991). *Manifiesto para Cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX.* Kolectivos.
- Haraway, D. (2004) *Testigo\_modesto@segundo\_milenio\**. The Haraway Reader, New York, Routledge: 223- 250. Traducción de Pau Pitarch.
- Hedva, J. (2015). *Teoría de la Mujer Enferma. Mad in América para el mundo hispanohablante.* Recuperado de <https://madinamerica-hispanohablante.org/teoria-de-la-mujer-enferma-johanna-hedva/>

- Hernández Sampieri, R. (2014). Metodología de la Investigación. México: McGraw Hill.
- Huerta Lozano Iván. (2018). Chemsex. Prácticas sexuales de riesgo, consumo de drogas y redes sociales. Quienes participan en las sesiones de chemsex se convierten en una especie de objetos que, junto con la droga, están sólo para proveer placer. CIJ informa, año 23 núm. 86, 62-65.
- Información de la página *DesastreMX* que brinda información sobre salud en sexualidades diversas y derechos sexuales. 13 de diciembre del 2016)
- INFOSIDA. (2020) Revista electrónica en español del departamento de salud de los Estados Unidos. <https://infosida.nih.gov/understanding-hiv-aids/infographics/47/prep-frente-a-pep>.
- Jaques, C. y otros. (2015). Explicaciones de las prácticas sexuales de riesgo en hombres que tienen sexo con hombres. 11 de abril de 2015, de Elsevier  
España Sitioweb: [http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0213-91112015000400003](http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0213-91112015000400003).
- Laguarda, R. Construcción de identidades: un bar gay en la ciudad de México. Desacatos, núm. 19, septiembre-diciembre, 2005, pp. 137-158 Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Distrito Federal, México.
- Langarita JA (2015) En tu árbol o en el mío. una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres. España. Edit. Bellaterra.
- Langarita, JA. (12 de setiembre del 2014). Rituales de interacción sexual entre hombres. Una propuesta de análisis del discurso y de la práctica del sexo anónimo. Gaceta Antropológica, 3, 1-15.
- Lazzarini, Ricardo. Homoerotismo durante los viajes. El placer sexual entre hombres en espacios anónimos en Brasil y Portugal. Estudios y Perspectivas en Turismo, vol. 24, núm. 4, 2015, pp. 943-962. Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos. Buenos Aires, Argentina.
- List, M. y Teutle, A. (2008). Turismo sexual: saunas para varones en la ciudad de Puebla. Teoría y Praxis, núm. 5, 2008, pp. 113-122. Universidad de Quintana Roo, Cozumel, México
- López, C. (9 de febrero del 2016). El hermano gay del albur: el bufe. Chilango. Com. <https://www.chilango.com/general/el-albur-y-su-hermano-gay-el-bufe/>

- López-Carrera, J. (2005) La hermenéutica en la antropología, una experiencia y propuesta de trabajo etnográfico: la descripción densa de Clifford Geertz Ra Ximhai, vol. 1, núm. 2, mayo-agosto, pp. 291-301 Universidad Autónoma Indígena de México El Fuerte, México.
- Llamas, R. (1994) la reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos de sida. Reis G8/94. Universidad Complutense. Madrid.
- Maldonado, J. (2017) Repensar la práctica del cuidado en el contexto del síndrome de Down. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género.
- Maximiliano, T. (7 de julio del 2014). De la clausura de “Mi clvb” y de los operativos por parte del Ayuntamiento de #Puebla (las razias regresaron). Mariscal del after. Recuperado de <https://tonatiuhmaximiliano.wordpress.com/2014/07/07/de-la-clausura-de-mi-clvb-y-de-los-operativos-por-parte-del-ayuntamiento-de-puebla-las-razias-regresaron/>
- Melo, A. (2015) Antología del culo. Textos de placer anal y de orgullo pasivo. Buenos Aires. Aurelia Rivera.
- Méndez, M. (2016) Identidad y enfermedad. un mes con antiretrovirales. En tratado breve de concupiscencias y prodigios, BUAP-FfyL, México. Mauricio List Reyes y Fabián Giménez (Coord.) edit. La cifra. Pp. 79-110.
- Méndez, M. (2016). Identidades reactivas: Enfermedad, biopolítica y corporalidad de la experiencia de vivir con VIH. Ciudad de México. La cifra.
- Mendiola, I. (2010). Desnudo y desnudez: lecturas biopolíticas del cuerpo exhibido y expuesto. Departamento de Sociología Facultad de CC. SS y de la Comunicación. Universidad del País Vasco
- Olvera D. (2018). GHB; la droga que está cada vez más en aumento entre hombres homosexuales. 28 de abril del 2019, de DesastreMX Sitio web: <http://desastre.mx/mexico/ghb-la-droga-que-esta-cada-vez-mas-en-aumento-entre-hombres-homosexuales/>
- OMS. (1946). La definición de salud según la OMS - infografía. 27 de Abril del 2019, de OMS Sitio web: <https://www.axahealthkeeper.com/blog/la-definicion-de-salud-segun-la-oms-infografia/>
- Ortega-Bolaños, Jesús A.; Bula-Escobar, Jorge I. El cuerpo como escenario de vulnerabilidad social en salud Revista de Salud Pública, vol. 14, núm. 6, diciembre, 2012, pp. 1033-1042 Universidad Nacional de Colombia Bogotá, Colombia.

- Papaseit, E. (2016). Potencial abuso y farmacología humana de la mefedrona. memoria presentada para obtener el título de doctor en medicina. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Plant, R. (1988). The Pink Triangle. The Nazi War against Homosexuals. Editorial Owl Books. Estados Unidos.
- Preciado, P. (2008). Testo Yonqui. España. Espasa.
- Queen Ludd. (2016) Ludditas Lexxxuales. Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres. Buenos Aires. Queen Ludd.
- Rose, N. (2012). Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI. La Plata: UNIPE: Editorial Universitaria
- Silvestri, L- (2016). Fanzine del grupo de estudio Locura, Muerte y Enfermedad de Leonor Silvestri. Buenos Aires, Argentina.
- Silvestri, L. (haciendo amigxs) (18 de julio 2020) ♥ RESPONSABILIDAD AFECTIVA - 14 COSAS QUE NO SABÍAS! - HACL 19 (archivo de video). Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=TEB\\_j2TRrcg&t=845s](https://www.youtube.com/watch?v=TEB_j2TRrcg&t=845s)
- Soriano, R. (11 de julio 2017). El chemsex y sus vínculos con el uso de aplicaciones de geo localización entre hombres que tienen sexo con hombres en España: un análisis etnográfico virtual. monográfico 2017, 5, 8\_20.
- Spivak, G. (2003) ¿Puede hablar el subalterno? Revista Colombiana de Antropología, vol. 39, enero-diciembre, 2003, pp. 297-364 Instituto Colombiano de Antropología e Historia Bogotá, Colombia
- SSA. (2017). Chemsex y prácticas de riesgo. 28 de abril del 2019, de CIJ Sitio web: <http://www.untwrk.com/rai/phone/p1.html?devicelock=phone&i=1>
- Stein, D. (director) Kramer, S. (productor). Bromas que matan (Jawbreaker) [cinta cinematográfica] Estados Unidos. Tristar Picture.
- Teutle A. Mauricio List. (2015). Húmedos placeres. sexo entre varones en saunas de la ciudad de Puebla. México: Universidad Autónoma Metropolitana y Edit. La cifra.
- Valcuate del Río, j. (2010). Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad. Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM, vol. XX, núm. 1, 2010, pp.11-37. Universidad Autónoma de Tamaulipas. Ciudad Victoria, México
- Vergara, C. (28 de septiembre del 2007). Tres concepciones del proceso salud- enfermedad. Hacia la promoción de la salud, 12, 41- 50.

- Weber, M. (1922) Economía y sociedad. España. Fondo de cultura económica de España.
- Yucatán Informa. (2018). Llega el Chemsex a México sin políticas de prevención. 28 de abril del 2019, de Yucatán Informa Sitio web: <http://yucataninforma.org/2018/09/05/llega-el-chemsex-a-mexico-sin-politicas-de-prevencion/>



